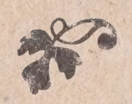
Indalicio Téllez

Historia de Chile

para uso de los Liceos



1924

1.25

HISTORIA DE CHILE

para uso de los Liceos

según el programa del Consejo de Instrucción Pública

por

INDALICIO TÉLLEZ

Obra premiada en 1921 en el certamen histórico abierto por la colonia española



1924

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A.

8 BARQUILLO, 8. — MADRID

ADVERTENCIA

Es cosa bien sabida que en los textos de historia de casi todos los colegios de Suramérica, España aparece como la verdadera madrastra de los pueblos latinoamericanos.

Desprovista de todas las dotes de un país colonizador, y guiada solamente por el bastardo móvil de la codicia, explotó a las naciones de América, y, para conseguir mejor sus fines, las tiranizó, ahogó todas sus industrias y las mantuvo en el más completo oscurantismo.

Aparece así formando un verdadero contraste con otros países, como Inglaterra, madre de sus colonias, impulsadora del progreso y formadora de pueblos.

Esos textos, que comenzaron a escribirse a raíz de la independencia, y cuando aun se hallaban frescas las heridas de la guerra, se han ido reproduciendo con ligeras modificaciones; pero dejando siempre en pie ese fondo de amargura y de injusticia que tanto ha entorpecido la labor de acercamiento hispanoamericano en que se halla empeñada España y muchos países americanos.

A disipar esos errores, restableciendo la verdad histórica, tiende este libro, que pondrá ante los ojos del niño la verdadera acción civilizadora y el alto temple moral de la raza española, y en el que se verá que no fué Inglaterra la que llevó a América la primera imprenta, ni la que publicó el primer libro, ni la que fundó la primera Universidad, ni la que instaló la primera industria.

PRIMERA PARTE

Descubrimiento de Chile

PRIMERA PARTE

Descubrimiento de Chile

CAPITULO PRIMERO

Descripción del territorio.

SUMARIO: 1.º Qué zona abarcaba Chile. — 2.º Su extensión verdadera. — 3.º Orografía. — 4.º Clima y vegetación.

1.º *Qué zona abarcaba Chile.*—Lo que en tiempo del descubrimiento se designaba con el nombre de Chile no era lo que es hoy, ni lo que se entendió por tal durante la colonia, sino todo el territorio que se extendía desde el grado 26º hasta los confines del mar del Sur, y el comprendido por todo lo que es hoy Chile, hasta las provincias de Cuyo, inclusive. En otros términos: por el Norte limitaba con el desierto de Atacama y las tierras de los indios diaguitas; por el Sur llegaba al grado 55º; por el Oriente se juntaba con el Atlántico, y por el Occidente, con el Pacífico.

2.º *Su extensión verdadera.* — Sin embargo, lo que en la práctica y a la larga se llamó Chile, fué el territorio comprendido entre la cordillera de los Andes y el mar, y entre el desierto de Atacama y el Estrecho de Magallanes.

3.º *Orografía.* — El límite oriental estaba formado por una cordillera de gran altitud que sólo de trecho en trecho dejaba, en la buena estación, difíciles y peligrosos

pasos. La altura y la dificultad de transmontarla disminuían progresivamente hacia el Sur. Otra cordillera, de mucho menor altura, recorría el país por el lado de la costa, declinando también en altitud hacia el Sur. Varios contrafuertes unían ambas cordilleras, rompiendo, a largos intervalos, la uniformidad del valle que entre ellas se extendía. La costa, escabrosa y acantilada en su mayor parte, ofrecía, sin embargo, con cierta frecuencia, buenas bahías y surgideros.

4.° *Clima y vegetación.* — El clima era, en general, benigno. A medida que se avanzaba hacia el Sur, disminuía el calor y aumentaban las lluvias. Salvo en el desierto de Atacama, la vegetación era abundante y frondosa. Desde el Aconcagua al Sur, los bosques eran frecuentes; pero no estaban repartidos como lo están hoy. Actualmente, en la provincia de Santiago casi no hay bosques, mientras que de Valdivia al Sur no hay un pedazo de tierra que no esté cubierto de árboles, si no han sido arrancados por el hombre.

Mas no parece que hubiera sido así en la época del descubrimiento. Por las noticias que de ese tiempo se tienen, se sabe que en la provincia de Santiago había muchos bosques, y, en cambio, no se deja traslucir que fueran tan densos como lo son hoy, en el Sur de Chile.

Ercilla narra una expedición que llegó hasta Chiloé, y ni él, ni ninguno de los cronistas de la época, habla de bosques como los actuales, que, si hubieran existido, habrían hecho absolutamente imposible el avance de las tropas. Los bosques vírgenes actuales, no sólo oponen dificultad, sino que cierran el paso en absoluto.

Por otra parte, el más ligero examen prueba que los bosques del Sur no son viejos. A los árboles más antiguos no se les puede atribuír más de trescientos años.

Los numerosos ríos que cruzaban el país, de Oriente a Poniente, servían de frontera o barrera a las diversas tribus que poblaban el territorio.

CAPITULO II

Las razas en acción.

§ I

Los indios chilenos.

SUMARIO: 1.º Origen de los indios americanos.—2.º Afinidades con otras razas.—3.º Indios chilenos y su repartición en el territorio.—4.º Su historia.—5.º Situación de los araucanos.—6.º Costumbres.—7.º Creencias.—8.º Origen del nombre de Chile.

1.º *Origen de los indios americanos.*—No se ha dicho aún la última palabra sobre el origen de los indios americanos. Tantas razones hay para creerlos descendientes de los asiáticos, como para creerlos autóctonos, y aun europeos. Ni han faltado siquiera historiadores que han sostenido la descendencia de los americanos de los antiguos pobladores de la Atlántida, dando plena fe a lo que narra Platón en su *Timeo*.

2.º *Afinidades con otras razas.*—Es innegable que, por sus cualidades físicas, los indios americanos tienen mucha afinidad con los mongoles; pero no lo es menos que con el mundo oriental, tienen también muchas analogías, especialmente en sus creencias y religión.

Creían los americanos en un espíritu creador del mundo, en el diluvio universal, en la pirámide de Cholula (en vez de la torre de Babel), levantada por el orgullo de los mejicanos hasta provocar la cólera del Cielo; y, por fin, tenían una Eva, llamada Ciacloatl, mujer serpiente que fué la primera en pecar, y que dió origen al bautismo,

como medio indispensable para librarse del pecado original. También tenían la confesión, instituída en forma muy semejante a la de los católicos, según lo declara el reverendo padre Solís. Por último, la organización religiosa de los aztecas era casi igual a la de los europeos.

También sus jeroglíficos guardan relación con los del Oriente.

En sus conocimientos y aplicaciones científicas se parecían mucho a los mongoles. «Los mejicanos tenían semanas de cinco días y meses de veinte; años de diez y ocho meses; indicciones de trece años; pequeños ciclos de cincuenta y dos, y grandes de ciento cuatro. No designaban por números los días del mes, ni los años del ciclo menor, sino por nombres. Contar por ciclos e indicar por nombres los años del ciclo y los días del mes, era cosa común a los mongoles todos, desde Japón a la India. Los americanos empezaban, como los mongoles, el día con la salida del Sol. (Lo dividían en ocho partes los mejicanos, los romanos y los indios.) Para los indios y los chinos, el año concluía en el solsticio de invierno.»

En materia de monumentos, los americanos tenían cierta semejanza con los egipcios.

Es, como se ve, desconcertante el conjunto de antecedentes en que se puede buscar el origen de los indios americanos, y ésta es la razón para no tener hasta hoy una respuesta definitiva.

3.° *Indios chilenos y su repartición en el territorio.* Los indios de Chile se dividían en numerosas tribus, repartidas desde Atacama hasta el cabo de Hornos; pero más concentradas en lo que se llama el Valle Central (desde Chacabuco hasta el seno de Reloncaví). También la isla de Chiloé se hallaba muy poblada; pero el núcleo principal de tribus podía considerarse concentrado en la zona comprendida entre el Maule y el Maullín.

Por su idiosincrasia, y aun por su cultura, había entre ellos marcadas diferencias. Los del Norte eran de carác-

ter apacible, y como ya habían sido dominados por los incas, pueblo de cultura muy superior, gozaban de cierta media civilización que les permitía vestir medianamente, cultivar la tierra, ejercitar ciertas industrias embrionarias, construír caminos y explotar las minas.

Los del Centro, en cambio, más o menos desde el Maule al Sur, eran altivos, belicosos y más aficionados a las actividades de la guerra que a las labores de la paz, de las cuales se ocupaban sólo las mujeres.

4.° *Su historia.* — Parece que desde tiempo inmemorial los araucanos eran conocidos en América por su belicosidad y por la imponderable energía con que defendían su independencia. Contra ellos se estrelló el orgullo de los incas y su espíritu de conquistas, sin lograr dar un solo paso en las tierras de Arauco.

El inca Yupanqui, viendo, después de dos siglos de conquistas, su vasto imperio extendido hasta Atacama, quiso dominar a Chile, y, al efecto, con un ejército de 10.000 hombres, envió a su general Sinchiruca con la misión de conseguir que todas las tribus lo reconocieran como su señor y como Hijo del Sol. Aunque la misión de Sinchiruca era pacífica, al llegar a Copiapó comenzó a encontrar resistencia, y pidió refuerzos.

Reforzado con otros 10.000 soldados, y con protestas de que no quería cometer ninguna exacción, continuó su avance, y, recibiendo continuamente nuevas tropas, logró llegar hasta la línea del Maule con un ejército de 50.000 hombres. Aquí se estrelló contra los bravos pobladores de la provincia de Purumuca, que le ofrecieron porfiada resistencia en una batalla que duró tres días. Después de una terrible carnicería, completamente extenuados, se retiraron ambos ejércitos, sin que el triunfo se decidiera por ninguno de los dos bandos. Ante tan porfiada resistencia, el inca Yupanqui se convenció de que era imposible llevar más lejos su conquista; renunció al propósito

de someter a los *promaucas,* y ordenó a su general que se detuviera al norte del río Maule.

5.° *Situación de los araucanos.* — Establecida como frontera la línea del río Maule, entre el territorio de los *moluches* (gente de guerra) y los dominios del inca, los peruanos dieron a los indios chilenos el nombre de *promaucas,* que quiere decir enemigos libres.

De aquí nació para los *moluches* —de los cuales los araucanos eran la tribu principal — una especie de aislamiento forzado, en el cual vegetaron, sin participar de los pocos progresos que los incas habían traído a Chile.

Pueblo esencialmente guerrero, el araucano no atendía en la paz a otro objetivo que a la preparación para la guerra, y por eso las preocupaciones de sus hombres eran la caza y el adiestramiento en el manejo de las armas.

6.° *Costumbres.* — La extraordinaria afición a los deportes y el carácter esencialmente violento de los juegos, era otra de las características de esta raza y una prueba de que todo en ellas tendía al entrenamiento guerrero.

Sus principales juegos eran la *chueca* y el *linao,* y es digno de observarse que en el último, existían reglas y requisitos que en nada desmerecen de lo que es hoy el balompié entre nosotros.

7.° *Creencias.* — Creían en una vida futura, y rendían culto a ciertos dioses y a sus antepasados.

Eran supersticiosos, y creían en presagios cuyos secretos estaban en poder de ciertos sacerdotes, entre los cuales eran los principales los *dunguves* y los *machis.* Los primeros se ejercitaban en los conjuros, y los segundos se dedicaban a la medicina, *echando fuera los daños* y administrando ciertas hierbas cuyas virtudes medicinales conocían.

8.° *Origen del nombre de Chile.* — Hasta el mismo nombre de Chile parece tener su origen en el valor de

los araucanos, pues desde los tiempos más remotos, al ají, o pimiento (planta originaria de América), se ha llamado Chile, desde Méjico al Sur, y en varias provincias de España.

Parece natural que, existiendo una raza tan valiente que nadie podía someter, los indios, con su tendencia a objetivar, la hubieran designado, por lo brava, con el nombre de ají o Chile.

Los historiadores no están de acuerdo sobre el origen del nombre de Chile, y mientras unos lo atribuyen al canto de un pájaro, otros, como Rosales, lo hacen arrancar del nombre de un cacique de gran prestigio que reinaba en Aconcagua, y aun no faltan quienes lo hagan derivar de la voz quichua *chili*, que significa flor y nata de la tierra.

§ II

Los españoles.

Mezcla de celtas, de iberos, de galos, de romanos, de fenicios, de cartagineses, de griegos, de germanos (visigodos, suevos) y de árabes, la raza española forma como un conglomerado de razas que después de una larga gestación se ha purificado, llegando a formar un tipo único en que brillan todas las virtudes y no pocos de los defectos de las razas originarias.

Pueblo altivo, hidalgo, vigoroso e independiente, su historia es una lucha continuada en que, a la larga, siempre ha vencido. Invadido por los árabes y los moros, en el siglo VIII, luchó con ellos sin cesar, hasta que, unidos por el amor los dos principales reinos de la Península (Aragón y Castilla), en un común esfuerzo, lograron arrojar definitivamente al invasor, después de ocho siglos de incesante batallar.

Este fué el comienzo de una era de progreso que con Carlos V, le permitió ser el primer país de Europa y, al mismo tiempo, poder decir, con uno de sus reyes, que «en sus dominios no se ponía el Sol».

De admirables y variados aptitudes, el pueblo español ha brillado en las artes, en las ciencias y en las industrias; pero en lo que no ha tenido rival ha sido en las empresas de guerra o de aventuras.

De espíritu aventurero, es generoso, franco, vigoroso y sufrido cual hay pocos. Se amolda a todas las exigencias, a todos los climas y a todas las actividades; por esto, y, sobre todo, por su indomable valor, resultaba un soldado ideal para la titánica tarea que en América le esperaba. Con razón ha dicho de él un autor: «Su fuerza de resistencia física linda en lo maravilloso, y apenas se concibe cómo pudieron soportar los conquistadores tantas penalidades bajo los climas terribles del Nuevo Mundo.»

Tal vez por eso, el Destino le reservó la gloria de descubrir y conquistar la América, proeza magna que otro pueblo quizás no habría logrado llevar a cabo.

En la época del descubrimiento, España era uno de los pueblos más adelantados del Orbe, y se hallaba, por consiguiente, en situación de llenar la tarea de conquistar un mundo.

CAPITULO III

Viaje de Almagro.

SUMARIO: 1.º Fecha del descubrimiento.—2.º Origen del descubrimiento.—3.º Dificultades de la empresa.—4.º Fortuna y desprendimiento de Almagro.—5.º Organización de la expedición.—6.º Ruta de la expedición.—7.º Marcha de la expedición.—8.º Padecimientos de los expedicionarios.

1.º *Fecha del descubrimiento.*—La primera etapa de la conquista de América por los españoles fué el descubrimiento, empresa relativamente larga, debido a lo escaso de los contingentes en acción y a la dificultad de las comunicaciones.

Sólo cuarenta y cuatro años después de la llegada de Colón a las Antillas fué descubierto Chile, y esto ocurrió, más por accidente, que por la sucesión lógica de un premeditado plan (1536).

2.º *Origen del descubrimiento.*—Los descubridores del Perú, D. Francisco Pizarro y D. Diego de Almagro, que, en íntima unidad de acción y ligados por fraternal amistad, habían logrado el completo dominio de los aborígenes peruanos, se transformaron en encarnizados rivales cuando, ya ricos, les hirió la ambición de llegar a la cumbre del Poder.

Almagro, más benévolo, y, a la vez, más generoso que Pizarro, quiso evitar una contienda que prometía las más funestas consecuencias, y, sin considerar las dificultades, resolvió emprender la gigantesca empresa de descubrir a Chile. Esto ocurría a principios de 1535.

3.° *Dificultades de la empresa.* — La Historia no ha dado aún a este acontecimiento la importancia que tiene, porque no lo ha colocado entre las empresas más atrevidas y hermosas de que puede enorgullecerse la raza española.

Llegar a Chile en esa época, por los caminos y con los recursos con que Almagro contaba, era tarea que no podían llevar a buen término sino hombres de excepcional pujanza y tenacidad. Aun hoy, con los medios de que disponen los ejércitos modernos, esa empresa sería punto menos que imposible. ¡Y el que la concibió y llevó a cabo fué un hombre que pasaba ya de los sesenta años!

Resuelta la expedición, el primer trabajo de Almagro fué la organización y aprovisionamiento del ejército que le había de acompañar.

Considerados los pocos recursos y elementos militares que en esa época existían en el Perú, la enorme distancia a que se trataba de operar y las pocas y falsas noticias que de esas comarcas se tenían, la tarea que Almagro se proponía habría resultado imposible si no hubieran concurrido tres factores que sólo él podía poner en su favor: su gran fortuna y proverbial generosidad, las simpatías con que contaba entre los soldados españoles y la ayuda que le ofreció Manco Inca, quien le debía su puesto en el trono de Atahualpa.

4.° *Fortuna y desprendimiento de Almagro.* — Dada la época, la fortuna de Almagro podía considerarse fabulosa, pues pasaba en mucho de quince millones de nuestra actual moneda, y toda la invirtió y perdió en la para él estéril tarea de descubrir a Chile.

Este rasgo de no sobrepasada generosidad dice con elocuencia, cuán errados andan los que sostienen que a los conquistadores de América no les guiaba otro móvil que una desordenada ambición y codicia. Podrá alegarse que a Almagro le sedujeron las falsas noticias que los indios hicieron circular sobre las enormes riquezas que en

Chile existían; pero, sobre ser ésto poco probable en un hombre tan rico y ya anciano, en nada desvirtúa la única afirmación verdadera de que a los españoles los impulsaba, más que todo, su sed de gloria y de aventuras y el deseo de propagar la religión católica. La actitud de Almagro, aunque en menor escala, fué imitada, tras cortos años, por el distinguido oficial español D. Pedro de Valdivia, y esto, cuando ya se sabía de un modo cierto que Chile era país pobre y que conquistarlo era obra de romanos. A ser sólo la codicia el móvil que guiaba a los españoles, Chile no habría sido nunca conquistado.

Para reunir luego el ejército que necesitaba, Almagro gastó su capital a manos llenas; compró armas, equipos y caballos, pagó sueldos y adelantó dinero a cuantos lo desearon. Se cuenta que al alcaide de la cárcel de Santo Domingo, D. Bartolomé Pérez, le dió, «por haberle entregado una adarga (escudo de cuero en forma de corazón), cuatrocientos pesos y una olla de plata que pesaba cuarenta marcos.» Se dice también que a un Sr. Montenegro, por el primer gato castellano llegado al Perú, le pagó seiscientos pesos.

5.° *Organización de la expedición.*—La ayuda que le prestó Manco Inca fué muy oportuna y eficaz. Contribuyó a la expedición con 15.000 yanaconas (indios auxiliares), puestos a las órdenes de su hermano Paullo Toppo y del gran sacerdote Villacumu. Así mandados, esos indios estaban llamados a prestar eficacísimos servicios en el transporte de vituallas y demás elementos que formarían la impedimenta del ejército. Los dos jefes, además, con su prestigio, allanarían cualquiera dificultad que pudiera ofrecerse en el camino, y aun en el mismo Chile, que se hallaba bajo el dominio del inca.

Las fuerzas españolas que Almagro alcanzó a equipar y armar pasaron de 500 hombres, los que, unidos a los 15.000 yanaconas, formaron una fuerza respetable y una

columna muy difícil de mover por caminos malos y por comarcas desamparadas.

6.° *Ruta de la expedición.* — Antes de partir de Cuzco, Almagro había hecho adelantar a los dos jefes indios, acompañados de cinco españoles, para que fundaran o echaran las bases de una aldea a más de ciento cincuenta leguas al Sur. Mandó en seguida a D. Juan de Saavedra con cien soldados, el cual se dirigió a Charcas en busca de la referida aldea, que se llamaba Paria.

De esta suerte, fueron sólo cuatrocientos los que salieron de Cuzco con Almagro, con el propósito, sí, de juntarse más tarde con los otros ciento.

Nombró como teniente general a Rodrigo de Ordóñez, y le encargó quedar en Cuzco reclutando nuevos soldados con los cuales debía alcanzarlo más tarde, para servirle de refuerzo o de apoyo en caso de un revés. Como maestre de campo nombró a Rodrigo Núñez, y al capitán D. Diego Maldonado lo hizo su alférez general.

Aconsejado por los dos jefes indios, envió hacia Tariga (unas doscientas leguas al Sur de Cuzco) a Juan Zebico con dos soldados y algunos indios orejones (nobles), con el objeto de encontrar a Guaillullo, capitán del inca, que venía desde Chile con el tributo que este país pagaba periódicamente al Gobierno del Perú.

Con una orden del hermano del inca (Paullo), el capitán Guaillullo se dirigió a Tupisa, y allí entregó a éste el tesoro que estaba encargado de conducir. Se componía el tal tesoro, en su mayor parte, de tejos de oro que iban en pequeños cofres, llevados en andas por cuatro indios.

Largas y penosas fueron las jornadas que salvó el ejército para llegar desde Cuzco a Tupiza, bordeando el lago Titicaca y siguiendo el curso del Desaguadero; pero aun mayores, e inmensamente más penosas, eran las que quedaban por hacer, y, por esto juzgó prudente Almagro conceder a sus tropas un largo descanso.

Quedó aquí dos meses, y en seguida emprendió de nue-

vo la marcha hacia el Suroeste, para cruzar el valle de Jujui y abordar en seguida la travesía de la gran mole cordillerana, frente a Copiapó.

8.º *Padecimientos de los expedicionarios.* —Muy difícil sería narrar todas las dificultades y padecimientos que los españoles tuvieron que soportar para llevar a buen término la aventurada empresa de cruzar los Andes por su parte más alta y escarpada. En la buena estación habría sido ya una proeza hacerlo con tal cantidad de gente; pero en invierno—como lo hizo Almagro—fué una imprudencia, que sólo puede perdonarse por el desconocimiento absoluto que el jefe español tenía de la región en que iba a operar.

Para no hablar de otros padecimientos, bastará referirse al frío, tan violento en esa altura y estación, que los indios morían a millares.

No hay para qué buscar la causa de esa gran mortandad en el mal trato que los españoles daban a los indios, pues cualquiera que éste hubiera sido, el resultado no habría sido otro que el casi total exterminio por el frío, de esa gente, nacida en un país tropical, que desconocía tan bajas temperaturas y que viajaba casi desnuda. No estaba en el interés de los españoles la pérdida de sus yanaconas, que tan útiles servicios les prestaban, y para convencerse de que fué sólo la extremada crudeza del clima la que causó tanta mortandad, bastará recordar que, a más de los 10.000 indios, murieron 156 españoles (más del 30 por 100) y 40 caballos.

No es posible suponer que los españoles trataran mal a sus caballos, que, a más de serles indispensables, costaban crecidas sumas (de dos a cuatro mil pesos), y, sin embargo, murieron muchos, lo que prueba que el frío fué tan extraordinario, que no necesitó ayuda alguna para casi arruinar al ejército.

No sólo con la Naturaleza tuvo Almagro que luchar en este penoso viaje, sino también con las numerosas

tribus de indios que encontraba en su camino, entre las cuales la que más molestias le causó, fué la que se le opuso, en repetidos combates, durante la travesía del valle del Jujui.

Por fin, después de incontables padecimientos por el frío, el hambre (que obligó a los españoles a comer una pasta de algarrobo) y la puna o soroche, llegó el ejército expedicionario, hambriento y en miserable estado, al valle del Copiapó, donde, con la ayuda de los indios, se repuso en varios días.

CAPITULO IV

Almagro en Chile.

SUMARIO: 1.º Llegada de Almagro. — 2.º Sus propósitos. — 3.º Falsa conducta de los indios. — 4.º Las represalias de los españoles. — 5.º Llegada al valle del Aconcagua. — 6.º Recibimiento. — 7.º Traición y castigo de Felipillo. — 8.º Nueva generosidad de Almagro. — 9.º Llegada del primer barco a las costas de Chile. — 10. Se inicia el reconocimiento del país. — 11. Llegada de refuerzos. — 12. Regreso de Almagro. — 13. Magallanes.

1.º *Llegada de Almagro.* — La llegada de los españoles causó, como era natural, el mayor asombro entre los indios. El color, los trajes, las armas y, especialmente, los caballos, les llenaron de admiración, y en ocasiones, hasta de religioso respeto.

2.º *Sus propósitos.* — La norma que Almagro se había impuesto era obrar con bondad y con justicia mientras fuera posible, y al efecto, en la mejor forma, solicitó hospitalidad y alimentos.

3.º *Falsa conducta de los indios.* — Los indios, dominados por el temor que los españoles les infundían, accedieron en todo y se mostraron sumisos; pero sin dejar de alentar en sus almas la esperanza de librarse de los invasores en cuanto les fuera posible. Por eso, tres españoles que algún tiempo antes se habían adelantado, como exploradores, fueron separadamente asesinados, como lo fueron, poco tiempo después, cuatro indios orejones que Paullo Toppo había enviado, como mensajeros de paz, ante los caciques de Huasco.

4.º *Represalias de los españoles.*—Estos hechos dieron lugar a que Almagro, para garantizar su seguridad futura, tomara represalias, que le han originado serias críticas.

Para los que ven las cosas a través de varios siglos y de una evolución completa de refinada cultura, los medios violentos de que los españoles echaron mano en varias ocasiones son difíciles de justificar. Pero si con la mente se trasladan a la época en que los sucesos se desarrollaron; si piensan en que la lucha se hallaba entablada con pueblos primitivos que desconocían las más elementales leyes de la Humanidad, con pueblos en cuyas promesas y lealtad no se podía confiar, y cuyos procedimientos de guerra eran bárbaros y crueles, fácil es arribar a la conclusión de que, fatalmente, tenía que llegar el momento en que resolvieran los españoles, por su propia seguridad, emplear recursos y procedimientos semejantes a los que los indios empleaban.

En estos mismos momentos, las convenciones y tratados, tendientes a hacer más humanas las guerras, no rigen sino entre los países que los han suscrito. ¿Por qué? Porque no sería posible ni humano pedir a un beligerante que diera toda clase de garantías de buen trato a un enemigo que no le ofreciera ninguna.

Abandonados a sus propias fuerzas, en países desconocidos e inclementes; rodeados de enemigos, a veces implacables, no era posible pedir a los españoles, y en una época en que las leyes de la guerra eran aún desconocidas, que fueran intachables en sus procedimientos y bondadosos y clementes en toda ocasión.

5.º *Llegada al valle del Aconcagua.*—Tras un descanso de un mes, los españoles siguieron su viaje hacia el Sur, y al llegar al valle del Aconcagua tuvieron la agradable sorpresa de ser recibidos, entre varios caci-

ques, por un soldado español que desde tiempo atrás se hallaba entre los indios.

Pedro Calvo Barrientos era el soldado que, habiendo sido castigado en el Perú en una forma vergonzosa, se hallaba desde hacía algunos años gozando de una situación privilegiada entre los indios chilenos.

6.° *Recibimiento.* — A la noticia del avance de los españoles, los indios consultaron a Calvo Barrientos sobre la actitud que les convendría asumir, y él, olvidando el agravio que Almagro le había hecho (le hizo cortar las orejas, por ladrón), aconsejó recibirlos con toda clase de agasajos y deferencias. Almagro, por su parte, se mostró también muy deferente con Calvo.

Tan amable acogida hizo que Almagro prolongara gustoso su estancia entre sus nuevos amigos, sin el menor entorpecimiento. Siempre que los indios se portaban bien, ocurría lo mismo.

7.° *Traición y castigo de Felipillo.* — Un buen día, sin embargo, notó Almagro, al amanecer, que sus yanaconas habían desertado. Averiguando el asunto, resultó que tan extraño suceso se debía a las intrigas de un indio peruano, que servía de intérprete, y que se llamaba Felipillo. Era éste un indio joven, intrigante y ambicioso, que deseaba, nada menos, que llegar a ser inca del Perú.

Con el probable propósito de hacerse reconocer como jefe de los indios, hizo creer a éstos que el proyecto de los españoles era asesinarlos a todos, suceso que ellos no podían evitar, si no se sublevaban y los exterminaban primero.

Para castigar tal felonía, Almagro hizo perseguir a Felipillo, y, habiendo logrado aprehenderlo, le condenó a ser descuartizado. Con esto volvió a reinar la calma en el campamento, y ya Almagro pensó en continuar sus exploraciones.

8.° *Nueva generosidad de Almagro.* — Conviene, antes

de seguir adelante, recordar otro incidente que acentúa la gran generosidad de Almagro. Queriendo Paullo Inca halagar a los españoles y recompensar en algo sus sacrificios, ordenó a los indios que reunieran la mayor cantidad posible de oro, y, hecho esto, entregó a Almagro un tributo equivalente a 500.000 ducados. (Aproximadamente, unos tres millones y medio de nuestra actual moneda.)

Dueño Almagro de esta fortuna, en la cual bien pudo ver sólo un reintegro de parte de la enorme suma gastada por él en la organización de la campaña, sin vacilar la repartió entre todos sus compañeros, y, no contento con esto, en un gesto de supremo desdén por el dinero, perdonó a todos las gruesas sumas que le adeudaban, diciendo: «Nada me debéis», y rompió los comprobantes que tenía. ¡Y es a esta gente a quien se acusa de no haber tenido otro móvil que la codicia!

9.° *Llegada del primer barco.* — Por este tiempo llegó a Chile un buque con víveres y repuestos para la caballería, el *Santiaguillo*, resto de una escuadrilla de tres buques que Almagro había dejado en el Perú preparándose para reforzarlo por mar. Llegó éste, el primer buque que cruzara las aguas de Chile, al puerto de los Vilos, y renovadas las herraduras de los caballos con los elementos que traía, se pensó en aprovecharlo en una expedición de reconocimiento.

10. *Se inicia el reconocimiento del país.* — Para abarcar en una exploración todo el ancho del país, Almagro organizó cuatro expediciones: una iba en el *Santiaguillo*, con el encargo de reconocer la costa, y las tres restantes fueron repartidas entre la costa y la cordillera, dejando en el centro la que debía recorrer el valle central, y que iba al mando del capitán Gómez de Alvarado. Salvo la última, todas fracasaron.

El *Santiaguillo* no pudo llegar sino a Concón; el destacamento de la costa, a una gran bahía que el jefe Juan

de Saavedra bautizó con el nombre de Valparaíso, en recuerdo de la villa española en que había nacido; y la de la cordillera, regresó apenas se dió cuenta de que la inmensa mole se hallaba cubierta de nieve. La compañía de Gómez de Alvarado, avanzando en un territorio más propicio, pudo llegar hasta el Maule, donde —como los incas— chocó con los bravos *promaucas*, que le ofrecieron porfiada resistencia.

Estos indios se desconcertaron un poco al principio, con la presencia de los caballos y el estampido de las armas de fuego; pero muy pronto su natural arrojo los hizo reaccionar, y habrían acabado con los yanaconas que formaban adelante, si los españoles no hubieran intervenido. El choque fué tan recio y la lucha tan dura, que vencidos y vencedores salieron de ella con deseos de no volver a probar fortuna. Por esó, apenas se retiraron los indios, el capitán español volvió grupas y regresó al Aconcagua, dando por terminada su misión. Una vez más los araucanos mantenían su frontera.

11. *Llegada de refuerzos.* — Coincidió con estos sucesos la llegada del teniente general Rodrigo Ordóñez, que, como se recordará, había quedado en el Perú reclutando tropas. En buena hora llegaba con un refuerzo *de 250 soldados;* pero éste no pudo ser aprovechado, porque con él venía Juan Rada (o *Arrada*) trayendo la real cédula en la cual se reconocía a Almagro como adelantado de la Nueva Toledo, situando esta jurisdicción, de un modo vago, en el sur del Perú.

12. *Regreso de Almagro.* — Ante estos nuevos hechos, Almagro creyó indispensable regresar luego al Perú para aclarar su situación con Pizarro, que al mismo tiempo había sido nombrado adelantado de la Nueva Castilla, sin establecerle tampoco los límites precisos de su gobierno.

Resuelto a regresar, Almagro convocó un Consejo, en el cual tomó parte Paullo Inca, y le propuso que re-

solvieran por cuál camino se debían dirigir de nuevo al Perú. La opinión del indio fué que se debía elegir el camino de la costa, y, como la fundara con acierto y buenas razones, esta opinión prevaleció, resolviéndose el inmediato regreso.

Para evitar que faltara el agua — con previsión digna de elogio —, hizo Almagro adelantar un grupo de indios y españoles, encargados de ir reconociendo y arreglando las aguadas. Gracias a esta precaución y a una marcha escalonada, el avance por una costa tan árida como es la nuestra, pudo hacerse sin ningún grave entorpecimiento.

De esta suerte, salidos de Copiapó a fines de 1536, los expedicionarios se hallaron en Arequipa en los primeros meses de 1537. La campaña de Chile había durado, aproximadamente, un año.

13. *Magallanes.* La empresa de Almagro es la que la Historia conoce con el nombre de Descubrimiento de Chile, aunque, en estricta verdad, no lo fué. Quince años antes, el 1 de noviembre de 1520, una expedición española, al mando del marino portugués Hernando de Magallanes, había tocado tierra chilena, atravesando el Estrecho de Magallanes en busca de un camino para la India.

Esta expedición, famosa en la Historia por haber sido la primera que realizó la proeza de dar la vuelta al mundo, partió de Sanlúcar de Barrameda (Andalucía) en septiembre de 1519, y se halló de regreso en el año 1522.

Sufrió en el camino la desgracia irreparable de perder a su comandante en un combate con los indios de las islas Filipinas.

CAPITULO V

Almagro en el Perú.

SUMARIO: 1.º Llega Almagro al Perú e intenta una reconciliación. — 2.º Guerra civil. — 3.º Batalla de las Salinas y muerte de Almagro.

1.º *Llega Almagro al Perú e intenta una reconciliación.* — El regreso de Almagro al Perú fué la chispa que encendió la guerra civil entre los partidarios de este caudillo y los de su antiguo amigo Francisco Pizarro.

Previendo los funestos resultados de esta guerra fratricida, intentaron llegar a un arreglo amistoso, y, al efecto, concertaron una entrevista en un lugarejo llamado Mela. Desgraciadamente, las pretensiones de ambos no pudieron conciliarse, y la ruptura definitiva se produjo.

2.º *Guerra civil.* — Convencido Almagro de la inferioridad de sus fuerzas, se retiró hacia el Cuzco, destruyendo los caminos y cortando los puentes.

En el Cuzco se hallaba Hernando Pizarro, que, con sus hermanos y unos 200 hombres, tenía el encargo de defender la ciudad. Almagro disponía de unos 450 soldados.

Después de algunas negociaciones en que no se pudo llegar a ningún acuerdo, sobre si el Cuzco pertenecía a Nueva Toledo (dominio de Almagro) o a Nueva Castilla (dominio de Pizarro), se pactó un armisticio de algunos días, armisticio que violó Almagro—porque se creyó engañado—asaltando de noche la ciudad, cuan-

do los Pizarros se hallaban desapercibidos. El resultado fué que Almagro, sin gran esfuerzo, se tomó la ciudad, reduciendo a prisión a los hermanos Pizarro (Hernando y Gonzalo).

Acto seguido salió contra Alonso de Alvarado que, al frente de unos cuatrocientos treinta soldados (no todos fieles), había ocupado las posiciones de Abancay.

Almagro, a la cabeza de una fuerza igual y de numerosos indios, atacó por sorpresa al amanecer del 13 de julio de 1537, y con poco esfuerzo puso en fuga al ejército contrario, del cual muchos se pasaron a su bando, y tomó prisionero à Alvarado.

Se siguieron numerosos intentos de reconciliación entre Almagro y Pizarro; pero como no llegaron a ningún resultado, y Pizarro se sintiera ya lo suficientemente fuerte para decidir en su favor la contienda, ordenó el avance de su ejército hacia el Cuzco.

Las fuerzas de Pizarro, que iban al mando de sus dos hermanos (Alonso se había fugado de la prisión y Hernando había sido puesto en libertad), tomaron la ofensiva, y en la mañana del 26 de abril de 1538 dieron alcance, en las Salinas, a las de Almagro, mandadas por Rodrigo Ordóñez. Almagro se hallaba ya tan enfermo, que no podía dirigir sus tropas.

3.° *Batalla de las Salinas y muerte de Almagro.*— Ambos bandos se batieron con denuedo, sobresaliendo, por el lado de Pizarro, un joven oficial llamado Pedro de Valdivia, y, por el de Almagro, Rodrigo Ordóñez, que tan luego dirigía a sus huestes, como peleaba a la cabeza de ellas.

Las fuerzas de Almagro, muy inferiores en número, cedieron al fin el campo, y su caudillo, el viejo mariscal, cayó prisionero, para ser seis meses después ejecutado por Pizarro.

Así terminó su azarosa vida uno de los guerreros más esforzados que viera el Nuevo Mundo y el primer espa-

ñol que con sus tropas pisara el suelo chileno. Eternamente vivirá su nombre al lado de las grandes figuras de la Humanidad. Almagro, como Hernán Cortés, ese gigante que quemó sus naves frente al inmenso signo de interrogación que significaba Méjico, más que personajes históricos, parecen figuras de los tiempos heroicos de la antigua Grecia.

Sin embargo, el origen de Almagro no podía ser más humilde. Hijo de padres desconocidos, ya al nacer fué abandonado a sus propias fuerzas en el atrio de una iglesia, y entregado después a la caridad pública. Todo se lo debió a sí mismo, y por eso su vida encierra una gran lección.

SEGUNDA PARTE

Conquista de Chile

SEGUNDA PARTE

Conquista de Chile

CAPITULO PRIMERO

Pedro de Valdivia.

SUMARIO: 1.º Mala fama de Chile. — 2.º Proyecto y petición de Valdivia. — 3.º Quién era Valdivia. — 4.º Valdivia organiza la expedición. — 5.º Sancho de Hoz. — 6.º Partida de la expedición. — 7.º Llegada a Tarapacá. — 8.º Llegan refuerzos. — 9.º Llega Sancho de Hoz. — 10. Valle de Atacama. — 11. Toma de posesión. — 12. La resistencia de los indios. — 13. Llegada al Mapocho. — 14. Elección del punto en que se debía fundar Santiago. — 15. Fundación de Santiago.

1.º *Mala fama de Chile.* — La expedición de Almagro produjo tal descrédito a Chile, como país digno de ser conquistado, que llegó a ser cosa corriente oír decir en el Perú que «no podía dar qué comer a cincuenta españoles», y que debía «huírse de él como de la peste».

No es extraño, pues, que pasaran tres años sin que nadie pensara en renovar la aventura de dirigirse a Chile.

2.º *Proyecto y petición de Valdivia.* — Grande fué, por esto, la sorpresa de Pizarro cuando su maestre de campo, uno de los oficiales más distinguidos de su ejército, solicitó permiso y título para conquistar al que se creía el más pobre de los países de América.

Convencido el mismo Pizarro de que la empresa de conquistar a Chile no ofrecía expectativa alguna de buen éxito, trató por todos los medios de disuadir a Valdivia de tal proyecto; mas viendo que éste no cejaba en su intento, le concedió el permiso que solicitaba.

3.° *Quién era Valdivia.* — Era Valdivia el oficial más prestigiado y distinguido de los que formaban en las filas de Pizarro. Militar de profesión, había servido en la infantería española desde su juventud, y asistido, con los mejores generales, a las campañas de los Países Bajos y de Italia.

Se halló en la toma de Milán y en la batalla de Pavía, en esa famosa batalla en que, tras el largo sueño de la Edad Media, la infantería volvió por su perdido prestigio, derrotando a la brillante caballería francesa y tomando prisionero a su Rey, Francisco I. A estos antecedentes unía Valdivia una ilustración poco común entre sus compañeros, una viva inteligencia, carácter amable, una gran figura y dotes caballerescas y de hidalguía que lo hacían especialmente considerado.

Pizarro sentía por él el más vivo afecto, y se lo había probado, dándole en su ejército una situación sobresaliente, distinguiéndole con el puesto de confianza de maestre de campo y concediéndole una encomienda y la más rica mina de plata que entonces había en el Perú: la llamada Porco.

Se hallaba, pues, Valdivia, en camino de hacer una gran carrera; todo le sonreía, y su porvenir estaba asegurado, mientras él mismo no torciera violentamente el camino de su vida. Esto, que era lo menos probable, fué lo que ocurrió, solicitando de Pizarro que lo nombrara su teniente en Chile y lo autorizara para conquistar este país.

4.° *Valdivia organiza la expedición.* — Conseguida la autorización, inició Valdivia la tarea de organizar el ejército que lo había de acompañar. La costumbre había establecido que cada caudillo costeara todos los gastos que

las expediciones irrogaran: la organización, armamento, vestuario y mantenimiento de las tropas a sus órdenes; y como Valdivia — aunque rico — no contaba con la inmensa fortuna de Almagro, se vió obligado a conformarse con un ejército que no pasara de ciento cincuenta hombres. En los preparativos de esta expedición gastó Valdivia toda su fortuna, y hasta contrajo deudas que llegaron a 70.000 castellanos oro. Por último, como le faltaran aún recursos, asoció a su empresa a un comerciante llamado Francisco Martínez, quien le proporcionó armas, equipos y caballos por un valor de 9.000 pesos.

Muchas fueron las dificultades que tuvo que vencer, no sólo por el exagerado precio que alcanzaban los elementos de que debía echar mano, sino por lo reacios que se mostraban los soldados para tomar parte en una expedición de ese género.

5.° *Sancho de Hoz.* — Cuando ya todo se hallaba listo, un nuevo inconveniente vino a cruzar los planes de Valdivia. Se presentó a Pizarro D. Pero Sancho de Hoz, provisto de una cédula real por la que se le autorizaba para emprender la conquista de doscientas leguas de tierra. al Sur del Perú.

Como no era posible desentenderse de esta orden real, ni armonizarla con el proyecto de Valdivia, Pizarro propuso una transacción, en virtud de la cual se acordó que la conquista se haría en común. Ponía Valdivia los elementos con que ya contaba en hombres, armas y caballos, y se comprometía De Hoz a proporcionar dos buques, cincuenta caballos, doscientas coracinas (corazas ligeras) y un buen número de prendas de vestuario para los soldados. Por una estipulación firmada el 28 de diciembre de 1539, De Hoz tenía un plazo de cuatro meses para concurrir con su aporte.

6.° *Partida de la expedición.* — Libre así Valdivia de toda traba, en enero de 1540 pudo ya emprender la marcha, saliendo de Cuzco a la cabeza de siete hombres

(algunos historiadores dicen quince). Los restantes, hasta completar 150, se debían ir juntando en el camino, porque habían sido reclutados en distintos puntos.

Entre las personas más descollantes de las que ofrecieron a Valdivia sus servicios merecen citarse: capellanes de la expedición, licenciado Pozo y el bachiller Rodrigo González Marmolejo (el que más tarde había de ser el primer obispo de Chile); Alonso de Monroy, a quien—como persona de confianza—nombró su teniente general; capitán Francisco de Villagra, bizarro oficial, que aportó, junto con su concurso, el de cuarenta españoles que ofrecieron sus voluntarios servicios; capitán Francisco de Aguirre, muy amigo de Valdivia y famoso por su valor, y Jerónimo de Alderete, otro no menos sincero y constante amigo.

7.° *Llegada a Tarapaca.*—Tres meses después de la salida de Cuzco, Valdivia se hallaba en el valle de Tarapaca, con tan poca gente aun, que resolvió no seguir mientras no se le juntara un número prudencial de tropas.

Hasta ese momento no contaba sino con 20 soldados. ¿Adónde ir con ese puñado de individuos? No se desanimó, sin embargo, Valdivia. Envió a Pero Gómez de Don Benito, su maestre de campo, en busca de gente y recursos, y resolvió esperar su regreso.

8.° *Llegan refuerzos.*—Felizmente, cuando Gómez de Don Benito regresó (por cierto sin socorro alguno), ya comenzaban a llegar las diversas partidas con que Valdivia contaba, y así, poco tiempo después, con la llegada de Villagra y Bohón, que concurrieron con 70 hombres, pudo reanudar su marcha hacia el valle de Atacama.

Resuelto a seguir la ruta de la costa, y sabedor de que tenía que salvar un gran desierto, dividió sus tropas en varias partidas, que fué lanzando, con uno o más días de intervalo, con el objeto de que no faltara el agua en las pocas fuentes con que se contaba.

Esta preocupación era indispensable, porque, si bien los españoles eran pocos, los indios que iban como yanaconas no bajaban de mil. (Según algunos autores, tres mil). A la vez que para transportar la carga, servían éstos como guías, aunque en este último concepto más útiles fueron los 13 españoles que, habiendo acompañado a Almagro, hacían ahora lo propio con Valdivia.

Muchos fueron los sufrimientos que los expedicionarios tuvieron que soportar, especialmente en la travesía del desierto.

9.º *Llega Sancho de Hoz.* — Según el contrato firmado en Cuzco, Pero Sancho de Hoz debía concurrir con su aporte de caballos y elementos para la campaña antes de terminar el mes de abril; pero no se presentó ni en abril ni en mayo, por lo cual Valdivia se sintió desligado de todo compromiso para con él.

En los primeros días de junio, cuando la expedición se hallaba a una o dos jornadas de Atacama la Chica (a doce leguas), mientras Valdivia estaba ausente, Sancho de Hoz llegó furtivamente al campamento y penetró en él, con el propósito de asesinarle.

Fracasado en su proyecto, puesto en prisiones por Valdivia y procesado por intento de asesinato, estuvieron a punto él y sus compañeros (que fueron tres) de perder la vida. Mas Valdivia perdonó, y cuando, voluntariamente, Sancho de Hoz renunció a sus derechos, «haciendo dejación de una provisión que el marqués don Francisco Pizarro le había dado», le concedió autorización para seguir con él en las mismas condiciones y con las mismas expectativas que los demás expedicionarios.

10. *Valle de Atacama.* — Para reponerse de la larga travesía del desierto, los expedicionarios quedaron dos o tres meses en el valle de Atacama, aun cuando la poca hospitalidad de los indios hizo muy desagradable la permanencia.

No les fué mejor en el valle de Copiapó, donde, a la falta de alimentos (retirados por los indios), se unió la hostilidad de los aborígenes, que se mostraron agresivos. Las tunas (higos chumbos) les fueron de gran ayuda para mitigar el hambre.

Aquí se juntó la última de las partidas de tropa que Valdivia esperaba, y con ella su pequeño ejército llegó a 150 hombres.

11. *Toma de posesión.* — Fué en este valle donde Valdivia creyó llegado el momento de tomar posesión del nuevo reino, en nombre de Su Majestad Carlos V, y llamando a un escribano y formando su tropa en cuadro, con toda solemnidad lo hizo, declarando en alta voz que en el referido nombre «tomaba posesión de las provincias y valles de Chile por sí y por las demás provincias y reinos que descubriera». Para borrar hasta el recuerdo del país que de tan mala fama gozaba, cambió el nombre de Chile por el de Nueva Extremadura.

12. *La resistencia de los indios.* — Pasma considerar con qué elementos comenzaba Valdivia la conquista del pueblo más pobre y, a la vez, más belicoso e indomable de la América. *Ese puñado de valientes iba a iniciar la historia de la guerra más larga, más tenaz y más heroica que recuerdan los anales del mundo.*

Y para que desde el principio no les cupiera duda sobre la calidad de la empresa en que se aventuraban, sus primeros pasos hacia el valle de Copiapó fueron ya hostilizados por grandes partidas de indios, que varias veces lograron tenerlos en jaque.

Sin suspensión alguna de hostilidades, tras largos trabajos, cansados y maltrechos, los expedicionarios llegaron al valle del Aconcagua, donde, por su mal, chocaron con Michimalongo, el cacique de más prestigio y poder de toda esa región. Hombre valiente y tenaz, hostilizó sin cuartel a los invasores, rehaciendo sus huestes después de cada

contraste, para reaparecer con nuevos bríos en otra dirección.

13. *Llegada al Mapocho.* — Por fin, después de once meses de marcha, llegó Valdivia al valle del Mapocho en busca de un descanso que harto necesitaba su gente. La fecha precisa de la llegada parece ser el 13 de diciembre de 1540, día de Santa Lucía, y causa probable del nombre dado al cerro, que entonces se llamaba Huelén.

Su primer cuidado fué ponerse en contacto con los indios, tomando a varios de ellos «sin les hacer mal, y con ellos envié a llamar los caciques, diciéndoles que me viniesen de paz y no temiesen, porque les quería hacer saber la causa de mi venida y saber sus voluntades». (Carta de Valdivia a Hernando Pizarro, de 4 de septiembre de 1545.) Merece acentuarse el hecho de que el primer empeño de Valdivia fué ganarse la voluntad de los indios por medio de la bondad y el buen trato, y que con ello no hacía sino seguir el camino de Almagro y de muchos otros.

Respondiendo a la llamada, concurrieron los caciques, y oyeron de Valdivia (por medio de un intérprete) la resolución que éste tenía de establecerse en el país, porque así se lo ordenaba su Rey, y la conveniencia para los indios de servir a los cristianos, como lo hacían los indios y caciques del Cuzco.

Conformes, al parecer, se retiraron los indios de esta entrevista, y, haciendo honor a sus promesas, comenzaron a cooperar en la construcción de la ciudad.

14. *Elección del punto en que se debía fundar Santiago.* — Valdivia eligió el valle del Mapocho, al pie de los cerros Blanco, San Cristóbal y Santa Lucía, para asentar sus reales, porque halló la región hermosa, agradable el clima, muy densa la población indígena — lo que prometía abundancia de recursos —, excepcionalmente adelantada la agricultura y muy apropiado el lugar para establecer un campo atrincherado.

Digno de especial mención es que los indios empleaban ya en agricultura los canales de regadío, por medio de los cuales cultivaban intensamente toda la zona comprendida entre Apoquindo, Tobalaba y Ñuñoa. Para fundar la primera ciudad, que llamó Santiago de Nueva Extremadura, Valdivia eligió la isla que el Mapocho formaba, dividiéndose en dos brazos, un poco al Oriente de Santa Lucía (cerro que los indios llamaban Huelén) y volviéndose a unir como una legua al Poniente de Chuchunco. Es indudable que el factor decisivo en esta resolución fué las espléndidas condiciones tácticas que ofrecía un lugar, rodeado de agua y apoyado en un peñón abrupto.

15. *Fundación de Santiago.*—La fundación de Santiago tuvo lugar el 12 de febrero de 1541. Para darle forma definitiva y estabilidad administrativa, Valdivia se preocupó luego de crear una municipalidad (o Cabildo), que quedó constituída el lunes 7 de marzo de 1541. Se componía de dos alcaldes ordinarios, seis regidores, un mayordomo y un procurador. Se comprende que las elegidas fueron las personas más adictas y que más confianza inspiraban a Valdivia. Cuatro días más tarde, todos los miembros del Cabildo prestaban el juramento de estilo ante el teniente de Pizarro, D. Pedro de Valdivia.

CAPITULO II

Valdivia, gobernador.

SUMARIO: 1.° El Cabildo nombra gobernador a Valdivia y éste no acepta. — 2.° Lo nombra el Cabildo abierto. — 3.° Primeros nombramientos reales.

1.° *El Cabildo nombra gobernador a Valdivia y éste no acepta.* — Como comenzara a circular entre los indios la noticia de que el hijo de Almagro había asesinado a Pizarro (esto ocurría un mes antes de acaecer el hecho), el Cabildo, con la intención de afianzar la autoridad de Valdivia, se reunió el 10 de mayo y resolvió cambiar el título de teniente de D. Francisco Pizarro, que era el que poseía Valdivia, por el de gobernador por el Rey, y pidió a su procurador que así se lo propusiera.

Por unanimidad fué aceptada la proposición, y comunicada inmediatamente a Valdivia. Contra lo que se esperaba, Valdivia no aceptó, y pidió tiempo para contestar. Dos días después, requerido de nuevo el Cabildo por su procurador, volvió a insistir ante Valdivia, con el resultado, esta vez, de que el teniente se negó abiertamente a recibir el título de gobernador.

2.° *Lo nombra el Cabildo abierto.* — Se recurrió entonces a un Cabildo abierto, y como en él se ratificara el nombramiento de gobernador y se aclamara a Valdivia, juzgó éste prudente aceptar el nuevo puesto, y así fué como quedó ungido gobernador de Chile el 10 de junio de 1541.

3.° *Primeros nombramientos reales.* — Uno de sus pri-

meros actos fué llenar la vacante que él dejaba, nombrando teniente gobernador y capitán general a su fiel y meritorio servidor D. Alonso de Monroy.

Algunos días más tarde extendió los nombramientos de los primeros oficiales reales de Chile, con los cuales fueron favorecidos: Jerónimo Alderete, en calidad de tesorero; Francisco Arteaga, como contador; Juan Fernández de Alderete, como veedor, y Francisco de Aguirre, como factor.

CAPITULO III

Primeros días de la colonia.

SUMARIO: - 1.º Política de Valdivia. — 2.º Primeros síntomas de sublevación. — 3.º Proyectos de Valdivia. — 4.º Para conjurar el peligro inmediato. — 5.º Clemencia de Valdivia. — 6.º Aparece la primera mina de oro. — 7.º Se inicia la construcción del primer buque. — 8.º Matanza de españoles. — 9.º Complot contra Valdivia. — 10. Destrucción de Santiago. — 11. Doña Inés de Suárez. — 12. Sacrificio de siete caciques y triunfo de los españoles.

1.º *Política de Valdivia.* — Aunque los indios se mostraban sumisos y ayudaban a los españoles en la construcción de las primeras casas, Valdivia no descansaba en la seguridad de una verdadera sumisión, y, atento siempre a evitar un alzamiento, no cesaba de propagar su resolución de permanecer indefinidamente en el país y de no molestar a los indios, sino, por el contrario, ayudarles y enseñarles todo lo que fuera posible. Esto, unido a un trato paternal, parecía dar derecho a esperar una era de calma; pero no estaba en la índole de los indios la sumisión, y una vez recogidas las cosechas, los españoles pudieron observar que comenzaban a retirarse y a mostrarse altaneros e irrespetuosos.

2.º *Primeros síntomas de sublevación.* — En vano agotó Valdivia los medios pacíficos de conciliación, pues sólo consiguió que, tomado por temor lo que sólo era prudencia, se hicieran cada vez más violentos y agresivos.

Preparándose el ánimo de los indios para la lucha

y robusteciéndose su espíritu con el reforzamiento incesante de sus filas, con cada día que pasaba aumentaba el peligro para los españoles y la necesidad de tomar algunas medidas salvadoras, porque los indios se mostraban ya francamente retraídos, y aun hostiles.

3.° *Proyectos de Valdivia.* — Después de mucho meditar, Valdivia se convenció de que no había solución posible sin contar con un barco y con una gran cantidad de oro. Necesitaba un barco, porque la vía marítima era la que ofrecía más seguridad; y necesitaba oro, para adquirir en el Perú los elementos que necesitaba y para desvanecer entre los conquistadores la idea de que Chile era un país pobre. También le era indispensable reclutar algunos refuerzos.

Soldados era lo que principalmente necesitaba, pues bien veía que pretender con 150 hombres llevar a cabo la conquista de un pueblo tan numeroso y esforzado, era una locura.

4.° *Para conjurar el peligro inmediato.* — El mayor peligro, por el momento, se divisaba hacia el Norte, donde el bravo Michimalongo estaba efectuando grandes concentraciones de tropas y fortificando un campo.

Con un claro concepto de la situación, juzgó Valdivia que había llegado el momento de optar por una resolución definitiva, y, tomando una buena parte de su gente, avanzó contra Michimalongo.

Tras una reñida lucha, en que muchos españoles fueron heridos y uno muerto, Rodrigo de Quiroga logró hacer prisionero a Michimalongo, produciéndose así la retirada de los indígenas.

5.° *Clemencia de Valdivia.* — Con Michimalongo cayeron varios otros caciques prisioneros, y Valdivia aprovechó esta ocasión para mostrarse clemente una vez más, tratándolos con toda clase de consideraciones.

6.° *Aparece la primera mina de oro.* — Cuando ya creyó ganada la voluntad de Michimalongo, Valdivia le

preguntó por las minas de oro, de donde los indios chilenos sacaban el tributo que periódicamente pagaban al inca del Perú. El indio se puso primero de acuerdo con sus demás compañeros, y luego dió a Valdivia todos los datos, ofreciendo además proporcionar la gente para la explotación. Cumplida esta promesa, todos los caciques fueron puestos en libertad. Valdivia no quiso ocupar a las mujeres en el trabajo de las minas, y sólo se sirvió de los 1.200 hombres que los caciques pusieron a su disposición.

7.º *Se inicia la construcción del primer barco.* — Cumplido ya uno de los grandes deseos de Valdivia, sólo quedaba el iniciar la construcción del barco. Se eligió la bahía de Concón, por su playa tranquila y por hallarse cerca de Margamarga (la mina de oro denunciada por los indios). También, con la ayuda de los naturales, se inició la construcción del buque.

8.º *Matanza de españoles.* — Valdivia vigilaba ambos trabajos personalmente; pero llegó un día en que le fué necesario emprender un viaje a Santiago, y aprovecharon esta ocasión los indios para caer de sorpresa sobre los que trabajaban en el barco, matando a casi todos los españoles y yanaconas y destruyendo la embarcación.

La noticia produjo en Santiago la más honda impresión. Perder su buque y trece compañeros era un golpe demasiado rudo para los españoles, especialmente en ese momento de crisis.

Por otra parte, era de suponer que los indios no habían roto las hostilidades sólo para dar ese golpe de mano, sino que se trataba del primer acto de una sublevación pacientemente preparada. Los acontecimientos se encargarían de decir hasta qué punto eran justificados estos temores.

9.º *Complot contra Valdivia.* — Valdivia y sus compañeros fieles se hallaban rodeados de peligros: por fue-

ra, los indios, bravos e implacables, y por dentro, la más negra perfidia: la traición.

Con el mayor sigilo se había generado un complot para asesinar a Valdivia, tomar el buque que se estaba construyendo y, con todo el oro reunido, huír al Perú.

El alma de esta conspiración era D. Martín de Solier, regidor del cabildo, y en el proceso aparecieron además comprometidos: Pedro Sancho de Hoz, Antonio Pastrama (que era procurador de la ciudad), Bartolomé Márquez, Martín Ortuño, Sebastián Vázquez y Alonso de Chinchilla.

Tramitado el proceso en tres días (se trataba de delitos cometidos en campaña y frente al enemigo), todos, menos Sancho de Hoz, fueron condenados a la horca. Solier consiguió que, en vez de ser ahorcado, se le cortara la cabeza, y Sebastián Vázquez fué perdonado.

Fácil es calcular cuán grande sería la responsabilidad que el proceso arrojó sobre los conspiradores, para que Valdivia se resolviera a perder cinco soldados, cuando recientemente los indios acababan de matarle trece.

Solucionado el conflicto anterior, había que volver la vista hacia los indios, que día a día se hacían más agresivos y peligrosos. Nada de lo que pasaba dentro de la ciudad les era desconocido, porque Valdivia y los suyos se hallaban rodeados de espías. La noticia de que cinco españoles habían sido ejecutados a raíz de las pérdidas de Concón llevó a los indios el convencimiento de que había llegado el momento propicio para efectuar una sublevación general, y, sin esperar más, lanzaron su grito de guerra.

10. *Destrucción de Santiago.* — Con ojo experto seguía Valdivia el proceso de la sublevación, y, viéndola llegar, apresuró el aprovisionamiento de la ciudad y extremó las precauciones, para no ser sorprendido.

Teniendo conocimiento de que se efectuaban grandes concentraciones en el Norte y en el Sur, y creyendo más

peligrosa la que se verificaba en Cachapoal, tomó 90 soldados y, dejando así sólo 50 en Santiago, se lanzó hacia el Sur, donde esperaba juntarse con Pero Gómez, que se hallaba destacado en Cachapoal con algunos soldados (1).

Este, que, a nuestro juicio, fué un error estratégico, fué también la causa del desastre que sobrevino a la guarnición de Santiago. Confió demasiado Valdivia en la inacción de los indios, y aventuró la atrevida maniobra de operar en líneas interiores con gran inferioridad numérica.

Don Alonso de Monroy, que en su calidad de teniente general había quedado a cargo de la guarnición de Santiago, supo muy luego que los indios, aprovechando la situación creada, se aprestaban para asaltar el campamento español. (Todavía a Santiago no se la podía llamar ciudad.) Secundado por Villagra (maestre de campo), activó los preparativos para la defensa, repartió los sectores entre sus tropas y los yanacomas peruanos, y esperó resignado el asalto.

Llegó el domingo 11 de septiembre de 1541 y, ya antes de amanecer, comenzaron a salir de los bosques vecinos a Santiago enormes partidas de indios, que cautelosamente se acercaban al campamento.

Con toda oportunidad se dió la alarma entre los españoles, y la batalla comenzó apenas los indios se pusieron a tiro.

Desde el principio la lucha se hizo encarnizada. Los indios atacaron con furia, y los españoles se defendieron con un valor y serenidad que rayó en heroísmo.

El combate duró todo el día, sin que los indios — con su inmensa superioridad — dieran un momento de tregua.

(1) Parece que no alcanzaron ni a cuarenta los que quedaron en Santiago, porque todos los historiadores están contestes en que Valdivia no llegó al Mapocho sino con 150 soldados; y si de éstos restamos los 13 muertos en Concón, los cinco ejecutados, los destacados en Cachapoal con Pero Gómez y los 90 que llevó Valdivia, no nos sobran más que 35 soldados. O no fueron 50 los que quedaron, o no fueron 90 los que llevó Valdivia...

¿Cuántos eran los asaltantes? Los datos fluctúan entre ocho y doce mil.

Cuando los indios vieron que era imposible rendir a los españoles, recurrieron al arbitrio de prender fuego a las pocas casas, todas de techos pajizos, que formaban el campamento, y acertaron con esto en el mayor mal que podían hacer.

En efecto: allí se hallaban todos los elementos y recursos (provisiones para dos años) con que la colonia contaba, y destruírlos — siendo imposible reponerlos — era hacer insostenible la conquista.

Al caer la tarde, la situación se había hecho extremadamente crítica. Muchos caballos habían sido muertos, y no había ya español que no se hallara herido y medio muerto de fatiga.

11. *Doña Inés Suárez.* — Con los españoles estaba la única mujer blanca que hasta entonces había llegado a Chile, D.ª Inés Suárez, mujer extraña, en cuya alma convivían los más delicados sentimientos, con el más sereno valor y la más refinada crueldad.

En ese día aciago de la destrucción de Santiago, doña Inés Suárez se multiplicó en la atención a los heridos, dando de comer a los soldados, confortándoles en la lucha, etc.; y cuando ya, al caer la tarde, vió que la victoria no se pronunciaba aún, propuso a los jefes la idea de degollar a siete caciques que los españoles tenían prisioneros y arrojar sus cabezas sobre los indios, con el objeto de atemorizarlos.

Tal acto de crueldad fué resistido con la más viva repugnancia por los españoles; pero D.ª Inés Suárez, que tenía una gran influencia, por ser la compañera de Valdivia y mujer de gran carácter, insistió, haciéndoles ver que tal vez la tenacidad del ataque se debía al deseo de rescatar a los caciques, y que, para quitarles ese aliciente, era lo mejor mandarles las cabezas.

12. *Sacrificio de siete caciques y triunfo de los españoles.*—Triunfó, por fin, la idea de D.ª Inés, y, para fortuna de los españoles, el resultado fué tal como ella lo había anunciado. Junto con arrojar las cabezas, los españoles dieron su última carga, y los indios, desmoralizados con la muerte de sus caciques, y fatigados tal vez con tan larga lucha, emprendieron la retirada en completo desorden.

Los españoles no les persiguieron, porque ya habían llegado al límite de sus fuerzas y de las de sus caballos.

Aunque sólo murieron dos españoles, casi todos estaban heridos, y si a esto se suma la pérdida de todas sus provisiones y la de quince caballos, el desastre podía considerarse completo y segura la ruina a corto plazo de las fuerzas conquistadoras, si una ayuda providencial no acudía en su socorro.

CAPITULO IV

Reconstrucción de Santiago y llegada de auxilios.

SUMARIO: 1.º Regreso de Valdivia. — 2.º Guerra de recursos. — 3.º Reconstrucción de Santiago. — 4.º Los españoles se dedican a la agricultura. — 5.º Necesidad de socorros. — 6.º Viaje de Alonso de Monroy. — 7.º Monroy en el Perú. — 8.º Llegada de socorros.

1.º *Regreso de Valdivia.* — A la primera noticia que Valdivia recibió de la destrucción de Santiago, emprendió rápidamete su viaje de regreso, acompañado de unos quince jinetes, y dejando el resto a Gómez de Don Benito para que continuara la dominación de la comarca.

El cuadro que le ofreció Santiago fué desolador. Tan completa era la ruina, que cualquier otro, sin el temple de alma de Valdivia, habría resuelto el inmediato abandono de la empresa. Pero era éste uno de esos hombres superiores que, en vez de dejarse abatir por el infortunio, se yerguen con nuevas fuerzas ante los golpes que los hieren. Por eso, sin perder un momento, comenzó la tarea de acomodar bien a los heridos, reparar y edificar nuevas casas (más sólidas) y tomar contacto con los indios para decirles, una vez más, que no quería guerra, que les perdonaba su felonía y que sólo deseaba la concordia.

2.º *Guerra de recursos.* — Aunque los indios aparentaron recibir bien a los mensajeros de Valdivia, sus ánimos seguían, más que nunca, dispuestos a la lucha; y ahora, viendo que contra los españoles eran impotentes, resolvieron hacerles la guerra de recursos.

No podían haber tomado una resolución más funesta para los intereses de la naciente colonia. Destruídos los víveres con que contaba, más que antes necesitaba de la actividad agrícola y de la generosidad de los indios. Estos, que podían mantenerse con los pocos frutos que daban las plantas silvestres, renunciaron a sembrar, y si lo hicieron, fué en partes muy ocultas, y crearon así para los españoles la más difícil situación.

3.° *Reconstrucción de Santiago.* — El primer esfuerzo de Valdivia fué la reedificación de Santiago, tanto para producir a su gente algún alivio, como para hacerles entender a los indios que seguía empeñado en no moverse del país. Dolorosamente experimentado con la prueba del fuego, resolvió no emplear más la madera, ni la paja, sino el adobe, creando así un material de construcción que no había de desaparecer en varios siglos.

4.° *Los españoles se entregan a la agricultura.* — La guerra de recursos declarada por los indios colocaba en primer término la necesidad de atender a su propio abastecimiento, y así comprendieron los españoles que debían empuñar en una mano el arma y en la otra el instrumento de labranza.

De la destrucción sólo habían salvado algunas semillas, dos chanchas, un chancho, un pollo y una polla, y, como no había esperanza de que esto se pudiera aumentar o renovar, se le cuidó con un interés fácil de imaginar.

Aunque ya era tarde (fines de septiembre), sembraron en la parte más fácil de defender las dos almuerzas de trigo que habían logrado escapar, dispuestos a hacerlas producir a fuerza de cuidados. Y tantos esfuerzos hicieron, que alcanzaron el prodigioso resultado de cosechar doce fanegas.

5.° *Necesidad de socorros.* — Bien pronto comprendieron los españoles que sin un auxilio del Perú — que no tenían por qué esperar — su ruina era fatalmente se-

gura. Las armas perdidas no se podían reemplazar; faltaban caballos, y la ropa se les caía ya a pedazos. ¿Qué hacer? Destruído el buque en que pensaban viajar al Perú, quedaba muerta la única esperanza de lograr socorro alguno, pues por tierra, a través de un país cuajado de implacables enemigos, la empresa era punto menos que imposible. Y, sin embargo, había que intentarla.

6.° *Viaje de Alonso de Monroy.*—El valiente defensor de Santiago, el leal e invariable amigo de Valdivia, Alonso de Monroy, se ofreció para la temeraria empresa.

Se le eligieron cinco esforzados compañeros, montados en los mejores caballos, y, después de proveerlos de estriberas, guarniciones de espada y vasos, todo hecho de oro, para llevar unos siete mil pesos que se habían sacado de la mina Margamarga, se les encaminó hasta Choapa, y desde allí se les despidió.

¿Quién podría en estos mismo momentos proponer un viaje a caballo desde Santiago hasta Cuzco sin que se le tildara de loco? Y, sin embargo, sabiendo que tendrían que jugarse la vida a cada paso, esos seis españoles acometieron la empresa con absoluta serenidad. Parecían hombres forrados en acero.

Después de algunos contratiempos, llegaron al valle de Copiapó, donde, mientras hacían los preparativos para emprender la travesía del desierto, fueron atacados por una gran partida de indios.

Cuatro de los españoles murieron en la refriega, y los otros dos (Alonso de Monroy y Pedro Miranda) huyeron gravemente heridos. Tenazmente perseguidos, fueron hechos prisioneros, y sólo se libraron de la muerte gracias a la intercesión del que los capturó y de una india principal.

Después de tres meses de cautiverio, lograron escapar, llevándose como guía a un español renegado que

vivía entre los indios, y, tras una larga serie de padecimientos, llegaron por fin a las minas de Porco, donde Valdivia y Monroy tenían muchos amigos. A Cuzco llegaron el 23 de septiembre de 1542.

7.° *Monroy en el Perú.* — Los delegados de Valdivia hallaron el Perú convulsionado por la guerra civil entre el gobernador Vaca de Castro y los almagristas, y en las peores condiciones, por consiguiente, para obtener socorros.

8.° *Llegada de socorros.* — Con todo, tal maña se dió y tanta actividad desarrolló Monroy, que en septiembre de 1543 entraba ya a Valparaíso el primer barco con socorros, llevando a los conquistadores armas, alimentos y, sobre todo, abrigo.

Tres meses después, el 2 de diciembre de 1543, llegaba por tierra el mismo Monroy, llevando un refuerzo de 70 soldados bien armados y pertrechados; refuerzo precioso para los 118 hombres que, en medio de incesantes privaciones, habían soportado durante tres años la abrumadora tarea de vivir con el arma al brazo, frente a incansables enemigos.

CAPITULO V

Valdivia inicia la conquista y parte al Perú.

SUMARIO: 1.º Fundación de Serena. — 2.º Exploración por mar. 3.º Nuevo viaje de Monroy al Perú. — 4.º Primera incursión de Valdivia. — 5.º Regreso de Pastene. — 6.º Ardid de Valdivia para conseguir dinero. — 7.º Nueva conspiración de Sancho de Hoz. — 8.º Valdivia en el Perú. — 9.º Brillante actuación de Valdivia. — 10. Valdivia, gobernador. — 11. Primer reclutamiento. — 12. Partida de Valdivia. — 13. Valdivia regresa a Lima, donde es procesado. — 14. Nueva partida de Valdivia. — 15. Llegada de Valdivia. — 16. Reedificación de Serena. — 17. Designación de Santiago como capital.

1.º *Fundación de Serena.* — Viéndose Valdivia con más recursos, pensó luego en dar forma definitiva a la conquista, reconociendo el país, tomando posesión de él y fundando ciudades.

Para facilitar su comunicación con el Perú, comenzó por fundar una ciudad que sirviera de etapa a los expedicionarios, y al efecto, mandó a Juan Bohón, a la cabeza de 30 hombres, para que echara las bases de una, en el valle de Coquimbo. En memoria de su tierra natal, le dió Valdivia el nombre de Serena.

2.º *Exploración por mar.* — La llegada de un segundo barco a Valparaíso, el *San Pedro,* y con él la de Juan Pastene, marino de profesión y de gran competencia, sugirió a Valdivia la idea de iniciar el reconocimiento del litoral; y nombrando al referido Pastene teniente de capitán general, le ordenó seguir hacia el Sur, hasta llegar a Magallanes, si le era posible.

Dictó en seguida un auto (3 de septiembre de 1554) para declarar a Valparaíso puerto de la colonia, diciendo: «Ahora nombro y señalo este puerto de Valparaíso para el trato de esta tierra y ciudad de Santiago.»

El *San Pedro,* en convoy con el *Santiaguillo,* llegó en su viaje al Sur, hasta el grado 41°25, donde Pastene, bajando a tierra, tomó posesión de esas comarcas, bautizando el puerto con el nombre de San Pedro.

De aquí torció rumbo al Norte, y a la altura del grado 39°66, en un hermoso puerto, halló la desembocadura del río Ainilebo, al cual desde a bordo dió el nombre de Valdivia.

A los veintiséis días de navegación se hallaba de nuevo en Valparaíso (30 de septiembre). Mientras Pastene recorría la costa, Francisco de Villagra se internaba hacia el Sur, por el valle central, llegando hasta más allá del Itata, donde fundó un fuerte.

3.° *Nuevo viaje de Monroy al Perú.* — Antes de continuar la conquista, Valdivia creyó indispensable organizar una segunda expedición, para que partiera al Perú en busca de recursos. Eligió otra vez a su fiel amigo Monroy, y haciéndole acompañar de Pastene y Antonio de Ulloa, le entregó el oro que había reunido y lo despachó al Perú en el *San Pedro.* (Principios de 1546.)

4.° *Primera incursión de Valdivia.* — Libre ya Valdivia de toda preocupación, tomó 60 jinetes y se lanzó al Sur. Muy luego empezó a notar que la población aumentaba y que los indios se hacían cada vez más belicosos.

Acostumbrado a vencerlos fácilmente, descuidó una noche la vigilancia y, sorprendido al amanecer, estuvo a punto de perecer junto con todos los suyos. Con esto le tomó el peso a la situación y regresó apresuradamente, llegando a Santiago unos cuarenta y cinco días después de su partida.

5.° *Regreso de Pastene.* — Con muy escasos recursos

regresó Pastene, después de larga peregrinación por el Perú y el Ecuador.

Traía, además, dos noticias muy malas para Valdivia: la muerte en el Perú del fiel Monroy y la traición de Ulloa.

Junto con esto, tuvo conocimiento de que el licenciado Pedro de la Gasca se hacía cada día más fuerte en su defensa de los intereses del Monarca, y comprendió que había llegado el momento de trasladarse personalmente al Perú para afianzar definitivamente los intereses de la colonia.

6.° *Ardid de Valdivia para conseguir dinero.*—Para realizar este proyecto, el mayor escollo por vencer era el que le ofrecía la falta absoluta de dinero. ¿Cómo obtenerlo?

Entre su gente había varios que ya podían considerarse ricos por el oro que habían acumulado; pero bien claro veía que ésos no estaban dispuestos a sacrificar una vez más sus economías, en la aventura de prestarle dinero a él. Recurrió entonces a un ardid.

Anunció que había en Valparaíso un barco, en el cual podrían trasladarse al Perú los que lo desearan, concediéndoles él la necesaria licencia, cosa que hasta entonces jamás había hecho.

Estaba cierto de que aprovecharían la ocasión los de mayores recursos, y, en efecto, fueron ellos los que, en número de quince o diez y seis, inmediatamente realizaron sus bienes y se aprestaron a partir.

Cuando ya se hallaban embarcados en Valparaíso, llegó Valdivia y les mandó decir que bajaran para despedirse y almorzar con él. Reunidos todos en tierra, les habló del tiempo que habían vivido juntos, de los padecimientos sufridos y de la esperanza que tenía de que ellos, una vez en el Perú o en España, no se olvidarían de él.

Les pidió en seguida que declararan, ante escribano,

cuánto dinero llevaba cada uno, y mientras se evacuaba esta diligencia, se acercó a la playa, tomó un bote que allí había y se trasladó al buque, donde, después de hacer el inventario de todo lo que en él iba, levó anclas y tomó rumbo al Callao.

Ante una necesidad que él consideraba impostergable, tomaba la grave resolución de apoderarse de las fortunas ajenas; pero con la manifiesta intención de devolverlà tan pronto como le fuera posible.

Por escrito dejó la orden de que le reemplazara don Francisco de Villagra.

7.° *Nueva conspiración de Sancho de Hoz.* — Aprovechando su ausencia, Sancho de Hoz tramó una nueva conspiración para apoderarse del Poder; pero Villagra, separándose por completo de los pocedimientos de Valdivia, lo hizo ejecutar el mismo día de la aprehensión. Algunos días después hizo ahorcar a Juan Romero, servidor y cómplice de Sancho de Hoz, y devolvió así a la colonia la tranquilidad perdida.

8.° *Valdivia en el Perú.* — Entretanto, Valdivia, tras un mes de navegación, llegaba al Callao y luego a Lima, desde donde se puso a las órdenes del virrey La Gasca, que en esos momentos se apercibía para librar con Gonzalo Pizarro una batalla decisiva.

9.° *Brillante actuación de Valdivia.* — Tal era la reputación militar de Valdivia, que La Gasca suspendió en el acto sus operaciones, dispuesto a esperar su concurso. No salió defraudado: dirigida por Valdivia la batalla de Jaquijaguana, el triunfo más completo alcanzaron las armas del Rey, cayendo prisionero Pizarro y su segundo, Francisco de Carvajal, que fueron ejecutados sin piedad. (9 de abril de 1848.)

10. *Valdivia, gobernador.* — Afianzado el poder del Rey, La Gasca regresó al Cuzco, donde el 23 de abril concedió a Valdivia el título de gobernador de Chile.

El límite que a la gobernación fijó por el Sur fué

hasta el grado 41º, en vez del Estrecho de Magallanes, que era lo que Valdivia deseaba. Por el Norte le fijó el grado 26º, y de ancho le concedió cien leguas.

11. *Primer reclutamiento.*—El momento era propicio para reclutar soldados, y muy luego pudo reunir Valdivia 80, que puso a las órdenes del capitán Esteban de Sosa, mandándolos a Chile por el camino de Atacama.

Acto seguido se dirigió Valdivia a Lima, donde compró dos buques y reclutó cuanto soldado pudo y algunos indios auxiliares.

12. *Partida de Valdivia.*—Tan pronto como le fué posible, zarpó al Sur, y al llegar a Arequipa desembarcó para unirse a otras partidas. Los buques siguieron a Chile, al mando de Jerónimo de Alderete, y Valdivia, al mando de 90 hombres, partió de Arequipa el 31 de agosto de 1548.

13. *Valdivia regresa a Lima, donde es procesado.*—Al llegar al valle del Sama fué alcanzado por el general Hinojosa, enviado de La Gasca, que le llevaba la orden de regresar a Lima, donde debía responder a una larga acusación. Regresó Valdivia, y tras un proceso relativamente corto, el 19 de noviembre de 1548, el presidente pronunció una sentencia absolutoria, en que figuraban, sí, algunas órdenes que importaban condenación de ciertos actos de Valdivia. Tales órdenes fueron: cortar relaciones con D.ª Inés de Suárez, pagar sus deudas y conceder permisos para salir de Chile.

14. *Nueva partida de Valdivia.*—Después de permanecer un mes en Lima, regresó Valdivia a Arequipa, de donde siguió a Arica, para embarcarse con Jerónimo de Alderete, que allí lo esperaba, y con quien partió en el galeón *San Cristóbal,* llevando unos doscientos hombres.

15. *Llegada de Valdivia.*—Mientras tanto, los indios destruían a Copiapó y Serena, matando 40 españoles, lo cual supo Valdivia al pasar por allí. Llegó éste en los

primeros días de abril de 1549, y el 20 de junio entraba en Santiago, donde fué solemnemente recibido como gobernador.

16. *Reedificación de Serena.*—Su primer trabajo fué reedificar a Serena, lo que encargó a Francisco de Aguirre, quien la fundó de nuevo el 25 de agosto de 1549, dedicándose en seguida a pacificar la región.

17. *Designación de Santiago como capital.*—El cargo con que Francisco de Aguirre partió a la Serena fué el de teniente de gobernador, con amplios poderes, con tantos, que el Cabildo de Santiago, celoso de sus atribuciones, pidió a Valdivia que, declarando a Santiago como capital, dejara a Serena bajo su jurisdicción. Valdivia accedió a la designación de la capital, pero sin otra limitación a la libertad de Aguirre que la obligación de obedecer al Cabildo de Santiago cuando le mandara ir contra los indios, y el derecho del justicia mayor de intervenir en la administración de justicia de Serena (julio de 1549).

CAPITULO VI

Valdivia emprende la conquista de Arauco.

SUMARIO: 1.º Salida de la expedición. — 2.º Organización y armamentos de los expedicionarios. — 3.º Los indios. — 4.º Los españoles.

1.º *Salida de la expedición.* — Al principio del segundo semestre de 1549 comenzó Valdivia a preparar la expedición con que se proponía dominar el Sur de Chile y fundar allí una ciudad. Una funesta caída del caballo, que lo mantuvo tres meses en cama, le impidió realizar sus propósitos durante el curso del año 49, y sólo en los primeros días del mes de enero de 1550 pudo partir de Santiago a la cabeza de 200 soldados y numerosos indios auxiliares. No repuesto aun del todo, iba Valdivia en silla de manos, llevado por los indios, dando en esa forma principio a una de las guerras más encarnizadas y heroicas que recuerda la historia.

2.º *Organización y armamentos de los beligerantes.* — Antes de bosquejar lo que fué esa guerra legendaria, que duró casi tres siglos, y que puso a dura prueba el alto temple de dos razas gigantes, diremos algunas palabras sobre lo que eran ambos ejércitos.

3.º *Los indios.* — Los indios carecían de toda organización y preparación para la guerra. No había en sus ejércitos el menor vestigio de estrategia, ni de táctica, y toda su fuerza residía en el desmedido valor de sus hombres.

No hay, sí, que olvidar el antecedente de que desde

tiempo inmemorial formaban estos indios un pueblo guerrero por excelencia, y que de allí tenían que nacer especiales aptitudes, que se iban acentuando de generación en generación.

Por eso los españoles vieron con sorpresa cómo ponían en acción una gran facultad de adaptación y cómo evolucionaba su arte rudimentario según fué siendo necesario.

Para declarar la guerra se ponían de acuerdo varias tribus amigas, corriendo la flecha, ceremonia que consistía en mandar de uno a otro cacique una flecha ensangrentada, llevada en secreto por un mensajero.

A la vez, llevaba este mensajero unos hilos rojos con varios nudos, que iba desatando a medida que disminuían los días que faltaban para la junta a que por medio de la flecha se convocaba.

Reunida la Junta, se discutía la razón de la guerra y la fecha para iniciarla, y luego se procedía a la elección de toqui, o general en jefe. Este nombramiento recaía de ordinario en un cacique o príncipe prestigioso; pero también favorecía a veces a un indio cualquiera, cuando demostraba especiales aptitudes para el mando o un vigor sobresaliente.

Al toqui correspondía determinar el número de conas o soldados, con que cada una de las tribus debía contribuír.

Anunciada la guerra, los indios comenzaban su entrenamiento, dedicándose a los ejercicios gimnásticos y absteniéndose de toda práctica que pudiera debilitarlos (por ejemplo, licor). Acumulaban también provisiones.

La frugalidad que los caracterizaba les hacía prescindir de los bagajes, lo que les daba sobre los españoles una gran superioridad en materia de rapidez y libertad de operaciones.

Marchaban agrupados, sin formación alguna y sin servicio de seguridad. Sólo con la intervención de Lautaro aparecieron las primeras formaciones en el campo de bata-

lla, el fraccionamiento y el empleo progresivo de las tropas.

Más tarde adoptaron el caballo, y, con esto, ya la superioridad material de los españoles quedó reducida a muy poca cosa.

La gran dificultad con la cual tenían que luchar los generales araucanos era la enorme superstición de sus huestes. Bastaba que una perdiz cruzara el camino, volando en una determinada forma, para que todo el ejército se dispersara, temiendo una desgracia. Una raposa, una tempestad, producían el mismo efecto.

Las armas de los indios eran: la flecha, que abandonaron muy luego, por carecer de fuerza para perforar los escudos de los españoles; la lanza, que constituía el arma principal; la maza o macana, especial recurso contra los escudos españoles; el dardo, que ciertas tribus del Sur llegaron a manejar con gran destreza, y el lazo, ideado por Lautaro después de la batalla de Tucapel.

4.° *Los españoles.*—Los españoles entraron a pelear con un ejército compuesto de indios auxiliares e infantes y jinetes españoles.

A los indios los empleaban como lo que eran, sin sacar de ellos especiales ventajas.

Los infantes españoles iban armados de arcabuz, rifle enorme que, para apuntarlo, necesitaban apoyarlo en una horqueta, de que cada soldado iba provisto. La eficacia de esta arma era relativamente escasa, por su pequeño alcance, difícil manejo, lentitud de su carga y lo engorroso del disparo, que se producía por medio de una mecha. Con todo, fué de gran utilidad a los españoles, porque contra las masas de indios, y a corta distancia, su efecto era desastroso. Además, el estampido producía pavor a los indios.

La caballería era el arma de mayor efecto. Al principio los indios creyeron que el hombre y el caballo formaban un solo ser, un ser superior que ellos miraban con

soberano temor y respeto. También los creyeron inmortales, lo que se explica por la protección que les ofrecían sus armaduras, haciéndoles invulnerables a las flechas y a las lanzas.

Como arma usaban la lanza; pero la de mayor efecto era el sable, que, por lo manejable, permitía mayor número de golpes en un determinado tiempo. Contra hombres descubiertos, el efecto de esta arma era seguro.

La superioridad, indiscutiblemente, estaba de parte de los españoles: contaban ellos con el caballo, un armamento mejor y una cultura muy superior, que les permitía hallar recursos donde los indios no hallaban ninguno. Pero, en cambio, con los indios estaba el número, y es éste un factor que, a la larga, se hace sentir con fuerza abrumadora.

Los españoles se hallaban bien organizados. Estaban sometidos a un jefe superior y se hallaban divididos en varias unidades de igual categoría, que obedecían a sendos jefes. El ejército con que Valdivia inició la campaña se dividía en cuatro compañías de igual fuerza.

La fuerza moral — factor de gran influencia — favorecía también a los españoles. Seguros de vencer, entraban al combate con gran confianza en sí mismos, en tanto que los indios lo hacían con una moral muy deprimida. Sin embargo, aunque siempre derrotados, sacaban fuerzas de flaqueza, y, sin desesperar jamás, peleaban con tanto entusiasmo como si no hubieran conocido la derrota.

CAPÍTULO VII

Primeros combates y fundación de ciudades.

SUMARIO: 1.º Primer encuentro. — 2.º Combate de Bío-Bío. — 3.º Combate del Andalién. — 4.º Erección del fuerte de Penco. 5.º Llegada de refuerzos. — 6.º Fundación de Concepción. — 7.º Fundación de Imperial. — 8.º Llegada de Francisco de Villagra. — 9.º Fundación de Valdivia y Villarrica.

1.º *Primer encuentro.* — Tras veinte días de marcha, llegaron los españoles al Itata sin encontrar entorpecimiento alguno. Pero aquí empezaron ya los inconvenientes, aunque de leve importancia. El primero digno de mencionarse se produjo al llegar al río Laja, donde un ejército de unos dos mil hombres quiso oponer resistencia. La vanguardia sola bastó para rechazarlos.

2.º *Combates del Bío-Bío.* — Al llegar al Bío-Bío (24 de enero de 1550) se aprestaban los españoles a salvarlo por medio de balsas, cuando apareció una gran cantidad de indios que, resueltos a disputar el paso, atravesaron el río y atacaron con energía. Bastó un vigoroso contraataque de los españoles para producir la retirada de los indios, que dejaron algunos cadáveres.

Buscando otro paso aguas arriba, Jerónimo de Alderete, al mando de 20 hombres, se vió atacado por un grupo de indios, reforzado luego por una inmensa cantidad, que Valdivia calculó en veinte mil. Recibió Alderete un refuerzo de 20 hombres, y con ellos rechazó a los indios, quitándoles a la vez más de mil ovejas. (Ovejas de la tierra o guanacos.) Los españoles perdieron dos hombres.

3.° *Combate del Andalién.* — Después de algunas correrías al otro lado del Bío-Bío, Valdivia llegó al Andalién, donde a los dos días fué atacado durante la noche con tal fuerza y tenacidad, que estuvo a un paso de su completa ruina.

El combate duró desde las diez de la noche hasta el amanecer; y cuando ya los caballos se hallaban atemorizados, porque, «volviendo el cuerpo a cada paso», no obedecían a sus jinetes, Valdivia ordenó desmontar, y, eficazmente secundado por Francisco de Villagra, formó un cuadro de picas, espadas y arcabuces, con el cual atacó con ímpetu, desbaratando a sus enemigos. La victoria costaba un muerto y sesenta heridos. En los caballos, cosa que para los españoles tenía enorme importancia, las bajas habían sido iguales: un muerto y sesenta heridos. Las bajas de los indios fueron inmensas y muy difíciles de calcular.

4.° *Erección del fuerte de Penco.* — Con el fin de prevenir un nuevo peligro, buscó Valdivia un sitio apropiado para levantar un fuerte, y eligió el puerto de Penco, donde el 23 de febrero de 1550 comenzó el trabajo de fortificarse con una muralla de piedra, adobe y madera. Trabajando sin descanso, el fuerte quedó terminado el 3 de marzo y se pudo tomar algún descanso.

Mientras tanto, los indios se preparaban para dar un golpe definitivo, y reuniéndose en tal número que algunos han llegado a hablar de 100.000 hombres, el 12 de marzo se presentaron, a mediodía, en son de guerra.

Por indicación de Villagra, en vez de resistir tras la muralla, los españoles salieron a campo abierto, y con tanta fortuna atacaron, que desde el primer momento introdujeron el desorden, y con él el pánico, en las filas del enemigo, alcanzando una fácil victoria, que costó a los indios 2.000 muertos y 400 prisioneros (1).

(1) Contrasta en esta acción la facilidad con que los indios se declararon en derrota con la tenacidad y valor temerario que demostraron sólo algunos días

Desesperado Valdivia con este incansable batallar, y cansado de tentar medios pacíficos de conciliación (varias veces había puesto en libertad a los prisioneros, después de tratarlos con toda consideración), quiso probar si llegaba a mejores resultados por medio del terror, e hizo cortar una mano a cada uno de los 400 prisioneros.

Por desgracia, el efecto fué contraproducente, y desde ese día la guerra continuó a sangre y fuego, cada vez más implacable.

5.° *Llegada de refuerzos.* — Ocho días más tarde, el 20 de marzo de 1550, llegaban a Penco, en un navío y una galera, el mismo Pastene y el vicario Rodrigo González de Marmolejo, llevando un refuerzo de 50 hombres. Sirvió éste para organizar por mar y tierra algunas expediciones de reconocimiento y requisición de víveres, en las cuales se alcanzaron buenos resultados.

6.° *Fundación de Concepción.* — Después de algunos meses de tranquilidad, en que, poco a poco, Penco fué adquiriendo el aspecto de una aldea, Valdivia resolvió darle vida oficial, fundando la ciudad de Concepción del Nuevo Extremo. Ocurrió esto el 5 de octubre de 1550.

7.° *Fundación de Imperial.* — Creyendo Valdivia completamente pacificada la región de Concepción, pensó en fundar más al Sur nuevas ciudades, y después de construír en Concepción un fuerte de adobes de cuatro varas de altura y una y media de espesor, tomó 70 soldados, atravesó el Bío-Bío y se lanzó al encuentro de Alderete y Villagra, que con 100 soldados regresaban ya de una expedición por Arauco.

Siguiendo con ellos al Sur, a mediados de febrero

---

antes en Andalién; y tan inexplicable resultó a los españoles, que comenzó a circular la noticia de que la retirada de los indios se debía a la intervención de la Virgen, y aun a la del apóstol Santiago, que, montado en un caballo blanco, apareció en plena batalla.

La causa más probable es, sin duda, de origen supersticioso. Ya sabemos hasta qué punto llegaban los indios en esta materia.

llegó al Cautín, y en el punto en que éste se junta con uno de sus afluentes, comenzó la construcción de un fuerte, dejó en él a Villagra con 150 soldados y regresó con 20 a Concepción. (4 de abril de 1551.)

Siguió Villagra reforzando el fuerte y recorriendo la comarca, hasta que, de regreso Valdivia en octubre de 1551, se inició el reconocimiento a fondo de la región, para poder hacer con pleno conocimiento el reparto de las encomiendas. Terminado este trabajo, con las solemnidades de costumbre, procedió Valdivia a fundar la ciudad el 16 de abril de 1552, dándole el nombre de Imperial. Nombró Cabildo y repartió las encomiendas, reservándose para él una de las mejores.

8.° *Llegada de Francisco Villagra.*—A la fundación de Imperial siguió la de Valdivia y Villarrica; pero en el intervalo ocurrió un hecho digno de mencionarse: la llegada a Chile de Francisco de Villagra.

Había sido enviado al Perú por Valdivia en busca de recursos y con el encargo especial de no regresar por la ruta de Almagro ni de Valdivia, sino a lo largo de la provincia de Cuyo, con el fin de posesionarse de esa región, fundando en ella alguna ciudad. El fundamento de esta determinación estaba en que al fijarle a Valdivia los límites de su gobernación, se había dicho que el ancho sería de cien leguas, a contar desde el Pacífico hacia el Oriente, y tal faja de tierra incluía las provincias trasandinas de Cuyo y Tucumán.

Cumplió Villagra su cometido, menos en lo de fundar una ciudad, aunque se anexó la de Barco, fundada por Núñez de Prado. Viajando desde el Titicaca hasta Mendoza, atravesó por Uspallata y llegó a Santiago con el valiosísimo contingente de 185 hombres, gran número de yanaconas, más de quinientos caballos y yeguas, muchas cabras y variados objetos de gran utilidad en la colonia.

9.° *Fundación de Villarrica y Valdivia.*—Continuan-

do sus reconocimientos hacia el Sur, llegó el gobernador — no sin alguna resistencia de los indios — al río de las Cruces el 5 de enero de 1552. Lo atravesó después de rechazar una ligera resistencia, y siguió buscando un sitio a propósito para fundar una ciudad. En cuanto lo encontró acampó allí, y envió río abajo dos embarcaciones para explorar hasta el mar. Regresaron a los tres días con tan halagadores informes sobre la bondad del puerto y la comarca, que Valdivia dió comienzo a la fundación de la ciudad con el mismo nombre que ya Pastene había dado al puerto: Valdivia.

Apenas fundada la ciudad (principios de febrero), llegó con sus refuerzos Francisco de Villagra, y esto alentó a Valdivia para fundar otra ciudad. Dió la misión a Jerónimo de Alderete, quien eligió una hermosa situación, junto a la laguna de Mallalauquén, sobre el camino que conducía a la República Argentina. Por la fama que los naturales le daban a la región de contener muchas minas de oro y plata, le dió a la nueva ciudad el nombre de Villarrica. La fundación se verificó en abril.

La repartición de la ciudad de Valdivia se hizo entre 70 vecinos, y la de Villarrica, entre 40.

Después de esto se internó aún un poco hacia el Sur, llegando al lago de Ranco, y desde allí regresó a Concepción, para retirarse a sus cuarteles de invierno. Llegó a esta ciudad el 6 de mayo de 1552.

Había terminado la primera etapa de la conquista, y se preparaba para la segunda, en la cual quería llegar hasta Magallanes.

Contaba con un ejército de, más o menos, mil españoles: pero tan repartidos (entre Serena y Valdivia), que en ninguna parte podía disponer de más de doscientos hombres.

CAPITULO VIII

Principios de sublevación general y muerte de Valdivia.

SUMARIO: 1.° Síntomas de sublevación. — 2.° Expedición a Magallanes. — 3.° Ruptura de las hostilidades. — 4.° Combate de Purén. — 5.° Valdivia marcha a Tucapel. — 6.° Lautaro. — 7.° Batalla de Tucapel.

1.° *Síntomas de sublevación.* — Poco a poco empezaron a hacerse sensibles algunos síntomas de rebelión entre los indios. Principiaron por mostrarse hostiles los de Concepción; luego los de la encomienda de Francisco de Villagra y, por fin, los de la isla de Pucurco, perteneciente a Valdivia, donde atacaron a los 14 hombres que había de guarnición. Sin la oportuna llegada de Francisco de Villagra con 30 soldados, no habría escapado un solo español.

Como de costumbre, Villagra, en vez de tomar represalias, trató a los indios con toda bondad y los llamó a la paz. Los indios fingieron aceptar; pero fué únicamente para preparar a los españoles una celada, de la que sólo los salvó la previsión de su jefe.

Regresó Villagra a Concepción con estas malas nuevas; pero halló a Valdivia y a sus compañeros tan entusiasmados con los recientes descubrimientos de lavaderos de oro, que su voz de alarma no halló eco.

2.° *Expedición a Magallanes.* — Con todo, Valdivia, empeñado siempre en extender sus reconocimientos y conquistas, se dió tiempo para organizar dos expediciones. La que debía ir por mar la confió a Francisco de

Ulloa, y a Francisco de Villagra la que debía ir por tierra. Trasladados a Valdivia, organizaron la escuadrilla que debía mandar Ulloa, y después de cuarenta días de preparación, la que se llamó *Armada de Ulloa* partió de ese puerto el 28 de octubre de 1553. Se componía de tres embarcaciones, de las cuales la mayor llegó al Estrecho de Magallanes el 21 de noviembre. Después de reconocer el canal, sin pasar al Atlántico, regresó al Norte.

3.° *Ruptura de las hostilidades.* — El entusiasmo con que los españoles se habían entregado a la explotación de las minas, y el debilitamiento que las numerosas expediciones y destacamentos enviados habían producido en las filas del ejército, marcó para los indios el momento propicio de dar su grito de guerra, y a principios de diciembre de 1553 rompieron las hostilidades, asaltando a cuatro españoles que marchaban en refuerzo del fuerte de Tucapel, y matando a tres de ellos.

Casi al mismo tiempo, cien indios que por sorpresa se habían introducido en el fuerte Tucapel atacaron a los pocos españoles que formaban la guarnición y, después de herir a muchos de ellos, los obligaron a replegarse hacia Purén.

4.° *Combate de Purén.* — Pocos días más tarde, en número de diez a doce mil, se presentaron frente a Purén. El capitán Juan Gómez de Almagro, que sólo disponía de 20 hombres, salió del fuerte y les presentó batalla. Tras una reñida lucha, en que los españoles perdieron dos caballos y tuvieron varios heridos, la batalla quedó indecisa, retirándose los defensores hacia el fuerte.

Renovado el combate después de mediodía, se prolongó hasta una hora antes de anochecer, que fué el momento en que los indios se declararon en derrota.

5.° *Valdivia marcha a Tucapel.* — No resignándose Valdivia con la destrucción del fuerte Tucapel, resolvió reconstruírlo inmediatamente y, al efecto, ordenar a Juan Gómez de Almagro que con 13 hombres, tomados del fuer-

te Purén, se trasladara a Tucapel, procurando llegar allá el 25, día de Navidad.

Entretanto, Valdivia, que en persona quería dirigir la operación, salió de Concepción con 50 jinetes, se dirigió a las minas de Quilacoya, donde quedó algunos días construyendo un fortín, y desde aquí mandó el mensaje a Gómez de Almagro. Partió en seguida, calculando llegar a Tucapel el día 25.

Por razones que después conoceremos, Gómez de Almagro no llegó a Tucapel el 25, y así fué como Valdivia tuvo que afrontar, con su pequeño destacamento, la imposible situación que los indios le crearon. Las fuerzas de Valdivia deben haber sido 47 jinetes españoles (tres habían quedado en Quilacoya), e indios auxiliares en número desconocido, pues nunca fué declarado.

6.° *Lautaro.* — Por el lado de los indios la situación había cambiado brusca y totalmente. Un caballerizo de Valdivia, un muchacho noble, hijo del cacique Curiñanco, que servía en calidad de prisionero, había logrado escapar, y, llegando a los suyos, supo convencerlos de que era capaz de conducirlos a la victoria y lograr así ser elegido toqui, o general en jefe.

Era este muchacho un hombre extraordinariamente dotado: un gran general en jefe, en el más amplio sentido de la palabra.

Producto de innumerables generaciones de guerreros, que habían vivido con el arma al brazo y el pensamiento puesto en la concepción o ejecución de un ardid de guerra, no era un fruto exótico, sino más bien natural, de esa raza de eternos luchadores.

Su corta y brillante carrera, en que sus batallas se cuentan por sus triunfos, puso de manifiesto que en él se reunían todas las condiciones del genio, del genio creador. Descubrió todas las leyes de la guerra y las aplicó con acierto no superado por ningún otro general; se llamó Lautaro, y no tenía aún veinte años de edad.

7.º *Batalla de Tucapel.* — Previendo, o sabiendo los indios, que los españoles habían de acudir a Tucapel, se concentraron en los alrededores de este fuerte, y allí se mantuvieron ocultos.

Por sus espías y por la indiscreción de Gómez de Almagro, que leyó públicamente en Purén la carta en que Valdivia le ordenaba juntársele el 25 en Tucapel, Lautaro se halló en todo momento perfectamente orientado y con tiempo sobrado para concertar su plan de combate.

Lo primero era impedir que Gómez de Almagro concurriera oportunamente a la cita, y eso lo consiguió haciéndole creer, con falsas noticias, que el 24 sería atacado Purén por grandes fuerzas. Ante este peligro, Gómez de Almagro no creyó prudente abandonar el fuerte, y quitó a Valdivia el concurso de 14 jinetes, que le habrían sido de inapreciable valor.

En la confianza de que el 25 Gómez de Almagro estaría en Tucapel, Valdivia salió del fuerte de Arauco el 23 de diciembre y llegó a Lavolebo, desde donde envió adelante, como exploradores, cuatro soldados, mandados por Antonio de Bobadilla. Cayeron éstos en una emboscada, y fueron muertos los cinco. Aunque algo alarmado Valdivia de no ver regresar a sus exploradores, al día siguiente continuó su marcha. A pesar de que en su avance divisó muchas partidas de indios, ninguna lo atacó, y, sin otra novedad, llegó a Tucapel.

Su primera sorpresa fué la de no encontrar allí a Gómez de Almagro y ver que el fuerte y sus alrededores se hallaban en la más completa soledad. ¿Habían huído los indios? No; era que el tigre, agazapado, esperaba el momento de saltar sobre su presa.

Se preparaban Valdivia y los suyos para descansar, desmontándose, cuando de improviso vieron salir de los bosques vecinos innumerables indios que los atacaron con gran empuje. Fácilmente rechazados los primeros,

otros nuevos cayeron sobre los españoles, y después otros, y muchos más, en interminable sucesión. Era que comenzaba a ponerse en práctica el procedimiento ideado por Lautaro para rendir a los españoles.

Muy luego se dió cuenta Valdivia de que se hallaba metido en un lance muy difícil, porque la nueva táctica de los indios tenía que producir, a la larga, de un modo fatal, la ruina de los españoles. Llamó entonces a sus oficiales, y con espartano laconismo les preguntó: «Caballeros, ¿qué hacemos?» El capitán Altamirano de Medellín, tomando la representación de todos, le respondió: «¿Qué quiere vuestra señoría que hagamos, sino que peleemos y muramos?»

Bien se ve que para esos hombres, acostumbrados a vencer, no existía otra alternativa que la victoria o la muerte. Y empezó la lucha cruenta, desesperada, implacable, en que el genio de Lautaro había de rayar tan alto como el valor imponderable de los españoles.

Sólo por el desconocimiento que todavía existe de la historia de España en América, se puede explicar el que aun no figure en la Historia universal la batalla de Tucapel al lado de la batalla de las Termópilas. Como en ésta, en la de Tucapel murieron todos, con la sola diferencia de que mientras en la batalla de las Termópilas hubo un Espialtes que, traicionando a sus hermanos, mostró a Jerjes el paso de Aropea, en Tucapel sólo hubo héroes.

Calculadamente, paso a paso, Lautaro iba acabando con sus enemigos.

Viéndolo todo perdido, Valdivia quiso salvar a los pocos hombres que le quedaban; pero también había sido esto previsto por Lautaro, y por todas partes el jefe español se vió cercado. La batalla se convirtió en una verdadera matanza. El clérigo Bartolomé del Pozo y Valdivia fueron los últimos en morir.

Como no sobrevivió ningún español, no se conocen

los detalles de esta batalla sino por las vagas noticias que dieron algunos indios auxiliares; de modo que sobre la verdadera muerte de Valdivia nada se sabe. Las noticias son muy contradictorias; pero lo más probable es que haya muerto en el campo mismo de batalla, no sólo porque en el ardor de la lucha es poco probable que los indios hayan tratado de hacer prisioneros, sino porque es difícil que Valdivia se dejara tomar, exponiéndose así a ser martirizado.

Murió, pues, Valdivia mandando la batalla más gloriosa de la conquista americana. Fué el más ilustre de los capitanes llegados a Suramérica y uno de los hombres más ecuánimes y bondadosos. Trató siempre bien a los indios y les perdonó cien veces sus falsos procederes. Sólo los castigó como último recurso.

Dió gran impulso a la colonia, por cuyo progreso sacrificó su persona y sus bienes, y fundó nueve ciudades, que fueron: Santiago, 1541; Serena, 1544; Valparaíso, 1544; Concepción, 1550; Imperial, 1551; Valdivia, 1552; Villarrica, 1552; Angol, 1553, y Santa Marina de Gaete, 1553. Chile le debe eterno reconocimiento.

CAPITULO IX

Después de Valdivia.

SUMARIO: 1.º Los catorce de la fama. — 2.º Cómo se reciben las noticias. — 3.º Los Cabildos del Sur nombran a Francisco Villagra capitán general y justicia mayor.

1.º *Los catorce de la fama.* — Como ya se dijo, Gómez de Almagro fué engañado por los indios, y, a consecuencia de ese engaño, salió de Purén veinticuatro horas más tarde de lo que debía haber salido.

Desde su partida comenzó a encontrar indios que le gritaban la derrota de los españoles y la muerte de Valdivia. Al principio no creyó; pero muy luego, viendo los despojos de armas y uniformes que los naturales ostentaban, tuvo que convencerse de la triste realidad.

Poco a poco, a medida que se internaban en la cordillera de Nahuelbuta, Gómez de Almagro y sus trece compañeros se dieron cuenta de que una red misteriosa e invisible los iba envolviendo, de que se hallaban rodeados de enemigos y de que su único camino de salvación era apelar a la fuga. ¿Lo lograrían?

No les dió mucho tiempo el enemigo para pensar en su situación. Cayó sobre ellos cuando querían tomar un descanso, y, envalentonado por el reciente triunfo, atacó con desesperada furia.

Varias horas de incesante batallar resistieron esos bravos que la Historia conoce con el nombre de «Los catorce de la fama», y a la caída de la tarde, aunque heridos, cansados y maltrechos, todavía se mantenían

todos en pie, esperando que las sombras de la noche les permitieran intentar la retirada.

Empezó ésta, por fin; pero en medio de una persecución tan estrecha y tan tenaz, que seis de los catorce cayeron en ella, y los ocho restantes se vieron obligados a separarse al llegar a una estrechura, por donde sólo siguió Gómez de Almagro con dos de sus compañeros. Atacados también en la estrechura, cayó uno de ellos, mientras los otros, especialmente el jefe, libraban muy mal heridos.

Los otros cinco lograron escapar, y poco más tarde se juntaron con Gómez de Almagro y su compañero. Por desgracia, el peligro no había pasado aún. Tenían que seguir huyendo, y lo hicieron, dejando abandonado a su jefe, no porque ellos lo quisieran, sino porque él mismo, viéndose sin caballo (fué muerto en la estrechura), no quiso exponer a los que disponían de tal recurso a que, por esperarlo, cayeran en poder de los indios.

Gómez de Almagro, en medio de mil fatigas y zozobras, incesantemente acosado por los indios, creía alcanzar a juntarse con la guarnición de Purén, que al tener conocimiento de los sucesos se retiraba a Imperial. No la alcanzó; pero un indio amigo le llevó la noticia, y en el acto, D. Pedro de Avendaño, con algunos compañeros, regresó para prestarle ayuda.

De los catorce salvaron, pues, sólo siete, y todos heridos.

2.° *Cómo se reciben las noticias.* — La noticia de la muerte de Valdivia y de los sucesos de Purén llevaron el espanto a las poblaciones y fuertes vecinos, especialmente a Imperial y Concepción, ciudad ésta, adonde se replegaron muchos pobladores.

Ante situación tan grave, todos pensaron en Francisco de Villagra, el capitán de más prestigio y el más apreciado de todos los oficiales de Valdivia. Se hallaba

en esos momentos en Valdivia, y sin pérdida de tiempo, por medio de varios mensajeros, se le hizo saber la triste nueva, rogándole que apresurara su regreso.

3.° *Los Cabildos del Sur nombran a Villagra capitán general y justicia mayor.* — En completa conformidad, todos los Cabildos nombraron a Villagra gobernador o capitán general, en reemplazo de Valdivia, de acuerdo con una información que hicieron levantar para probar que, en repetidas ocasiones, Pedro de Valdivia había designado como sucesor suyo a Francisco de Villagra.

El 26 de enero llegó Villagra a Concepción y se hizo cargo del mando.

Entretanto, el Cabildo de Santiago, desentendiéndose del testamento de Valdivia, en que se nombraba a Alderete y a Aguirre, proclamó capitán general a Rodrigo de Quiroga. Esta dualidad de mando la salvó después el Cabildo de Santiago, proponiendo a Villagra que ejerciera su autoridad sólo en la jurisdicción de los Cabildos que lo habían nombrado, y dejando a Santiago con el jefe que se le había elegido. Villagra aceptó, y de esta suerte la gobernación de Chile quedó con dos autoridades.

CAPITULO X

Campañas de Lautaro.

SUMARIO: 1.° Ofensiva de Villagra hacia Arauco. — 2.° Batalla de Marigüeñu. — 3.° El gobierno de Chile recae sobre los Cabildos. — 4.° Inoportunidad de esta resolución. — 5.° Repoblación de Concepción. — 6.° Ataque a Concepción. — 7.° Francisco de Villagra es nombrado corregidor. — 8.° Amago de sublevación de los indios. — 9.° Empresa de Godínez. — 10. Noticia del nombramiento de D. García Hurtado de Mendoza. — 11. Nueva expedición de Francisco de Villagra. — 12. Plan de Lautaro. — 13. Salida de Godínez. — 14. Concentración de los españoles. — 15. Avance de Villagra. — 16. Combate de Peteroa y muerte de Lautaro.

1.° *Ofensiva de Villagra hacia Arauco.* — Tan grave juzgó Villagra la situación militar, que, pareciéndole insuficientes sus fuerzas, pidió refuerzos a Santiago. No los obtuvo, porque la alarma no era menor en la capital, y, ante la apremiante necesidad de cimentar nuevamente la paz y la de castigar a los sublevados, salió de Concepción el 24 de febrero de 1554, en marcha hacia Arauco. Llevaba el ejército más numeroso de los que hasta entonces se habían movido en esas regiones, y el mejor pertrechado.

Constaba de 154 soldados y seis piezas de artillería; arma ésta que por primera vez se iba a emplear en Chile, y que prometía producir un gran efecto en el ánimo y en las masas desordenadas de los indios.

Siguiendo su costumbre, desde su salida empezó Villagra a enviar mensajeros de paz a los indios; pero no logró alcanzar otras contestaciones que amenazas y de-

safíos. Se sentían fuertes, bien mandados y con una gran fuerza moral.

En su marcha durante los dos primeros días, Villagra no halló obstáculo alguno; los indios no se veían en parte alguna; pero la experiencia le decía que debía hallarse rodeado de ellos. Efectivamente, Lautaro seguía paso a paso el avance de los españoles, y, entretanto, preparaba la batalla.

2.° *Batalla de Marigüeñu.* — Al llegar al valle de Chivilongo se presentó la necesidad de subir la cuesta del cerro Larequete, cerro que en su cima presentaba una extensa planicie de varias cuadras de largo y un ancho que podía apreciarse en un tiro de fusil (1). En un flanco, esta planicie se hallaba cortada por un precipicio, y en el otro, por un bosque muy espeso, a consecuencia de lo cual resultaba un verdadero desfiladero. La subida no era difícil, pero sí montuosa, lo que facilitaba una emboscada.

Para precaverse de toda sorpresa, Villagra hizo adelantar una partida de treinta o cuarenta hombres, al mando de su maestre de campo. Como era de preverlo, éstos fueron atacados, en la cuesta misma, por numerosos naturales que se hallaban ocultos entre los matorrales, y se vieron obligados a replegarse hacia el grueso de las tropas, que los seguía al mando de Villagra.

Venciendo pequeñas resistencias, se continuó la marcha, y, al llegar a la meseta, apareció todo el ejército de Lautaro, apercibido ya para el combate.

Dicen los cronistas de la época, y con ellos los numerosos testigos que sobre estos hechos depusieron, que las fuerzas del ejército indio no podían calcularse en menos de cien mil hombres; pero fácil es comprender que hay en esta cifra una gran exageración, pues en una meseta tan pequeña no habría podido operar tal masa de tropas. Ejércitos semejantes son muy difíciles de mover, y

(1) Unos doscientos a trescientos metros.

más cuando se trata de hordas sin disciplina ni organización.

El combate comenzó a las ocho de la mañana contra grupos de indios incesantemente renovados, y que por eso combatían siempre con igual ardor. Villagra, haciendo prodigios de valor y actividad, proveía a todo y en todas partes se hallaba; pero sin otro resultado que prolongar una lucha imposible. Hubo un momento en que él mismo estuvo a punto de morir víctima de una nueva arma ideada por Lautaro: el lazo. Fué derribado del caballo; perdió la celada, y, si no acuden pronto los suyos, su muerte habría sido segura. Perdió sólo el caballo.

A la caída de la tarde, acechando el momento oportuno, Lautaro organizó un ataque contra la artillería, que tuvo el más funesto resultado para los españoles. Cayó toda la artillería, y murieron los 20 soldados que la servían. Este fué el golpe de gracia. Abrumados de cansancio, de hambre y de sed, acosados por todas partes con incansable furor, y sin esperanza de vencer, Villagra tuvo que pensar en la retirada, y la ordenó deshaciendo el camino, para replegarse hacia Concepción.

Como en Tucapel, esta maniobra había sido prevista con admirable precisión por Lautaro, y al intentarla, los españoles se hallaron con que fuertes albarradas les cerraban el paso, forzándolos a retirarse en una dirección que los conducía a un despeñadero, donde indios convenientemente apostados se encargaban de ultimarlos.

De nuevo Villagra en estos momentos dió pruebas de su imponderable valor y de sus grandes dotes de comandante, protegiendo primero la retirada con unos treinta jinetes, y deshaciendo después las albarradas para abrir camino a su gente.

Por fin, después de una lucha intensamente mortífera, en que cayeron 88 soldados españoles y unos tres mil indios auxiliares (sin contar los heridos), pudo llegar Villagra, herido y completamente agotado, a la ribera del

Bío-Bío, donde, por suerte, halló las embarcaciones que le sirvieron para atravesarlo. Desde el campo de batalla hasta el río no mediaba sino una distancia de seis leguas, y, sin embargo, los españoles llegaron a él sólo a media noche; diez y seis horas después de haber empezado el combate. Esto ocurría en la noche del 26 de febrero de 1554.

Los restos deshechos llevaron tal pánico a Concepción, que Villagra no pudo contener el despueble, y el 28 de febrero, pueblo y ejército abandonaban la ciudad y se dirigían a Santiago. A las mujeres y niños los mandaron por mar.

Por suerte, los indios, entregados a la celebración del triunfo, no atendieron a cerrarles el paso, lo que les habría sido excepcionalmente sencillo.

A poco de llegar a Santiago, Villagra comenzó la organización del ejército con el cual debía tentar la salvación de las guarniciones de Imperial y Valdivia, y la repoblación de Concepción. Larga fué la tarea y llena de incidencias; pero al fin se halló todo listo, y el 2 de noviembre de 1554 partió de Santiago a la cabeza de 155 hombres.

Llegó sin novedad hasta el Bío-Bío, donde encontró la primera resistencia. La venció fácilmente, y desde allí continuó su avance hasta Imperial, extremando las precauciones para no ser sorprendido.

Durante todo el avance, los indios que se cogían prisioneros declaraban, con invariable unanimidad, que Imperial había sido destruída y todos sus pobladores muertos. A una jornada de la ciudad, todavía declaraban lo mismo, y, sin embargo, la ciudad estaba en pie y libre de enemigos.

Francisco de Villagra fué recibido con gran regocijo, como persona largo tiempo esperada. La actividad y acierto con que el teniente de gobernador Pedro de Villagra (primo de Francisco) gobernó la ciudad, la había libra-

do de muchos peligros y de toda injuria. La mantenía en esos momentos la halagadora situación de hallarse en relativa paz con los indios. Y es que Pedro de Villagra fué un capitán digno de figurar entre los primeros y de que los hombres a sus órdenes hubieran dicho de él «que no hubo ni ha habido en este reino, ni haya conocido y visto capitán que hiciera lo que el dicho capitán hizo en valentía, esfuerzos y ventura».

3.° *El gobierno de Chile recae en los Cabildos.* — Entretanto, el problema del gobierno de Chile seguía sin solución. Se creían con derecho a él Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre, y por su parte, el Cabildo de Santiago, que no aceptaba a ninguno, consultó a la Audiencia de Lima, la cual, con fecha 13 de febrero de 1555, resolvió que, interinamente, cada uno de los Cabildos de Chile mandase en los términos de su ciudad. Ante esta resolución, Francisco de Villagra, que provisoriamente desempeñaba el puesto de capitán general y justicia mayor, renunció públicamente a su puesto, haciendo protestas de sumisión a la voluntad del Rey.

4.° *Inoportunidad de esta resolución.* — No pudo ser más inoportuna la resolución de la Real Audiencia. En esos momentos de anarquía y de sublevación de los indios, dejar a Chile sin un poder central fuerte era una imprudencia, y los efectos no tardaron en hacerse sentir. En Valdivia se reunió el Cabildo para hacer un nuevo repartimiento de encomiendas, y, despojando a los poseedores, los concejales se adjudicaron las mejores asignaciones, lo que produjo una grande y peligrosa exaltación en el vecindario.

La autoridad se desprestigió, y los Cabildos disputaban y reñían por causas baladíes.

Los indígenas, para quienes no podía pasar inadvertido este estado de cosas, comenzaron a dar muestras de inquietud.

5.° *Repoblación de Concepción.* — Villagra y el Cabildo de Santiago, para reforzar la resistencia en el Sur, resolvieron repoblar a Concepción, y ordenaron que sus vecinos (que estaban aún en Santiago) partieran al Sur el 14 de octubre.

Sin dificultad se hizo la repoblación de Concepción; pero los indios vecinos pidieron socorro a Lautaro, y éste, que se hallaba ansioso de continuar la campaña tan brillantemente iniciada con Tucapel y Marigüeño, reunió rápidamente un ejército, que se calculó en cuatro mil hombres, marchó hacia los Confines — cuyos pobladores huyeron a Imperial — y de allí siguió a Concepción.

6.° *Ataque a Concepción.* — En la mañana del 12 de diciembre de 1555 se presentó delante de la ciudad recién repoblada, llevando el pánico a sus habitantes.

Iba su gente provista de numerosos palos y varas largas, elementos con los cuales improvisaron, como a dos leguas de la ciudad, una especie de reducto, resguardado a su espalda por una quebrada.

Este trabajo tuvo por objeto proporcionarse un refugio para el caso de un desastre, y pone de manifiesto cuánto se preocupaba Lautaro de la seguridad de su tropa.

Nuevas muestras iba a dar el jefe indio en esta ocasión de su genio inventivo. Así como en Marigüeño aplicó el lazo, en Concepción introdujo el escudo, hecho de cuero de lobo marino. Y no contento con esto, además de sus armas ordinarias, proveyó a los indios de garrotes cortos y gruesos, con el objeto de que los lanzaran fuertemente contra la cabeza de los caballos, al iniciarse la lucha.

Las esperanzas que había cifrado en esta nueva arma no salieron defraudadas. Fué tal el efecto y el desconcierto que la lluvia de garrotes produjo en las filas españolas, que cuatro de ellos murieron, y varios

salieron heridos, y, aunque pelearon con el valor y la tenacidad de siempre, tuvieron por fin que declararse en franca retirada.

Refugiados en el fortín de la ciudad, fueron allí atacados por los indios, que, acertada e inteligentemente dirigidos, burlaron todos los esfuerzos de los españoles, hasta el punto de producir en ellos el pánico, más que por sus vidas, por la seguridad de sus mujeres e hijos.

Había, por suerte, en la bahía de Talcahuano un barco, y a él se dirigieron los fugitivos españoles, llevando a sus familias. Todas las mujeres y los niños se embarcaron, y gran parte de los hombres, aprovechando la orgía a que invariablemente se entregaban los indios después de la victoria, se retiraron por tierra.

Diez y ocho a veinte españoles habían quedado en el campo de batalla, y de los restantes, pocos eran los que no se hallaban heridos.

Como todas las anteriores, la victoria alcanzada por Lautaro había sido completa.

7.° *Francisco de Villagra es nombrado corregidor.*— El 11 de mayo de 1556 llegó a Santiago, procedente de Lima, D. Rodrigo de Volante, llevando una comunicación de la Audiencia en la cual se nombraba a D. Francisco de Villagra corregidor y justicia mayor de Chile. Con esto, ya el poder quedó en una sola mano y la situación normalizada. Un mes después llegaba el nombramiento de gobernador para D. Jerónimo de Alderete, y el de mariscal, para D. Francisco de Villagra.

8.° *Amago de sublevación de los indios.*—Por ese tiempo llegó la noticia de que los indios del Maule se sublevaban incitados por los araucanos, y Villagra, para contener el movimiento en su principio, envió a Diego de Cano con 14 hombres.

Al llegar al Mataquito, Cano supo que era Lautaro quien con sus guerreros había llegado a la ribera norte del Maule.

Como de costumbre, y en previsión de un contraste, Lautaro había hecho construír algunos fuertes, o pucaraes, en lugares admirablemente elegidos. Diego de Cano, arrastrado por su coraje e impetuosidad, sin pesar bien las consecuencias, se lanzó al asalto de uno de esos fuertes, y, rompiéndolo por uno de sus costados, penetró en él, produciendo entre sus defensores un gran desconcierto. Mas no había de ser duradero su triunfo. Muy pronto apareció Lautaro y, cargando con sus huestes, mató a un español, los hirió a casi todos y los obligó, por fin, a declararse en precipitada fuga.

La noticia de este encuentro produjo en Santiago la alarma consiguiente, y Villagra ordenó el alistamiento general de los hombres hábiles. El que no podía pelear, debía dar un sustituto o cien pesos. Logró así reunir 50 hombres bien armados, y, poniéndolos a las órdenes de su primo, Pedro de Villagra, los lanzó contra Lautaro.

Había éste avanzado hasta Peteroa, y con gran número de gente se hallaba parapetado en un fuerte reforzado con un ciénaga, hoyos y albarradas.

Aunque la posición era muy fuerte, Pedro de Villagra no vaciló en atacarla, y con tanto brío lo hizo, que consiguió desalojar a los indios y ponerlos en retirada.

Pero Lautaro no era hombre que se dejase vencer, y utilizando las albarradas, rehizo su gente, y avanzando de nuevo, arrolló a los españoles en un vigoroso contraataque, obligándolos a retirarse a una llanura cercana.

Sin pérdida de tiempo envió Villagra a Santiago en busca de refuerzos; pero, entretanto, intentó un nuevo esfuerzo y atacó, haciendo a los indios sensibles daños. Con todo, fué de nuevo rechazado, y esta vez más lejos.

Sin embargo, por razones que no se conocen, aprovechando la noche, Lautaro desalojó el fuerte, ocultando a los españoles su movimiento.

Cuando llegaron los refuerzos pedidos a Santiago

(unos treinta soldados), los indios ya se habían retirado, y Villagra, juzgando indispensable aprovechar la tregua para dar a su tropa un descanso ya muy necesitado y medios a los heridos para reponerse, se replegó a Santiago, dejando solos a los recién llegados a cargo de Juan Godínez.

8.° *Empresa de Godínez.*—Unos tres días después llegó a oídos de Godínez la noticia de que Lautaro andaba a unas doce leguas al Sur, molestando a los naturales que no se habían puesto de parte de los sublevados, y aunque llovía a torrentes, se puso en marcha en su seguimiento. En un punto llamado Lora, o Cora, alcanzó a una partida de 150 indígenas, a los cuales desbarató, produciéndoles grandes bajas. Lautaro acudió cuando ya Godínez se había retirado a una espléndida posición, donde no fué atacado.

Lautaro repasó el Maule para reunir el ejército con el cual pensaba recomenzar muy luego las operaciones.

9.° *Noticia del nombramiento de D. García Hurtado de Mendoza.*—Por este tiempo llegó a Chile D. Juan Velázquez, trayendo de Lima la noticia de que el gobernador, Jerónimo de Alderete, había muerto en viaje a Chile desde España, quien, entre otros muchos, venía acompañado por el inmortal autor de *La Araucana,* D. Alonso de Ercilla. Junto con esto, traía la noticia de que el mismo virrey, D. Andrés Hurtado de Mendoza, había nombrado gobernador de Chile a su hijo, D. García Hurtado de Mendoza, y que éste llegaría en abril de 1557 con gran refuerzo de gente, caballos y armas.

10. *Nueva expedición de Francisco de Villagra.*—Queriendo Villagra terminar con la pacificación antes de la llegada de D. García Hurtado de Mendoza, partió hacia Imperial con 60 jinetes. Después de disolver algunas juntas, pero sin encontrarse con Lautaro, llegó a su destino sin sufrir ningún accidente digno de ser mencionado.

No tenía el propósito de permanecer mucho tiempo

en Imperial; mas la noticia de que Lautaro se dirigía hacia el Norte lo hizo partir inmediatamente.

Tomó Villagra todo el peso a la responsabilidad que podía afectarle si la capital caía en manos de Lautaro. Supo, por suerte, que recién había pasado el Maule y que aun era tiempo de alcanzarlo.

11. *Plan de Lautaro.* — Lautaro, por su parte, iba (en la medida que le permitían los miserables recursos de que disponía) poniendo en juego una concepción estratégica que, por lo brillante, era digna del más avezado general.

Viendo que Villagra, con parte importante de la colonia se había dirigido a Imperial, creyó llegado el momento de caer sobre la capital para asestar el golpe más formidable que podía dirigir contra los españoles.

No había en su apreciación el menor error. Sus atrevidas combinaciones y sus brillantes triunfos jamás pusieron a la colonia en tan peligrosa situación como la que ahora le creaba su simple movimiento hacia la capital.

12. *Salida de Godínez.* — Alarmado el capitán Juan Jufré, que reemplazaba a Villagra en Santiago, reunió apresuradamente unos veinticinco jinetes, y poniéndolos a las órdenes de Juan Godínez, los lanzó contra Lautaro, que había llegado ya a los límites de Santiago (1). Coincidió así el avance de Villagra hacia el Norte con el de Godínez hacia el Sur.

13. *Concentración de los españoles.* — Al llegar Villagra al Mataquito, supo que Lautaro se hallaba en el pueblo de Peteroa, que sólo distaba unas tres o cuatro leguas, a través de unos cerros, al mismo tiempo que en las inmediaciones andaba una partida de españoles en busca de los indios. Ocultó inmediatamente su tropa en un bosque, y escribió a Godínez, llamándole a su lado. No tardó en obedecer Godínez, y esa misma noche se hallaban

(1) De la provincia.

reunidas las dos partidas, formando un total de 57 hombres, cinco arcabuceros y 400 indios auxiliares.

Las fuerzas de Lautaro no se conocen de un modo preciso; pero de los antecedentes se puede deducir que no pasaban de mil hombres, ya que la sublevación no había sido general, ni era apropiado un gran ejército para la calidad de las operaciones que Lautaro llevaba entre manos. Necesitaba uno escogido y de gran movilidad.

14. *Avance de Villagra.* — Sin perder un momento de tiempo, Villagra trató de sorprender a Lautaro, y, poniéndose en marcha esa misma noche, atravesó los cerros que de él lo separaban y llegó al amanecer a la inmediata proximidad de su ejército, sin ser visto ni oído, gracias a los datos que los indios le dieron. Una vez más los indios amigos habían sido verdaderamente fieles a los españoles. Fuerza es suponer que las crueldades de que a veces echó mano Lautaro le habían enajenado la voluntad de los naturales, los cuales preferían ya el dominio español al de los araucanos. Muchas veces habían sido los españoles los que habían librado a los indios de las crueldades que sus mismos connacionales cometían con ellos, o los que les habían rescatado sus mujeres, o sus hijas robadas.

De todo esto resultó que cuando Villagra llegó al campamento de Lautaro, encontró a los indios dormidos y casi del todo desapercibidos. Por otra parte, ésta era una consecuencia de la falta de preparación y disciplina del ejército indio, que no conocía el servicio de seguridad sino en forma muy rudimentaria.

Del todo desapercibidos no estaban, sin embargo, porque habían construído fosos y algunas albarradas.

15. *Combate de Peteroa y muerte de Lautaro.* — Antes de atacar, Villagra arengó a su gente y la distribuyó, echando adelante a los treinta que iban a pie, y que se hallaban a las órdenes de Gabriel de Villagra.

Guiados por los indios auxiliares, lograron entrar al

fuerte sin hallar resistencia, y llegaron así hasta donde estaba Lautaro. Este se defendió brava y heroicamente; pero al fin sucumbió al mayor número, con los pocos que lo acompañaban, privando así a los suyos de su irreemplazable dirección.

Ignorando los araucanos la muerte de su jefe, continuaron peleando con el ardor de siempre, y sólo después de más de cinco horas de lucha y de perder 18 capitanes y 645 soldados (todos araucanos), se declararon en retirada, dejando en el campo al jefe insuperable que supo siempre conducirlos a la victoria.

Los españoles tuvieron un solo muerto; pero quedaron heridos casi todos. Como siempre, nada se sabe de los indios auxiliares.

Esto ocurrió el 1 de abril de 1557.

Cupo, pues, a Francisco de Villagra el honor de concluír con el invencible caudillo que por más de tres años mantuvo en jaque al poder español, poniendo en acción una actividad, una intrepidez y un talento verdaderamente extraordinarios.

CAPITULO XI

Don García Hurtado de Mendoza.

SUMARIO: 1.º Llegada de D. García Hurtado de Mendoza. — 2.º Toma contacto con los indios. — 3.º Primera expedición. — 4.º Primer combate de Caupolicán. — 5.º Los españoles se establecen en Tucapel. — 6.º Repoblación de Concepción. — 7.º Fundación de Cañete y Angol. — 8.º Tasa de Santillán. — 9.º Expedición de Ladrillero. — 10. Don García visita la capital. — 11. Nombramiento de D. Rodrigo de Quiroga, y partida de D. García.

1.º *Llegada de D. García Hurtado de Mendoza.* — El 2 de febrero de 1557 zarpó del Callao la escuadrilla (ocho naves) en que con 150 soldados venía a Chile el recién nombrado gobernador, D. García Hurtado de Mendoza. Unos quince días antes había enviado por tierra otros 150 hombres. Municiones, armas y pertrechos, traía en abundancia.

No cumplía aún veintidós años, y era hijo del virrey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.

Mal informado, o con un falso concepto del estado político de Chile, su primera medida al llegar al país fué tomar presos a Francisco de Aguirre (en la Serena) y a Francisco de Villagra (en Santiago), con lo cual atropelló, sin razón ninguna, a dos meritorios servidores. Villagra, especialmente, recién nombrado mariscal, era una persona llena de méritos y digna de la más alta consideración. Acababa de triunfar sobre Lautaro en

Peteroa, y esto sólo le hacía acreedor a especial deferencia y a la más alta recompensa.

Llegaba D. García con el más numeroso y mejor pertrechado ejército que hasta entonces hubiera arribado a Chile, y robustecido con la seguridad de contar con el decidido apoyo de su padre, el virrey.

Traía también hábiles y prudentes consejeros, entre los cuales merece recordarse al licenciado D. Hernando de Santillán, autor de las ordenanzas llamadas Tasa de Santillán.

En vez de dirigirse a Santiago, como era natural, lo hizo a Talcahuano, con la idea de repoblar a Concepción. Después de permanecer dos meses en Serena, salió de Coquimbo el 21 de junio de 1557.

2.º *Toma contacto con los indios.* — Al llegar a Talcahuano construyó un fuerte, que llamó San Luis, fuerte que fué muy luego reciamente atacado por los indios.

Viendo D. García la bravura y el empuje de los naturales, comenzó a temer por su seguridad mientras no le llegaran refuerzos, e inmediatamente despachó mensajeros hacia el Norte para apurar las tropas que había enviado por tierra (la caballería), y hacia el Sur, pidiendo a las ciudades de Imperial, Villarrica y Valdivia que le enviaran la mayor cantidad posible de soldados.

3.º *Primera expedición.* — De esta suerte, en los primeros días de octubre pudo ya el nuevo gobernador expedicionar hacia el Sur, pasando el Bío-Bío a la cabeza de más de seiscientos castellanos y tres a cuatro mil indios auxiliares: el ejército español más grande que se había visto en Chile.

Ninguna influencia produjo en el esforzado ánimo de los indígenas tan grande cantidad de tropa, y a poco de pasar el Bío-Bío le presentaron combate en pleno campo abierto, cosa que hasta entonces habían siempre rehuído.

Después de dos horas de encarnizada lucha, los indios comenzaron a ceder y a retirarse, disputando el terreno palmo a palmo. Pelearon así, sin desmoralizarse, hasta que las sombras de la noche llegaron a interrumpir el combate y les permitieron retirarse a un pucará (fuerte) que habían previamente construído.

4.° *Primer combate con Caupolicán.* — Continuando su avance, llegaron los españoles al valle de Millaraque, y cuando se aprestaban a partir de allí, en la mañana del 30 de noviembre de 1557, fueron sorprendidos por el chivateo de los indios, que, al mando del esforzado Caupolicán, cargaban con incontenibles bríos.

Iba éste montado en un caballo blanco, y cubierto con una capa roja, con el aspecto de un gran general. Tras una larga y reñida lucha de cuatro horas, los indios se declararon en derrota, dejando en el campo 1.500 hombres, entre muertos y heridos.

5.° *Los españoles se establecen en Tucapel.* — No tardaron mucho los españoles en llegar a Tucapel — el fuerte de triste memoria —, y estimando D. García que el lugar se prestaba para hacerlo centro de sus operaciones, reparó y reforzó el fuerte con una muralla.

Muy luego los indios se convencieron del ánimo de los españoles de establecerse allí y de la imposibilidad en que se encontraban de batirlos mientras se hallaran en tan gran número. En consecuencia, escondieron sus alimentos, quemaron sus casas y huyeron a la montaña. Ya sabía lo bastante D. García sobre la calidad y el temple de la gente con quien se hallaba entablada la lucha.

6.° *Repoblación de Concepción.* — Una de las primeras cosas en que D. García pensó fué en el repueble de Concepción, y después de designar a los vecinos y concederles sendas encomiendas, les envió con 150 soldados. El 6 de enero de 1558 se efectuó el acto de la repoblación.

7.° *Fundación de Cañete y Angol.* — En seguida, a medida que la tenaz resistencia de los indios le daba

tiempo, se dedicó a fundar a Cañete (19 de enero de 1558), a expedicionar a Reloncaví, llegando hasta el canal de Chacao (28 de febrero de 1558), y a la refundación de Angol. (Abril de 1559. La había fundado Valdivia en 1553.)

Muerte de Caupolicán. — Al llegar D. García a Imperial, en su viaje al Sur, supo que Caupolicán pretendía caer sobre Cañete, y, previendo una catástrofe, envió a Reinoso, que la guarnecía, un fuerte refuerzo.

En autos este capitán de lo que se proyectaba por las delaciones de un indio traidor, tendió a los araucanos una celada, y en ella, tras un recio batallar que duró un día entero, alcanzó la victoria. Caupolicán huyó; pero otro indio traidor denunció a Reinoso el lugar en que se escondía, y allí fué sorprendido y tomado prisionero.

Sometido a juicio, después de una rápida sustanciación del proceso, fué condenado a ser asaeteado y empalado. La noticia de tan bárbara resolución la recibió el intrépido guerrero con imperturbable serenidad, y después de recibir el bautismo (se le puso el nombre de Pedro) y la comunión, se preparó a morir con admirable estoicismo.

Desagradados casi todos los españoles con la inhumana sentencia, pidieron insistentemente a Reinoso que suspendiera la ejecución; pero se estrellaron con la más inflexible negativa de un hombre cegado por el deseo de venganza.

La degradante ejecución se llevó, pues, a cabo, dando lugar al más alto ejemplo de valor que registra la epopeya araucana. Murió el ínclito guerrero revelando una insuperable grandeza de alma en medio de los más horribles dolores.

8.° *Tasa de Santillán.* — Durante este gobierno se dictó la ordenanza sobre el servicio personal de los indios. Se llamó *Tasa de Santillán.*

Se disponía en ella que los españoles dueños de encomiendas no podían disponer para el trabajo de las minas

sino de un indio por cada seis de que el cacique dispusiera, y para la agricultura, de uno por cada cinco. A este servicio obligado se le llamó *mita.*

Disponía además la referida ordenanza que al indio se le pagara por su trabajo una suma equivalente a la sexta parte de lo que produjera; que se le alimentara bien, dándole carne, por lo menos tres veces a la semana, y que se le proporcionaran las herramientas que fueran menester. Eximíase del trabajo a las mujeres, a los menores de diez y ocho años y a los mayores de cincuenta; se prohibía cargar a los indios como bestias, y obligaba al descanso dominical. ¿Qué más se podía exigir? ¿No fué ésa una ordenanza digna de nuestros tiempos? Por eso debe considerársela como uno de los actos más honrosos de la administración de D. García Hurtado de Mendoza. Ella alivia a los españoles de un cargo grave e insistentemente repetido.

9.° *Expedición de Ladrillero.* — Otro acto de la administración de D. García, digno de ser recordado, es el reconocimiento de la región austral hasta el Estrecho de Magallanes.

Confió tan difícil tarea al distinguido marino Juan Ladrillero, y, gracias a tan acertada elección, pudo ser llevada a buen término.

Se eligió a Valdivia para organizar la expedición, y allí se designó, como segundo, a otro marino de mérito, a D. Francisco Cortés Ojea. Este señor conocía ya el camino, pues había acompañado a Francisco de Ulloa que fué mandado por Pedro de Valdivia. A la vez que segundo, se nombró a Cortés capitán del navío *San Sebastián.* La otra nave, que iba de capitana, se llamaba *San Luis.*

Zarpó la expedición de Valdivia el 17 de noviembre de 1557, llevando en los dos buques unos cuarenta soldados y marineros españoles. El número de indios (que seguramente no faltaron) no se conoce; pero del dato de

que en el *San Sebastián* se gastaban tres almudes diarios de arroz, o mote, para alimentarlos, se puede deducir que no eran muchos. Navegaron en convoy hasta el Golfo de Penas, donde, sorprendidos por una tempestad, los dos buques se separaron durante la noche, para no saber uno del otro sino pasado un año.

El *San Sebastián*, después de mil penurias, llegó a la boca misma del Estrecho; pero sus exploradores no lo reconocieron, y el capitán, creyéndose perdido, acordó volver a su punto de partida.

Después de algunos preparativos, emprendió el viaje de regreso, desde el puerto de San Juan Crisóstomo, el 9 de febrero de 1559.

A los seis días de navegación, un nuevo temporal —ya habían sufrido varios— los obligó a recalar en una caleta muy abrigada, donde amarraron el barco a los árboles y, después de examinarlo detenidamente, se convencieron de que era tan desastroso su estado, que hacía imposible la continuación del viaje.

Resolvieron, pues, detenerse allí (era el 16 de febrero) y construír, con las abundantes maderas del bosque y lo que se pudiera aprovechar del *San Sebastián*, un pequeño bergantín que los transportara a Valdivia.

Aunque ninguno conocía el trabajo de construír un buque, tanto empeño pusieron en ello, que el 15 de abril ya el bergantín estaba listo.

La prudencia aconsejó no ponerse en marcha aún, porque ésa era la época de las grandes tormentas, y el bergantín era demasiado pequeño para soportarlas.

Por fin, el 29 de julio, obligado por la impaciencia de su gente, Cortés Ojea resolvió hacerse a la mar.

Navegaron varios días costeando las islas y bajando a tierra durante las noches, hasta que el 9 de agosto el viento les obligó a sacar a tierra el bergantín y esperar allí unos veinticuatro días.

Puestos de nuevo en marcha, los padecimientos no

les dieron tregua, hasta que, por fin, el 1 de octubre de 1558, entraron en el puerto de Valdivia, después de diez meses y medio de ausencia.

Entretanto, Ladrillero hacía un viaje mucho más provechoso, y no tan accidentado.

Viajando por los canales, llegó al Estrecho de Magallanes en marzo de 1558, y el 23 fondeó en un puerto que él situó en el grado 53°5 de latitud.

Después de invernar allí cuatro meses, continuó su ruta el 23 de julio, reconociendo con admirable precisión y minuciosidad los canales, las islas y los puertos, hasta salir al Atlántico el 9 de agosto.

Cumplida así su misión, regresó a Valdivia, adonde llegó en los primeros días del mes de enero de 1559.

Los padecimientos soportados por estos expedicionarios deben haber sido enormes, y de ellos se puede juzgar por el antecedente de que Ladrillero volvió con sólo ocho o nueve tripulantes. El resto había muerto. Y ese resto no puede haber sido menos de doce, ya que en los dos buques iban cuarenta.

Felizmente, los sacrificios fueron bien recompensados, pues los resultados de la expedición de Ladrillero superaron a todo lo que de él se podía esperar. La fidelidad con que fué descrita la región, y la abundancia de detalles con que enriqueció la descripción, dieron al trabajo de Ladrillero excepcional importancia.

10. *Don García visita la capital.* — Una cosa verdaderamente extraña, y que la Historia no explica satisfactoriamente, es la persistencia con que D. García se mantuvo alejado de la capital. No la conoció sino en las postrimerías de su gobierno, cuando, previendo qué luego sería relevado, juzgó necesario acercarse a los hombres cuya influencia podía serle útil más tarde.

Con razón presumen algunos que el motivo capital de este raro retraimiento fué la incesante preocupación

por la seguridad de la colonia en que lo mantuvo la actitud siempre inquieta de los indios del Sur.

Y este antecedente innegable es el que hace más extraña la declaración de D. García, al terminar su gobierno, de que dejaba a Chile completamente pacificado. No lo estuvo nunca: ni antes ni después de su gobierno.

11. *Nombramiento de D. Rodrigo de Quiroga y partida de D. García.* — Resuelto D. García a alejarse de Chile, nombró como teniente general del reino a D. Rodrigo de Quiroga (7 de junio de 1560), y aun cuando no deseaba apresurar su partida, la noticia del fallecimiento de su padre, el virrey del Perú, le obligó a partir inmediatamente, saliendo del puerto de Papudo (algunos creen que de Valparaíso) a mediados de febrero de 1561.

Cuatro años, por consiguiente, duró en Chile el gobierno de D. García Hurtado de Mendoza, y al hacer el balance de su administración, justo es reconocer que, a pesar de su extremada juventud, demostró buenas condiciones de gobernante e hizo obra benéfica y fecunda. No alcanzó la pacificación de la Araucania, como él se lo imaginó; pero, en cambio, dió mucha vida a la colonia, dictó la ordenanza de Santillán (su mejor título ante la posteridad) y ordenó el reconocimiento del Estrecho de Magallanes a Ladrillero.

Es memorable también su administración, por haber figurado en las filas de su ejército el insigne poeta don Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana,* el primer libro que hizo conocer a nuestra patria en Europa, y que fué dado a la publicidad, para glória de la poesía, en 1569.

TERCERA PARTE

La colonia

TERCERA PARTE

La colonia

CAPITULO PRIMERO

Régimen colonial.

SUMARIO: 1.° Régimen de gobierno. — 2.° Facultades del gobernador. — 3.° Juicios de residencia. — 4.° Los Cabildos. — 5.° Administración de justicia.

1.° *Régimen de gobierno.* — El gobierno en las colonias españolas de América era ejercido, en nombre del Rey, por cuatro virreyes y cuatro capitanes generales.

Los virreinatos eran: Méjico, o Nueva España, creado en 1534; Perú, creado en 1542; Nueva Granada, creada en 1739, con asiento en Santa Fe de Bogotá, y el de Buenos Aires, creado en 1778.

Los virreyes eran representantes del Rey, y gozaban de grandes atribuciones y prerrogativas. Se les nombraba ordinariamente por un plazo de tres años, que en el siglo XVIII fué prolongado a cinco; pero quedaba a la voluntad del Rey acortar o alargar este plazo.

Las grandes facultades de que gozaban no estaban restringidas sino por la autoridad de la Real Audiencia, que, a la vez que Consejo del virrey o del gobernador, era el más alto Tribunal de justicia.

Los virreinatos y capitanías se administraban con in-

dependencia, y se mantenían con sus propias entradas, excepción hecha de algunos muy pobres, como el de Chile, que recibía ayuda del virreinato del Perú.

En Méjico se publicó el primer diario a principios del siglo XVIII.

Las rentas de este virreinato llegaron a veinte millones, de los cuales, seis pasaban a las arcas reales.

El virreinato del Perú fué uno de los más ricos, y sus rentas alcanzaban, no sólo para cubrir sus gastos, sino también gran parte de los que irrogaban el virreinato de Nueva Granada y la Capitanía general de Chile, y aun sobraba para remitir a la metrópoli.

En 1551 se fundó en Lima la primera Universidad.

El virreinato de Nueva Granada alcanzó una vida bastante próspera; pero sus entradas, de tres millones anuales, no bastaban para satisfacer sus gastos.

En Santa Fe, su capital, existía una Universidad, y en las postrimerías de la colonia se instaló una imprenta.

El virreinato de Buenos Aires tomó muy luego gran importancia comercial, haciéndose el centro de un activo comercio de ganadería, cueros, carnes saladas y de los productos venidos del Alto Perú (cascarilla, algodón, añil, azúcar, plata, cobre, etc.). Tuvo una imprenta a fines del siglo XVIII.

Las cuatro Capitanías generales fueron:

La de Guatemala, dependiente del virreinato de Méjico.

La de Nueva Venezuela, dependiente del virreinato de Nueva Granada.

La de Cuba, centro del gobierno de las Antillas.

La de Chile, segregada del virreinato del Perú y creada en 1778.

Junto con ser erigida Capitanía general, Chile recibió algunas franquicias comerciales que favorecieron mucho el desarrollo de su industria y de su riqueza.

2.º *Facultades del gobernador.*—Las facultades gubernativas del capitán general eran las siguientes:

1.ª Mandaba el ejército.

2.ª Nombraba y removía a los funcionarios públicos, con excepción de los que recibían nombramiento directo del Rey.

3.ª Administraba justicia civil y penal, como supremo juez, ya en persona, ya por medio de su teniente general.

4.ª Dirigía la administración de las ciudades, designando los miembros de los primeros Cabildos y presidiendo él mismo, o subalternos suyos, llamados corregidores, las sesiones de esos Cuerpos.

5.ª En el nombramiento de los párrocos ejercía el derecho de patronato, por el Rey, y bajo el título de vicepatrono.

6.ª Repartía, provisoriamente, tierras e indios entre los individuos que estimaba más meritorios.

3.º *Juicios de residencia.*—Estas facultades, relativamente amplias, estaban contrarrestadas por el derecho que cada perjudicado tenía de presentarse ante el virrey, o ante el mismo Rey, en demanda de justicia, y por un juicio llamado de «residencia», al que se sometía al gobernador en cuanto terminaba su gobierno.

En este juicio declaraban todos los agraviados, se oían los descargos y, acumulados todos los antecedentes, el Rey fallaba sobre la responsabilidad que resultara, oyendo al Consejo de Indias.

Tanto los virreyes como los gobernantes eran rentados.

El sueldo de los virreyes fluctuaba entre veinte y treinta mil ducados. Al del Perú, que ocupaba el primer rango, estaba asignada una remuneración de 30.000 ducados.

El sueldo de los gobernadores fué muy variable.

Mientras Valdivia ganó 2.000 ducados anuales, D. García Hurtado de Mendoza ganó 20.000.

En ausencia del gobernador, la autoridad recaía en el teniente general. La ejercían también los corregidores o gobernadores de las ciudades y los alguaciles mayores, especie de prefectos de Policía.

4.º *Los Cabildos.* —Nuestras actuales Municipalidades son lo que entonces eran los Cabildos, que se componían de dos alcaldes, seis regidores, un secretario y un procurador. Estas Corporaciones se generaban al principio por sí mismas; pero más tarde sus puestos se vendieron en subasta pública.

Sus atribuciones eran, aunque poco amplias, muy variadas. Eran administrativas, en cuanto velaban por el ornato e higiene de la ciudad; judiciales, por la facultad que sus alcaldes tenían para pronunciarse sobre ciertos asuntos civiles y penales; legislativas, cuando se trataba de dictar ordenanzas para determinar los precios locales de ciertos artículos y trabajos de mano; y, por fin, políticas, cuando, por un peligro público o alguna grave situación, convocaban el Cabildo abierto para que cualquier vecino emitiera su opinión, deliberara y votara.

5.º *Administración de justicia.* —El derecho de administrar justicia se hallaba sumamente diluído, y por eso resultaba muy complicado. Podían administrarla el gobernador, los alcaldes, los corregidores, los alguaciles mayores, los jueces militares, los de Hacienda, los de minas, los de comercio, los de aguas y los eclesiásticos; todo, según los casos y la calidad de los delitos.

Además, durante cierto tiempo existió un Tribunal superior, que hasta el gobierno ejerció en vez del gobernador, y que se llamó Real Audiencia. Fué creado en Chile en 1567, con asiento en Concepción. Se componía de cuatro miembros u oidores. Como Cuerpo consultivo y como Tribunal de alzada, prestó grandes servicios; pero, como era natural, fracasó en su tarea de goberna-

dor. Por suerte, antes del año fué relevado de esta misión; reconoció el Rey su equivocación, y la dejó circunscrita a su papel de Tribunal.

La falta de armonía que siempre existió entre el gobernador y la Real Audiencia fué causa de que en varias ocasiones se solicitara la supresión de este Tribunal, y de que en 1575, con el nombramiento de Rodrigo de Quiroga, llegara también la cédula real en que se le suprimía. En 1606 se la creó de nuevo, y duró hasta la Independencia.

CAPITULO II

Gobierno de D. Francisco de Villagra.

SUMARIO: 1.º Nombramiento de D. Francisco de Villagra. — 2.º Venida a Chile. — 3.º Estado de la colonia. — 4.º Villagra, en campaña. — 5.º Villagra se retira, por enfermo, del teatro de las operaciones. — 6.º Derrota de Lincoyán y muerte de Villagra.

1.º *Nombramiento de D. Francisco de Villagra.* — La prisión de Villagra y Aguirre, decretada por D. García al hacerse cargo del gobierno de Chile, podujo muy mala impresión en todas partes, y hasta el mismo Rey mostró por ello su desagrado.

A los pocos meses de tener Felipe II conocimiento del nombramiento de D. García — hecho por el virrey del Perú — y de los sucesos de las colonias, expidió una cédula separándole del mando (15 de marzo de 1558), y al transcribírsela le comunicaba también que el nuevo nombramiento había recaído en D. Francisco de Villagra.

2.º *Venida a Chile.* — A causa de la escasez de comunicaciones, D. Francisco de Villagra, que había sido nombrado el 20 de diciembre de 1558, no tuvo en Lima conocimiento de tal designación sino a principios de 1560.

Otro año demoró él en prepararse para partir a Chile, y por eso, zarpó del Callao en marzo de 1561.

Al desembarcar en Serena (5 de junio de 1561) supo que D. García, contrariando las disposiciones y rehuyendo el juicio de residencia, había partido para el Perú, y que el país se hallaba bajo el mando interino de don Rodrigo de Quiroga.

Con verdadero alborozo fué recibido en Chile D. Francisco de Villagra, y es que se le conocía como hombre magnánimo, cumplido caballero y gran capitán.

3.° *Estado de la colonia.*—Por desgracia para Villagra, el estado de la colonia no era tranquilo. Llegaba en el momento en que los araucanos iniciaban una nueva sublevación, y esto, que diez años antes hubiera sido para él hallarse en su elemento, era en ese instante un verdadero desastre, porque del antiguo hombre de guerra ya no quedaba nada en él. La vida excepcionalmente activa y fatigosa a que le obligaron las campañas de Arauco, que libró con Valdivia, le habían envejecido prematuramente, haciendo que el premio que tanto se merecía—de gobernador de Chile—le llegara tarde, cuando ya no podía disfrutar de él, porque no le quedaban ni capacidad ni vida.

La nueva campaña la habían iniciado los araucanos con el asesinato del gobernador de Cañete y de varios de sus acompañantes, retirándose en seguida, ante la enérgica actitud de la guarnición de Angol, al interior de las selvas, donde los pantanos y los bosques les ofrecían eficaz protección.

4.° *Villagra, en campaña.*—Tal situación obligó a Villagra a partir para tomar el mando de las tropas que operaban contra los indomables araucanos, y a fines de octubre se puso en marcha. Pasando por Concepción, llegó a Cañete, e inmediatamente se puso al frente de las tropas de operaciones.

Llegaba en el momento culminante de la sublevación, en el momento en que el natural ardor con que los indios peleaban, estaba exaltado por la creencia de que una enfermedad terrible—para ellos desconocida—, que los diezmaba, era una nueva arma de que los españoles echaban mano para vencerlos. Se trataba de la viruela, traída por el buque en que había llegado Villagra, violenta epidemia que muy luego se había de hacer endé-

mica entre nosotros. Hizo estragos enormes, principalmente entre los pobres indios, que no conocían ningún medio de defensa. Fué tal la mortandad —también entre los españoles—, que se hizo necesario suspender el trabajo de los lavaderos y de varias otras industrias por falta de brazos.

Se hizo así extremadamente crítica la situación de la colonia, y como las operaciones militares no eran tampoco afortunadas, por el mismo encono con que los indios peleaban, no pasó mucho tiempo sin que los españoles comenzaran a culpar al nuevo gobernador de todo lo que ocurría.

En vano Villagra, con una energía extraordinaria ante sus achaques, se multiplicaba en una actividad febril; en vano recorría el Sur, desde Concepción a Valdivia, y se esforzaba por matar la sublevación. Sus antiguas y brillantes dotes de caudillo ya no le acompañaban; su extrema debilidad le impedía desplegar la actividad necesaria, y, al fin, en un supremo esfuerzo estéril, cayó al golpe de un agudo ataque, que le sorprendió en Villarrica y le puso a las puertas de la muerte.

5.° *Villagra se retira, por enfermo, del teatro de operaciones.* —Sin embargo, era tal la energía de su carácter, que, viéndose inválido, se hizo transportar en una silla hasta Imperial, y de aquí a Valdivia, donde se embarcó para regresar al Norte.

Llegó a Concepción cuando más necesaria era su presencia, pues la ola de la sublevación llegaba ya a las puertas de la ciudad.

6.° *Derrota de Lincoyán y muerte de Villagra.* — Mandó contra las envalentonadas huestes sus mejores tropas, con la intención de libertar las plazas sitiadas de Cañete, Angol y Arauco; pero no sólo no consiguieron este objetivo, sino que en un serio encuentro que tuvieron con los rebeldes en la quebrada de Lincoyán, sufrieron una verdadera derrota y la pérdida de numerosos

oficiales y soldados de gran reputación, entre los cuales figuró el hijo del gobernador, D. Pedro de Villagra.

Este golpe, unido a varios otros que se siguieron, acabaron con la poca vitalidad que le quedaba al glorioso valetudinario; y así, en medio de las mayores zozobras por el porvenir y la seguridad del país, que tantos sacrificios le había costado, expiró en Concepción el 22 de junio de 1563, a los cincuenta y un años.

Con él perdió España un funcionario modelo, un buen patriota y un gran soldado.

Haciendo uso de sus atribuciones, nombró para sucederle provisoriamente a su primo D. Pedro de Villagra.

CAPITULO III

Gobierno de Rodrigo de Quiroga.

SUMARIO: 1.º Gobierno interino de Pedro de Villagra.—2.º Primer obispo de Chile.—3.º Creación de la Real Audiencia, con funciones gubernativas.—4.º Gobierno de Rodrigo de Quiroga.

1.º *Gobierno interino de Pedro de Villagra.*—Gran suerte fué para la colonia que el gobierno interino recayera en D. Pedro de Villagra, antiguo y prestigioso militar, compañero de Valdivia y conocedor a fondo, en consecuencia, del carácter de los indios y del modo más eficaz de combatirlos.

Convulsionado como el país se encontraba, otro gobernante cualquiera no habría logrado garantizar la tranquilidad de la colonia en un radio tan amplio y con tan escasos recursos.

Sin embargo, a los dos años de su gobierno, cuando nadie lo esperaba, y sin que mediara motivo alguno que lo justificara, fué depuesto en forma inusitada por el virrey del Perú. Felizmente, el que se nombró en su reemplazo fué uno de los vecinos de más prestigio, a la vez que un distinguido militar, el general D. Rodrigo de Quiroga.

2.º *Primer obispo de Chile.*—Aspiración largo tiempo sentida había sido en la colonia la erección del Obispado de Santiago. El primero en solicitarlo fué D. Pedro de Valdivia; pero sólo por bula de 18 de mayo de 1561 el Papa Pío IV creó la diócesis de Santiago,

como sufragánea del Arzobispado de Lima, nombrando como su primer obispo al presbítero González Marmolejo.

Era éste un meritorio sacerdote que había llegado a Chile con Valdivia, y que, en el momento de recibir la mitra, llegaba ya al término de su vida.

Sólo poco más de un año sobrevivió a tan honorífica designación.

3.° *Creación de la Real Audiencia, con funciones gubernativas.* —Mientras el virrey del Perú jugaba así con los gobiernos interinos, el Rey, en su anhelo de poner término al irregular estado de cosas que existía en la colonia, adoptaba la transcendental resolución de crear la Real Audiencia (1567); pero no como Tribunal, sino para reemplazar al gobernador en el gobierno del país. Se le fijó como asiento la ciudad de Concepción, y se determinó que fuera compuesta por cuatro miembros u oidores.

Como es fácil comprender, este recurso, en vez de aliviar la situación, la empeoró, pues en los momentos difíciles es cuando más se hace sentir la necesidad de un gobierno firme, enérgico y sereno, y éstas son cualidades que se avienen muy mal con la necesidad de consultar o contemplar la voluntad de varias personas, como ocurría en la Real Audiencia.

Como Tribunal de alzada o como Cuerpo consultivo, habría estado muy bien; pero como gobernante, fracasó ruidosamente, haciendo un gobierno estéril, que, por suerte, fué muy corto. Se nombró antes de un año nuevo gobernador, y la Real Audiencia pasó a desempeñar sus funciones naturales de Tribunal de justicia.

4.° *Gobierno de Rodrigo de Quiroga.* —En 1573 resolvió el Rey, aunque tardíamente, premiar con el nombramiento de gobernador los valiosos servicios de un viejo compañero de Valdivia, que había llegado a Chile a 1540: D. Rodrigo de Quiroga. Tres veces había sido ya gobernador interino: después de la muerte de Valdivia,

por designación del Cabildo de Santiago; a la partida de D. García, nombrado por éste teniente general del Reino, y al fallecimiento de Pedro de Villagra, por resolución del virrey. Es ésta la prueba más concluyente del prestigio de que gozaba en la colonia.

Refiriéndose a él, en una comunicación al Rey, don García Hurtado de Mendoza se expresaba así: «Es uno de los caballeros principales de esta tierra y persona en quien cabrá cualquier merced que V. M. fuere servido hacerle.»

Antes de la Real Audiencia desempeñó por dos años el gobierno interino de la colonia, en un período de plena efervescencia guerrera, y con tal acierto se condujo, que recuperó el terreno que las armas españolas habían perdido, repobló a Cañete y Arauco, y extendió la conquista hasta Chiloé. Allí fundó la ciudad de Castro, por intermedio de su teniente, D. Martín Ruiz de Gamboa, en febrero de 1567.

Durante su gobierno efectivo, que duró cinco años (1575-1580), llevó a cabo dos campañas de pacificación, sin conseguir, por cierto, otro resultado que el de contener por un momento el enorme empuje con que la sublevación de los indios había invadido el país. Ya no llegaba sólo a Imperial, sino hasta Valdivia y Osorno, es decir, la conflagración se había hecho general.

A más de esta gran dificultad, sobrevino otra que le acarreó no pocas preocupaciones: un violento terremoto que ocasionó grandes perjuicios en la región austral.

Para coronar todos estos males, al término ya de su gobierno (fines de 1578), llegó a las costas de Chile el famoso corsario Drake, trayendo a los pobladores un gran espanto y al gobierno la más seria preocupación.

Quiroga dejó de mano la campaña en que se hallaba empeñado, y apresuradamente se trasladó a Santiago para preparar la defensa del país contra los que eran llamados «enemigos del Rey y de la religión».

Abrigaba la esperanza de poder reanudar su campaña de pacificación en cuanto los corsarios se lo permitieran; pero el estado de su salud, bruscamente quebrantada por tantos años de ruda labor, le cortó su carrera de activa lucha, obligándole a un forzado descanso pocos meses antes del descanso definitivo que halló en el seno de la muerte, el 25 de febrero de 1580.

CAPITULO IV

Otros gobiernos importantes.

SUMARIO: 1.° Gobierno de D. Martín Garçía Oñes de Loyola. — 2.° Primer Gobierno de D. Alonso de Rivera. — 3.° Segundo Gobiermo de Alonso García Ramón. — 4.° Primera campaña de García Ramón. — 5.° Segunda campaña. — 6.° Los indios, como adversarios. — 7.° Gran crecida del Mapocho. — 8.° Real Audiencia. — 9.° Tercera campaña de García Ramón. — 10. Muerte de Huenencura y de García Ramón.

1.° *Gobierno de D. García Oñes de Loyola.* — Merece especial mención el gobierno de D. Martín Oñes de Loyola, nombrado gobernador en 1592. Militar de reputación, se había distinguido ya en el Perú peleando contra Tucap-Amaru, a quien tomó prisionero en una insurrección.

La Compañía de Jesús se estableció en Chile durante su gobierno.

Ilusionado con la relativa calma en que se hallaba la parte sur del territorio, resolvió visitar las ciudades que allí había, y con una pequeña escolta se internó en el territorio araucano. Llegada là noche, sin precaución alguna se entregó al sueño, siendo así víctima de la asechanza de los indios, que cayeron sobre él y sus compañeros, matándolos casi a todos. Esto ocurrió en Traiguén, departamento a orillas del río Lumaco.

No acabó aquí el daño, pues la matanza de Lumaco fué sólo la chispa que prendió la hoguera de una nueva gran sublevación, la más grande de las hasta allí soportadas.

A la cabeza de unos treinta mil indios, el toqui Paillamán invadió la zona de las ciudades españolas, arrasó por completo todas las fortalezas y destruyó *siete ciudades:* Santa Cruz de Coya, Villarrica, Arauco, Cañete, Imperial, Angol y Osorno. (Esto ocurría en 1598.)

La esposa de Loyola, que a la sazón se hallaba en Concepción, se apresuró a dejar el país, y se dirigió a España, acompañada de su hija, a quien el Rey Felipe II casó con D. Juan Henríquez de Borja, haciéndola a la vez marquesa de Oropesa. Descendía esta señora de la familia de los incas.

2.° *Primer gobierno de D. Alonso de Rivera.*—Aterrorizado se hallaba aún el país por la sublevación que comenzó con la matanza de Lumaco, cuando D. Alonso de Rivera recibió nombramiento de gobernador de Chile, para venir a suceder a D. Francisco de Quiñones que, después de quince meses de incesante batallar, no había logrado mejorar la situación.

En calidad de interino entró a reemplazarlo García Ramón, que arribó a Chile el 26 de agosto de 1600, en circunstancias que los toquis Baillamacu y Pelantaru dominaban sin contrapeso en las provincias de Itata y Chillán hasta el Maule.

Manejándose con habilidad y aprovechando en la mejor forma sus escasas fuerzas, logró mantener la situación, y aun alejar a los indios de la línea del Bío-Bío.

Seis meses después tuvo que entregar el mando a D. Alonso de Rivera, el gobernador en propiedad, y que llegaba con respetables refuerzos que le colocaban en una situación especialmente favorable para dominar la sublevación. Para aliviar las condiciones de vida de los colonos, el Rey había resuelto que en Chile existiera permanentemente un ejército de 2.000 hombres pagados por el Erario español.

Arribó Rivera a Talcahuano en febrero de 1601, acompañado de 300 soldados, que venían en dos transportes, y

en los momentos precisos en que las únicas plazas que a los españoles quedaban en el Sur, Villarrica y Osorno, se hallaban estrechamente sitiadas y en la más crítica situación.

Sin pérdida de tiempo, y con mucho acierto, envió al maestre de campo Gómez Romero y al capitán Hernando de Ortiz con 70 hombres en socorro de las referidas plazas. Desgraciadamente, Gómez Romero se distrajo en empresas ajenas a su misión, y así, pudiendo haberlo hecho, no llegó oportunamente a Villarrica, ciudad que fué arrasada, y cuya guarnición pereció toda en la defensa (octubre de 1691). Por medio del capitán Ortiz logró hacer levantar el sitio de Osorno; pero éste fué sólo un alivio pasajero.

El gobierno, bastante acertado, de D. Alonso de Rivera se vió interrumpido por un incidente a la vez trivial y tierno: se enamoró de D.ª Inés de Córdova, e impaciente por casarse, no se resignó a esperar la licencia que debía llegarle de España, y contrajo matrimonio sin permiso del Rey. En castigo de esta falta se le dió el gobierno de Tucumán (1604).

3.° *Segundo gobierno de D. Alonso García Ramón.* — A principios de 1605 recibió el mando en Concepción D. Alonso García Ramón, bajo muy buenos auspicios, pues ningún otro gobernador se había encontrado, al iniciarse su gobierno, con tan numeroso ejército.

Traía él 200 hombres aguerridos; estaban próximos a juntársele 250 que venían de Méjico, al mando del capitán Villarroel; 1.000 que desde España habían desembarcado en Buenos Aires y estaban en marcha hacia Chile; 60 que venían de Ovalle, al mando del capitán Rodríguez, y otros 150 que llegaban al mando de Martínez Zabala. Agregando a éstos las tropas que existían disponibles en Santiago y en el Sur, se llegaba a un ejército de 3.000 hombres, el más numeroso y mejor pertrechado de los que habían existido en Chile. España realizaba

así su propósito de mantener aquí un ejército capaz de llevar a cabo la dominación de la Araucania.

Los antecedentes de D. Alonso García Ramón, muy favorables todos, especialmente en lo que se refería a su capacidad militar, y la presencia en Chile de tan grande y eficiente ejército, hacían augurar mejores días para la colonia y permitían esperar que muy luego la pacificación sería un hecho.

Lo único que faltaba eran caballos, y de ellos llegaron 1.500, procedentes de la Argentina.

4.° *Primera campaña de García Ramón.*—Todo ya preparado, el 5 de diciembre de 1605 salió de Santiago, lleno de esperanzas y diciendo: «Me marcho lleno de confianza para ir a someter, de una vez, a los rebeldes de Arauco, Tucapel y demás estados de la Imperial.» Muy luego veremos lo que resultó.

Sin entorpecimiento alguno llegó Ramón a Concepción, y en cuanto se vió a la cabeza de su formidable ejército (quince veces mayor que el de Valdivia), siguiendo la costumbre, ya tradicional entre los españoles, mandó mensajeros de paz, ofreciendo toda clase de concesiones.

Huenencura, que en esos momentos era el general en jefe de los indios, rechazó despreciativamente todas las proposiciones.

Viendo así García Ramón que no quedaba más arbitrio que la guerra, tomó inmediatamente la ofensiva, penetró en el territorio enemigo y comenzó a talar y a quemar cuanto encontraba.

Mientras tanto, Ayllavilu, un cacique que operaba independientemente, caía sobre Imperial, recién repoblada, a la cabeza de 6.000 guerreros, y pasaba a cuchillo a los 150 hombres que constituían su guarnición. Siguió en seguida para Arauco y le puso sitio, sometiéndose a las indicaciones de un renegado que, por disgustos con Ri-

vera había abandonado las filas. Se le conoce en la Historia con el nombre de *El Español.*

Por suerte, el gobernador tuvo oportuno conocimiento de estos sucesos, y acudió presuroso en protección de Arauco.

Ayllavilu no se intimidó, y levantando el sitio, salió valientemente al encuentro de García Ramón, con quien chocó en la ya célebre cuesta de Villagra. Rechazado allí, se repuso rápidamente y presentó nueva batalla en los llanos de Turaquilla, donde la suerte le habría tal vez favorecido, si *El Español,* cegado por el deseo de vengarse del gobernador, no se hubiera precipitado al foco de la batalla, para hallar la muerte a manos del capitán Galleguillos.

5.° *Segunda campaña.*—Con esto dió por terminada su campaña García Ramón, y dejando en su lugar al maestre de campo Lisperger, regresó a Concepción, sin poder decir que había dado un solo paso en el camino de la pacificación.

Para continuar la tarea de dominación y repoblación, García Ramón dividió su tropa en tres fracciones, mandadas por Pineda, Diego de Sarabia y el gobernador, respectivamente. A Pineda se le encargó establecer un fuerte en Chicago; a Sarabia, colocarse entre este fuerte y Boroa, fundado por Lisperger, y guarnecido por 300 hombres; y el gobernador se dirigió al estero de Madrid, donde instaló su cuartel general.

Atento Huenencura a esta disgregación de fuerzas, después de caer sobre la plaza de San Fabián, donde perecieron degollados la guarnición y los habitantes en número de 400, sorprendió a Lisperger, quien pereció con todos sus acompañantes, y puso sitio al fuerte de Boroa. Tres asaltos llevaba ya rechazados su comandante, Gil de Navarrete, cuando se presentó el gobernador, muy a tiempo por cierto, para salvar la vida a esos bra-

vos, que se hallaban ya condenados, teniendo a su frente un caudillo tan tenaz como Huenencura (1606).

6.° *Los indios, como adversarios.* — Una vez más había fracasado así el esfuerzo español contra esos indios indomables que, a través de siglo y medio de lucha, se habían perfeccionado en el arte de la guerra, habían aguzado su ingenio y habían, por fin, adoptado el caballo, con lo cual hicieron desaparecer la principal ventaja que los españoles tenían sobre ellos. Ya no bastaban, por esto, puñados de españoles para batir ejércitos de indios; ya era un enemigo respetable el que se les oponía, y como la superioridad en fuerzas estaba siempre de parte de los naturales, el fracaso de los españoles resultaba un hecho inevitable.

Para formarse un concepto más exacto del valor militar del ejército indio, oigamos la opinión de un extranjero ilustre, que con enorme interés y claro talento estudió a fondo nuestra historia; oigamos a D. Claudio Gay: «La causa de la eterna duración de la lucha eran la táctica y el valor de esos hombres invencibles (los araucanos). El número de sus guerreros, en verdad ilustres, ilustres por hechos asombrosos, sin mezcla alguna de sofismas, parece increíble; y su táctica, lo repetimos, era la de Follard, la de los mariscales de Luxemburgo y otros célebres autores sobre el arte de la guerra.

»Si a estos factores añadimos la consideración de no menor importancia del valor y experiencia de los españoles, veremos que desde el gran Ciro hasta ellos, no ha habido historia militar más fértil en grandes acciones que la de los araucanos. Porque, en efecto, sus enemigos eran los vencedores de la Europa. El mismo día que fundaban una plaza en Chile, ganaban una ruidosa batalla en Europa y ponían en peligro a la capital de la civilización; y lo que los españoles no han podido hacer, ningún ejército lo hubiera hecho en iguales circunstancias.»

7.° *Gran crecida del Mapocho.*—Tras los reveses de la guerra, una nueva calamidad llegó para los miembros de la colonia, que obligó al gobernador a partir inmediatamente para Santiago: una gran crecida del Mapocho, tan repentinamente sobrevenida, que murieron 120 personas y 20.000 cabezas de ganado. (Tercer día de pascua de Pentecostés de 1609.)

De aquí nació la idea de construír el tajamar, obra magna que se confió a la dirección del maestre de campo D. Juan Quiroga y del capitán D. Ginés de Guillo (agrimensor general de Chile).

8.° *Real Audiencia.*—Un hecho digno de ser recordado es la llegada por segunda vez de la Real Audiencia, suprimida hacía treinta y cuatro años (8 de septiembre de 1609).

Sus miembros eran: D. Luis Merlo de la Fuente, presidente, y D. Fernando de Talaverano, D. Juan Casal y D. Gabriel de Alada, oidores.

9.° *Tercera campaña de García Ramón.*—La prolongada ausencia del gobernador del teatro de operaciones tentó a Huenencura a realizar una incursión, y, al efecto, pasó el Bío-Bío con 2.000 jinetes y saqueó algunas haciendas españolas. Sabiendo que el gobernador se acercaba, creyó prudente retirarse: pero no antes de mandarle a decir que no lo hacía por miedo y que lo esperaría en Purén.

Siguiendo su avance, el gobernador pasó el Bío-Bío con 800 soldados (muchos reclutas) y 800 auxiliares, y al llegar a las ciénagas de Lumaco se encontró con Huenencura, que le salió al encuentro con 6.000 hombres.

Apenas los ejércitos habían tomado sus respectivas posiciones, del lado de los indios se destacó un bizarro mocetón, llamado Palichén, y desafió a Ramón García a singular combate. Inmediatamente un español—cuyo nombre, por desgracia, no se ha conservado—, se adelantó al encuentro del indio, y, cruzando con él sus armas,

como en los tiempos medioevales, ante dos ejércitos como testigos, riñó duro combate, hasta dominar a su adversario y tenderlo muerto a sus pies.

¿De dónde sacaban los indios estas tendencias caballerescas y estos gestos de hidalgos?

La batalla se inició en seguida, y fué tan recia, que hubo un momento en que toda la primera línea española vaciló, y fué necesario que García Ramón, poniéndose a la cabeza de su reserva, cargara heroicamente, arrastrando a los demás con su ejemplo, para alcanzar la victoria.

La salud ya resentida de García Ramón impidió que la persecución se hiciera con toda intensidad y que, en vez de seguir infatigablemente tras los indios, el ejército se retirara a Concepción.

10. *Muertes de Huenencura y García Ramón.* — La salud del caudillo Huenencura, que ya se había hecho viejo, comenzó a resentirse mucho, hasta el punto de morir algunos días más tarde, dando ocasión a que se le nombrara como sucesor al valiente y conocido Ayllavilu.

García Ramón pensaba salir luego contra este otro adversario; pero la muerte le sorprendió el 19 de julio de 1610 con la dolorosa impresión de saber que el nuevo caudillo se había estrenado con la muerte de los capitanes Araya y Sánchez, sorprendidos en una salida de la plaza de Angol.

CAPITULO V

Las Misiones religiosas.

SUMARIO: 1.º Guerra defensiva. — 2.º Primeras Misiones. — 3.º Segunda campaña misionera. — 4.º Ultimo intento de dominación pacífica.

1.º *Guerra defensiva.* — Más que cansada, desesperada la corte de España y los españoles de América de ver que los más ingentes esfuerzos se estrellaban impotentes contra la indomable resistencia de los indios araucanos, resolvieron buscar otros medios que los condujeran al resultado, tan fácilmente alcanzado en todo el resto del continente, de someter a los aborígenes.

Los medios violentos estaban agotados, y había que tentar los pacíficos.

Se aceptó, por esto, con agrado la proposición del reverendo padre jesuíta Luis de Valdivia, que, profundamente conocedor de las costumbres, el carácter y la lengua de los indios (sobre la cual había escrito una Gramática), deseaba lo que se llamó la *guerra defensiva,* y que consistía en predicar a los indios el Evangelio, y con él, la obediencia y la paz.

Se comenzó por conceder a los indios la supresión del servicio personal *(mita)* y la abolición de las encomiendas; se indultó a todos los prisioneros, y, lo que para ellos era más valioso, se fijó el río Bío-Bío como frontera sur de la dominación española.

Mayores concesiones ya no se les podía hacer, y, para dárselas a conocer, el reverendo padre Valdivia concu-

rrió a un parlamento indio, donde se las leyó en lengua india, comunicándoles, a la vez, que todos los delitos por ellos cometidos les quedaban perdonados. (Esto ocurría en junio de 1612.)

Los caciques manifestaron complacencia y hasta gratitud, y aceptaron todo lo que se les propuso.

2.° *Primeras Misiones.* — Aprovechó inmediatamente el padre Valdivia esta situación para internarse con algunos misioneros de su orden en el territorio de Arauco e iniciar su predicación. Desgraciadamente, el nuevo régimen estaba llamado a fracasar, y muy luego el padre sufrió el desengaño de saber que tres de sus misioneros habían sido asesinados, y que la rebelión general había estallado.

Con esto vino el desprestigio de la guerra defensiva, y todos pidieron que se derogara la ordenanza real que la había establecido.

Antes de muchos años (en 1626), otro gobernador proclamaba en Santiago la cesación de la guerra defensiva y el imperio del régimen de esclavitud para los prisioneros.

3.° *Segunda campaña misionera.* — No fué éste, sin embargo, el único ensayo de tal sistema de pacificación. Algunos años más tarde (1641), un gobernador, llamado Francisco López de Zúñiga, pero más conocido como marqués de Baide, apenas desembarcado en Concepción, comenzó a trabajar para atraerse a los indios por medio de regalos y agasajos. Cuando ya creyó que el terreno estaba preparado, los convocó a todos a un solemne parlamento en un llano del río Quillén.

Acudió el marqués, con su ejército de más de mil hombres, y los indios con uno aun mayor, y después de los saludos de estilo, se adelantó el jefe español con sus oficiales, y los indios enviaron los caciques que los debían representar. Bajo una enramada, previas ciertas formalidades, arribaron a las siguientes conclusiones:

1.ª Independencia completa de los indios.

2.ª Reconocimiento por parte de los indios de la soberanía del Rey de España.

3.ª Devolución de prisioneros; y

4.ª Permiso a los misioneros para penetrar en territorio araucano.

Todo esto lo aceptaron gustosos los caciques. Como para solemnizar el acto, mataron veinte guanacos, les sacaron el corazón y con la sangre rociaron una rama de canelo. Esto fué lo que se llamó *Las paces de Quillén,* en las cuales los españoles fundaron muchas esperanzas. Antes de un año, sin embargo, el marqués se vió obligado a comenzar la sofocación de una rebelión.

4.º *Ultimo intento de dominación pacífica.*—Con estos fracasos tenían ya bastante los españoles para saber a qué atenerse sobre el efecto de las Misiones y de los procedimientos conciliadores; pero no aprovecharon la experiencia, y a fines del siglo XVII, la corte de España, a insinuación de los jesuítas, cayó de nuevo en la tentación de ensayar las Misiones con un plan bien meditado, y auxiliadas con fondos fiscales.

Para facilitar la tarea, dió el mando de la colonia a D. Tomás Marín de Poveda, quien comenzó por celebrar con los indios un parlamento cerca de Yumbel. Ya no eran una novedad, sino al contrario, corrientes estos parlamentos, a los cuales los indios nunca se negaban a concurrir. En éste lo que se convino fué: «Que los indios permitieran la entrada a los misioneros con el exclusivo objeto de predicar la doctrina cristiana.»

Las Misiones fueron muchas, y en ellas rivalizaron en celo los jesuítas y los franciscanos. Los resultados alcanzados nada dejaron que desear, especialmente con los niños, que aprendieron fácilmente las doctrinas y practicaban con gusto; pero se notó que, apenas se hallaban de nuevo entre los suyos, olvidaban todo lo aprendido y volvían a su estado primitivo.

Pocos años bastaron para convencer, una vez más, a las autoridades españolas de que esta labor era completamente estéril, pues el territorio indígena no ofrecía garantía alguna de seguridad. Los soldados españoles eran allí constantemente asesinados.

La corte de España no se convencía, sin embargo, en gran parte, debido a que los misioneros informaban bien siempre, a la vez que, con una constancia y abnegación ejemplares, continuaban su apostolado sin desmayar.

Con todo, la falta de elementos para mantener tantas Misiones hizo decaer sensiblemente esta actividad, hacia el año 1700; tanto a causa de la supresión del «real situado» (cuota con que el Tesoro del Perú contribuía a los gastos de la gobernación), como a la completa anarquía en que vivió la corte de España durante el reinado de Carlos II, llamado después *El Imbécil.*

Así murió la última tentativa de los españoles de conseguir la paz por medios pacíficos. Por muchos años aun, había de ser imposible el sometimiento de esa raza secularmente indomable.

CAPITULO VI

Segundo gobierno de D. Alonso de Rivera y otros posteriores.

SUMARIO: 1.º Segundo gobierno de D. Alonso de Rivera.— 2.º El toqui Lientur.—3.º Lope de Ulloa.—4.º Gobernadores hasta 1796.—5.º Caracteres de la guerra araucana.

1.º *Segundo gobierno de D. Alonso de Rivera.*—Después de los acertados gobiernos interinos del oidor-decano de la Real Audiencia y de D. Juan de Dios Jaraquemada, llegó a Chile, de regreso de Tucumán, D. Alonso de Rivera, que venía a ocupar el puesto de gobernador, por influencias ante el Rey del reverendo padre Valdivia, llegado a Chile por ese mismo tiempo para poner en práctica su proyecto de guerra defensiva. Venía con el título de visitador general del Obispado de Imperial (1612).

Tan pronto como Rivera llegó a Santiago (28 de marzo de 1612), partió para Concepción en busca del padre Valdivia; pero éste se había internado ya en tierras de Arauco, comenzando sin pérdida de tiempo su tarea.

Los primeros esfuerzos del padre Valdivia fueron coronados por el más hermoso éxito. Los indios le recibieron con mucho cariño, y la pacificación apostólica parecía un hecho, cuando uno de los mejores aliados del padre Valdivia, el sensato y prudente cacique Ancanamún, fué víctima de un enojoso incidente que todo lo echó a perder.

Una mujer española que tenía este cacique se fugó

con otras dos indias, a las cuales había convertido a la religión católica. Reclamó Ancanamún a los españoles que se las devolvieran, y como éstos le contestaran que sólo podían devolverle una india, y con la condición de que habría de casarse con ella, las relaciones quedaron rotas de nuevo, y el indio mandó dar muerte a tres misioneros jesuítas que se hallaban en sus dominios. (14 de diciembre de 1612.) Junto con esto, los indios corrieron a las armas y reanudaron con violencia la campaña.

Rivera respondió dejándose caer sobre Ilicura (posesión india) y quemando, talando y matando con tanto ardor, que los indios no hallaron ni en sus bosques refugio seguro. Intervino Valdivia pidiendo a la Audiencia que hiciera cesar esas infracciones a las órdenes del Monarca, y Rivera tuvo que ceder, retirándose a Concepción para no preocuparse de otra cosa que de hacer respetar por los indios la línea del Bío-Bío.

Por este tiempo llegaron a las costas de Chile los corsarios holandeses Jorge Spilberg (1615) y Jacobo Le Maire (1616). Este último fué el descubridor del Estrecho que separa la isla de los Estados, del Continente, a la salida oriental del Estrecho de Magallanes. Contra Spilberg, el virrey del Perú mandó una escuadra de ocho buques, que chocó con los seis del corsario, y fué derrotada el 17 de junio de 1616.

Entretanto, el padre Valdivia no cejaba en su intento de conseguir la pacificación por medio de la conversión de los indios, y, con una abnegación y altruísmo imponderables, se arriesgaba constantemente en territorio indígena, donde, por suerte, era recibido con agrado y afecto.

Tal actitud era condenada por los españoles, que incesantemente trabajaban para derogar el decreto real sobre la guerra defensiva, por considerarla absolutamente ineficaz.

El 9 de marzo de 1617 murió en Concepción el go-

bernador D. Alonso de Rivera, rodeado del afecto de los suyos y produciendo el más hondo sentimiento en todos sus gobernados, pues era un hombre de grandes méritos militares y de muy bellas prendas.

2.° *El toqui Lientur.* — Por rara casualidad, así como la muerte de García Ramón coincidió con la de Huenencura, la de Rivera coincidió también con la de Ancanamún. El verdadero sucesor de este último fué el toqui Lientur, intrépido y sagaz caudillo, quien causó tal admiración e inquietud a los españoles con sus rápidas y misteriosas incursiones, que mereció el apodo de *Duende*.

Sabedor Talaberano, sucesor de Rivera, de estos hechos, partió de Santiago a Concepción; pero en vez de entrar en campaña contra los indios, se declaró partidario de la guerra defensiva.

Poco tiempo después, Lientur, unido a otro cacique llamado también Lientur, hizo una incursión en que llegó hasta Chillán, y que le valió una presa de 400 caballos.

3.° *Lope de Ulloa.* — A los diez meses de gobernar interinamente Talaberano, llegó el nuevo gobernador, llamado Lope de Ulloa y Lemus, trayendo carta blanca para resolver si se seguía con la guerra defensiva o se volvía a la ofensiva. Después de un estudio imparcial y sereno de la situación, optó por la guerra ofensiva, lo que descorazonó al padre Valdivia, obligándole a embarcarse para España.

Pensando Ulloa en salir a campaña, lo sorprendió la muerte en Concepción el 8 de diciembre de 1620.

4.° *Gobernadores hasta 1796.* — Tras éste, se sucedieron los siguientes gobernadores:

Cristóbal de la Cerda (interino), 1621.

Pedro Osores de Ulloa, 1621-1625.

Francisco de Alva Noruena, 1625-1626.

Luis Fernández Córdoba, 1626-1628.

Francisco Laso de la Vega, 1630-1639.
Francisco López de Zúñiga (marqués de Baydes), 1639-1646.
Martín de Mujica, 1646-1649.
Alonso de Córdoba y Figueroa (interino), 1649.
Antonio Acuña y Cabrero (interino) 1650-1655.
El oidor Villalobos (nombrado por el pueblo), 1655-1656.
Pedro Portel Casanate (interino), 1656-1662.
Fray Dionisio Cibrón, obispo de Concepción; Juan de Malvoa y Mogrovejo, y Jerónimo de Benavente y Quiñones; ninguno se hizo cargo del puesto.
Diego González Montero (interino), 1662-1663.
Angel de Pereda (interino), 1663-1664
Francisco de Meneses, 1664-1670.
Diego Dávila, marqués de Navamorquende, 1670.
Diego González Montero (interino), 1670.
Juan Henríquez, 1670-1683.
José de Garro, 1683-1692.
Tomás Marín de Poveda, 1692-1702.
Francisco Ibáñez y Peralta, 1702-1709.
Juan Andrés de Ustáriz, 1709-1717.
José Santiago Concha (interino), 1717-1720.
Teniente general Gabriel Cano de Aponte, 1720-1733.
Francisco Sánchez de Barreda y Vera (interino); Manuel de Salamanca (interino), 1733-1737.
Teniente general José de Manso, 1737-1745.
Mariscal Francisco de Obando (interino), 1745-1746.
Teniente general Domingo Ortiz de Rosas, 1746-1755.
Teniente general Manuel de Amat y Tunient, 1755-1761.
Antonio Guill y Gonzaga, 1762-1768.
Juan de Balmaceda (interino), 1768-1770.
Mariscal Javier de Morales, 1770-1774.
Agustín de Jáuregui, 1774-1779.
Tomás Alvarez Acevedo (interino), 1779.
Ambrosio Benavides, 1779-1787.

Tomás Alvarez Acevedo (segunda vez interino), años 1787-1788.

5.º *Caracteres de la guerra araucana.* — Aunque durante estos gobiernos, que duraron cerca de ciento setenta años, ocurrieron muchos hechos importantes, ninguno hubo que mereciera especial recordación, si no es el común a todos los períodos de gobierno: la lucha con los araucanos.

Casi incomprensible resulta cómo una sola tribu de indios pudo resistir al desesperado esfuerzo de una nación tan valiente y esforzada, que en pocos años dominó a la América entera, incluyendo a dos reinos tan poderosos como Méjico y el Perú.

En los mismos momentos en que, sin contrapeso, España dominaba a Europa, en América se debatía impotente, frente a la raza secularmente invencible de los araucanos.

Costó más a España la conquista de Arauco que la conquista de América entera. El padre Rosales calcula que a los ciento treinta años de luchar con los araucanos, los españoles habían perdido cuarenta y dos mil soldados y cuarenta millones de pesos.

Y la guerra siguió, sin tregua ni interrupción, ciento cuarenta años más.

Sólo en el lapso comprendido entre 1601 y 1658, la guerra de los araucanos costó a España 16.109.663 pesos y tres reales, y tuvo que mandar más de nueve mil soldados.

Otras guerras largas reconoce la Historia; pero ninguna de tanta intensidad, ni en que se haya hecho tal derroche de valor y de energía.

CAPITULO VII

Sarmiento de Gamboa.

SUMARIO: 1.º Organización de la escuadrilla de Sarmiento de Gamboa. — 2.º Partida de la escuadrilla. — 3.º La escuadrilla se divide. — 4.º Sarmiento de Gamboa llega a España. — 5.º El Rey organiza una gran expedición. — 6.º La expedición llega al Estrecho. — 7.º Sarmiento continúa la misión de Valdés. — 8.º Sarmiento funda dos ciudades. — 9.º Sarmiento regresa al Brasil. — 10. Regresa a España y cae prisionero. — 11. Suerte de los pobladores del Estrecho.

1.º *Organización de la escuadrilla de Sarmiento de Gamboa.* — Las repetidas incursiones de los piratas en el Pacífico y los perjuicios que habían ocasionado, indujeron al virrey del Perú a organizar una escuadrilla que garantizara la seguridad del comercio en los mares del Sur y estudiara esas regiones.

Hizo equipar y armas dos buenos buques, y cuando ya se hallaban listos (octubre de 1579), entregó su mando al gallego Sarmiento de Gamboa, marino hábil, ilustrado, de gran carácter y ya muy experimentado.

2.º *Partida de la escuadrilla.* — Antes de un mes zarpaba Gamboa mandando personalmente la nave *Nuestra Señora de la Esperanza* y llevando como segundo, al mando del otro buque, el *San Francisco*, al capitán Juan de Villalobos.

3.º *La escuadrilla se divide.* — Después de reconocer prolijamente las islas que se hallaban al norte de la salida occidental del Estrecho de Magallanes, una violenta tempestad separó a los dos buques, obligando a Villa-

lobos a regresar al Perú, mientras la nave capitana reconocía la salida occidental del Estrecho y el cabo Pilar. Avanzó en seguida hacia el Oriente, reconoció la península de Brunswik y tomó posesión, a nombre del Rey de España, de todo el Estrecho y de las islas y tierras adyacentes (12 de febrero de 1580). Veintidós años antes, el capitán Ladrillero lo había hecho a nombre del gobernador de Chile.

Siguió Gamboa su viaje, y a los treinta días de haber entrado al canal por el Pacífico, llegó al Atlántico, y desde allí, de acuerdo con las órdenes que había recibido, se dirigió directamente a España, adonde llegó a mediados de agosto de 1580.

4.° *Sarmiento de Gamboa llega a España.* — Fué muy bien recibido en la corte, y estimado de gran valor el diario de viaje en que Gamboa anotó prolijamente todas las incidencias de la expedición y describió la comarca, con el agregado de numerosas cartas de la región.

5.° *Se organiza una gran expedición.* — Entusiasmado el Rey con la exposición de Gamboa, mandó preparar una gran expedición, formada por veintiséis navíos de alto bordo, más de cuatro mil soldados y tripulantes, y gran cantidad de municiones, víveres y materiales apropiados para fundar poblaciones y levantar fortificaciones.

Dió el mando de esta gran Armada al general Diego Flores de Valdés, hombre de experiencia en la navegación de las Indias.

Sarmiento se embarcó con él en calidad de gobernador y capitán general de la región vecina al Estrecho de Magallanes.

Con muy mala ventura se inició esta empresa, pues a los pocos días de salir de Cádiz, se vió asaltada por una tempestad tan violenta, que hizo naufragar cinco naves con 800 hombres, y causó en el resto de la Armada serios perjuicios.

Regresó de nuevo la expedición a Cádiz, y después

de reparar sus averías, partió definitivamente el 9 de diciembre de 1581, en diez y siete naves de las salvadas. A fines de marzo llegó a Río de Janeiro, donde quedó siete meses, en espera de una estación favorable para continuar el viaje.

Y así, sólo el 1 de noviembre de 1582 zarpó para el Sur, con diez y seis naves, en demanda del Estrecho de Magallanes; pero con tan mala suerte, que a poco tuvo que regresar a un puerto brasilero, situado en el grado 28°, por haber perdido uno de sus buques, con 350 hombres. Aquí dispuso el jefe que algunos de los buques, ya en mal estado, se fueran a Río de Janeiro, y que D. Alonso de Sotomayor, gobernador de Chile, que venía en la expedición con 600 soldados, se dirigiera a Buenos Aires para seguir de allí, por tierra, mientras él, con el resto de la escuadra, tentaba un último esfuerzo para llegar al Estrecho.

6.° *La expedición llega al Estrecho.*—Después de un mes de navegación llegó, sin contratiempo, a la embocadura del Estrecho (primeros días de febrero de 1583); pero las mareas y los vientos contrarios le impidieron entrar y le obligaron a regresar a Río de Janeiro, adonde llegó con varios buques de menos y en la más completa desorganización. Convencido de su impotencia para llevar a buen término la expedición, reunió sus mejores buques, y en junio del mismo año partió para España.

7.° *Sarmiento continúa la misión de Valdés.*—Sarmiento de Gamboa quedaba por suerte en pie, con el ánimo tan entero como al principio. Sobreponiéndose a todos los contratiempos y venciendo con verdadera tenacidad todas las dificultades, sobre la base de los buques que le quedaban, organizó una escuadrilla de cinco naves y reunió, por un milagro de laboriosidad, 550 hombres.

Con estos elementos zarpó de Río de Janeiro el 2 de diciembre de 1583, y el 1 de febrero de 1584 embocaba

ya el Estrecho de Magallanes y se internaba en él resueltamente.

8.° *Sarmiento funda dos ciudades.* — Con algunos contratiempos llegó a las inmediaciones de un hermoso valle, cerca de la boca oriental, y resolvió fundar allí una población que denominó «Nombre de Jesús».

Hizo el trazado de la ciudad, repartió los sitios y constituyó el Cabildo, y mientras se hallaba ocupado en esto, el capitán de su flota y el piloto mayor se complotaron para traicionarle y, levando anclas, partieron con los tres mejores buques, de regreso a España.

Como una de las naves, la que se hallaba en peor estado, había sido desarmada para hacer en tierra algunas instalaciones, quedó sólo una a Sarmiento y a los numerosos colonos de tan apartadas regiones. Y esta una, por su escaso porte, era incapaz de recibir a toda la gente que quedaba en tierra.

Fácil es imaginar el desaliento enorme que esto causó entre esos infelices emigrantes, que se veían así sacrificados por sus propios compañeros.

Felizmente, ninguna contrariedad era capaz de doblegar el ánimo de acero de Sarmiento (lo probó muchas veces); y en vez de abandonarse a la desesperación, resolvió continuar su proyecto fundando aún otra ciudad, en un punto que ya había reconocido en su primer viaje.

Ordenó, pues, que la nave *María* zarpara llevando provisiones, armas y los útiles necesarios a la fundación, y él, tomando 100 hombres de armas, partió por tierra.

El 25 de marzo de 1584 fundó la ciudad que llamó «Rey Don Felipe», y después de dejar adelantada su edificación e instalados seis cañones para su defensa, se dirigió, por mar, a visitar la otra población.

9.° *Sarmiento regresa al Brasil.* — Embarcaba en ésta armas y municiones para llevarlas a «Rey Don Felipe», cuando una furiosa tempestad cortó las amarras de la nave y la arrastró fuera del Estrecho, hallándose Sar-

miento así, sin quererlo, en pleno océano Atlántico, fustigado por un recio temporal que, después de combatirlo durante veinte días, le arrojó, en el último grado de miseria, a las costas del Brasil.

Su primera preocupación, en cuanto se repuso un poco, fué allegar socorros para los desamparados del Estrecho, y a poco logró enviar una nave desde Río de Janeiro, mientras él seguía en otro buque por la costa, recogiendo nuevos elementos para la empresa.

Pero, como si todo se hubiera conjurado en su contra, la nave con los socorros no llegó a su destino, y el buque en que él viajaba, sorprendido por una tempestad, fué arrojado en pedazos a la playa.

No cejó Sarmiento en su empeño, y, haciendo milagros, logró equipar un barquichuelo de 60 toneladas, y con él se hizo a la mar en enero de 1585.

Una tempestad, que fué juzgada «la más terrible que hubimos visto», le impidió otra vez seguir el viaje, y tuvo que regresar al Brasil.

10. *Regresa a España y cae prisionero.* — Después de un año de gastar en el Brasil esfuerzos inútiles para organizar una expedición de socorros, resolvió ir a España en busca de ellos.

Como la suerte no se había cansado aún de maltratarle, frente a las Azores, la nave en que viajaba fué despedazada y él tomado prisionero y llevado a Inglaterra. Por suerte, se interesó por él el célebre marino Wlalter Raleigh, y su prisión duró sólo dos meses.

En viaje a España por Francia, fué de nuevo tomado prisionero por un caudillo hugonote, que lo redujo a tan duro cautiverio, que perdió los dientes y quedó tullido por la humedad.

Rescatado por 6.000 ducados y cuatro caballos, que tuvo que pagar Felipe II, llegó a España a los dos años de partir de Inglaterra, y en el más lamentable estado. (Octubre de 1588.)

11. *Suerte de los pobladores del Estrecho.* — Entretanto, los pobres pobladores de las ciudades fundadas por Sarmiento sufrían indecibles martirios por el hambre y el frío. Abandonados en una región completamente desamparada, muy pronto quedaron reducidos a vivir de mariscos, y el hambre comenzó a hacer estragos.

Cuando tres años después de la partida de Sarmiento, el corsario inglés Cavendisch se acercó a la población «Nombre de Jesús», tomó en un bote a un español llamado Tomé Hernández, y por él supo que de las 400 personas que formaban esas poblaciones, sólo quedaban vivos quince hombres y tres mujeres.

En la población «Rey Don Felipe» habían muerto ya todos, y Cavendisch, al ver tanta desolación, bautizó el lugar con el nombre de «Puerto del Hambre», nombre con el cual aun hoy se conoce.

CAPITULO VIII

Expedición holandesa y descubrimiento del cabo de Hornos.

SUMARIO: 1.º Expedición Cordes y travesía del Estrecho.—2.º Dispersión de la flota.—3.º Muerte de Benningen.—4.º Muerte de Cordes.—5.º Divich Gheritz.—6.º Oliverio van Noort.—7.º Baltasar Cordes.—8.º Le Maire y Schouten: la isla de los Estados y el cabo de Hornos.—9.º Expedición del capitán Brouwer.

1.º *Expedición Cordes y travesía del Estrecho de Magallanes.*—Junto con independizarse de España, los holandeses entraron a disputarle el dominio del mar y a rivalizar con ella en la adquisición de colonias.

Entre las muchas expediciones que lanzaron a través de todos los mares, nos interesa, de las primeras, la que, al mando del capitán Jacobo Mahn, salió de las costas de Holanda el 27 de junio de 1598.

Se la llamó expedición Cordes, porque, por fallecimiento de Nahn, el capitán Simón Cordes asumió el mando de la escuadrilla frente a las costas de Guinea, y a sus órdenes penetró en el Pacífico, pasando por Magallanes.

Se componía la flota de cinco naves bien equipadas y bien armadas que, después de diez meses de navegación, penetraron al Estrecho e iniciaron la travesía en condiciones favorables (6 de abril de 1599).

Pronto, sin embargo, se desarrollaron violentas y continuadas tempestades que ocasionaron grandes perjuicios y penalidades, y que fueron causa de que la travesía del Estrecho se demorara cinco meses.

2.° *Dispersión de la flota.*—A los pocos días de haber penetrado en el Pacífico, nuevas tempestades, aun más fuertes que las del Estrecho, crearon a la escuadrilla una situación desesperada, que terminó por dispersarla en tres opuestas direcciones. Una de las naves fué arrojada hacia el Sur; dos tuvieron que refugiarse de nuevo en el Estrecho, y las otras dos lograron mantener su rumbo al Norte.

3.° *Muerte de Benningen.*—Una de éstas, la *Esperanza,* iba mandada por el propio Simón de Cordes, y otra, *Caridad,* iba al mando del capitán Benningen. Este fué el primero en llegar a la isla de Santa María (a los 37 grados), punto fijado como reunión para el caso de que se dispersara la flota, y obligado por la necesidad de renovar sus víveres, y engañado por la aparente benevolencia con que los indios le recibieron, bajó a tierra con 26 hombres. Atraídos a una asechanza, fueron atacados por sorpresa, sin que ninguno lograra escapar a la muerte, lo que obligó a la nave a levar anclas, para ir a otro punto más al Norte a esperar la llegada de los demás buques.

4.° *Muerte de Cordes.*—Por una desgraciada coincidencia, al capitán Cordes le ocurrió la misma aventura. Llegó a la costa de Arauco, frente a la isla de Santa María, y atraído por los engañosos ofrecimientos de los indios, bajó a tierra con 23 hombres, donde fué alevosamente asesinado con todos sus compañeros.

Reunidas, al fin, las dos naves en la isla de Santa María, a fines de noviembre de 1599, zarparon con rumbo al Norte, para seguir hacia el Occidente al llegar a la zona ecuatorial.

5.° *Suerte de Gheritz.*—De las tres naves, ya sabemos que una fué arrojada hacia los mares polares. Era ésta la más pequeña de todas (150 toneladas), e iba mandada por el piloto Divich Gheritz, gran marino y hombre de mucha entereza y carácter

Arrastrado por la tempestad, este barquichuelo llegó hasta el grado 64°, donde los tripulantes encontraron una tierra alta y cubierta de nieve, que fué la que en la primera mitad del siglo XIX recibió el nombre de archipiélago de Shetland.

Después de mil penalidades, este pequeño barco logró escapar hacia el Norte y llegar hasta Valparaíso, donde recaló en el más completo estado de aniquilamiento. Los víveres se habían agotado ya, y la tripulación se hallaba reducida a 23 hombres, de los cuales sólo nueve podían prestar servicios.

En esta situación, el capitán no podía imponer condiciones, y tuvo que aceptar la que le ofrecieron de entregar la nave con la sola promesa de que los tripulantes serían bien tratados.

6.° *Oliverio van Noort.* — De los dos buques que buscaron refugio en el Estrecho, uno quedó allí hasta que lo encontró el marino holandés Oliverio van Noort en un viaje de tres años que hizo a las costas de Chile. Se llamaba *Santa Fe,* y su capitán, van Weert, se hizo conocer por las valiosas noticias que su larga permanencia en el Estrecho le permitió proporcionar sobre la geografía de esa región.

El viaje de van Noort fué de gran transcendencia por el valor informativo de las memorias que sobre él escribió, y en las cuales figuran muchas noticias de Chile y de todos los países que visitó.

Fué el cuarto navegante que dió la vuelta al mundo. (Los anteriores habían sido Sebastián del Cano, Drake y Cavendich.)

7.° *Baltasar Cordes.* — El quinto buque de la escuadrilla de Cordes se llamaba *Felicidad,* tenía 220 toneladas e iba mandado por el capitán Baltasar Cordes, hermano del jefe de la expedición.

A principios de septiembre de 1599 logró salir al Pacífico, y haciendo rumbo al Norte, en los primeros días

de marzo de 1600 llegó a la costa norte de la isla de Chiloé, penetró por el canal de Chacao y fué a detenerse frente al puerto de Castro, entonces muy débilmente poblado.

La falta de recursos y medios de resistencia hizo fácil la tarea de apoderarse de toda la región, y le permitió ejercitar sus instintos de pirata, cometiendo toda clase de atrocidades, lo que obligó a los pacíficos habitantes a refugiarse en los bosques.

Poco más de un mes duró esta situación, porque sólo entonces llegó el coronel D. Francisco del Campo en protección de los vecinos. Atacó con brío el coronel a los holandeses, refugiados en la ciudad, les mató 26 hombres y les forzó a reembarcarse.

Hizo Cordes rumbo al Norte, y sin tocar más en puertos chilenos, llegó al Perú, donde torció hacia el Occidente, en demanda de las Molucas.

8.° *Le Maire y Schouten descubren la isla de los Estados y el cabo de Hornos.* — En Holanda, la Compañía de las Indias Orientales ejercía un monopolio comercial que estaba garantido por el privilegio de que sólo sus buques podían llegar a las Indias por el Estrecho de Magallanes o doblando por el cabo de Buena Esperanza.

Con el propósito de hacer la competencia a esta Compañía, se organizó otra, que pretendió hallar por el Sur de América una nueva ruta de navegación hacia las Indias, y que, al efecto, equipó una escuadrilla de dos naves (de 110 toneladas una y de 360 la otra); la tripuló con gente escogida, y la puso al mando de Jacobo Le Maire, asesorado por un piloto de gran experiencia, llamado Guillermo Cornelio Schouten.

En la Patagonia perdió la expedición el más pequeño de sus buques, y con el otro partió de Puerto Deseado, el 18 de enero de 1616, con rumbo al Sur. El 24 del mismo mes llegó frente a un canal, cuyo ancho se calculó en más de ocho leguas, y aprovechando el

viento y la marea, penetró en él, dejando a su derecha las costas de la Tierra del Fuego, y a su izquierda una región cubierta de vegetación que, en recuerdo de los Estados de Holanda, bautizaron los marinos holandeses con el nombre de «Los Estados».

El 29 de enero de 1617 llegó la expedición a un cabo formado por dos montañas puntiagudas, y en honor de la ciudad holandesa de Horn, donde ella se había organizado, le dieron el nombre de «Cabo de Hornos». Pocos días después, en consejo de capitanes y pilotos, bautizaron con el nombre de «Le Maire» el estrecho que les había dado paso.

Sin tocar después en ningún puerto del Pacífico, Le Maire pasó a la altura de la isla de Juan Fernández el 1 de marzo, y de allí hizo rumbo directo a las posesiones holandesas del Asia, donde las autoridades de la Compañía de las Indias Orientales le confiscaron la nave, obligándole a regresar a Holanda en uno de los buques de la flota de Spilberg.

9.° *Expedición del capitán Brouwer.* — Con el propósito de echar las bases de una colonización holandesa, aprovechando el relativo abandono en que se hallaba el Sur de Chile, el 15 de enero de 1643 partió de Pernambuco una escuadrilla de cinco naves bien tripuladas, y que llevaban a su bordo 350 soldados completamente armados y equipados.

En sus deseos de reconocer o, tal vez, de buscar un nuevo paso al Pacífico, no se internó Brouwer por el Estrecho de Magallanes, sino que siguió al Sur; hasta la isla de los Estados, isla que hasta entonces se creía un continente austral, y, después de rodearla, se internó hacia el Occidente, probablemente por el canal de Beagle. Llegado al Pacífico, hizo rumbo al Norte, y así se halló en la costa occidental de Chiloé el 30 de abril de 1643.

Navegó todos los canales de ese lado, y después de

algunas incursiones en tierra, se internó por el canal de Chacao, posesionándose del fuerte de Carelmapu y del de Calbuco, siguiendo acto seguido hacia Castro.

En Castro no se le opuso tampoco resistencia, y después de proveerse de víveres, Brouwer se dirigió de nuevo al Océano con el propósito de expedicionar por mar y tierra hacia Valdivia.

Para preparar la expedición se estableció en Carelmapu, y en esto se hallaba, cuando graves dolencias originadas por los sufrimientos del viaje le produjeron la muerte. Dejó encargado que lo sepultaran en Valdivia.

Elías Herkmanns le sucedió en el mando, y dispuesto a llevar a término la empresa, partió de Chiloé el 21 de agosto, y el 23 se hallaba ya en la desembocadura del río Valdivia.

Venciendo las muchas dificultades que la navegación del río ofrecía a una escuadrilla a vela, llegó Herckmanns frente a las ruinas de Valdivia y, poniéndose de acuerdo con los indios, comenzó a levantar el fuerte, que como punto de apoyo necesitaba.

Muy pronto se dió cuenta de que no podía fiar mucho en el apoyo de los naturales, y de que proveerse de alimento le iba a ser difícil; y en vista de esto, levantó un acta en que todos los oficiales reconocían la conveniencia de abandonar la empresa, y se hizo a la vela en viaje de regreso el 28 de octubre de 1643. Dos meses más tarde entraba en Pernambuco, donde se le formularon graves cargos, que no llegaron a hacerse efectivos, sólo porque la muerte le libró de ellos.

Esta aventura sirvió de aviso a los españoles, y el virrey del Perú ordenó la repoblación y fortificación de Valdivia.

CAPITULO IX

Expediciones inglesas y españolas.

SUMARIO: 1.º Expedición del almirante Anson. — 2.º Expediciones científicas. — 3.º Expedición del comodoro Byron. — 4.º Expedición de Bougainville. — 5.º Los dos primeros viajes del capitán Cook. — 6.º Expedición española del capitán Antonio de Córdoba. — 7.º Expedición de Malaspina. — 8.º Situación e importancia de Chiloé. — 9.º Exploración de Moraleda.

1.º *Expedición del almirante Anson.* — El 10 de septiembre de 1740 partió del puerto de Porstmouth una escuadra de seis navíos escogidos, con cerca de diez mil hombres de tripulación y armada de 236 cañones, con el objeto de operar contra las colonias españolas del Pacífico. Iba al mando del capitán lord Anson, marino de gran mérito y con veinte años de experiencia en el mar.

La noticia de esta expedición llegó a la corte de España, y para contrarrestarla se equipó inmediatamente una escuadra de cinco buenas naves y se puso a las órdenes del teniente general José Alfonso Pizarro, quien zarpó, acto seguido, en demanda de la flota de Anson.

Las tempestades malograron el resultado de esta expedición, y de las cinco naves, una de ellas se perdió en el Atlántico, con 500 hombres; otra se hundió en las costas del Brasil, con 250, y el resto, luchando por doblar el cabo de Hornos, fracasó en su empeño, azotado por violentas tempestades, que terminaron por obligarla a regresar a Río de Janeiro, en el más miserable estado.

Mientras tanto, lord Anson, con más fortuna, había logrado llegar al Pacífico por el paso de Le Maire, y el 10 de junio de 1741 recalaba en la isla de Juan Fernández. No impunemente había, sí, afrontado la navegación de los borrascosos mares del Sur, pues una tempestad de seis semanas había dispersado la escuadra, llegando a Juan Fernández sólo tres de las seis naves que la formaban, y apenas con 335 tripulantes.

De aquí, lord Anson hizo rumbo directo al Perú, apresando en su viaje varias naves mercantes, saqueando la ciudad de Paita y dejando por todas partes los más tristes recuerdos de su paso.

Siguió después hacia el Asia, en cuyos mares apresó a un galeón español que llevaba 1.300.000 ducados en dinero y mercaderías.

Una de las naves que se extravió en el Sur, llegó, después de mil padecimientos, a naufragar en el golfo de Penas, desde donde su capitán, Cheap Byron, futuro famoso comodoro, y dos compañeros más, hicieron a pie el trayecto hasta Chiloé, para ser de allí remitidos a Santiago. Después de una prisión de dos años, regresaron a Inglaterra.

2.° *Exploraciones científicas.* — Hasta aquí, las numerosas expediciones que habían cruzado los estrechos y mares del Sur habían todas recogido experiencias, levantado cartas y realizado estudios, que fueron de gran utilidad a la navegación; pero eran ésos, trabajos incompletos e imperfectos que no obedecían a un plan científico y ordenado, y que, en consecuencia, dejaban grandes vacíos.

Para obviar estos inconvenientes, Inglaterra organizó expediciones científicas destinadas exclusivamente al estudio metódico y completo de esas regiones, y España, que comprendió la transcendencia de esos trabajos, no sólo los autorizó, sino que contribuyó a ellos, mandando a su vez expediciones de ese género.

3.° *Expedición del comodoro Byron.* — Entre las varias expediciones científicas enviadas por Inglaterra, merecen recordarse la del comodoro Byron, que salió de Inglaterra el 24 de junio de 1764, y que dió la vuelta al mundo en veintiún meses, pasando por el Estrecho de Magallanes.

Gracias a la época benigna en que atravesó el Estrecho, los estudios que de él hizo fueron más o menos completos, y como conocía bien el paso por el cabo de Hornos, pudo establecer que el del Estrecho ofrecía marcadas ventajas cuando se efectuaba en la buena estación. Calculó que hasta una escuadra podía atravesarlo en menos de tres semanas.

4.° *Expedición de Bougainville.*—Francia se vió también representada en este torneo científico, y por un marino distinguido que ya se había hecho conocer por sus viajes a las Malvinas, llamado Luis Antonio de Bougainville.

En cincuenta y dos días de navegación atravesó el Estrecho de Magallanes, calculando que su largo era de ciento catorce leguas, y haciendo sobre él interesantes estudios que, al llegar a París, figuraron en un famoso libro que publicó sobre su viaje. Esto ocurrió en 1767.

5.° *Los dos primeros viajes del capitán Cook.* — Entre los más famosos marinos ingleses, figura el capitán James Cook, que realizó cuatro expediciones, y de las cuales las dos primeras nos interesan por tener relaciones con nuestro país.

Hombre de clara inteligencia y muy valiente, fué Cook marino esclarecido que ascendió por sus propios méritos a los más altos puestos de la Marina inglesa y que llenó con su fama la historia de los mares.

Su primera expedición la preparó la Sociedad Real de Londres, con el especial objeto de observar desde el océano Pacífico el paso del planeta Venus por el disco del Sol, el 3 de junio de 1769.

Para llenar cumplidamente tan importante misión, la Sociedad le hizo acompañar por un Cuerpo de astrónomos, naturalistas y dibujantes famosos, con los cuales zarpó de Plymouth el 26 de agosto de 1768.

A principios de 1769 penetró en el Estrecho de Le Maire, lo sondeó con cuidado y reconoció sus costas, entró en tratos con los naturales, recogió plantas y otras cosas de interés y, apremiado por la necesidad de hallarse en junio en el Pacífico, dobló el cabo de Hornos e hizo rumbo directo a Oceanía.

Después de soportar grandes padecimientos y enfermedades, la expedición se halló de vuelta en Inglaterra el 12 de junio de 1771.

Se había terminado, con relativa felicidad, un viaje que haría época en los anales del mundo científico.

Siempre por iniciativa de la Sociedad Real de Londres, se preparó la segunda expedición, que tenía por objeto evidenciar si existía un continente en el extremo sur del océano Pacífico, en la longitud de Nueva Holanda y Nueva Zelandia, a las cuales se suponía parte septentrional del referido continente.

Equipada y dotada la expedición en una forma análoga a la anterior, partió de Plymouth el 15 de julio de 1772; pero ahora, en vez de dirigirse al Occidente, lo hizo avanzando antes al Sur todo lo que le fué posible, para seguir por las regiones más próximas al Polo.

Siguiendo esta ruta, logró Cook llegar hasta los 71°10' de latitud Sur, descubrió numerosas islas y volvió a pasar por el Sur de Chile, doblando el cabo de Hornos y visitando la Tierra del Fuego y la isla de Los Estados.

El 31 de junio se hallaba de nuevo en Inglaterra, después de haber allegado a la ciencia innumerables y valiosísimos elementos, y a la geografía un contingente de datos y cartas que no admite comparación con el trabajo de ningún otro explorador.

6.° *Expedición española del capitán Antonio de Córdoba.* — España, que era el país más interesado en el estudio y reconocimiento del continente, no pudo permanecer indiferente ante la labor que en este sentido desarrollaban otros países, y en 1785 salió de Cádiz la primera de las dos expediciones que se confiaron al capitán Antonio de Córdoba.

No era, por cierto, ésta la primera que España había organizado con fines exploratorios, pues, como ya sabemos, Sarmiento de Gamboa hizo una gran labor en 1579, y en 1618, una expedición a las órdenes de los hermanos Nodal, acompañados del cosmógrafo Diego Ramírez de Arellano, reconoció prolijamente la zona austral para comprobar la veracidad y alcance de las exploraciones holandesas.

El principal interés del Gobierno español era reconocer a fondo el Estrecho de Magallanes, para esclarecer si este paso era realmente más practicable que el cabo de Hornos.

Los resultados de la exploración, aunque limitados a la parte oriental del Estrecho y a los canales secundarios de esa zona, pusieron de manifiesto que, dados los elementos con que en esa época se contaban, la vía del Estrecho era peor que la del cabo de Hornos.

En la segunda expedición se continuó la exploración hasta la salida occidental del Estrecho (cabo Pilar); pero concretándose los trabajos casi exclusivamente al estudio de la costa suroccidental del canal, y el resultado fué una confirmación de lo establecido en el viaje anterior.

A esta conclusión contribuyó la desgraciada coincidencia de que tocaran a la expedición tan malos tiempos, que en el diario de viaje se llegó a establecer que «ese clima era el más severo del Universo», y que en esa región «existía reunido cuanto malo hay en la Naturaleza».

De aquí resultó el abandono de esa ruta y la adopción de la del cabo de Hornos.

7.° *Expedición de Malaspina.* — Por este mismo tiempo dió España una prueba concluyente de su interés por el progreso de las ciencias, organizando, dentro de los mismos propósitos que animaron a todos los grandes exploradores del siglo XVIII, una gran expedición científica, destinada al estudio de la América occidental y mares de la India.

Es de justicia reconocer que en esta gran empresa correspondió la iniciativa al capitán general D. Ambrosio O'Higgins, gobernador de Chile.

La expedición fué organizada con todo cuidado, y se la dotó, no sólo de los instrumentos y necesarios elementos científicos, sino de una comisión de astrónomos, ingenieros y naturalistas.

Se puso la expedición a las órdenes de un marino italiano que desde largo tiempo servía a la Marina española con el grado de capitán de fragata, y que, por sus relevantes merecimientos, era acreedor a esa distinción.

Para allanar las dificultades que pudieran presentarse en el curso de los reconocimientos, se dió orden a todos los gobernadores de América de dar las facilidades necesarias para asegurar el buen éxito de los estudios.

En dos buenos buques de guerra recién construídos, partió de Cádiz la expedición el 30 de junio de 1789.

Por el tiempo que necesitó para dar por terminada su tarea, se puede calcular la importancia y amplitud del trabajo realizado.

Fondeó de nuevo en Cádiz el 29 de septiembre de 1794; de suerte, que empleó en su viaje cinco años y dos meses de navegación.

Tiene para nosotros esta expedición especial interés, porque fué Chile uno de los países que reconoció

con escrupulosidad, y porque muchos de los trabajos aquí realizados, fueron los primeros que sobre esa materia existieron.

Después de visitar las Malvinas y las islas de Los Estados, penetró Malaspina por el estrecho de Le Maire, pasó por el cabo de Hornos y llegó al puerto de San Carlos, en la parte norte de la isla de Chiloé, el 1 de febrero de 1790.

Quince días después, con las noticias y los planos que el explorador Moraleda le había proporcionado, la expedición zarpó para Talcahuano, en cuya región practicó los estudios geodésicos y comenzó la carta general de Chile, que había más tarde de completar con planos especiales de gran precisión.

Al llegar a Santiago, Malaspina y sus oficiales fueron cariñosamente recibidos por el gobernador D. Ambrosio O'Higgins, que, como se sabe, había sido el promovedor de la expedición.

Aprovecharon su estancia en la capital para levantar un plano de todo el valle del Mapocho, y también para hacer estudios de botánica y coleccionar objetos de interés.

Reconocidas las costas de Chile, Malaspina atravesó el Pacífico, visitó las islas Marianas, las Filipinas y Macao, costeó la Nueva Guinea y tocó en Nueva Zelandia y Nueva Holanda.

De regreso a la América, tomó rumbo hacia el Norte, y después de navegar una quinientas leguas de zona tropical hacia el Oriente, encomendó a los capitanes Alcalá y Valdés el reconocimiento del canal de Juan de Tuca, para destruír la creencia de que por allí se comunicaban los dos océanos.

Al llegar de nuevo a Chile, renovó Malaspina su trabajo sobre el territorio, y en especial sobre nuestra costa, encargando este trabajo a los tenientes Espinoza y Banza y al botánico Nee. Estos comisionados regresaron

después a Buenos Aires por tierra, con objeto de reconocer la ruta por Uspallata y recoger las muestras de historia natural que pudieran tener interés.

Hicieron estos oficiales un prolijo estudio de toda la zona recorrida, con interesantes observaciones físicas, astronómicas y meteorológicas que les sirvieron para construír más tarde una «carta esférica de la América meridional, para manifestar el camino que conduce desde Valparaíso hasta Buenos Aires».

Se publicó en Londres en 1810. Tuvo esta carta el mérito de ser el primer trabajo geodésico que se hizo en nuestro país y el contener gran número de datos interesantes y de gran exactitud.

La labor del botánico Nee fué también especialmente productiva para el Jardín Botánico de Madrid.

Habiendo partido de Santiago en marzo de 1794 Espinoza, Banza y Nee, llegaron a Montevideo en mayo del mismo año, se juntaron allí con Malaspina y siguieron con él a España.

La expedición de Malaspina arribó a Cádiz el 21 de septiembre de 1794, y fué recibida en Madrid, con los honores a que se había hecho acreedora, por el Rey Carlos IV. Este monarca ordenó que los trabajos se dieran a la publicidad inmediatamente, y el reputado sabio padre Manuel Gil, encargado de esta tarea, comenzó la publicación en noviembre de 1795.

Por razones hasta ahora desconocidas, Malaspina cayó en desgracia, fué encarcelado, se hizo suspender la publicación de sus trabajos, y después de ocho años de prisión, fué deportado a Italia, con la amenaza de ser pasado por las armas si en algún tiempo regresaba a España. Murió en Milán en 1809.

A causa de tan inusitada e inexplicable situación, los manuscritos de Malaspina permanecieron inéditos en el Depósito Hidrográfico de Madrid, y sólo fueron

publicados en 1885, cuando la mayor parte de esos trabajos habían perdido su actualidad.

8.° *Situación e importancia de Chiloé.* — Por la distancia a que Chiloé se hallaba de la capital y demás centros poblados de Chile, su territorio fué teatro constante de las operaciones e incursiones de los ingleses y holandeses, sucesos de los cuales se tenía noticia sólo mucho tiempo después de ocurridos.

Esto motivó en 1767 la resolución del rey de España de hacerlo depender directamente del virreinato del Perú y de colocar allí a un militar a cargo del gobierno. Al año siguiente se fundó la ciudad de San Carlos, dentro de la bahía de Ancud, se la fortificó y se la erigió en asiento del gobierno y centro de comercio.

Muy luego tomó incremento, y a fines del siglo XVIII contaba con 1.245 habitantes. En la misma época, la población de la isla era de 26.689 habitantes, de los cuales, 15.000 eran de origen europeo.

Para atender a su progreso y mantener en la isla el poder del Rey de España, el virreinato le dedicó preferente atención y la hizo objeto de frecuentes trabajos de exploración, entre los cuales merece especial mención la

9.° *Exploración de Moraleda.* — Un ingeniero geógrafo de grandes méritos, el piloto José de Moraleda, recibió a fines del siglo XVIII la misión de efectuar un reconocimiento y trabajos geográficos en el archipiélago de Chiloé, y en noviembre de 1786 zarpó del Callao.

A mediados de diciembre del mismo año desembarcaba en San Carlos de Ancud, y en los primeros cuatro meses del siguiente, efectuó la circunnavegación de la isla, determinando sus puertos y la amplitud de las mareas.

El verano siguiente lo aprovechó en reconocer toda la zona que se extiende desde el canal de Chacao y Golfo Reloncaví, por el Norte, hasta el río Palena, por el Sur,

deteniéndose especialmente en la región de Carelmapu y Calbuco.

Levantó el plano de todas las islas y canales de esta comarca y muchos planos especiales de los puertos y caletas de cierta importancia.

Puso tal interés Moraleda en todos sus trabajos, y contaba con tal preparación, que hasta hoy lo que él hizo mantiene su importancia, y es innegable que sus estudios fueron los más completos y perfectos de los que en esos tiempos se hicieron.

Casi cuatro años duró la permanencia de Moraleda en Chiloé, porque no regresó al Perú hasta dar término a todos sus trabajos de cartas y Memorias, de las cuales hizo dos ejemplares, para dejar uno al gobernador de Chiloé y presentar el otro al virrey del Perú.

En 1790 regresó al Norte, en el mismo buque en que viajaba fray Francisco Menéndez, otro célebre explorador de la región de Chiloé y Llanquihue.

Tras ésta, realizó Moraleda otras tres exploraciones con el principal objeto de averiguar si alguno de los ríos que desde la Patagonia desembocan frente a Chiloé permitían el paso hacia el Atlántico meridional.

También recibió el encargo de investigar la existencia de la famosa ciudad de los Césares, de que tanto se habló en esos tiempos.

Reconoció además el estuario de Reloncaví, remontándose por el cual llegó al lago de Esmeralda o Todos los Santos. Regresó en seguida, para continuar el reconocimiento del continente, frente al Norte y al Oriente de la isla de Chiloé. Este trabajo le ocupó hasta abril de 1795.

Fué una lástima que a todos estos trabajos no se les diera oportuna y completa publicación.

CAPITULO X

Los grandes acontecimientos del siglo XVIII.

SUMARIO: 1.° Fundación de la Casa de la Moneda. — 2.° Algunas obras públicas importantes. — 3.° Universidad de San Felipe. — 4.° Expulsión de los jesuítas.

1.° *Fundación de la Casa de la Moneda.* — El incremento que la población y el comercio habían tomado a mediados del siglo XVIII, obligó al Cabildo de Santiago a solicitar el establecimiento de una Casa de Moneda que, aumentando la circulante, facilitara las transacciones comerciales.

La corte de España, accediendo a esta demanda, dictó una Real orden que creaba el referido establecimiento, y así pudieron acuñarse en Chile las primeras monedas en 1750.

Considerando tal vez el gran empeño que D. Francisco García Huidobro había puesto en conseguir este adelanto, se le otorgó la concesión de la Casa de la Moneda, y bajo su dirección comenzó el funcionamiento.

2.° *Algunas obras públicas de importancia.* — A la iniciativa y espíritu de progreso de los gobernadores teniente general José de Manso (1737-1745) y teniente general Domingo Ortiz de Rosas (1746-1755), debe la República varias obras de aliento, de gran influencia en el bienestar y progreso del país.

Se arregló el camino de la Argentina por Uspallata — entonces de mucha importancia comercial —, se construyeron varios otros y se impulsaron las obras del canal

de Maipo, hasta el punto de que en tiempo de Ortiz se pudieron ya regar las primeras tierras vecinas a las bocatomas.

Manso fortificó a Serena, y Ortiz organizó el servicio de embarque, desembarque y bodegaje en el puerto de Valparaíso, y comenzó la edificación de la catedral de Santiago, de una manera definitiva.

Al sucesor de Rosas, D. Manuel de Amat (1755-1761), se le debe la organización del primer cuerpo de policía, llamado Dragones de la Reina, y que constó de 50 plazas. (1758).

3.º *Universidad de San Felipe.* — Para realizar el anhelo de muchos años de tener en Chile una casa de enseñanza superior, el Cabildo de Santiago estableció en 1734 un representante en la corte de España, encargado de gestionar su creación. Se llamaba este representante Tomás de Azúa Iturgoyen, y era un abogado distinguido.

No era fácil lo que el Cabildo se proponía, porque hasta esa época las Universidades no eran establecimientos que se hallaban al alcance de cualquier país o ciudad, y en América las poseían sólo los virreinatos.

Sin embargo, D. Tomás de Azúa consiguió de Felipe V la Real orden para la fundación de la Universidad de San Felipe, llamada así en honor del rey que la creó.

La orden se dictó en 1738, y disponía que en la Universidad se crearan diez cátedras o clases, en las cuales se enseñarían leyes, cánones sagrados, medicina, filosofía, teología, latín y matemáticas.

Con todo, la circunstancia de no haber contribuído la corona española sino con 5.000 ducados para la fundación y con 5.000 anuales para su mantenimiento, agregando la cláusula de no poder funcionar sino en edificio propio, hizo que la Universidad abriera sus puertas sólo después de los veinte años de haber sido creada. Todo

este tiempo se pasó en acumular fondos para la construcción del edificio, que por fin se levantó en el lugar en que hoy se halla el teatro Municipal.

Su primer rector fué el mismo diligente delegado que gestionó su creación, D. Tomás de Azúa Iturgoyen, y el que la inauguró con toda solemnidad, el gobernador D. Manuel de Amat.

4.° *Expulsión de los jesuítas.*—Una Real orden dictada el 1 de mayo de 1767 por Carlos III dispuso que en un día indicado salieran de Chile con rumbo a España todos los sacerdotes jesuítas, y que sus bienes fueran confiscados.

Tal resolución produjo en Chile la más honda impresión, no sólo porque el sentimiento religioso se hallaba en esos tiempos muy arraigado en el corazón del pueblo, sino porque los jesuítas se habían adueñado de muchas voluntades y se habían formado tan grandes vinculaciones en todas las esferas sociales, que su expusión resultaba para el país como un verdadero desgarrón.

A los afectos y respetos que se habían granjeado, hay que sumar las enormes riquezas que habían acumulado y el hábil manejo que de ellas hacían, y se comprenderá los trastornos de todo orden que tenía que producir la violenta expulsión de esos sacerdotes.

Sin embargo, tan grande era el respeto a las órdenes del Rey, y tan sólida la disciplina social, que no se oyó una sola voz de protesta, aun cuando el mismo gobernador, D. Antonio Guill y Gonzaga, ejecutaba la orden con mucho pesar, por ser los jesuítas sus consejeros y sus mejores amigos.

Sin ningún incidente se cumplió, pues, la orden del Rey el 26 de agosto de 1767.

Entre los expulsados iba el chileno Juan Ignacio Molina, que más tarde escribió en Italia la mejor historia de Chile hasta entonces publicada.

5.° *Reformas administrativas.* — Dentro del plan de reformas que Carlos III se había propuesto, tocaron a Chile muchas importantes, de las cuales merecen principalmente ser recordadas:

1.ª La incorporación del servicio de Correos a la actividad nacional. — Hasta 1772 el servicio de Correos estaba en manos de una Empresa particular, y se hacía en pésimas condiciones de seguridad y rapidez. Y era en el transporte de la correspondencia entre Chile y España donde más palpablemente se notaban los daños que ocasionaba la mala organización de este servicio. Por esto, las primeras mejoras se hicieron sentir en el transporte de la correspondencia a España, y se comenzó a servir con un paquebote que viajó cada dos meses, primero, y cada mes, después.

2.ª Creación de la Superintendencia de la Casa de la Moneda. — En el mismo año 72 el Gobierno español hizo fiscal el servicio de la fabricación de moneda, nombrando jefe de la oficina al conde de la Conquista, D. Mateo de Toro y Zambrano. La consecuencia inmediata fué que este servicio tomó gran incremento, con acentuado beneficio para el comercio y el progreso del país.

3.ª Primera división territorial. — Un gran adelanto para la administración del país significó la aprobación que el Rey Carlos III otorgó en 1787 a la primera división política del territorio, hecha el año anterior por el gobernador D. Ambrosio Benavides.

Establecía esta división la creación de dos Intendencias: la de Santiago, que llegaba hasta el Maule, y la de Concepción, que abarcaba el resto del país.

Ambos intendentes eran nombrados por el Rey; pero el de Santiago lo era con el agregado de ser, a la vez, gobernador de la colonia.

Se estrenó este nuevo régimen con dos Ambrosios como intendentes: D. Ambrosio Benavides, gobernador e intendente de Santiago, y D. Ambrosio O'Higgins, inten-

dente de Concepción. La Intendencia de Santiago se dividió en catorce partidos o departamentos, y la de Concepción, en ocho.

Durante este período ocurrió un incidente que, aunque no tuvo ninguna transcendencia, merece ser señalado, porque se le puede considerar como el primer signo de rebelión o de ansias de independencia que se vió en Chile. Fué la conspiración de los tres Antonios, complot de carácter patriótico, ideado por dos franceses, Antonio Gramusset y Antonio Berney, comerciante el uno y literato el otro, que fueron secundados por un gran patricio, D. Antonio Rojas, hombre rico y muy ilustrado, que gozaba en Chile de una gran situación social.

Denunciados por un traidor, fueron reducidos a prisión y remitidos en seguida al Perú, donde permanecieron encarcelados durante algunos años. Enviados después a España, Berney pereció en un naufragio; Gramusset murió en una prisión de Cádiz, y Rojas se salvó, para regresar a Chile, donde de nuevo lo veremos figurar en los albores de la Independencia.

CAPITULO XI

Gobierno de D. Ambrosio O'Higgins.

SUMARIO: 1.° Quién fué D. Ambrosio O'Higgins. — 2.° Ordenanza de buen gobierno. — 3.° Visita el país. — 4.° Supresión de las encomiendas. — 5.° Otras reformas y obras.

1.° *Quién fué D. Ambrosio O'Higgins.* — Huyendo de las persecuciones religiosas de que en Irlanda eran víctimas los católicos, llegó a España un joven irlandés cuyos estudios le permitían optar al grado de ingeniero, y después de permanecer allí algún tiempo, se trasladó al Perú y luego a Chile, donde obtuvo el puesto de «ingeniero delineador».

Luchando con las dificultades que le ofrecía su calidad de extranjero, fué paso a paso ganándose una situación que llegó a ser única en los anales de la historia americana.

De ingeniero se hizo militar, y de ascenso en ascenso llegó en esta carrera al grado de coronel, para saltar de allí al puesto de intendente de Concepción.

Como meta para la carrera de un extranjero, podía ésta considerarse bastante; pero eran tales sus méritos y tal la situación que se había ganado en la corte de España, que antes de dos años recibía un nuevo ascenso (gobernador de Chile), que no había de ser el último (virrey del Perú).

El que así triunfaba en lucha franca y continuada contra todas las dificultades, armado sólo de su honradez, su constancia en el trabajo y su amor al estudio, era

D. Ambrosio O'Higgins, hombre de honor y de acción, cuyo nombre había de quedar vinculado a nuestra historia por muchas e inolvidables razones.

Ocupó el puesto de 56.° gobernador de Chile en 1778, y en ocho años que duró su gobierno, con inagotable actividad (a pesar de sus sesenta y ocho años), desenvolvió un programa de trabajos y reformas que lo colocó entre los primeros gobernantes, habilitándole, a la vez, para el alto puesto de virrey del Perú.

Entre los actos más importantes de su gobierno merecen citarse:

2.° *Ordenanza de buen gobierno.* — Reflejando las doctrinas y tendencias de esa época, en que la autoridad se creía en el deber de intervenir en todo, uno de los primeros actos del gobierno de O'Higgins fué dictar una ordenanza en favor de la moral, el aseo y la higiene, y, poco después, un bando complementario, con lo cual la vida de los pobladores y toda su actividad encuadraba dentro de unas cuantas disposiciones tan rígidas como ésta: «Todos debían recogerse a sus casas a las nueve en el invierno y a las diez en verano, bajo pena de ocho días de prisión o de arresto en cuartel, según los sujetos.»

3.° *Visita el país.* — Convencido de que para gobernar bien a un país hay que comenzar por conocerlo y darse cuenta de sus necesidades, inició O'Higgins su tarea haciendo un viaje de estudio en busca de la orientación general que necesitaba.

Se dirigió primero al Norte, y de paso eligió el sitio en que debía fundarse la ciudad de Santa Rosa de los Andes. Siguió a Cuscús, donde determinó la fundación de Illapel, y de allí a Combarbalá, donde fundó la ciudad de San Francisco de Borja.

Al llegar a Serena, se embarcó para trasladarse a Caldera, donde practicó una larga visita a la región

minera y fundó la primera escuela, que él mismo inauguró, con una asistencia de 140 niños.

A fines de diciembre de 1788 emprendió viaje de regreso por tierra, y después de fundar a Vallenar y estudiar en el camino las necesidades de la comarca, llegó a Valparaíso el 12 de abril de 1789. El viaje había durado casi seis meses, a través de una región inclemente, con escasas comodidades, y, sin embargo, un hombre de sesenta y nueve años lo había soportado sin el menor desfallecimiento.

En Valparaíso, que ya era una villa de 4.000 habitantes, O'Higgins decretó la creación de un Cabildo, amplió los límites de la jurisdicción, ordenó levantar algunos fuertes, etc. Solicitó en seguida del Rey el título de ciudad, lo que le fué concedido a Valparaíso el 9 de marzo de 1802.

El reconocimiento del gobernador se prolongó por la costa hasta la desembocadura del Maipo, examinando los puertos y surgideros.

Para completar su visita al país salió más tarde hacia la frontera araucana, cuando ya contaba setenta y dos años, atravesó el Bío-Bío y llegó hasta la plaza de Arauco, visitando ciudades, revistando fortalezas etc.

Regresó a Valparaíso por mar, y se hallaba de vuelta en Santiago a mediados de junio de 1793.

4.° *Supresión de las encomiendas.*—Tal vez la más importante de las reformas introducidas por O'Higgins en el régimen colonial fué la supresión de las encomiendas, medida de gran transcendencia moral y humanitaria, y de difícil realización, porque iba en contra de muchos y valiosos intereses creados.

Era ésta una especie de esclavitud de los indios, que en Chile se mantenía a pesar de la voluntad del Rey de España, que en varias cédulas la había suprimido.

Se necesitaba una voluntad fuerte, y ésa la tuvo el más anciano de los gobernadores, que de una plumada

abolió un odioso sistema de servidumbre. (Auto de 7 de febrero de 1789.)

5.° *Otras reformas y obras públicas.* — En su anhelo de progreso, O'Higgins no descuidó ninguna rama de las actividades nacionales, y así, después de esforzarse por producir el equilibrio económico de la colonia, se preocupó de dar impulso a la agricultura, a la pesca y a la minería. Para fomentar esta industria hizo traer de España algunos mineralogistas y estudiar por ellos la calidad y condiciones de nuestras minas.

En materia de caminos hizo dos grandes obras: reparar la gran vía comercial Valparaíso-Buenos Aires y construír el camino Santiago-Valparaíso. Esta fué una obra de gran aliento, en la cual no le acompañaba la opinión por falta de fe en los resultados. Sin embargo, iniciados los trabajos por el ingeniero español Pedro Rico, en 1792, ya en 1795 el Cabildo de Santiago ordenaba levantar una pirámide de ladrillos en el punto en que arrancaba de Santiago el camino a Valparaíso (término de la calle San Pablo) como un homenaje al más laborioso de los gobernadores de Chile.

Simultáneamente con este trabajo, emprendió O'Higgins la obra de no menos aliento de poner un dique definitivo a las inundaciones del Mapocho, construyendo los tajamares.

Causa verdadera admiración el espíritu de empresa y el aliento de este gobernante, que recibiendo el gobierno, en 1788, con 62.100 pesos de saldo en contra en su presupuesto, ya en 1792 emprendió dos obras públicas de tal importancia como el camino a Valparaíso y los tajamares. Confió este último trabajo al arquitecto italiano D. Joaquín de Toesca, quien, con perseverante esfuerzo, adelantó las obras sobre tan sólidas bases y tan bien meditado plan, que su trabajo sigue hasta hoy en pie, desafiando los embates de las aguas y las injurias del tiempo. Se terminó en 1804, bajo el gobierno del exce-

lente y progresista gobernador D. Luis Muñoz de Guzmán.

Toesca tenía a la vez a su cargo la construcción de la Casa de la Moneda, construcción gigantesca para aquella época, y en cuya terminación se emplearon veinte años. Fué entregada en 1805.

Obra de O'Higgins fué también la fundación de Linares y Parral; la repoblación de Osorno, que él hizo personalmente a sus setenta y cinco años de edad (13 de enero de 1796), después de un viaje penoso, aun para personas jóvenes; y el Parlamento de Negrete, que aunque no fué de gran trascendencia política ni militar, merece ser señalado por la gran amplitud que tuvo. (4 de marzo de 1793).

Regresaba de Osorno el gobernador O'Higgins y se hallaba de paso en Concepción, cuando llegó a Talcahuano una escuadra española, procedente de Cádiz, cuyo jefe traía el encargo de entregarle, con el título de teniente general de los reales ejércitos, el nombramiento de virrey del Perú.

Obligado por la necesidad de su nuevo cargo, O'Higgins abandonó el país el 16 de mayo de 1796, después de ocho años de memorable gobierno y rodeado del respeto y estimación de todos sus gobernados.

Después de cinco años de pacífica labor en el virreinato del Perú, murió en Lima, a los ochenta años de edad, el 18 de marzo de 1801.

CAPITULO XII

La Capitanía general de Chile a fines del siglo XVIII.

ESTADO SOCIAL, INTELECTUAL, COMERCIAL Y ECONÓMICO

SUMARIO: 1.° Régimen colonial español. — 2.° Ciudades principales y grado de progreso. — 3.° Estado social. — 4.° Estado intelectual. — 5.° Industrias. — 6.° Comercio. — 7.° Agricultura. — 8.° Minería. — 9.° Arte. — 10. Situación económica. — 11. Correos. — 12. Impuestos. — 13. Piratas y corsarios.

1.° *Régimen colonial español.* — El régimen colonial implantado por España ha dado siempre ocasión a duras críticas por el monopolio comercial que establecía y por la ignorancia sistemática en que tenía a los colonos.

Justo, sin embargo, es reconocer que era hasta cierto punto natural que la madre patria deseara reservar para ella la explotación de las riquezas que tanta sange y sacrificios le había costado conquistar, y que hiciera de sus colonias el mejor mercado para sus productos.

Respecto al oscurantismo, debe recordarse que a fines del siglo XVIII había imprentas en todos los virreinatos, y que la primera se estableció en Lima, ya en el siglo XVI (en 1584), mientras que Inglaterra mandó los primeros tipos de imprenta a los Estados Unidos un siglo más tarde (1638). La primera imprenta llegó a Méjico en 1536, y yá el año siguiente apareció el primer libro.

En el siglo XVIII había ya imprenta en Paraguay,

Cuba, Nueva Granada, Buenos Aires y Quito. A Chile sólo llegó en 1812.

Sobre Universidades, se debe reconocer que existían en todos los virreinatos, y hasta en las Capitanías generales, como en Chile, y que la primera de ellas data de 1551, cien años antes que en los Estados Unidos, donde se fundó la primera a mediados del siglo XVII.

En Méjico, veintitrés años más tarde, a más de la Universidad, había una escuela superior para niños de ambos sexos y cuatro hospitales, dos de los cuales eran para los indígenas. Este último detalle dice mucho, respecto a la política española, en lo que se refiere al tratamiento que se daba a los indios. Por este mismo tiempo había en Quito una escuela para indígenas, y en Lima un gran hospital para los mismos.

A mediados del siglo XVIII existía ya en el Perú un periódico, que daba cuenta de las noticias europeas.

Por esos tiempos, en que los periódicos y las Universidades eran escasas en la misma Europa, no se podía pedir mucho más, y la prueba es que no fué muy distinto lo que hicieron los demás conquistadores.

Se dice que España perdió sus colonias porque no supo mantenerlas, olvidándose de que Inglaterra, que las mantuvo tan bien, las perdió mucho antes. Y es que los pueblos, como los hombres, cuando se sienten grandes y fuertes, reclaman indefectiblemente su independencia, y si no se la dan, la toman.

No puede decirse que fuera intachable el régimen colonial implantado por España; pero pedirlo hubiera sido una utopía. No podía serlo, porque se trataba del ejercicio de un poder hasta entonces casi desconocido y de una época en que la Humanidad entera se hallaba muy atrasada. ¿Cómo podía dar España lo que ella misma no tenía? Con todo, dió más de lo que podía haber dado cualquier otro país: en muy poco tiempo cambió por la religión cristiana la bárbara religión de

los sacrificios humanos, y en vez de esos enormes templos idólatras que todavía chorreaban sangre, levantaron templos cristianos, muchos de los cuales son aún hoy, preciosos monumentos de arquitectura.

Por otra parte, la enorme dificultad que existía para comunicarse con América, y lo tardías que forzosamente tenían que ser esas comunicaciones, llevaban fatalmente a la consecuencia de que la fiscalización del Gobierno de la metrópoli fuera deficiente, y que las informaciones llegadas de América no reflejaran toda la verdad. Todo esto contribuía a que existiera en América cierto malestar, cuyos ecos llegaban sólo a veces hasta el Gobierno central, el cual jamás dejó de arbitrar medidas tendientes a remediar los males. Prueba de ello dan las innumerables leyes y ordenanzas dictadas en beneficio de las colonias, leyes en su mayor parte burladas por los gobernantes de aquí (muchos de los cuales cometían enormes abusos al amparo de la impunidad que les permitía el aislamiento en que vivían); pero que revelaban el interés que la metrópoli tenía por el bienestar de sus colonias.

En su deseo de formarse un concepto cabal de lo que aquí ocurría, los Reyes de España mandaron hasta Misiones secretas para recorrer las colonias e informarles después detalladamente.

2.º *Ciudades principales y grado de progreso.* — Al terminar la colonia, no había casi en Chile una ciudad que mereciera el nombre de tal. Santiago, que era la capital y el principal centro poblado, llegaba tal vez a unos treinta mil habitantes; pero Concepción, que era la segunda, no pasaba ya de cinco mil. Las restantes, que entre villas y ciudades sumaban unas treinta, eran sólo aldeas más o menos grandes y pobladas; pero muchas de las cuales no pasaban de unos cuantos cientos de habitantes.

Las que se destacaban, además de las dos nombra-

das, eran Valparaíso, Serena, Chillán y Talca, ninguna, seguramente, con más de cuatro mil habitantes.

Vida en esos pueblos casi no había ninguna, no sólo por la falta de actividad comercial, sino por el aislamiento que le imponía la carencia de buenos caminos u otras vías de comunicación.

La población total del país podía calcularse en unos seiscientos mil habitantes, de los cuales, aproximadamente, veinte mil eran españoles; 150.000, criollos (hijos de españoles nacidos en Chile); 320.000, mestizos (mezcla de indios con europeos), y 100.000, indios aborígenes.

Santiago, con su rango de capital, como asiento del gobierno y como centro de la gente más distinguida y acaudalada, hacía una excepción en todo sentido. Por su edificación, su trazado, la grandiosidad de algunos de sus edificios y el número de sus pobladores, podía resistir, ventajosamente, una comparación con las principales ciudades de la América española.

Por la escasez de buenos arquitectos, las casas particulares ofrecían, en general, un feo aspecto; pero, en cambio, el interior de las residencias de la gente pudiente revelaba buen gusto y a veces suntuosidad.

Los cronistas de esa época reconocen que en Santiago había mucha gente noble y distinguida y que se gastaba mucho lujo.

Entre los grandes edificios de que Santiago se enorgullecía, pueden verse aún la actual Casa de Gobierno (Moneda), la Intendencia (que era el edificio de las Cajas reales y Audiencia), la Aduana (viejo edificio que hasta hace poco fué Palacio de los Tribunales), y el edificio en que se encuentra la Biblioteca Nacional. Entre los templos, eran los mejores la catedral, Santo Domingo y San Juan de Dios, edificios todos que, aun hoy, son dignos de admiración.

El puente llamado de cal y canto que existía sobre

el Mapocho, era una obra gigantesca, cuya construcción duró diez años.

El alumbrado público era pésimo, y el aseo de la ciudad no le iba en zaga; pero hay que considerar la época y pensar en que no era muy distinto lo que ocurría, por ese tiempo, en Madrid y hasta en París.

3.° *Estado social.* — Santiago era la única ciudad donde se podía hablar de vida social, y aun allí era tan poco animada, que de ordinario no salía de los círculos íntimos o de familia. Bailes y grandes recepciones eran sucesos que se presentaban raras veces. Sólo cuando se trataba de celebrar un gran acontecimiento nacional, como la coronación de algún soberano, salía Santiago de su normal apatía y se agrupaba alegre y entusiasta en torno de las tropas, las autoridades o los tabladillos en que se verificaba alguna ceremonia.

La vida de los campos era de una monotonía mortal. Los dueños de las grandes haciendas no vivían generalmente en ellas; el absentismo era la norma, y, por esta causa, en los fundos no se notaba esa vida activa que sólo los dueños saben infundir.

Los hombres viajaban a caballo o en mula, y las familias, en carretas o en coches; pero como los caminos eran muy malos, el viaje era una necesidad a la cual la gente no se sometía sino como último recurso.

Como consecuencia natural de esta situación, en los campos vivían sólo los inquilinos de los fundos, pasivos sucesores de los indios de las encomiendas, y que, en cambio de la obligación de trabajar para el dueño de la hacienda, recibían habitación y un pequeño pedazo de terreno para su beneficio.

4.° *Estado intelectual.* — Es innegable que el estado intelectual de la colonia, a fines del siglo XVIII, dejaba mucho que desear; pero no tanto, si bien se considera, que dé asidero para que por ello se critique acerbamente al Gobierno español.

¿Existían escuelas? Sí, y colegios de instrucción superior, y hasta Universidad; pero ni las escuelas, ni los colegios existían en número suficiente, y por eso eran muchos los que se hallaban privados del recurso de aprender a leer. Así, desnudamente presentado el asunto, impresiona mal la situación en que se hallaba la colonia; pero es que se calla el antecedente de la influencia del medio y de la época, de los escasos recursos con que España contaba y de lo enorme que era el territorio en el cual debía proveer a todo, como en suelo propio.

La primera escuela que en Chile funcionó fué la dirigida por el presbítero Juan Blas, en 1578. Por el mismo tiempo, un vecino de Santiago, llamado Gabriel Moya, abrió una escuela de gramática latina.

En 1622 se abrió la primera Universidad, bajo la dirección de los religiosos de Santo Domingo, Universidad que funcionó hasta la creación de la de San Felipe.

Muy antiguos son los seminarios de Santiago y Concepción, y no menos uno que se fundó en Imperial en 1567.

En 1700 se fundó en Chillán el primer colegio para indígenas, a cargo de los jesuítas.

La instrucción se hallaba en esa época atrasada en todas partes, por la principal razón de no creerla el Estado una de sus primeras obligaciones. Al contrario, existía el prejuicio de que al pueblo, y aun a las mujeres de la mejor clase social, era peligroso enseñarles a leer, porque habían nacido para determinados trabajos y funciones de los cuales no era conveniente sustraerlos. Y era que aun no habían evolucionado lo suficiente los principios que rigieron durante la Edad Media.

A esto hay que agregar la falta de recursos. Si España hubiera querido atender debidamente la instrucción pública en Chile, habría necesitado cubrir los gas-

tos con los fondos de otras colonias o con los de sus propias arcas reales, pues es sabido que nuestra colonia no producía lo bastante para cubrir sus necesidades.

Con todo, escuelas había en varias ciudades, un colegio de instrucción superior en Concepción, dirigido por los jesuítas, y en Santiago, el colegio Carolino y la Academia de San Luis, ambos de instrucción superior; y, por fin, la Universidad de San Felipe, que era un beneficio del cual sólo gozaban los virreinatos.

La Academia de San Luis marcó ya un progreso en la enseñanza secundaria. Fundada por D. Manuel Salas, fué inaugurada en 1797, y en ella se enseñó gramática, aritmética, geometría y dibujo, con el principal objeto — manifestado por su fundador — de ir formando ingenieros o, por lo menos, hombres más preparados para las empresas industriales.

No consiguió, desgraciadamente, su propósito de aumentar las asignaturas con los ramos de química y mineralogía, y como se fundó, siguió funcionando, hasta que en 1813 se refundió con el Instituto Nacional. Contaba con 94 alumnos.

La reacción sobre la manera de apreciar los conocimientos de la instrucción tenía que demorar; pero ya se había comenzado a manifestar con los últimos gobernadores, entre ellos con D. Ambrosio O'Higgins, quien demostró grandes deseos de que en cada villa hubiera una escuela donde todos (sin distinción de clases sociales) pudieran aprender a leer y escribir.

Una manifestación de lo difícil que es atender debidamente a esta rama de la actividad nacional tenemos en el actual estado de nuestra instrucción pública: después de más de un siglo de vida independiente, casi el 70 por 100 de nuestra población es todavía analfabeta.

5.° *Industrias.* — El relativo aislamiento en que permanecieron las colonias americanas hizo que el desarro-

llo de sus industrias fuera casi nulo durante la colonia.

Las principales industrias que en Chile se explotaban eran la del vino, el aguardiente, el charqui, la fruta seca, la grasa y el sebo. En estado embrionario, existía la industria manufacturera, como también la de la elaboración de la harina; pero sólo abastecían las necesidades del país.

En el último tiempo se comenzaba ya a exportar alguna harina al Perú.

La primera industria de alguna significación que hubo en Chile fué la del aceite de olivo, que empezó a exportarse ya a fines del siglo XVI. Provino de un pie de olivo robado en el Perú en 1560 a D. Antonio de Rivera.

El ganado vacuno llegó a ser tan abundante, que una vaca valía doce reales. Sólo se explotaba el cuero y la grasa, para exportarlo al Perú, y especialmente a Potosí. El resto se quemaba en una popular fiesta llamada la quema. Tal era la abundancia de carne.

El primer molino se estableció al pie del cerro San Cristóbal, en 1548, por Rodrigo de Araya.

La industria del vino llegó también a un gran desarrollo, y se exportaba al Perú y a la Argentina.

El primer obraje de paños lo estableció en Melipilla D. Alonso de Rivera, en 1606. Poco más tarde, abrió en Concepción una fábrica de sombreros de fieltro.

Los primeros barcos (pequeños al principio) se construyeron en Concepción, y ya en 1607 se echó al agua, con gran pompa, la primera fragata destinada a llevar el situado a la guarnición de Chiloé.

A fines del siglo XVII había ya en Santiago, entre zapaterías, sastrerías, carpinterías, herrerías, platerías, etcétera, cerca de ochenta establecimientos industriales (1).

(1) No es efectivo, pues, que España haya entrabado el progreso americano, y más verdad habría en decir que lo impulsó tanto como el propio. Humbolt, en

Con todo, el valor del comercio de explotación y exportación a fines del siglo XVII, sólo fluctuaba entre cuatrocientos y quinientos mil pesos.

También adquirieron alguna importancia las industrias de curtiduría y alfarería, por lo menos la suficiente para que la colonia se abasteciera por sí misma.

Mucho influyeron los jesuítas en el progreso de las industrias, trayendo al país numerosos operarios y artesanos, con los cuales implantaron diversas industrias de arte manual.

6.º *Comercio.* — Tampoco el comercio prosperó mucho durante la colonia, a causa de la restricción a que se hallaba sometido. Era, hasta cierto punto, natural que España tratara de sacar provecho de sus colonias, ya que descubrirlas y mantenerlas le había costado tanta sangre y sacrificios; pero nadie toma esto en cuenta, y la censuran porque no abrió de par en par las puertas americanas al comercio universal.

Esto le habría significado la pérdida de sus principales mercados, y habría sido precipitar voluntariamente el momento de la independencia de todas las colonias.

Se habría calificado un acto así como un hermoso rasgo de desprendimiento; pero, a la vez, como una quijotería, que a ningún país se le puede exigir y que ninguno ha cometido.

Inglaterra, que siempre es citada como modelo de país colonizador, no hizo muy distinta cosa, y la prueba es, que mientras las colonias españolas se independi-

su *Ensayo político sobre nueva España*, decía: «No se lee sin sorpresa en la *Gaceta* de Méjico que a 400 leguas de la capital, en Durango, por ejemplo, se fabrican pianos y clavicordios...» «Es digno de ser observado que entre los primeros molinos, trapiches, construídos por los españoles a principios del siglo XVI, había ya algunos movidos por ruedas hidráulicas, aunque estos mismos molinos de agua hayan sido introducidos en la isla de Cuba en nuestros días, como una invención extranjera, por los refugiados de cabo Francés.» En otra parte agregaba: «Los productos de las fábricas de Nueva España podrían venderse con ganancia en los mercados europeos.»

zaron por sólo el deseo de hacerlo, y aprovechando un momento crítico para la madre patria, Estados Unidos levantó bandera de rebelión porque se le hizo insoportable el monopolio comercial que los ministros ingleses le impusieron. Y esto, porque Inglaterra estimaba que sus colonias debían contribuír a reponerla de la crisis económica que le habían producido las guerras de Europa.

No hay, pues, que ver en el aislamiento relativo de las colonias otra cosa que un fenómeno natural, de algún egoísmo, tal vez, pero muy humano.

7.° *Agricultura.* — La agricultura fué la principal industria de Chile, porque, a más de ser de vital importancia, era la de más fácil explotación.

Todo concurría a hacerla especialmente reproductiva; no necesitaba máquinas ni numerosas herramientas de trabajo; la obra de mano era muy barata; la tierra no costaba casi nada, y la fertilidad era especialmente grande. Estos mismos factores fueron la causa de que esta industria no se perfeccionara. Cuando la obra de mano es muy barata, el agricultor no se preocupa de buscar máquinas; y cuando la tierra es muy fértil, no se compran abonos. La explotación se hacía, por esto, en la forma más primitiva.

Los principales cultivos eran: trigo, maíz, cebada, frejoles, lentejas, etc. Fruta y chacarería se producía en gran cantidad.

Al terminar la colonia, la producción agrícola del país fluctuaba entre tres y cuatro millones de pesos.

Comenzó Chile por ser país ganadero, y pasó después a ser minero y agrícola.

El ganado era muy abundante, no porque los agricultores se dedicaran con interés a la crianza, ni a la selección de las crías, sino porque el clima y la natural feracidad del suelo propendía a su desarrollo.

Trigo, charqui, grasa y sebo se exportaba al Perú en bastante cantidad en los últimos años de la colonia.

8.° *Minería.*—La minería no dió margen a un comercio verdaderamente reproductivo, porque es ésta una industria que requiere máquinas pefeccionadas, grandes capitales de explotación y fáciles y abundantes vías de comunicación.

Al principio algunos lavaderos de oro hicieron concebir grandes esperanzas; pero eso fué cuando se podían emplear quinientos o mil indios sin otro gasto que la comida. Mas, cuando se impusieron los jornales, se vió que el producto cubría apenas los gastos, y se dejó esa industria a los individuos aislados que trabajaban por su cuenta. Con todo, esos lavaderos, unidos a ciertas minas bastante reproductivas, alcanzaban a producir un total anual de un millón de pesos. Las minas de plata producían, aproximadamente, seiscientos mil.

La principal riqueza minera del país, que era el cobre, no se podía explotar en grande escala, por ser ella la que más exige costosos elementos de explotación.

9.° *Artes.*—El arte no tuvo entre nosotros ninguna manifestación, excepción hecha de la arquitectura, que dejó muestras de un alto progreso, como son la catedral y otras iglesias, la Moneda, el puente de cal y canto, etc.

10. *Situación económica.*—La moneda principió a circular en Chile en 1601. Antes existía sólo lo que se llamaba el «cambalache» (cambio de artículo por artículo). La Casa de Moneda se estableció en 1749.

Los últimos gobernadores, especialmente D. Ambrosio O'Higgins, habían velado con gran interés por la recaudación y empleo de las rentas públicas, y gracias a esto, en los últimos años de la colonia, la situación del erario era relativamente holgada. A pesar de todo, en 1806 los gastos superaban aún a las entradas, pues siendo éstas de 600.000 pesos, aquéllos llegaron a 654.278.

La renta del Estado la formaban los diversos impuestos, por un mecanismo semejante al actual; pero no eran éstas solas las contribuciones que gravaban a los ciudadanos. Existía, además, el diezmo eclesiástico, que consistía en contribuír con la décima parte de los productos de los campos al mantenimiento del culto.

Era ésta una contribución que se pagaba en productos (trigo, maíz, animales, etc.), y como su recolección ofrecía serias dificultades a las autoridades eclesiásticas, se estableció la costumbre de darla en arrendamiento. Por este capítulo recibía el obispo de Santiago unos ciento cincuenta mil pesos, y el de Concepción, unos cincuenta mil al año.

Las rentas municipales de la ciudad de Santiago eran de 28.000 pesos en 1804.

Las contribuciones que España impuso a sus colonias nunca fueron opresoras. El cálculo de los tributos que se pagaban en 1746 arrojaba para cada habitante blanco un gravamen de 3,50 pesos, lo que no podía ser más moderado. Chile, por su escasez de recursos, se veía libre de los impuestos.

Las rentas que producía Chile eran: en 1575, 30.000 pesos; en 1583, 22.000; en 1605, 4.000; en 1788, 592.178, y en 1806, excedieron un poco de 600.000.

Con tan escasas entradas no podía, naturalmente, mantenerse el país, y se hizo necesario que el Rey le concediera una subvención anual, que llegó a 300.000 pesos, y que los pagaba la Tesorería fiscal de Lima. Se le llamó Situado Real.

11. *Correos.* — Cuando en Chile no existían aún otros correos que los propios (mensajeros para llevar la correspondencia oficial y, a veces, la particular), se estableció el primer correo entre Santiago y Buenos Aires, pasando por Mendoza (1768).

El servicio era mensual, y empezó a hacerlo D. Miguel Canales.

El jefe del servicio, con el título de teniente de Correo mayor, era D. Ignacio de los Olivos. En 1772 hubo un administrador general de Correos, que se llamó don Fernando José de Urízar, y entonces empezó ya a recibir este servicio algunas mejoras. Tres años más tarde se estableció un correo ordinario, sujeto a itinerario, entre Santiago y Valparaíso, y otro entre Santiago y Concepción. El de Valparaíso iba dos veces por semana.

El servicio entre España y Chile lo hacía un paquebote que cada dos meses salía de La Coruña con destino a Montevideo y Buenos Aires.

12. *Impuestos.* — Los principales impuestos que en Chile se pagaban durante la colonia eran:

1.° Alcabala. (Impuesto de aduana del 4 por 100 sobre transferencia de propiedades y venta de mercaderías.)

2.° Almojarifazgo. (5 por 100 que debían pagar las mercaderías embarcadas en Sevilla para América.)

3.° Balanza. (Impuesto de exportación que se pagaba en Valparaíso, basado en el peso de la mercadería.)

4.° Casa de moneda, o señoreaje. (Impuesto que pagaban el oro y la plata al ser ensayados.) También pagaba el cobre 5 por 100.

5.° Diezmos eclesiásticos. (Impuestos en especies, equivalente al 10 por 100 de los productos de la agricultura y ganadería.)

6.° Estanco de tabaco. (Era el monopolio de la venta de tabacos.)

7.° Licencias. (Contribución que se imponía a todos los que salían del país.)

8.° Papel sellado. (Contribución impuesta en 1641.)

9.° Pontazgos. (Contribución de tránsito para pasar por los puentes.)

10.° Quinto real. (El más productivo de los impuestos, consistente en el 20 por 100 de los productos de las minas y de las piedras preciosas.)

11.° Venta de títulos de nobleza. (Según el duque de la Palata — virrey del Perú — se vendieron allí once títulos, a razón de 30.000 pesos.)

13. *Piratas y corsarios.* — Consecuencia del aislamiento en que las colonias se hallaban y de la dificultad de resguardar, efectivamente, el inmenso litoral americano y sus mares de acceso, fué el enorme desarrollo que en el tiempo del coloniaje alcanzó el robo a mano armada en alta mar y en las costas. Los mares se inundaron de piratas y corsarios, que ordinariamente eran de nacionalidad inglesa u holandesa, y que dedicaban su principal actividad a dar caza a los buques españoles que comerciaban con América.

Para librarse en algo de estos terribles enemigos, el Gobierno restringió en lo posible el derecho de navegar, y sólo una vez al año hacía partir de Sevilla a Cádiz un gran convoy escoltado por suficientes buques de guerra.

Así y todo, los filibusteros y corsarios hallaban la manera de hacer grandes depredaciones en el mar y en las costas.

En el Pacífico se hicieron célebres las campañas de los corsarios ingleses Drake, Cavendisch y Hawkins.

Drake llegó al Pacífico en 1578, tocó en la Mocha, con el único buque que salvó de los tres que traía, y desde allí siguió al Norte, llegando a Valparaíso, donde tomó un buque cargado de cueros y sebo que se hallaba listo para zarpar al Perú; saqueó el puerto, que era entonces un humilde villorrio, y siguió al Norte en demanda de Serena. Aquí fué rechazado por los colonos, y después de algunas otras correrías, regresó a Inglaterra, siguiendo hacia el Oeste, y dando, por consiguiente, la vuelta al mundo.

Por sus actos ilícitos, su nombre ha dejado un triste recuerdo; pero no se le puede desconocer que fué un gran marino y que hizo célebre su nombre, más

que todo, por la hazaña de dar vuelta al mundo en un miserable buquecillo de cien toneladas, llamado *Golden-Hind*. La primera vuelta al mundo fué la expedición de Magallanes, terminada por Elcano, y la segunda, la de Drake.

Ocho años después llegó Cavendisch, tocó en la Mocha y Santa María, y de allí siguió a Quinteros, donde tuvo la mala suerte de ser rechazado por los españoles, que le mataron cuatro hombres y le tomaron ocho prisioneros. De éstos, seis fueron ahorcados en la plaza de Santiago.

Aunque en Chile le fué mal, le fué bien en otras costas, y así pudo, con gran botín, regresar sano y salvo a su país.

Una tercera expedición, que tuvo lugar en el siglo XVI, fué la del corsario Ricardo Hawkins, hermano del general Hawkins, que con dos buques recorrió las costas de Chile, saqueando por todas partes.

Más terribles que los ingleses fueron los corsarios holandeses, pues a éstos sólo les guiaba el ansia de robar, en tanto que a los otros les llevaba también el propósito de abrir nuevos caminos y mercados al comercio de su país.

Una escuadrilla de seis buques corsarios holandeses, que cruzaron el Estrecho de Magallanes a cargo de Simón de Cordes, fué dispersada por las tempestades, y de sus naves, una fué tomada en Valparaíso, otra llegó a Castro (Chiloé), donde su capitán, Baltasar de Cordes — hermano del jefe de la escuadra — incitó a los indios a la rebelión, y lo consiguió, haciendo rendirse a la escasa guarnición que en la ciudad había, para asesinarla en seguida, y una tercera, mandada por el mismo Simón de Cordes, tocó en la costa de la Punta Lavapié, y, al desembarcar, fué muerto con veinte de los suyos.

Con todo, y a pesar de los grandes daños que con sus incursiones hicieron los piratas y corsarios, algunos beneficios reportaron, entre los cuales fué el mayor hacer reconocer regiones desconocidas, levantando cartas hidrográficas y describiéndolas detalladamente.

CUARTA PARTE

Independencia

CUARTA PARTE

Independencia

CAPITULO PRIMERO

Primer grito de libertad.

SUMARIO: 1.º Gérmenes de descontento y deseos de libertad. — 2.º Factores determinantes del movimiento revolucionario. — 3.º El gobernador D. Francisco García Carrasco. — 4.º Destierro de patriotas. — 5.º Indignación del pueblo. — 6.º Caída del gobernador. — 7.º D. Mateo Toro y Zambrano. — 8.º 18 de septiembre de 1810.

1.º *Gérmenes de descontento y deseos de libertad.* — Poco a poco la influencia de los extranjeros llegados a Chile, de algunos libros en que se proclamaban la libertad y los derechos del hombre, la noticia de la independencia de los Estados Unidos, el monopolio comercial, el poco tino de algunos gobernantes españoles, y, muy especialmente, las prerrogativas y preferencias que la corte de España dispensaba a los nacidos en su suelo, fueron desarrollando en el alma de los criollos más caracterizados e ilustrados un sentimiento de independencia, un ansia de libertad, que sólo necesitaba un pretexto o un ambiente favorable para que produjera su estallido.

2.º *Factores determinantes del movimiento revolucionario.* — Este estado de ánimo en que las colonias se en-

contraban a principios del siglo XIX, era especialmente favorable para secundar cualquier movimiento de independencia o aprovechar el menor pretexto de dar el grito de libertad.

Los sucesos de Buenos Aires, la brillante resistencia de los criollos argentinos a las pretensiones inglesas de dominación, el nombramiento que hicieron de Lineros como virrey — nombramiento refrendado más tarde por el Rey —, y, por fin, la noticia de que España había sido invadida por los ejércitos de Napoleón, y de que el Soberano se hallaba prisionero, dieron ya motivo sobrado a los patriotas más exaltados para iniciar el movimiento que había de llevarlos a la independencia nacional.

Las noticias de España fueron, sin duda, las que más influencia ejercieron en los acontecimientos del año 10, pues sin ellas habrían tenido que pasar aún muchos años antes de que en la América latina se hubiera oído el primer grito de libertad.

El tratado de Bayona, en que Carlos IV cedió la corona de España a Napoleón (8 de mayo de 1808), y el entronizamiento en ese imperio del hermano del gran Bonarparte, fué la chispa que inflamó el latente patriotismo de las hijas de América, uniéndolas en un solo y santo anhelo de libertad.

Con el pretexto de conservar para el legítimo heredero de la corona española, el príncipe de Asturias, Fernando VII, en quien había recaído el gobierno de la península, el dominio de las colonias americanas, y reconociendo la autoridad de la Junta Central, establecida en Sevilla durante la guerra francoespañola — por hallarse cautivo el legítimo Soberano —, los patriotas de Chile provocaron un movimiento que dió por resultado la renuncia del capitán general D. Francisco Antonio García Carrasco y su reemplazo por el pres-

tigioso patriota D. Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista. (16 de julio de 1810.)

3.° *El gobernador D. Francisco Antonio García Carrasco.* — Todo se conjuró en contra de los intereses de España. A más de los acontecimientos ya citados, obraron en su contra las pésimas condiciones de gobernante que se reunían en el entonces gobernador de Chile Francisco Antonio García Carrasco. Arbitrario y débil a la vez, era el hombre menos indicado para gobernar a la colonia en esos momentos de crisis. Poco a poco se ganó la antipatía de todos los criollos, se puso de punta con el Cabildo y culminó sus intemperancias y violencias apresando a tres de los más respetables vecinos de Santiago, D. Juan Antonio Ovalle, D. Juan Antonio Rojas y D. Bernardo Vera, con el pretexto de que conspiraban contra el poder constituído.

4.° *Destierros de patriotas.* — Del proceso que inició, nada concreto resultó en contra de esos patriotas, ningún cargo serio se pudo probar, y, sin embargo, después de apresarlos y mantenerlos incomunicados, sin consideración alguna a la avanzada edad de todos ellos, los hizo levantar a media noche para partir apresuradamente a Valparaíso, donde debían embarcarse para el Perú. Esto ocurría el 25 de mayo de 1810.

Al día siguiente, al tenerse conocimiento de estos hechos, la opinión unánime, tanto del pueblo como de la alta sociedad a que pertenecían los deportados, protestó con energía, y tan justa aparecía esta protesta, que el Cabildo la hizo suya, y hasta la Real Audiencia la secundó.

Ante tal presión, Carrasco tuvo que ceder, y, con una doblez impropia del alto puesto que desempeñaba, mientras ofrecía no efectuar la deportación, daba orden reservada para que los patriotas fueran rápidamente embarcados para el Perú.

Con arreglo a estas disposiciones, el 10 de julio zar-

paba de Valparaíso la fragata *Miatinomo,* llevando a su bordo a los ilustres patriotas Ovalle y Rojas, primeras víctimas del movimiento revolucionario. Por enfermedad, no había sido embarcado Vera.

5.º *Indignación del pueblo.* — Este fué el golpe de gracia asestado al pueblo de Santiago. Al tener conocimiento del engaño que le había hecho el gobernador, con incontenible indignación se precipitó a las calles y pidió a gritos un Cabildo abierto para hacer oír sus reclamos y protestas.

Citado el gobernador por el Cabildo, se negó a concurrir, como se negó también a oír a los delegados del pueblo, dando, en cambio, la orden de disolver la reunión. Exasperado el pueblo, que en inmensa cantidad ocupaba la plaza principal, se precipitó a las salas de la Audiencia y exigió a este Tribunal que citara al gobernador y lo compeliera a explicar su conducta.

Forzado así por la opinión, y temiendo, tal vez, un desacato a su autoridad, el gobernador accedió a ocupar su asiento de presidente de la Audiencia, convencido, sí, de que su sola presencia, desde tan alto sitio, bastaría para acallar las protestas.

Ocurrió, sin embargo, lo contrario de lo que el gobernador esperaba. Su presencia provocó la más ruidosa manifestación de disgusto, y cuando, después de algún esfuerzo, se logró restablecer la calma, se levantó el procurador de la ciudad, D. José Gregorio Argomedo, y en un reposado pero enérgico discurso puso de manifiesto la conducta incorrecta del gobernador, la violación que había hecho de las leyes, la informalidad de su conducta, etc., y terminó pidiendo, en nombre del pueblo, la inmediata revocación de la orden de destierro recaída sobre los tres patriotas ya mencionados.

Ante la enérgica actitud del pueblo y de su delegado, el gobernador comprendió que sería muy peligroso insistir en su primera resolución, y autorizó a la Au-

diencia para comunicar que se aceptaban todas las proposiciones presentadas.

Terminó esta reunión — la primera en que el pueblo expresaba su voluntad — después del mediodía, y en ella se había preparado la caída del gobernador, que carecía ya de prestigio y de la confianza popular.

6.° *Caída del gobernador.* — Pocos días más tarde llegaba a Santiago la noticia de que el 25 de mayo un tumulto popular había depuesto, en Buenos Aires, al virrey, nombrando en su lugar una Junta Nacional de Gobierno.

No se necesitó más para producir el estallido que la Audiencia temía contra la autoridad del gobernador Carrasco. En efecto: los alcaldes de la ciudad se acercaron al regente de la Real Audiencia a expresarle que la voluntad del pueblo era que el gobernador fuera depuesto.

Para evitar lamentables consecuencias, la Audiencia estimó imprescindible hacerse eco de este deseo, y se acercó al gobernador para darle a conocer su situación y convencerle de la conveniencia de renunciar su puesto, en obsequio a la tranquilidad pública.

Después de algunas vacilaciones, accedió Carrasco a lo que se le pedia, y a mediodía del 16 de julio supo ya el pueblo de Santiago que, ante los alcaldes, cinco regidores y el procurador Argomedo, el gobernador había renunciado a su cargo, y que en su reemplazo se había nombrado al prestigioso vecino de Santiago, brigadier general, D. Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista.

Con esto se había ya dado el primer paso para los patriotas que soñaban en un cambio fundamental de Gobierno, y se había terminado la dificultad para los que creían que todo el movimiento obedecía al deseo de librarse de Carrasco.

7.° *Don Mateo de Toro y Zambrano.* — Para asegurar

el futuro triunfo de sus ideas, los verdaderos patriotas se dedicaron a prestigiar el gobierno de Toro y Zambrano, dándole influencia y asegurando su estabilidad en la esperanza de llegar a crearse así un punto de apoyo para el movimiento definitivo de la independencia.

No era tarea fácil, porque el nuevo mandatario era un hombre que tenía ya ochenta y cinco años de edad, y al cual no era posible exigirle que aún revelara ánimo entero y la varonil energía que se requería en esos momentos.

Alcanzaron, sin embargo, los patriotas el triunfo de que fueran nombrados, secretario, el entusiasta y activo procurador de la ciudad, D. José Gregorio Argomedo, y asesor, el prestigioso patriota D. Gaspar Marín.

Tomadas así sus posiciones, los patriotas esperaron impacientes el momento de dar el golpe definitivo, que sólo habían diferido.

8.° *18 de septiembre de 1810.* — En efecto: poco tiempo después, tras una activa lucha política con la Audiencia, que a toda costa trataba de mantener incólume el poder español y obtener el reconocimiento del capitán general D. Francisco Javier Elío, recientemente nombrado por el Supremo Consejo de Regencia establecido en España, se produjo una reunión, formada por el Cabildo, los canónigos D. Vicente Larraín y D. Pablo Fredes y muchos respetables vecinos, y resolvieron, a ejemplo de la metrópoli, la instalación de una Junta Gubernativa. Acordaron también que, con las solemnidades necesarias, este acto se efectuara el 18 de septiembre.

La noticia de esta resolución produjo en el pueblo gran alborozo, y llevó a la Audiencia una verdadera alarma, porque hasta los más optimistas vieron en ella el principio de una franca ruptura con el Gobierno de la metrópoli.

Esto ocurrió el 13 de septiembre, día que circuló la

invitación para la instalación de la Junta, y en esa que se llamó «esquela de convite» iba la mejor prueba de que no eran infundados los temores de la Audiencia. Decía así: «Para el 18 del corriente espera a usted el muy ilustre señor presidente, con el ilustre Ayuntamiento, en la sala del Real Tribunal del Consulado, a tratar de los medios de seguridad pública, discutiéndose allí qué sistema de Gobierno debe adoptarse para conservar siempre estos dominios al señor D. Fernando VII.» Esta invitación fué modificada más tarde, suprimiendo la última parte.

Dos días antes de la instalación de la Junta, se decretó el acuartelamiento de las tropas. Por fortuna, los patriotas podían contar con la adhesión incondicional de ellas, aun de las mandadas por el teniente coronel Francisco Javier Reina, que, siendo oriundo de España, simpatizaba con la causa revolucionaria.

Para ponerse de acuerdo sobre el número y las personas que debían constituír la Junta, el 17, en la noche, hubo una reunión en casa de D. Domingo Toro, y en ella se resolvió que los miembros fueran cinco, indicando las personas.

Así preparado el fausto acontecimiento, llegó el 18 de septiembre de 1810. Desde el amanecer, las milicias y la tropa de línea comenzaron a recorrer la ciudad, velando porque el orden no se alterara, y a las ocho de la mañana se colocaron en los puntos que ya se les había designado, para impedir el acceso a la población de toda persona que no fuera provista de su respectiva invitación.

Desde las nueve de la mañana comenzó a afluír la gente a la Sala del Real Tribunal, y a las once, cuando ya el Cabildo abierto (así se le llamó a esa solemne Asamblea) se componía de más de cuatrocientas personas, incluyendo a los miembros del Cabildo y a todas las autoridades civiles y militares, llegó el capitán

general, acompañado del asesor y del secretario, señores Gaspar Marín y Dr. José Gregorio Argomedo.

Se abrió la sesión con la renuncia voluntaria que hacía el conde de la Conquista del alto puesto que ocupaba, expresándose así: «Aquí está el bastón: disponed de él y del mando»; y ordenando en seguida a su secretario que explicara a la Asamblea las razones que habían obligado al Gobierno a tomar esa medida, y el objeto de la reunión. Hízolo así el doctor Argomedo, en un buen discurso, y después dijo: «El presidente ha cesado en el ejercicio de sus funciones; toca al pueblo decidir la forma de gobierno que debe adoptarse y elegir las personas a quienes debemos confiar la dirección de los negocios públicos.»

Tomó en seguida la palabra el procurador de la ciudad, D. Miguel Infante, y en un largo y vibrante discurso explicó el objeto de la reunión, hizo la historia de la última administración española, habló de las necesidades y aspiraciones de la colonia (cuidando de no referirse a los deseos de separarse del gobierno de la metrópoli, para no herir tan bruscamente los sentimientos de los españoles y de la Audiencia), y terminó haciendo un llamamiento a la unión, a la concordia y a la cooperación de todos, «para el logro del importante y justo objeto sobre que todos iban a deliberar».

Aunque en la reunión de la noche anterior se había hablado de que serían cinco los miembros de la Junta Gubernativa, D. Carlos Correa, diciendo que mientras mayor fuera el número de los miembros mayor sería la confianza que inspiraría, propuso la elección de siete personas.

Aceptada esta proposición, los cinco primeros fueron elegidos por unanimidad, y los otros dos, por haberse notado cierta disparidad de opiniones, fueron elegidos en votación secreta.

El resultado fué el siguiente: presidente, D. Mateo

Toro y Zambrano; vicepresidente, el ilustrísimo señor obispo, doctor D. José Antonio Martínez de Aldunate; y vocales, D. Fernando Márquez de la Plata, D. Juan Martínez de Rosas, D. Ignacio de la Carrera, D. Francisco Javier Reina y D. Juan Enrique Rosales. Secretarios fueron nombrados D. José Gaspar Marín y D. José Gregorio Argomedo.

Terminado el acto, los elegidos, que se hallaban presentes, presentaron el juramento de estilo, y la Junta quedó constituída con el nombre de «Junta Provisional Gubernativa».

Hallaron en ella representación cuanto de respetable existía en esos momentos en el país. La presidía el personaje más prestigioso de la colonia y, a la vez, el depositario legal del Poder español; la Iglesia se hallaba representada por uno de sus miembros más eminentes, D. Fernando Márquez de la Plata, oriundo de España, pero de acentuadas tendencias patrióticas; era como un eslabón que unía el poder español al naciente poder de la colonia, y algo semejante significaba la presencia del teniente coronel español D. Francisco Javier Reina; los señores de la Carrera y Rosales representaban al vecindario de Santiago; y, por fin, los secretarios Marín y Argomedo personificaban los sentimientos de independencia que en esas horas de ansiedad vibraban en todos los corazones.

Fué un hermoso día ése en que las primeras brisas de libertad llegaban a purificar el ambiente de subordinación en que por varios siglos vivieron nuestros padres, y así se explica la explosión de entusiasmo que en Santiago, y después en las provincias, provocó el advenimiento de la patria.

Oleadas de gente invadieron las calles entre vivas y aplausos, la ciudad se iluminó durante la noche y las fiestas y los regocijos duraron hasta el amanecer, para seguir por varios días consecutivos.

El 20, a un tablado que se hizo levantar en la plaza, subió la Suprema Junta para dar lectura al acta de su instalación y para recibir el juramento de obediencia que le prestaron las Corporaciones civiles y eclesiásticas. Este acto fué solemnizado con la presencia de las tropas, con salvas de artillería y con las aclamaciones del pueblo.

Así quedó consagrado el primer paso que dió la patria en el camino de su independencia, y echadas las bases de una República que, por la pujanza y laboriosidad de su hijos y por el patriotismo de sus gobernantes, había de ocupar muy luego un alto puesto entre las naciones americanas.

CAPITULO II

La patria vieja.

§ I

Primer período.

SUMARIO: 1.° Solidaridad americana. — 2.° Primeras preocupaciones del nuevo Gobierno. — 3.° Motín de Figueroa. — 4.° Primer Congreso Nacional. — 5.° Diversas corrientes de opinión. — 6.° Revolución del 4 de septiembre. — 7.° Nueva Junta ejecutiva. — 8.° Nueva revolución de los Carreras. — 9.° Rivalidad entre Santiago y Concepción. — 10. Gobierno de Carrera.

1.° *Solidaridad americana.* — El convencimiento de que era general el anhelo de independencia que animaba a todos los países americanos, despertó entre ellos el sentimiento de solidaridad, y es grato evidenciar que fué en Chile, a iniciativa del ilustre patriota D. Juan Martínez de Rosas, donde brotó la chispa de ese hermoso sentimiento.

Comprendieron los padres de la patria que ante el formidable león ibérico podían poco si obraban aisladamente, y que a nada decisivo arribarían independizándose, mientras España quedara en América con alguna colonia en que apoyar sus esfuerzos o de donde sacar recursos para continuar la campaña.

Con el fin de dar forma a estas ideas, el Gobierno de Chile envió, en abril de 1813, un delegado a Buenos Aires para ponerse de acuerdo sobre la manera de alistar una expedición libertadora al Perú.

Algunos años habían de pasar antes de verse realizada esta hermosa idea; pero estaba llamada a triunfar, y triunfó en cuanto lo permitieron las propias, graves preocupaciones.

La primera muestra de este espíritu de solidaridad la dió también Chile cuando, a la noticia de que Elío había desembarcado en Montevideo con un ejército de 1.000 hombres, alistó un cuerpo de tropas y lo hizo transmontar los Andes, llevando además un buen auxilio de pólvora.

2.° *Primeras preocupaciones del nuevo Gobierno.*— Grande era la responsabilidad y pesada la tarea que el Cabildo abierto había echado sobre los hombros de la Junta de Gobierno. Tenían que considerarse los graves peligros de que se hallaba rodeada la naciente República y hallar los medios de conjurarlos.

En el interior estaban los españoles de nacimiento, gente toda consciente, de influencia, y en no escaso número. De fuera, cualquier día podía llegar un ejército español, porque para eso tenía recursos España, no sólo en el Perú, sino hasta en el mismo Chile. (La expedición de Pareja el año 14 fué una prueba de ello.)

Para resguardarse de cualesquiera de estas eventualidades, no había sino un camino: levantar un buen ejército; pero esto no podía hacerse sin armas ni dinero, elementos de que Chile carecía casi en absoluto.

Para depositar luego tan graves preocupaciones en los legítimos representantes del pueblo, el primordial trabajo de la Junta fué la constitución del primer Congreso Nacional.

3.° *Motín de Figueroa.*—Se hallaba la ciudad preocupada con los preparativos de las elecciones para diputados, que debían efectuarse en ese día 1 de abril de 1811, cuando estalló la primera manifestación de la resistencia española al nuevo régimen.

Un destacamento de 50 hombres (pertenecientes al

regimiento Dragones de la Frontera), enviado para resguardar el orden de las elecciones, comenzó a dar muestras de indisciplina y espíritu subversivo, y, exaltándose por grados, llegó hasta proferir insultos contra la Junta de Gobierno y a lanzar vivas a España.

Se retiró en seguida a su cuartel de San Pablo, dondo se hallaba el resto del regimiento, y a poco de llegar, se vió aparecer al comandante, un teniente coronel español, llamado Tomás de Figueroa.

Tomó éste el mando del regimiento, fuerte en unos doscientos cincuenta hombres, salió con él a la plaza, y llegando al edificio de la Real Audiencia, hizo que ésta pasara a la Junta un oficio comunicándole que los propósitos del comandante Figueroa eran restablecer la autoridad del Rey.

Ante semejante actitud, la Junta dispuso que el comandante D. Juan de Dios Vial tomara el mando de las tropas que se habían conservado fieles, e intimara obediencia a las de Figueroa.

Muy pronto Vial reunió 500 soldados, y los colocó en la plaza, frente a los de Figueroa.

Este, después de tratar inútilmente de atraerse a su partido a las tropas de Vial, ordenó una descarga, descarga que fué contestada inmediatamente, y con tanto acierto, que las tropas de Figueroa se dispersaron, dejando 10 muertos y 20 heridos.

Poco después Figueroa era arrestado y, al amanecer del día siguiente, ejecutado en la cárcel pública.

4.° *Primer Congreso Nacional.* — El motín de Figueroa, perturbando las elecciones, hizo que el día 1 de mayo, fecha en que debía inaugurarse el Congreso, no se hallaran aún elegidos los diputados de Santiago. Esto no obstó, sin embargo, a que los diputados de las provincias, ansiosos de ejercer sus funciones, solicitaran de la Junta que se les admitiera en sus deliberaciones. Influenciada por Martínez de Rosas, la Junta accedió a lo

solicitado, y así pasó a ser ésta un Cuerpo deliberante en que las tendencias avanzadas de Rosas contaron con mayoría. Una semana después fueron elegidos los diputados de Santiago, e ingresaron también en la Junta, quedando así formado lo que se llamó el «Directorio Ejecutivo».

El acto más importante de este Directorio fué la creación de una Corte de Justicia, en reemplazo de la Real Audiencia, que había sido disuelta después del motín de Figueroa.

El 4 de julio de 1811, a las diez de la mañana, tuvo lugar la solemne inauguración del primer Congreso Nacional. El acto se verificó en el templo de la Matriz, con una misa cantada y un sermón, pronunciado por el padre Camilo Henríquez. Tras éste se recibió el juramento de los representantes, ofreciendo obediencia a Fernando VII y amparo a la religión y a las instituciones recién formadas.

Terminada esta ceremonia, los diputados, la Junta, el Cabildo, los doctores universitarios y los vecinos más prestigiosos, todos en correcta formación, se dirigieron a la sala de sesiones (la que había sido Real Audiencia, en los altos de la actual Intendencia), y se dió allí comienzo a la sesión inaugural del Congreso.

El primer discurso fué el de D. Juan Martínez de Rosas, explicando la significación del acto, señalando los deberes de los diputados y declarando que, desde ese momento cesaba en sus funciones la Junta gubernativa elegida el 18 de septiembre.

5.° *Diversas corrientes de opinión.* — Entre los cuarenta y dos diputados que formaban el Congreso, tenían representación tres corrientes políticas (o partidos) bien definidos: una, moderada o conservadora, que no se oponía a seguir dependiendo de España, siempre que se concedieran franquicias comerciales y el derecho de elegir representantes ante la corte de España; otra, exal-

tada o radical, que luchaba por conseguir un cambio total de régimen, representado por una República libre y soberana; y, por fin, una tercera, menos numerosa, que era francamente realista.

Entre los hombres que representaban la corriente moderada, se destacaba D. José Miguel Infante, y entre los que representaban la exaltada, D. Manuel de Salas, hombre de gran cultura y prestigio, y D. Bernardo O'Higgins (hijo de D. Ambrosio), poco conocido aún; pero que estaba llamado a obtener la primera figuración en la gran campaña política y militar que se preparaba. Tenía entonces treinta y tres años, y había recibido una cuidadosa educación, primero en Chillán, de donde era oriundo, después en Lima y luego en Inglaterra, donde había tenido la suerte de conocer al célebre precursor de la independencia americana, D. Francisco de Miranda.

Empapado en las ideas de este gran apóstol de la libertad, llegó a Chile especialmente preparado para secundar la obra de patriotas como Rosas, Salas y otros...

6.° *Revolución de 4 de septiembre.* — Como de la composición del Congreso se deduce, el país no se hallaba aún definitivamente orientado hacia la independencia. Tan poca representación tenían los exaltados en el Congreso, que cuando se trató de nombrar la Junta Ejecutiva, no alcanzaron a figurar en ella. Con este motivo, doce de esos diputados se retiraron del Congreso.

Fué en estos momentos cuando apareció en Chile el futuro caudillo D. José Miguel Carrera.

Era éste un joven de veinticinco años, que venía llegado de España, adonde su padre — persona de gran situación social y de fortuna — lo había enviado algunos años antes para que se ejercitara en el comercio.

Carácter impetuoso, viril e inquieto, difícilmente se resignaba a las tranquilas labores del comercio; de modo que cuando en España sonó el clarín de guerra ante la

invasión napoleónica, Carrera fué de los primeros en alistarse al lado de los que levantaban la bandera de la justicia y el derecho.

Actuó en muchas batallas, y con tanto acierto y valor, que a los veinticuatro años recibía ya el título de sargento mayor de Caballería.

Apenas restablecido de una herida que le postró en cama durante algún tiempo, recibió la noticia de los sucesos que se desarrollaban en Santiago, y, sin vacilar, se reembarcó para Chile, dispuesto a secundar el movimiento separatista con todo entusiasmo.

A más de estos antecedentes, Carrera contaba con una clara inteligencia, simpática figura, fortuna, gran situación social y dos hermanos que le eran muy afectos y que ocupaban altos puestos en el ejército recién formado.

Descendía del conocido general D. Ignacio de la Carrera Iturgoyen, que figuró en el Gobierno de Porter Casanet (1656).

Este fué el joven que el partido exaltado eligió como jefe, y con el cual realizó el primer acto revolucionario que registra la historia de nuestra República.

Con dos batallones que logró ganar a su partido, el 4 de septiembre, a mediodía, apresaba al coronel Reina, jefe de la guarnición de Santiago y, después de desarmar a los otros Cuerpos, ponía sitio a la sala en que estaba funcionando el Congreso.

Impotente este Cuerpo legislativo para oponerse a sucesos que iban apoyados en la fuerza, quedó de hecho la revolución consumada.

7.° *Nueva Junta Ejecutiva.*—Rápidamente se hicieron en el Congreso las modificaciones indispensables para organizar una mayoría favorable al nuevo régimen, y se constituyó una nueva *Junta Ejecutiva*, que se mandó reconocer en todo el país.

Es de justicia reconocer que este Gobierno, de hecho,

a pesar de su irregular generación, se condujo patrióticamente, gobernando con celo y honradez, y que merece ser recordado con orgullo, por haber decretado la liberación de los esclavos, el acto más hermoso de la patria vieja. Dejemos constancia también de que fué Chile el primer país americano que redimió a los esclavos.

Esta Junta habría seguido gobernando al país si hubiera tenido el tino de halagar a su caudillo, D. José Miguel Carrera; pero, en vez de esto, lo relegó a segundo término, firmando así su sentencia, porque Carrera no era hombre que se resignase a papeles secundarios.

8.° *Segunda y tercera revolución de los Carreras.* — Con sus hermanos promovió una segunda revolución, que se realizó — también sin efusión de sangre — el 15 de noviembre de 1811.

Como ésta tampoco acertara a realizar por completo sus aspiraciones de predominio y mando, fraguó una tercera — la del 2 de diciembre de 1811 —, con la cual disolvió el Congreso y se erigió en dictador supremo.

9.° *Rivalidad entre Santiago y Concepción.* — Con este motivo se levantó una rivalidad entre Santiago y Concepción, provincia ésta que, acaudillada por Rosas, se negó a reconocer la autoridad ilegal de Carrera.

La prudencia de Rosas evitó un choque entre los ejércitos que ambas provincias habían levantado; pero esta prudencia la pagó con la pena de caer en manos de Carrera, quien lo confinó a Mendoza. En esta ciudad, donde había nacido (cuando era provincia chilena), murió en 1813, a los cincuenta y cuatro años de edad.

10. *Gobierno de Carrera.* — Esta época del gobierno de Carrera será siempre recordada, entre otras cosas, porque en ella se dictó un reglamento constitucional que ha pasado a llamarse Constitución del año 12, y que fué la primera que tuvo la República (con la particularidad de que en ella se reconocía la autoridad de Fernan-

do VII), y porque ella vió nacer la primera bandera nacional. Se componía de tres franjas: amarilla, blanca y azul. Fué entonces también cuando apareció el primer periódico que se ha publicado en Chile, *La Aurora de Chile,* editado por el padre Camilo Henríquez. Este fué el pedestal sobre el cual se levantaron las primeras glorias literarias de nuestro país: Camilo Henríquez, Manuel de Salas, Juan Egaña y Manuel José de Sandarillas.

§ II

Segundo período.

SUMARIO: 1.º Llegada de Pareja.— 2.º Carrera se pone en campaña.—3.º Sorpresa de Yerbas Buenas.—4.º Combate de San Carlos.—5.º Carrera fracasa frente a Chillán.—6.º Combate del Roble.—7.º Reemplazo de Carrera.—8.º Llegada de Gainza.—9.º Nombramiento de Director Supremo.—10. O'Higgins en campaña.—11. Combate de Cancha Rayada.—12. Tratado de Lircay.—13. Nueva revolución de Carrera.—14. Disidencia entre O'Higgins y Carrera.—15. Llegada de Osorio.—16. Organización del ejército patriota.—17. Iniciación de las operaciones.— 18. Batalla de Rancagua.

1.º *Llegada de Pareja.*—Tres años duraba ya la situación creada por los patriotas, cuando llegó a Santiago la noticia de que un ejército realista, desembarcado en San Vicente (Talcahuano), se había adueñado de Concepción y numerosos otros pueblos, en todos los cuales se había jurado fidelidad al Rey de España.

El comandante de este ejército era el brigadier de Marina D. Antonio Pareja, que, enviado por el virrey del Perú con un cuadro de oficiales y suboficiales, había llegado a Chiloé el 18 de enero de 1813. En sólo dos meses de trabajo, este activo jefe logró organizar un ejército de 1.370 hombres y algunos cañones. Reembarcado allí, se dirigió a Valdivia, donde pudo elevar su ejército

a 2.070 hombres y volver a embarcarse, a los tres días de su llegada, con rumbo a San Vicente. (Era el 23 de marzo de 1813, y el 26 estaba ya en San Vicente.)

La noticia de estos acontecimientos no llegó a Santiago sino a principios de abril, y fácil es imaginar la intensa impresión que produjeron.

No preparado el país para esta eventualidad, tuvo que llamar precipitadamente a las armas a todas las milicias provinciales, y también a todos los hombres hábiles, para formar con ellos nuevos cuerpos que permitieron una eficaz resistencia a la invasión, en la línea del Maule.

2.° *Carrera se pone en campaña.* — Carrera, nombrado general en jefe, se trasladó inmediatamente a Talca para constituír allí el centro de la movilización y concentración de tropas, y a los veinte días de trabajo, tenía ya tropa en cantidad suficiente (aunque no en calidad) para resistir el avance de Pareja.

Este general, entretanto, sin pérdida de tiempo, había emprendido su avance hacia el Norte y llegado a Chillán, donde fué muy bien recibido y pudo reforzar considerablemente su ejército. Todo se le mostraba propicio y justificaba el optimismo de que venía poseído, haciéndole creer que la reconquista sería tarea fácil.

Siguiendo en su avance, llegó con su vanguardia hasta la ribera sur del Maule, donde quedó ésta, frente a frente con el ejército patriota.

3.° *Sorpresa de Yerbas Buenas.* — En tal situación, supo Carrera que la vanguardia enemiga era poco numerosa, y creyó posible y oportuno sorprenderla con un ataque nocturno.

Designó, al efecto, al coronel D. Juan de Dios Puga, y, dándole 200 granaderos, 100 húsares y 300 milicianos, le encomendó sorprender a los realistas que acampaban en Yerbas Buenas.

Todo habría salido como Carrera lo pensó, si ese mis-

mo día Pareja no hubiera hecho avanzar al resto de su ejército hasta la línea de la vanguardia, para poder prestar a ésta oportuno apoyo.

Fué así como las tropas del general Carrera, después de recorrer en la noche siete leguas, a través de una neblina, llegaron a Yerbas Buenas y atacaron resueltamente al grueso del ejército realista, en vez de atacar a la vanguardia.

Los realistas, que, contra toda previsión, se habían entregado al reposo, completamente desapercibidos para resistir un ataque, fueron de todo sorprendidos y se vieron muy luego presa del pánico.

Las consecuencias fueron — como no podían menos de ser — funestísimas para las tropas atacadas. Aparte de los daños materiales y de las bajas que sufrieron, recibieron con este contratiempo un fuerte golpe moral, en tanto que los patriotas recibían un poderoso estímulo, porque era el primero de los encuentros entre los patriotas y realistas. (27 de abril de 1813.)

La consecuencia inmediata de esta sorpresa fué la retirada obligada del ejército realista hacia la ciudad de Chillán, pero no antes de intentar atravesar el río y llegar a un avenimiento con Carrera.

4.° *Combate de San Carlos.* — Fracasados ambos proyectos, Pareja dió la orden de retirada el 7 de mayo, y Carrera, sabiendo esto el 9, y que el estado del ejército realista era muy desventajoso con la deserción de casi todos los chilotes, emprendió la persecución con toda la rapidez que le permitían el descanso y la moral de su tropa.

Antes de llegar a San Carlos, los dos ejércitos tomaron ya contacto de combate.

Previendo esto como inevitable, los realistas habían despachado su impedimenta a Chillán, tomando en seguida una posición al costado del camino.

La enfermedad que aquejaba a Pareja le había obli-

gado ya a entregar el mando a su segundo, el capitán Sánchez, y esta desventaja, unida a la enorme superioridad numérica de la fuerza patriótica, auguraba a ésta un triunfo fácil y completo.

No ocurrió así, sin embargo. La tranquilidad y seguridad con que los realistas empleaban sus fuegos, hacían desastrosos efectos en las filas patriotas, y aunque éstas atacaron repetidas veces con ardor, nunca pudieron vencer la tenaz resistencia que se les ofrecía, hasta que Carrera, convencido de su increíble impotencia, ordenó la retirada a San Carlos. Había sufrido 170 bajas.

Aprovechando esta ventaja, Pareja se refugió en Chillán, y Carrera — en vez de seguir tras él y hostilizarle sin tregua hasta obtener una decisión — se dirigió al Sur, a «restablecer la autoridad nacional», para regresar en junio y hallar frente a los muros de Chillán el fruto de sus errores militares.

5.° *Carrera fracasa frente a Chillán.* — Fracasado completamente en el sitio que puso a Chillán, frente al sucesor de Pareja (éste había muerto a los pocos días de llegar a Chillán), D. Juan Francisco Sánchez, tuvo que emprender la retirada después de haber expuesto inútilmente sus tropas a todos los rigores de un invierno excesivamente crudo.

Siguió a éste un período en que se puso a dura prueba el valor y disciplina de los patriotas, incesantemente hostilizados por el infatigable jefe español.

6.° *Combate del Roble.* — Entre los sucesos de esta época merece, cual ninguno, ser recordado el combate del Roble, en que por primera vez se reveló el temple excepcional del que Carrera llamó «el primer soldado de Chile»: O'Higgins.

El 16 de octubre de 1813, en la tarde, las tropas de Carrera y O'Higgins llegaron a la ribera del Itata, frente al valle del Roble, e inmediatamente tomaron las necesarias medidas para evitar una sorpresa.

Los realistas, que ya habían pensado en esto, colocaron frente a los patriotas, al otro lado del río, al caudillo Juan Antonio Olate, con la tarea de llamar hacia ese lado la atención del enemigo. Entretanto, un destacamento, al mando de Lantaño y Urrejola, muy conocedores de la comarca, hacía un rodeo por el Sur, para caer durante la noche sobre las tropas patriotas.

A pesar de las precauciones de Carrera y O'Higgins, la sorpresa se produjo al amanecer del 17 de octubre, y fué tan completa, que a Carrera, que acudió desde el primer momento, le pareció imposible restablecer el orden, y no halló otro recurso que lanzarse al río para escapar con vida.

Por suerte, O'Higgins no perdió su tranquilidad, y con calma imponderable arengó a la tropa y formó con los granaderos primero y tercero, un cuadro defensivo. con el cual logró detener el gran empuje con que atacaban los realistas. Esto no podía durar mucho, sin embargo. Las fuerzas de O'Higgins no eran suficientes para torcer el curso del combate, y viendo el valiente caudillo estrellarse impotentes todos sus esfuerzos contra la tenacidad de los realistas, en un momento de exaltado patriotismo cogió un rifle y, colocándose al frente de su tropa, gritó: «O vivir con honor, o morir con gloria; el que sea valiente que me siga...»

Contagiada la tropa con el ardor y entusiasmo de su jefe, y como electrizada con su ejemplo, siguió tras él, y en una desesperada carga a la bayoneta, al grito de «¡¡¡Viva la Patria!!!», rompió las filas enemigas, las dispersó y cambió en completa victoria lo que en un momento antes era segura derrota.

Los realistas, completamente fracasados en su intento, dejaron en el campo 80 muertos, algunos prisioneros, cañones y fusiles.

7.° *Reemplazo de Carrera.* — El poco fruto (por no decir ninguno) que hasta aquí había dado la campaña

dirigida por Carrera y sus hermanos, había creado a éstos una deprimida situación ante los miembros de la Junta que gobernaba en Santiago.

Poco a poco, por esta causa, fué tomando cuerpo la idea de reemplazar a Carrera por O'Higgins, y, para llevarla a efecto, la Junta se trasladó a Talca, con el pretexto de entrar en negociaciones con el jefe español, para suspender las hostilidades. Esto no lo consiguió; pero sí el reemplazar a Carrera por O'Higgins.

8.° *Llegada de Gainza.* — Por este tiempo, nuevas tropas realistas, en su mayor parte reclutadas en las provincias del Sur (Valdivia y Chiloé), llegaban al teatro de operaciones, al mando del general español don Gabino Gainza. (Fines de enero de 1814).

9.° *Nombramiento de Director Supremo.* — Pocos días más tarde, Talca caía en poder de los realistas (de Sánchez), y como esto significaba dejar abierto el camino a Santiago, la alarma que en esta ciudad se produjo se resolvió en la reunión de un Cabildo abierto, que pidió la dimisión de la Junta. So pretexto de que en tan críticas circunstancias se requería un poder central unitario, y fuerte, se nombró, con grandes poderes, Director Supremo al coronel D. Francisco de Lastra, que en esos momentos gobernaba a Valparaíso.

10. *O'Higgins en campaña.* — En cuanto O'Higgins tuvo conocimiento de la caída de Talca, vió en gran peligro a la capital, y, sin pérdida de tiempo, se dirigió al Norte, con el proyecto de juntarse con D. Juan Mackenna, que, al mando de un cuerpo de tropas, se hallaba en el Membrillar.

Gainza, que se hallaba en Chillán, se apresuró a marchar hacia el Poniente para interponerse entre sus dos contendores, y, dirigiéndose en seguida al Sur, atacó primero a O'Higgins. Derrotado por éste, volvió contra Mackenna, quien también le rechazó, viéndose así obligado a regresar a Chillán.

Reunido O'Higgins con Mackenna, supo que Gainza, a pesar de sus dos fracasos, seguía su marcha al Norte, en demanda tal vez de Talca, y viendo en ese movimiento un peligro para Santiago, emprendió a su vez la marcha con rumbo al Norte. Se produjo así una marcha paralela de los dos ejércitos, en que la ventaja estaría de parte de aquel que lograra primero atravesar el Maule.

Juntos pasaron el río; pero O'Higgins logró alguna delantera, y llegando a Quecheraguas, en la ribera derecha del río Claro, se fortificó y esperó a Gainza. Este le atacó, pero fracasó de nuevo, y se retiró a Talca. Quedó así O'Higgins dueño del camino a Santiago, y en salvo la capital, aunque con la desventaja de haber abandonado una vez más a Concepción en manos de los realistas. (abril de 1814).

11. *Combate de Cancha Rayada.* — Durante el mes anterior, esta misma comarca había sido teatro de otros acontecimientos, no tan afortunados para los patriotas.

El Director Supremo, con el deseo de auxiliar a Talca, había organizado un destacamento de tropas irregulares, reclutas las más, y lo había mandado al Sur, al mando del joven teniente coronel D. Manuel Blanco Encalada. Este joven, educado en la Marina española, se había retirado recientemente de ella para servir a la patria.

Después de muchas peripecias y pequeños encuentros con el enemigo, llegó a Talca, en cuyo ataque fracasó, viéndose obligado a retirarse a Cancha Rayada. Perseguido hasta aquí por Oñate y Lantaño (dos caudillos españoles que mandaban tropa muy sólida y disciplinada), presentó batalla, procurando sacar el mayor partido posible de sus novicias e indisciplinadas huestes. El resultado fué peor de lo que podía esperarse: arrollados por el ímpetu con que los realistas cargaron, los patriotas se desmoralizaron, perdieron la cohesión y terminaron por declararse en la más com-

pleta derrota. Muy pocos salvaron de este desastre; los que no murieron, cayeron prisioneros. El mismo Blanco salvó a uña de caballo.

12. *Tratado de Lircay.* — Ninguno de los ejércitos había salido bien de esta campaña; estaban cansados y anhelaban la paz. No menos cansado estaba el país, que, privado de muchos brazos, veía decaer su agricultura y su naciente industria en una guerra que podía considerarse civil, pues el ejército realista no tenía de español sino el nombre y los jefes. Casi todos los soldados eran criollos de Valdivia y Chiloé.

En tan favorables circunstancias para pactar la paz, llegó al país un comandante de navío inglés, apellidado Hillyar, quien, de paso por el Perú, había recibido del virrey el encargo de procurar un avenimiento entre los beligerantes de Chile.

Bien recibido por el director Lastra y por el general Gainza, se concertó muy luego un Tratado de paz, que se firmó a las orillas del río Lircay el 3 de mayo de 1814.

En este Tratado se estipulaba:

1.° Reconocimiento por parte de Chile de la soberanía del Rey de España.

2.° Suspensión de las hostilidades y canje de prisioneros.

3.° Abandono del país por el ejército español en el término de un mes, y de Talca, en unas cuantas horas.

4.° Mantenimiento de las autoridades chilenas, mientras se elegían los delegados que se habían de mandar a España, y mientras la corte española resolvía otra cosa.

Como se ve, esto era para los patriotas retrotraer su causa al año 11, reconociendo de nuevo la soberanía del Rey de España, y para los realistas, renunciar a las ventajas y expectativas que las circunstancias les ofrecían, y dejar a los patriotas como dueños absolutos del territorio.

13. *Nueva revolución de Carrera.* — No satisfizo, pues, el Tratado a ninguno de los dos bandos, y de aquí nació que Gainza no se apresurara a cumplir lo pactado, abandonando el país, y que Carrera, fugándose de la prisión en que le tenía el general español, llegara a Santiago para fraguar y consumar una nueva revolución.

Una vez más, la suerte acompañó a Carrera en la revolución, y, adueñado del poder, constituyó una Junta, compuesta de tres personas y presidida por él.

14. *Disidencia entre Carrera y O'Higgins.* — O'Higgins, que se hallaba aún en Talca, se negó a reconocer este Gobierno de hecho, y marchó sobre Santiago, resuelto a restablecer el orden legal.

Carrera, en tanto, se apercibió para resistirle, y mandó al Sur una división al mando de su hermano D. Luis, división que chocó con la vanguardia de O'Higgins al norte del río Maipo, derrotándola completamente.

15. *Llegada de Osorio.* — Después de este contratiempo, O'Higgins, que se encontraba aún al sur del Maipo, se aprestó a continuar su avance sobre Santiago; pero en ese momento le llegó la noticia de haber desembarcado en Talcahuano, con una respetable división de tropas españolas, el prestigioso coronel D. Mariano Osorio.

Ante este grave peligro para la causa de la patria, O'Higgins, el primero, no vaciló en sacrificar su situación, sus sentimientos, sus afectos y todo lo que fuera necesario para aunar los esfuerzos de todos los patriotas en bien de los intereses nacionales, y propuso a Carrera el olvido de sus diferencias y la unión de ambos ejércitos. Aceptado por Carrera este temperamento, la unión se produjo, sometiéndose O'Higgins a desempeñar un papel subalterno, siempre que se le diera ocasión de pelear en primera fila, en el puesto de mayor peligro.

16. *Organización del ejército patriota.*—Nada era favorable en esos momentos a la causa patriota: el ejército carecía de una organización apropiada y de la necesaria instrucción; su fuerza era escasa; sus elementos, pocos, y muy débil su cohesión, a causa de los recientes disturbios, que habían dejado un funesto residuo de rencillas y de odios.

Habría que agregar aún la crisis económica, la total falta de recursos en que se hallaba la naciente República.

Tan grande era esa crisis, que para juntar 400.000 pesos que urgentemente se necesitaban, Carrera tuvo que imponer contribuciones, cobrar cuentas no vencidas, y hasta aprovechar la plata labrada que había en las iglesias.

Y ésta no era sino una parte de las dificultades. Para dar al ejército la fuerza que necesitaba y para llenar sus numerosas vacantes, se despachó al comandante D. Joaquín Prieto a las provincias del Norte, con el objeto de reunir todas las milicias; se pidió al gobernador de Mendoza el batallón de Auxiliares de Buenos Aires, y se proclamó la libertad absoluta de todos los esclavos que quisieron alistarse en un nuevo batallón, que se organizó con el nombre de «Ingenuos».

Así, y trabajando Carrera y O'Higgins con verdadero entusiasmo e incansable actividad, se logró improvisar un mediano ejército, de tropas colecticias y heterogéneas, pero animadas por el sacro fuego del entusiasmo patriótico en que ardían los dos bravos generales que las comandaban.

Con esta clase de tropas (que no llegaban a cuatro mil hombres) debían Carrera y O'Higgins resolver el problema de oponerse al aguerrido ejército español, fuerte en 5.000 soldados, y concentrado ya en Chillán.

Aunque, patrióticamente, O'Higgins se había puesto a las órdenes de Carrera, nada podía hacer desapare-

cer en absoluto la verdadera situación jerárquica en que ambos generales se encontraban: valía el uno como el otro, y, bien mirado, la situación legal de O'Higgins era más sólida. De aquí nació cierta dualidad de mando y cierta rivalidad, que fué la causa funesta de los contrastes que se siguieron.

17. *Iniciación de las operaciones.* — Al apreciar la situación estratégica, O'Higgins estimó que la línea más apropiada para oponer a los españoles la primera resistencia era la que ofrecía el río Cachapoal, apoyada por la ciudad de Rancagua, donde se podía, reforzándola con obras de fortificación, presentar la oposición definitiva; y Carrera, por su parte, estimó que el punto más apropiado era la Angostura de Paine.

Sin entrar a discutir cuál de las dos opiniones era la más acertada, hay desde luego que declarar que ambas eran respetables, porque eran sinceras y bien intencionadas; pero que hizo mal O'Higgins en insistir y hacer prevalecer la suya, ya que su obligación era cumplir religiosamente con el deber de subalterno que él mismo se había impuesto.

Presionado por la opinión y por la actitud de O'Higgins (que se adelantó resueltamente hacia Rancagua con las tropas de vanguardia que mandaba), Carrera aceptó el plan de posesionarse de Rancagua para ofrecer allí la resistencia definitiva, y, al efecto, dió las órdenes para el movimiento del ejército, con el resultado de que el 27 de septiembre de 1814 acampaba una legua al oriente de Rancagua la división del centro, que mandaba D. Juan José Carrera, y el 29 llegaba a la hacienda de la Compañía (tres leguas al noroeste de Rancagua) la tercera división, al mando de D. Luis Carrera. La división de O'Higgins se hallaba ya en Rancagua desde el 20 de septiembre. Las fuerzas de las divisiones eran: primera (O'Higgins), 1.100 hombres; segunda (Juan José

Carrera), 1.800 hombres; y tercera (Luis Carrera), 1.000 hombres.

Concentrado así el ejército, se hallaba ya en situación de realizar una eficaz acción de conjunto, aprovechando las ventajas que le ofrecían el río Cachapoal y los trabajos de fortificación que O'Higgins había efectuado en Rancagua.

Desgraciadamente, la voluntad de Carrera flaqueó en el último momento. Obsesionado por las ventajas que creía ver en la posición de la Angostura de Paine, nunca se resolvió definitivamente a llevar a fondo el plan de O'Higgins, y en el momento en que más necesaria se hacía una actitud enérgica y decidida, su intervención — que con oportunidad pudo ser eficacísima — resultó floja y, poco después, nula.

Entretanto, Osorio, avanzando con cierta cautela hacia la capital, llegaba el 29 de septiembre a la hacienda de Requinoa (al sur del Cachapoal) e, informándose allí de la situación de los patriotas, resolvió pasar el río y empeñarse a fondo con ellos, convencido de antemano de que no habrían de ofrecerle una resistencia seria.

Resueltos los patriotas a hacer del río su primera línea defensiva, iniciaron el reconocimiento, y vieron, con gran desagrado, que por no haber comenzado aún los deshielos, no constituía un serio obstáculo y que era vadeable en todas partes.

Ante esta situación, O'Higgins resolvió — con mucho acierto — concentrar sus tropas y hacer vigilar los vados, a fin de estar así listo para cualquier suceso. No correspondió, sin embargo, el resultado a sus expectativas, porque la falta de preparación y disciplina de sus tropas las hizo fracasar.

Habiendo encargado al capitán D. Rafael Anguita la vigilancia del vado de las Quiscas, o de Cortés, cumplió éste tan mal su misión, que las tropas realistas, en la

noche del 30, pasaron el río sin ser sentidas, a pesar de llevar artillería y de ir precedidas de 650 jinetes.

18. *Batalla de Rancagua.* — Sorprendido así O'Higgins, la situación le forzó a replegarse sobre Rancagua, para evitar un envolvimiento de Osorio.

Reunido en esta ciudad con D. Juan José Carrera, que aportó algunos soldados, logró O'Higgins juntar 1.700 hombres, con los cuales se dispuso a oponer en la ciudad una resistencia a todo trance.

Reforzó con barricadas las cuatro únicas entradas que ofrecía la plaza principal, y distribuyó entre ellas su tropa, separando una reserva bastante fuerte.

Bien sabía que sus tropas no eran suficientes para oponer resistencia definitiva a las fuerzas realistas; pero O'Higgins contaba con el probable apoyo de Carrera y con el probado valor de su gente para, por lo menos, vender cara su derrota.

No tardaron los realistas en presentarse frente a la plaza, ni en empeñar el ataque. Oponiendo a cada trinchera fuerzas cinco a diez veces superiores, se lanzaron al asalto con irresistible empuje; pero era tan sólida la barrera que con sus pechos esforzados oponían los patriotas, que los españoles se vieron forzados a replegarse con grandes pérdidas.

En sucesivos e incesantes ataques transcurrió el día entero, sin que los patriotas desmayaran en su resistencia, a pesar de que la falta de agua los abatió considerablemente. (Los realistas habían desviado las acequias que surtían de agua la ciudad.)

Viendo O'Higgins el carácter desesperado que asumía la lucha, hizo enlutar sus banderas, para notificar así a sus adversarios que desde ese día el lema de Chile sería: «Vencer o morir...».

Con la llegada de la noche cesó la lucha, y O'Higgins aprovechó esta tregua para reorganizar su gente y enviar un parte a Carrera pidiendo refuerzos.

Carrera contestó que, al amanecer, su división haría esfuerzos por salvar a los sitiados, y con esta esperanza, O'Higgins y los suyos esperaron el nuevo día.

En efecto: el domingo 2 de octubre, muy temprano, Carrera inició su avance y ocupó una quinta situada, más o menos, a una milla de la plaza, y desde allí envió a su hermano Luis y al coronel Benavente para que, con 200 hombres y tres escuadrones, respectivamente, atacaran a los españoles. Aunque éstos no opusieron casi resistencia al primer ataque, Carrera no se resolvió a empeñar a fondo su división, se mantuvo inactivo toda la mañana y, poco después de mediodía, ordenó la retirada hacia el Norte.

Viendo esto O'Higgins, y que a sus tropas, cansadas y sedientas, les faltaban ya municiones, montó a caballo, y recorriendo las trincheras, alentó a todos, pronunció una arenga y conminó con la muerte al que hablara de rendirse.

Con todo, llegó un momento, las cuatro de la tarde, en que ya toda resistencia se hizo imposible. La mitad de los defensores estaba fuera de combate; las piezas de artillería, ya caldeadas, no funcionaban, y la munición de fusil se había agotado.

No cabía más resolución que la de rendirse; pero ésa era incompatible con el carácter de O'Higgins, y lo que acordó fué colocarse a la cabeza de los 200 dragones montados de que disponía, montar a la grupa a los infantes que fuera posible y, sable en mano, abrirse camino entre las filas realistas.

Así lo hizo, a la voz «Ni damos ni pedimos cuartel», y, arrollando con cuanto enemigo encontró a su paso, salió de la plaza vencido, pero no rendido.

Reunido poco después con Carrera y los restos del ejército, emprendió la travesía de la cordillera, cediendo el campo a los realistas, que de nuevo afianzaron su poder en Chile, por algún tiempo.

CAPITULO III

Gobierno realista y reconquista patriota.

SUMARIO: 1.º Emigración a Mendoza. — 2.º Casimiro Marcó del Pont. — 3.º Don Manuel Rodríguez. — 4.º Preparación del ejército restaurador. — 5.º Iniciación de la campaña. — 6.º Preparación de la batalla de Chacabuco. — 7.º La batalla. — 8.º Después de la batalla.

1.º *Emigración a Mendoza.* — El desastre de Rancagua, en el cual culminó el valor del ejército chileno, colocándose a la cabeza de los más esforzados y valientes, puso término al gobierno de los patriotas en Chile, y obligó a los caudillos (O'Higgins y Carrera) y a los restos de su ejército a emigrar precipitadamente hacia la República Argentina.

Como la causa de uno era la causa de todos, entre los diversos países de la América española existía la más estrecha solidaridad, y, por eso, los restos de nuestro ejército hallaron en Mendoza favorable acogida y en el general argentino San Martín, el más decidido apoyo.

Comprendía muy bien este general que era en Chile donde se debía pelear la independencia de su patria, como era en el Perú donde más tarde se había de afianzar la libertad de América.

Ayudando a Chile, hacían, pues, los argentinos obra argentina, y así se explica el interés con que San Martín y su país trabajaron para levantar un ejército capaz de reconquistar a Chile.

Fué un triste espectáculo el que ofreció esa interminable procesión de hombres, mujeres y niños, cuya retaguardia cerraban los restos del ejército, en penosa emigración hacia el país amigo, buscando la paz que aquí ya no existía.

Osorio no hizo, como temieron los patriotas, un gobierno tiránico; pero no pudo sustraerse a la necesidad de fiscalizar y hacer vigilar hasta las menores acciones de todos aquellos que, por una u otra causa, daban o habían dado motivos para creerlos partidarios de los patriotas. Esto, que para él era cumplimiento de su deber, era para los patriotas una dura tiranía, y dió origen a serios disturbios y a grandes odiosidades.

2.° *Casimiro Marcó del Pont.* — Como lo bueno sólo se aprecia cuando se pierde, la llegada de un nuevo gobernador puso en relieve muchas de las buenas cualidades de Osorio, que, si bien cometió algunos errores y arbitrariedades, reveló, en cambio, un espíritu recto y ser un militar distinguido y de cierta cultura.

Rudo contraste formó con él su reemplazante, el brigadier D. Francisco Casimiro Marcó del Pont, hombre vulgar, fatuo, incapaz y de instintos tiránicos, uno de los tantos que, con su conducta indigna del puesto y del poder que representaban, fueron la causa de todo el desprestigio que cayó sobre la política colonizadora de España.

Hijo, no de sus méritos, sino de las influencias y del caos administrativo que la invasión napoleónica y sus consecuencias crearon en España, este gobernador carecía en absoluto de las dotes de militar y gobernante que un funcionario así necesitaba para regir a un pueblo convulsionado como el nuestro.

De aquí que su gobierno sea el punto negro de la época colonial, aun cuando, si bien se mira, a él debe Chile el feliz desarrollo de su campaña de libertad, ya que si el ejército español hubiera contado con cuales-

quiera de los hábiles capitanes que antes habían gobernado, muy otro habría sido el giro de las operaciones patriotas del año 17.

3.° *Don Manuel Rodríguez.* — El gobierno de Marcó fué el período de gestación de la campaña que San Martín y O'Higgins prepararon en Mendoza, y en su transcurso jugó en Chile un papel preponderante la acción incansable e inteligente del popular guerrillero D. Manuel Rodríguez.

A la cabeza de unos cuantos guerrilleros, recorría el centro del país, llevando la alarma a todas las guarniciones realistas, y obligando a Marcó a una dispersión de fuerzas que, estimulada después por San Martín, llegó a ser fatal a la causa española.

Como si hubiera gozado del don de la ubicuidad, se hallaba en todas partes, causando la desesperación de sus perseguidores y forzando a Marcó a poner a precio su cabeza, sin lograr, ni aun así, apoderarse de él. Joven, inteligente, atrevido y de bastante cultura (era abogado), arrastró la simpatía de todos los que militaban en la causa patriota, y fué el ídolo del pueblo.

4.° *Preparación del ejército restaurador.* — Mientras el país soportaba la dura tutela del gobierno de Marcó, entre expiaciones, delaciones, venganzas y espionajes, O'Higgins, San Martín, Freire y otros patriotas trabajaban tenazmente en Mendoza por organizar un ejército que fuera capaz de librar, con buen éxito, una campaña contra el aguerrido ejército español.

Sobre la base de las tropas emigradas de Chile, y con el concurso de algunos otros chilenos residentes en Mendoza y de numerosos argentinos, en dos años de ruda labor logró San Martín organizar un ejército de casi cuatro mil hombres, provistos de todos los elementos que una campaña difícil exigía.

La obra de preparación que hizo San Martín, organizando, instruyendo y dotando de toda clase de ele-

mentos al ejército que debía invadir a Chile, es digna del más franco elogio. Hizo derroche de talento, de abnegación y constancia, y gracias a eso pudo darse la satisfacción de que el ejército por él improvisado contara el 1 de enero de 1817 con 211 oficiales y 3.778 individuos de tropa. Su material de artillería se componía de siete piezas de montaña, diez de batalla y dos obuses de seis pulgadas.

Todo esto no era sino una parte — tal vez la menor —, pues lo más difícil era el aprovisionamiento de la enorme cantidad de elementos que ese ejército, relativamente grande, requería. Darán una idea de ello los siguientes datos: la dotación de municiones fué de 900.000 cartuchos de fusil y carabina, 2.000 balas de cañón y 200 tarros de metralla. Los animales de silla y tiro que se emplearon fueron 9.351 mulas y 1.600 caballos. En estas cifras no se toman en cuenta los animales que iban en las cuatro columnas secundarias.

5.° *Iniciación de la campaña.* — El plan de invasión ideado por San Martín consistió en simular un avance por varios puntos a la vez, con el fin de desorientar al jefe español e inducirle a repartir sus fuerzas en todo el largo de la zona amenazada.

6.° *Preparación de la batalla de Chacabuco.* — Con repetidas incursiones, en que Rodríguez tomó parte muy activa, preparó y consiguió el objetivo de repartir las fuerzas españolas de manera que, a principios de 1817, la dislocación de las tropas realistas era la siguiente: en el valle de Aconcagua, dos compañías del batallón Talavera, dos del Chiloé, una de Húsares y parte del batallón Valdivia: en Santiago, batallones Talavera y Chiloé; en Rancagua, Dragones de la Frontera; en San Fernando, Húsares de la Concordia; en Curicó, batallón Chillán y un escuadrón; en Talca, otro escuadrón y una parte del Chillán, y en la Guardia de

Achupallas y Guardia Vieja, fuerzas de infantería y caballería.

Conseguido ya este objetivo de dispersar las fuerzas, la invasión se realizó avanzando la columna principal por Los Patos, y la secundaria por Uspallata. A la vez, otras cuatro columnas, de poca fuerza, avanzaban por las provincias de Aconcagua, Coquimbo, valle del Maipo y Curicó.

Gracias a las incontables precauciones que San Martín tomó, la operación se realizó sin el menor entorpecimiento, y, habiendo partido el 14 y 19 de enero de Mendoza, el 8 de febrero las primeras fracciones llegaban a San Felipe.

Entretanto, solo ahora Marcó del Pont se orienta definitivamente sobre la verdadera dirección del avance patriota y comienza la concentración de su ejército.

San Martín, deficientemente informado sobre la repartición de las fuerzas de su adversario, o creyendo que no disponía de las necesarias para oponerle formal resistencia, resolvió detener por algunos días su avance, con el objeto de darse tiempo para reunir todo su ejército, del cual buena parte se hallaba aún en marcha.

Felizmente, el 11 de febrero, a las tres P. M., regresó de Santiago, adonde había ido en busca de noticias, el baqueano D. Justo Estay, y con lujo de detalles informó a San Martín, convenciéndole de que las fuerzas que defendían la Cuesta de Chacabuco no llegaban a 2.000 hombres.

Ante tan favorable noticia, San Martín no pudo hacer otra cosa que apresurar el encuentro con el adversario de Chacabuco, pues era fácil prever que, de un momento a otro, podía ser reforzado.

Alzó, pues, los reales esa misma noche, y en tres columnas avanzó hacia la Cuesta de Chacabuco.

La primera división, al mando del general Soler, recibió la orden de avanzar por el mejor camino (era la

columna más fuerte), el llamado La Cuesta Nueva; la segunda, al mando de O'Higgins, por el de La Cuesta Vieja; y las municiones y unos cien hombres de reserva, al mando de San Martín, la de seguir detrás de Soler.

El plan consistía en aprovechar la convergencia de los caminos para juntar las dos columnas principales al otro lado de la cuesta, que era donde esperaba San Martín encontrar la resistencia del enemigo.

7.º *Batalla de Chacabuco.*—Al amanecer del 12 de febrero de 1817, O'Higgins se presentó frente a las posiciones adelantadas que los realistas tenían en la cumbre, las cuales, tras una ligera resistencia, se replegaron en dirección de las casas de Chacabuco.

Pidió permiso O'Higgins a San Martín para perseguirlas y, concedido que le fué, continuó su avance, llevando como vanguardia dos escuadrones, los cuales, al llegar al portezuelo de Las Tórtolas Cuyanas, divisaron que en apoyo de los que se retiraban avanzaba la caballería española de Quintanilla.

Se trabó allí un corto combate de caballería desmontada, y al salir O'Higgins del portezuelo vió con sorpresa que, a su frente, el ejército realista ocupaba ya unas posiciones. No era esto lo que se esperaba, pues en los cálculos de San Martín estaba que el enemigo se encontraría al pie de la cuesta, en las casas de Chacabuco.

Ante esta situación imprevista, O'Higgins, sin considerar la escasez de sus fuerzas (unos mil cuatrocientos hombres), se lanzó resueltamente al ataque, ataque que, por no haber sido suficientemente preparado, fué rechazado por los realistas.

No era de esperar que O'Higgins se resignara a salir derrotado y, después de mandar aviso a San Martín de lo que estaba ocurriendo, reorganizó sus tropas, y con nuevos bríos, poniéndose a la cabeza de sus soldados, se lanzó de nuevo a la carga.

Este fué el momento en que llegó San Martín, ape-

nas a tiempo para ver cómo O'Higgins arrollaba a sus enemigos, poniéndolos en precipitada fuga.

En vano trataron los realistas de reorganizarse, porque una nueva carga de la caballería terminó de dispersarlos, haciendo ya imposible toda resistencia.

Cuando ya la retirada era general e irremediable, aparecieron por la izquierda las dos compañías de Cazadores que iban a la vanguardia de la columna de Soler, y viendo el blanco favorable que las tropas en retirada les ofrecían, rompieron sobre ellas sus fuegos. Esta fué la única participación que las tropas de Soler tomaron en la batalla de Chacabuco. La persecución se inició inmediatamente; pero como no se le dió la intensidad necesaria y llegó sólo hasta Colina, una buena parte del ejército realista pudo ponerse a salvo.

8.° *Después de la batalla.* — El 14, San Martín y O'Higgins hicieron su entrada triunfal en Santiago, y terminó así el desorden que la falta de autoridades había producido.

Inmediatamente se organizó un Cabildo abierto, que ofreció a San Martín el mando supremo; pero este general, pretextando su calidad de tal y la misión que en ese carácter tenía aún que realizar, se negó a aceptar el puesto, dando así lugar a que fuera proclamado O'Higgins Director Supremo de Chile.

Con estos hechos terminó definitivamente el imperio del gobierno español en Chile, y desde esa fecha se pudo ya decir que una nueva nación entraba en el concierto de las naciones soberanas.

De las fuerzas realistas, una parte alcanzó a embarcarse para el Perú, en algunos buques surtos en la bahía de Valparaíso, y el resto, diseminándose hacia el Sur del país, procuró llegar a Talcahuano, donde, a cargo del bravo coronel Ordóñez, quedaban aún tropas españolas.

Marcó del Pont no tuvo la suerte de poder embarcarse, y fué reducido a prisión, con algunos de sus íntí-

mos, en la hacienda «Las Tablas», cerca de Valparaíso. Llevado a Santiago, costó trabajo librarlo del populacho, se le trató bien y, poco más tarde, fué enviado a Argentina, donde murió.

Para la odiosa figura de San Bruno, jefe de los Talaveras, no hubo compasión, y fué ejecutado a los dos meses de prisión.

CAPITULO IV

Gobierno restaurador.

SUMARIO: 1.º Sitio de Talcahuano. — 2.º Noticia de una nueva expedición invasora. — 3.º Jura de la independencia. — 4.º Llegada de Osorio. — 5.º Batalla de Maipú.

1.º *Sitio de Talcahuano.* — Muchas eran las preocupaciones del nuevo Gobierno; pero la primera y más grave era la organización de las fuerzas destinadas a expulsar del país a los restos del ejército realista, que se había concentrado en Concepción, y a resistir la posible invasión de un nuevo ejército, enviado desde el Perú.

Tan pronto como le fué posible, O'Higgins mandó contra Ordóñez un cuerpo de tropas al mando del coronel Las Heras, ante cuyo avance, los realistas se refugiaron en Talcahuano y se fortificaron.

Poco demoró O'Higgins en ir en apoyo de Las Heras, y llegado a Talcahuano, el sitio se formalizó, aunque sin ningún resultado, porque la guarnición, reforzada por los fugitivos de Chacabuco, supo oponer inquebrantable resistencia.

2.º *Noticia de una nueva expedición.* — En esos momentos, por dos buques chilenos que arribaron a Valparaíso, después de un crucero en que uno de ellos había llegado hasta El Callao, se supo (8-XII-1817) que estaba próxima a partir del Perú una expedición de más de tres mil hombres al mando del vencedor de Rancagua, D. Mariano Osorio.

La noticia cayó como una bomba. O'Higgins levantó

el sitio de Talcahuano, la población chilena de Concepción abandonó la ciudad y todas las fuerzas y elementos se replegaron hacia Santiago.

Aunque las noticias recibidas decían que desembarcarían en Talcahuano, en previsión de que lo hicieran en Valparaíso se concentró el ejército en el campamento de «Las Tablas», para tenerlo en situación de operar, tanto en una como en otra dirección.

Ordenó además San Martín alejar de la costa todos los recursos, replegándolos hacia Santiago, y a O'Higgins le pidió que se retirara hasta el Maule, para quedar en situación de efectuar la concentración de las fuerzas tan pronto como fuera necesario.

3.° *Jura de la independencia.* — Como para acentuar más el firme propósito que los animaba de no cejar en su empeño de conseguir la definitiva independencia de Chile, O'Higgins hizo preparar en todo el país la ceremonia de la jura de la independencia, para que se celebrara con ella el aniversario de la batalla de Chacabuco.

El acta respectiva, aunque datada en Concepción, fué firmada por O'Higgins en Talca, durante su retirada de Talcahuano, el 12 de febrero de 1818, y el mismo día, en todas las ciudades de la naciente República, se juraba solemnemente la independencia nacional.

4.° *Llegada de Osorio.* — Entretanto, Osorio, navegaba con rumbo a Chile, íntimamente convencido de que no le sería difícil repetir la hazaña del 14: «Vini, vidi, vici.» Pero los tiempos habían cambiado, y bien pronto, por su mal, él lo iba a palpar.

La expedición de Osorio llegó a Talcahuano a mediados de enero de 1818. Constaba de 3.407 soldados, los que, unidos a la guarnición de ese puerto, sumaron 5.000 hombres aguerridos.

Por lo que a Chile se refiere, la movilización había alcanzado un gran éxito, pues cuando ante el avance de Osorio se retiró de Talca O'Higgins y se le unió San

Martín, las tropas chilenas acampadas en Cancha Rayada sumaron 7.000 hombres.

Una sorpresa dada a las tropas patriotas en ese lugar (19 de marzo) fué causa de la casi destrucción del ejército. Felizmente, la división de Las Heras no resultó afectada, y sus 3.000 hombres se retiraron sin ser molestados. O'Higgins, con su valor y serenidad de siempre, salvó de una catástrofe a sus tropas; pero salió herido a bala en un brazo.

La noticia de este desastre llegó a Santiago tan abultada, que mucha gente comenzó a preparar sus maletas para emigrar a la Argentina.

Este fué el momento en que el incansable y esforzado caudillo Manuel Rodríguez salió a la plaza y arengó al pueblo, le convocó a las filas, le repartió armas y gritó aquella famosa frase: «Aun tenemos patria, ciudadanos.»

Con tal entusiasmo y actividad trabajó, que en veinticuatro horas reunió un batallón de 200 plazas, que designó con el nombre de «Húsares de la Muerte».

La llegada de O'Higgins y San Martín puso fin a la angustia de los vecinos de Santiago, y fué el principio de una actividad febril para organizar, sobre la base de la división Las Heras, el ejército que debía oponerse a Osorio en su avance sobre la capital.

Tal actividad desarrollaron San Martín y O'Higgins (éste, a pesar de estar herido), que en poco más de una semana se hallaron ya listos para resistir al enemigo, y el 2 de abril ocupaban con su ejército una posición al sur de Santiago, en el lugar llamado Los Cerrillos, sobre el camino de Melipilla a Santiago.

Por suerte, Osorio no había operado con rapidez, no, por cierto, por falta de iniciativas, sino por imposibilidad material.

La sorpresa de Cancha Rayada no fué sólo para él una victoria, sino que, a la vez, un pequeño desastre. Entre muertos y heridos, perdió alrededor de cuatrocien-

tos hombres, y su tropa quedó tan extenuada (cansada ya estaba), que no le fué dable efectuar la persecución ni moverse de Talca antes de darle algunos días de descanso. De su caballería nada podía esperar, porque era de muy mala calidad.

Partió, pues, de Talca, solo, el 24 de marzo, y el 30, al llegar a Requinoa, poco antes de Cachapoal, su caballería tuvo el primer encuentro con la caballería patriota. El escuadrón Chillán y 200 dragones fueron en ese punto deshechos por 60 granaderos, a caballo, del ejército patriota.

El 3 de abril llegó Osorio al cerro La Calera y, acosado por un fatal presentimiento, comenzó a vacilar entre continuar su avance contra el ejército patriota o marchar a Valparaíso, para constituír allí una base de operaciones, ya que ese puerto se hallaba bloqueado por buques españoles. Mas, viendo que esta idea no hallaba aceptación entre sus oficiales, optó por continuar su ofensiva, y el 4, en la tarde, estableció su campamento a unos tres kilómetros de la hacienda «Lo Espejo».

Mientras tanto, San Martín continuaba en su posición de los Cerrillos, tomada el día 2.

5.º *Batalla de Maipú.*—Llegó así el día de la batalla: 5 de abril de 1818.

Después de un corto reconocimiento, Osorio tomó su posición definitiva, que formaba una línea oblicua con relación a la posición patriota.

Viendo San Martín esa actitud pasiva del adversario, con la cual le cedía la ventaja de la libertad de acción, no vaciló en abandonar sus posiciones, y corriéndose hacia el Poniente para tomar el verdadero frente del ataque, a las once y treinta de la mañana se halló listo para iniciar la ofensiva.

Dejando una fuerte reserva, y rebasando con su ala izquierda el ala derecha realista, ordenó abrir el fuego con las cuatro piezas de grueso calibre que llevaba, y así

se inició el combate, entablándose una lucha de artillería que duró una hora.

Poco antes de las doce, San Martín ordenó el avance de las divisiones Las Heras y Alvarado que, con la artillería Borgoño, formaban el ala derecha. Como esta ala no alcanzaba a quedar frente al ala izquierda realista, el ataque cayó casi sobre el centro de la línea adversaria, y viendo Ordoñez y Morla el peligro de que su frente fuera cortado, acudieron en apoyo del punto amagado, al amparo de la protección que el terreno les ofrecía. Con todo, Freire se alcanzó a dar cuenta del movimiento, y, sin perder un momento, cargó sobre los Lanceros del Rey, que iban a vanguardia, dispersándolos completamente.

Pero para los batallones números 2 y 8, que en ese momento avanzaban al ataque, había pasado inadvertido el movimiento de los realistas, los cuales, antes que ellos, alcanzaron a dominar la altura y a romper el fuego.

Resultaron así sorprendidos los patriotas, y como el fuego de los realistas fué desde el principio muy eficaz, por lo corto de la distancia, sufrieron tales pérdidas, que el número 8 fué completamente dispersado. El número 2 intentó, con una carga a la bayoneta, contrarrestar el fracaso del número 8; pero al hacerlo se desorganizó, y su ruina habría sido segura si en ese momento no hubiera Borgoño concentrado todos los fuegos de su artillería sobre el núcleo victorioso del adversario; si, a la vez, Alvarado no hubiera puesto en acción sus Cazadores; si Las Heras no hubiera, al mismo tiempo, roto el fuego con los Infantes de la Patria, y si Quintana, en íntima cooperación, no hubiera tomado la resolución de avanzar con toda la reserva.

Esta grande y oportuna cooperación de esfuerzos produjo tal efecto en las filas realistas, que aun cuando con toda oportunidad se dió la orden de retirada,

los desastrosos efectos no se pudieron evitar, y, perdida la cohesión, abrumadas por el fuego, toda resistencia se hizo imposible. Este fué el momento en que la caballería de la reserva, cargando con todo ímpetu, coronó la obra patriota, haciendo materialmente pedazos a las unidades realistas.

Con todo, era tal la solidez que el valor y la disciplina daban a las fuerzas enemigas, que aun en tan crítica situación la infantería pudo, formando cuadros, en esfuerzos aislados, y haciendo gala de heroísmo, defender palmo a palmo el terreno y retirarse en relativo orden, hasta las dos treinta P. M.

Una última resistencia intentaron aún los realistas en las casas de Lo Espejo; pero aun cuando se defendieron con desesperado valor, al fin tuvieron que ceder ante el peso de la superioridad numérica con que los patriotas les atacaron; pero no sin hacer antes verdaderos estragos en las filas de los bisoños soldados del batallón de Cazadores de Coquimbo.

Ordóñez y Primo de Rivera cayeron prisioneros; pero Osorio logró escapar hacia Talcahuano, con una pequeña escolta.

La victoria patriota había sido completa. Los realistas perdieron 1.500 muertos y 2.500 prisioneros.

Maipú, por el heroísmo que allí se desplegó, fué un digno remate de la carrera de triunfos con que, en cerca de tres siglos de no interrumpida lucha, España marcó su huella brillante en la historia de la Humanidad.

QUINTA PARTE

La República

QUINTA PARTE

La República

CAPITULO PRIMERO

Formación de la primera escuadra nacional y expedición libertadora del Perú.

SUMARIO: 1.º Necesidad de organizar una escuadra. — 2.º Se echan las bases de nuestra primera escuadra. — 3.º Primera salida de la escuadra. — 4.º Primer combate con los buques españoles. — 5.º Incremento de la escuadra. — 6.º Blanco Encalada, jefe de la escuadra. — 7.º Primera campaña de Blanco Encalada. — 8.º Llegada de lord Cochrane. — 9.º Lord Cochrane parte hacia El Callao. — 10. Segunda expedición de lord Cochrane. — 11. Expedición a Valdivia. — 12. Necesidad de expedicionar al Perú. — 13. Fondos para la expedición. — 14. Fuerza y organización del ejército. — 15. Partida de la expedición.

1.º *Necesidad de organizar una escuadra.* — Con el triunfo de Maipú se había dado sólo el primer paso en el camino de nuestra independencia.

Mientras España mantuviera el dominio del mar y tuviera en América un punto de apoyo, una base de operaciones como el Perú, ningún país americano podía considerarse definitivamente independiente.

Por esto, la necesidad que surgió como imprescindible para la nueva República, fué la de aunarse con Argentina para llevar la guerra fuera de nuestras fron-

teras y un ataque a fondo sobre el corazón mismo de la resistencia española.

Las dificultades casi invencibles para salvar por tierra la distancia que nos separa del Perú, pusieron de manifiesto que en el mar estaba el único camino para el logro de las aspiraciones de Chile y Argentina, y, en consecuencia, apenas ganada la batalla de Chacabuco, el primer pensamiento de O'Higgins fué echar las bases de la futura escuadra nacional.

2.° *Se echan las bases de nuestra primera escuadra.* Por el momento, el problema no tenía solución, porque no había donde comprar buques, ni dinero con qué hacerlo; pero como «más discurre un hambriento que cien letrados», los chilenos recurrieron a un ardid que les dió espléndidos resultados: enarbolaron en Valparaíso, en el fuerte de San Antonio, la bandera española, para hacer creer a los buques de esa nación que el puerto se hallaba en poder de España. No tardó mucho el ardid en producir su efecto, pues a poco apareció en la bahía y ancló el brick español *Aguila,* de 220 toneladas. Un lanchón, preparado para ir a recibirlo, se acercó a él y, saliendo de su fondo un buen número de soldados, se apoderaron de la pequeña nave.

Provista así la República de su primer buque, le confió al mando del oficial de Artillería y marino irlandés D. Raimundo Morris, y después de un corto crucero hasta San Antonio, se le mandó a Juan Fernández para traer al país a los numerosos relegados que allí había desde la primera época de la reconquista española. Entre éstos, llegó el sargento mayor de Artillería D. Manuel Blanco Encalada, que muy luego había de ser el comandante en jefe de la escuadra.

El *Aguila* fué armado con 16 carronadas (antiguo cañón de hierro colado, que tomó su nombre de Carrón, pueblo de Escocia, donde fué fabricado por primera vez), que el gobernador de Valparaíso había conseguido a pro-

rrata entre los buques extranjeros surtos en la bahía, y se le tripuló con marinos, en su mayor parte ingleses.

Las fuerzas de mar de que por entonces disponía el virrey del Perú (marzo de 1817) eran cinco fragatas, con un total de 188 cañones, y dos bergantines, con 36; y, aprovechando la circunstancia de encontrarse con ellas en la costa de Chile, las empleaba en entorpecer el comercio marítimo de Valparaíso, sometiéndolo casi a un verdadero bloqueo.

3.º *Primera salida de la escuadra.* — Con el objeto de contrarrestar en algo una situación tan molesta y perjudicial, el gobernador Alvarado, de Valparaíso, concibió la atrevida empresa de dar al *Aguila* un compañero, y, con ese refuerzo, lanzarlo contra la poderosa escuadra enemiga, y especialmente contra una fragata que rondaba por Valparaíso llamada *Sebastiana*.

Fletó con este objeto un bergantín mercante llamado *Rembler*, que montaba cuatro carronadas, y al cual se le completaron diez, sacándolas de otros buques mercantes y del arsenal.

Quedó así formada la primera flotilla nacional, y, confiándola al mando del capitán de puerto D. Juan Tontel (marino francés), a las nueve de la noche del 1 de julio se hizo a la mar, en demanda de los buques enemigos. Hizo rumbo al Sur, y como alcanzara hasta Talcahuano sin encontrar enemigos, regresó a Valparaíso, donde llegó con el *Rembler* el 7, y con el *Aguila*, el 8 de julio.

Con objeto de dar más seguridad a cualquier empresa contra los buques sitiadores, que ya comenzaban a mostrarse a pares, el Gobierno resolvió reforzar la flotilla con la fragata *María*, afianzando antes su valor y el de su cargamento. Improvisando marinos, y completando con soldados las dotaciones, en pocos días la escuadrilla se halló lista para zarpar.

La primera hazaña la realizó el bergantín *Aguila*,

que en los primeros días de octubre apresó al transporte español *Perla,* separado del convoy que el 16 de mayo había salido de Cádiz escoltado por la fragata *Esmeralda.* Esta presa significó recuperar un buque que el año 13 perteneció a los patriotas, y apoderarse de 75 soldados, algunos oficiales y un valioso cargamento.

A principios de 1818, la naciente escuadra chilena recibió un nuevo refuerzo con la llegada a Valparaíso de la fragata inglesa *Windham,* de 800 toneladas, y armada con 34 cañones de 18 y 24 libras de calibre.

Este buque fué comprado por el Gobierno y el comercio extranjero de Valparaíso (en sociedad), bautizado con el nombre de *Lautaro,* e incorporado a la escuadra, bajo el mando del joven marino inglés Jorge O'Brien.

4.° *Primer combate con los buques españoles.* — Después de algunos preparativos, salió la *Lautaro* de Valparaíso con las instrucciones de alejarse de la costa para entrenar su tripulación y atacar más tarde al buque español *Esmeralda* (hermosa fragata de 44 cañones), que con el bergantín *Pezuela* sostenía el bloqueo de Valparaíso.

Olvidando O'Brien sus instrucciones, en vez de alejarse de la costa, marchó recto en busca de la *Esmeralda,* se acercó a ella con bandera inglesa y, al llegar a tiro de pistola, izando la bandera chilena, se echó sobre ella, la abordó con 30 hombres, rechazó a la tripulación y cambió por la chilena la bandera española.

Con esto, su segundo, que había quedado al mando de la *Lautaro,* creyó tomado el buque enemigo y se lanzó en persecución del bergantín *Pezuela,* dando así lugar a que la tripulación de la *Esmeralda,* viendo su inmensa superioridad, reaccionara, y matando a O'Brien y a casi todos sus acompañantes, recuperara de nuevo el buque, huyendo al Sur.

Fué así como la *Lautaro,* pudiendo apresar dos buques españoles, no apresó ninguno y perdió a su bravo

comandante. De regreso a Valparaíso, encontró, sin embargo, una compensación en el apresamiento del bergantín español *San Miguel,* que desde Talcahuano se dirigía al Callao, llevando a su bordo a ciertos personajes de gran fortuna, cuyo sólo rescate permitió al Gobierno pagar todos los gastos e importe de la *Lautaro.* Esto ocurría el 25 de abril de 1818.

5.° *Incremento de la escuadra.* — Secundado por su brillante ministro de Marina, D. José Ignacio Zenteno, O'Higgins no desmayó en su labor de crear para la República una escuadra que le diera, con el dominio del mar, el medio de afianzar la independencia americana.

Haciendo esfuerzos pecuniarios, que para esa época eran enormes, compró en junio de 1818 el buque mercante inglés *Cumberland,* de 1.350 toneladas, por el precio de 140.000 pesos, y lo incorporó a la escuadra con el nombre de *San Martín.*

Por el mismo tiempo compró la corbeta *Coquimbo,* en 36.000 pesos, y el 6 de agosto, el bergantín *Colombo,* en 33.000.

6.° *Blanco Encalada, jefe de la escuadra.* — Con el fin de dar mayor impulso y unidad a la escuadra, fué nombrado comandante interino del departamento de Marina el teniente coronel de Artillería D. Manuel Blanco Encalada, concediéndosele el grado de capitán de Marina de primera clase.

Habiéndose hecho cargo de su puesto el 6 de julio, trabajó con tanta diligencia y acierto, que el 17 de septiembre se le nombraba ya — con el grado de capitán de navío — jefe de la escuadra.

7.° *Primera campaña de Blanco Encalada.* — Desarrolló en este puesto una labor ardua y delicada, consiguiendo que el más brillante resultado coronara sus esfuerzos. El 9 de octubre de 1818, el pueblo de Valparaíso presenció, emocionado, la partida de la escuadra que tantos sacrificios había costado. La mandaba Blanco En-

calada, y se componía del navío *San Martín*, la fragata *Lautaro*, la corbeta *Chacabuco* y el bergantín *Araucano*.

El objeto de la expedición era operar contra los buques españoles, y principalmente oponerse al arribo de un convoy partido de Cádiz el 21 de mayo, y que transportaba un ejército de 2.000 hombres en catorce navíos escoltados por la fragata de 50 cañones, *María Isabel*.

Pocas garantías de triunfo ofrecía esta escuadra, tripulada por marinos completamente novicios y mandada por oficiales en su mayoría extranjeros, y, sin embargo. tal fué la confianza que en ella puso O'Higgins, que al retirarse de Valparaíso, viendo desde los cerros perderse en el horizonte las velas de los cuatro buques, se dice que exclamó: «Cuatro barquichuelos despachados por la Reina Isabel dieron a España el continente americano, y esos cuatro que acabamos de preparar nosotros, le arrancarán su importante presa.»

Al mes cabal entraba de nuevo en Valparaíso el bergantín *Araucano*, con la noticia de la captura de la fragata de guerra *María Isabel*, armada de 50 cañones; y, como una semana más tarde, toda la escuadra, llevando como trofeo, a más de la *María Isabel*, tres de los transportes que formaban el convoy procedente de Cádiz.

El resultado había sido, pues, soberbio, y la predicción de O'Higgins, verdaderamente profética, comenzaba ya a cumplirse.

Blanco Encalada fué recibido en Valparaíso, y después en Santiago, con los honores de un general vencedor, y la alegría y entusiasmo que su triunfo despertó fueron indescriptibles.

Esa fué la primera de las innumerables victorias con que la Marina había de contribuír a la glorificación de la patria.

Como recuerdo y premio de esta hazaña, el director supremo, O'Higgins, de acuerdo con el Senado, concedió a todo el personal que tomó parte en la expedición el

uso en el brazo izquierdo de un escudo de paño verde mar, en cuyo centro se veía en bordado de oro, un tridente orlado de laurel, y a su contorno este lema: «Su primer ensayo dió a Chile el dominio del Pacífico.»

8.º *Llegada de lord Cochrane.*—La segunda época de esta primera edad de nuestra escuadra está marcada por la llegada al país del ya famoso marino inglés, lord Cochrane, quien por gestiones de nuestro representante en Londres (José Antonio Alvarez C.) venía a tomar el mando de nuestra naciente escuadra.

Esto ocurría el 28 de noviembre de 1818, y el 23 de diciembre se hacía ya cargo del mando en jefe de la escuadra. Fué ésta una ocasión para poner a prueba la modestia y el patriotismo de Blanco Encalada, que, sin la menor dificultad y con todo entusiasmo, se puso a las órdenes del nuevo jefe.

9.º *Lord Cochrane parte contra El Callao.*—Se estrenó Cochrane, como jefe, con la dirección de la primera expedición que Chile envió hacia el Perú, y que partió de Valparaíso en la noche del 14 de enero de 1819.

Los resultados no correspondieron a los esfuerzos hechos para organizarla; pero, con todo, pusieron de manifiesto las grandes dotes de Cochrane como comandante en jefe.

10. *Segunda expedición de lord Cochrane.*—Fracasado en la primera expedición el objetivo de acabar con el poder naval español, se pensó en una segunda, que, según el proyecto de Cochrane, tendría por objeto incendiar los buques anclados en la bahía del Callao al amparo de los fuegos de la fortaleza.

Reforzada por la corbeta *Independencia*, de 28 cañones, partió la escuadra para la segunda expedición el 12 de septiembre de 1819, seguida de dos buques viejos, destinados a servir de brulotes.

Haciendo escala en algunos puertos, llegó por fin al Callao, y ya el 29 de septiembre salía de la fragata al-

mirante *O'Higgins* la famosa nota en que lord Cochrane proponía al virrey del Perú, Francisco de la Pezuela, un duelo singular. Le ofrecía librar un combate entre los buques españoles que el virrey propusiese e igual número y fuerza de buques chilenos, para evitar — le decía — que, poniendo en acción todas sus fuerzas, consumiera cuanto contenía la población y la bahía. Tan inusitada invitación fué descortésmente rechazada por el virrey, y en libertad ya lord Cochrane de proceder como le pareciera, intentó inútilmente una serie de ataques con cohetes y brulotes, que fracasaron todos, por mala calidad de los materiales, unas veces, y por falta de viento, otras.

Tuvo que regresar, pues, a Valparaíso, sin sacar otro fruto de la expedición que el apresamiento de dos buques mercantes de 800 toneladas, armados de 20 cañones y cargados con madera, material de que, por suerte, estaba muy necesitado.

11. *Expedición a Valdivia.* — Como la inacción era incompatible con su temperamento activo y aventurero, concibió la idea de atacar a Valdivia, puerto fortificado con tal eficiencia, que se le consideraba como otro Gibraltar.

Antes de proceder, efectuó una exploración, durante la cual reconoció la entrada y apresó al bergantín *Potrillo,* que llevaba a su bordo correspondencia oficial y 20.000 pesos. Regresó a Talcahuano, donde consiguió de Freire un refuerzo de 250 hombres, y con éstos, la goleta *Moctezuma* y el bergantín *Intrépido,* que encontró en el puerto, emprendió la arriesgada empresa de atacar a Valdivia, lográndolo después de ímprobos esfuerzos y duros sacrificios. Esto ocurría el 6 de febrero de 1820.

Tras un intento de posesionarse de Chiloé, que fracasó, como era lógico, pues no contaba con las fuerzas necesarias, lord Cochrane y su escuadrilla regresaron a

Valparaíso, donde fueron recibidos como vencedores y recompensados con la medalla de Valdivia.

12. *Necesidad de expedicionar al Perú.* — Con la constitución definitiva de la mayor parte de los países latinoamericanos, agonizaba la lucha ciclópea que durante más de tres siglos libró la legendaria España contra casi todo un continente; pero a mediados de 1820, aunque el Perú era ya su único baluarte, todavía representaba una fuerza capaz de poner en serio peligro las libertades conquistadas a costa de tanta sangre, por los pueblos de Suramérica.

Así lo comprendieron Bolívar, San Martín y O'Higgins, y en la más íntima comunión de ideas, resolvieron llegar hasta Lima para batir en su último refugio al invencible león ibérico. Por eso el año 1820 fué testigo del esfuerzo convergente de casi todos los ejércitos suramericanos hacia la capital del Perú, como si una fuerza invencible los atrajera.

El conocimiento que ya se tenía de lo que eran los diversos países suramericanos ponía en evidencia que el Perú era en absoluto incapaz de realizar, por sí solo, la tarea de arrojar de su suelo a los españoles, y que ese objetivo sólo podía alcanzarse por el esfuerzo colectivo de los demás países.

Planteado así el problema, quedaba sólo por resolver cómo, cuándo y quiénes llevarían a cabo la empresa.

13. *Fondos para la expedición.* — Mientras la escuadra se formaba y preparaba, como hemos visto, O'Higgins y San Martín trabajaban para organizar el ejército y reunir los fondos para la expedición al Perú.

Lo segundo era lo más difícil y lo que más preocupaba a los libertadores. San Martín calculó que la suma necesaria no sería inferior a un millón de pesos, y acordó, con O'Higgins, conseguir que Argentina contribuyera con la mitad.

Con este objeto, después de la batalla de Maipú, se

trasladó San Martín a Buenos Aires, y gestionado allí el auxilio, consiguió que el Gobierno autorizara a Puirredón para levantar un empréstito forzoso de 500.000 pesos.

En seguida se trasladó San Martín a Mendoza, y desde allí remitió a O'Higgins una detallada relación de los elementos que necesitaba el ejército de 6.000 hombres que se proyectaba levantar.

Como ya hemos dicho, en la reunión de los recursos hallaba la expedición su principal obstáculo, porque la guerra de la Independencia había estrujado de tal modo a los dos países, que en esos momentos carecían hasta de los medios para satisfacer sus mayores necesidades. La población, por su parte, no se hallaba en mejor situación, porque sobre ella habían recaído todos los efectos del enorme esfuerzo realizado por los dos países.

Así se explica el desgraciado resultado de las gestiones de San Martín en Buenos Aires, el no haberse podido realizar el empréstito, con lo cual se hizo gravitar sobre Chile, tanto o más pobre que Argentina, todo el peso de la empresa proyectada.

Fácil es imaginarse la situación, con el solo antecedente de que las entradas fiscales excedían apenas de un millón de pesos, de los cuales 600.000 se pagaban en sueldos al ejército, 400.000 a la Marina y 60.000 a los empleados civiles.

Da una idea del desastroso estado de las finanzas el hecho memorable — merece el calificativo — de que habiendo enviado O'Higgins a Valparaíso una remesa de elementos para la expedición libertadora, no tuvo dinero para pagar el flete de las carretas, viéndose obligado a satisfacerlo con el recurso extraño (digno de esos tiempos) de agradecer, en nombre de la patria, el servicio prestado por las carretas.

Si, a pesar de lo exiguo de los sueldos del ejército, el monto total de lo que importaban llegaba a 600.000 pesos, era porque había alcanzado un efectivo verdadera-

mente extraordinario para esos tiempos. En octubre de 1818, la fuerza y composición del ejército era la siguiente:

Infantería..............	5.113	hombres.
Caballería..............	1.602	—
Artillería..............	732	—
TOTAL..........	7.447	hombres.

Conviene, desde luego, dejar establecida la proporción en que en este ejército figuraban argentinos y chilenos. Del total arriba enunciado, cuatro mil pertenecían a los cuerpos netamente chilenos, y el resto, a los que constituían la división de Los Andes, y que estaba formada por argentinos y chilenos, estos últimos, de los que atravesaron la cordillera después del desastre de Rancagua.

La falta de cumplimiento por parte de Argentina de la promesa de contribuír con la mitad del costo de la expedición, retardó ésta, y motivó, por dos veces, la renuncia de San Martín; pero la constancia de O'Higgins y San Martín, por un lado, y la abnegación y enorme esfuerzo de Chile, por otro, terminaron por dar cima a la empresa en la forma brillante que luego se verá.

Para obtener recursos, Chile decretó un empréstito en que, una vez más, puso a prueba el patriotismo nunca desmentido de sus hijos.

No sólo se apresuraron los chilenos todos, y aun los extranjeros, a cubrir sus respectivas cuotas, sino que muchos — a pesar de la crisis económica por que la población atravesaba — cedieron su parte, no como préstamo. sino como donación.

Largo sería enumerar todos los casos de esta naturaleza que merecieron el agradecimiento o el aplauso del Gobierno. Especialmente se distinguió Valparaíso, donde hasta las damas se apresuraron a concurrir con su cuota, y donde, en un día, se reunieron 975 pesos y

cinco y medio reales, como contribución voluntaria para ayudar al apresto de la corbeta *Chacabuco*.

Fué así como, aceptando cuotas hasta de un peso, Chile logró, por sí solo, reunir todo el dinero que la expedición necesitaba, y con esto resolver el problema; porque, después de la formación de la escuadra, ésta era la tarea más difícil.

Antes de la partida de la expedición, O'Higgins juzgó indispensable dar al ejército un nombre que reflejara su tarea y significación, y al efecto, dictó, el siguiente decreto: «Santiago, mayo 9 de 1820. Es llegado el caso de que el ejército expedicionario reciba una nominación alusiva a la grande y filantrópica empresa que lo conduce hacia las provincias litorales del Perú. La que hasta ahora tiene es puramente accidental, y no relativa a tan eminente objeto; por consiguiente, vengo en declarar que, desde esta fecha, y en todos los despachos oficiales o cualquier acto que tenga connotación con el dicho ejército, deberá titularse, por todas las autoridades militares y civiles, Ejército Libertador del Perú. — *O'Higgins. — Zenteno.*»

Este es un decreto de gran importancia histórica, porque desvanece cualquier duda sobre la verdadera índole y alcance de la expedición, poniendo de manifiesto que nuestro país se dió cuenta exacta de que sólo realizaba un sacrificio de confraternidad americana. La frase del decreto: «Una nominación alusiva a la grande y filantrópica empresa que lo conduce hacia las provincias litorales del Perú», dice con claridad lo que la empresa significaba: dar la libertad al Perú.

Reducido Chile a sus solos recursos, el plan primitivo de transportar 6.000 hombres tuvo que ser restringido a 4.500.

Se organizó el ejército en dos divisiones, dándole a una el nombre de «División de los Andes», y a la otra. el de «División Chile».

Todo ya preparado, el director supremo se trasladó a Valparaíso para preparar el embarque del ejército.

Con el alistamiento de la escuadra y de los transportes y la reunión del dinero (la caja del ejército fué de 600.000 pesos), quedaba hecho más de la mitad del trabajo, pues reclutar y organizar el ejército, tras dos lustros de guerra, era asunto sencillo, como lo probaron los hechos.

14. *Fuerza y organización del ejército.* — A principios de agosto de 1820 quedó listo el ejército expedicionario, al mando del general D. José de San Martín, a quien servía de jefe de Estado Mayor el coronel don Gregorio las Heras.

Las fuerzas del ejército eran las siguientes:

Oficiales	308
Capellanes	5
Tropa	4.486
TOTAL	4.799

Además, 20 cañones de diversos calibres, 10.000 fusiles y 4.000 equipos de reserva.

Este era el ejército que se disponía ir a batir, en su propio teatro de operaciones, al aguerrido ejército español que, al mando del virrey D. Joaquín de la Pezuela, se hallaba concentrado en Lima.

Sus fuerzas eran: 395 oficiales y 7.793 individuos de tropa.

A esto hay que agregar el ejército de reserva de Arequipa, que llegaba a 2.388.

Los transportes, ya listos para el traslado de nuestro ejército, eran quince, con una capacidad total de, más o menos, siete mil toneladas, e iban a ser escoltados por una escuadra de nueve buques de guerra.

15. *Partida de la expedición.* — Para preparar el embarque se ordenó la concentración del ejército en el

valle de Quillota, y, ya todo listo, el 18 de agosto se dió principio a la operación, logrando terminarla el 20, a las tres de la tarde, hora en que el convoy se hizo a la vela.

Al mando de la expedición, en el *San Martín,* iba el general San Martín, y al mando de la escuadra, lord Cochrane, que se embarcó en la *O'Higgins.*

La expedición se hizo a la sombra de nuestra bandera, pues fué ella la que se enarboló y la que durante toda la campaña flameó a la cabeza del ejército.

CAPITULO II

Campañas de Benavides.

SUMARIO: 1.º Quién era Vicente Benavides. — 2.º Sus primeras hazañas. — 3.º Cae prisionero y es condenado a muerte. — 4.º Recibe una misión de San Martín. — 5.º Se hace caudillo. — 6.º Sus primeras operaciones. — 7.º Logra apoderarse de un buque. — 8.º Crueldades de Benavides. — 9.º Se posesiona de Concepción. — 10. Freire toma la ofensiva. — 11. Benavides se hace filibustero. — 12. Reorganiza y refuerza su ejército. — 13. Prieto sale a su encuentro, lo persigue y lo vence. — 14. Fuga, prisión y muerte de Benavides.

1.º *Quién era Vicente Benavides.* — Entenebrece la primera época de nuestra independencia la conducta vergonzosa de un caudillo que, al amparo de la difícil situación por que atravesaba el país, atacaba a las fuerzas patriotas, asesinaba y cometía toda clase de depredaciones. Se llamaba este traidor Vicente Benavides. Era chileno, nacido en Itata, e hijo de un carcelero de Quirihue.

Tan pronto como estalló la revolución de la independencia, se alistó como soldado en las filas patriotas, formó parte de la expedición de Alcázar a Buenos Aires y, a la vuelta, con el grado ya de sargento, desertó, pasándose a los realistas.

2.º *Sus primeras hazañas.* — Muy pronto se hizo notar por sus señalados actos de audacia. Cayó prisionero en Membrillar, en cuyo estado prendió fuego a un parque de municiones para fugarse al amparo de la confusión que el incendio había de producir; peleó en Rancagua con tanto valor, que fué ascendido a oficial; se en-

contró más tarde en Cancha Rayada, y, por fin, en Maipú, donde de nuevo cayó prisionero, junto con su hermano Timoteo.

3.° *Es condenado a muerte.* — Condenados los dos hermanos a la horca, la pena les fué conmutada, gracias a la intercesión de algunos prestigiosos vecinos de Santiago y de Las Heras, por la de presidio; pero al poco tiempo, D. Hilarión de la Quintana ordenó que los llevaran de noche hacia Maipú y allí los fusilaran.

La orden se ejecutó; pero, con tanta fortuna para Vicente Benavides, que de los dos balazos que se le dispararon, casi a boca de jarro, ninguno le tocó. No obstante, Benavides se dejó caer al suelo y fingió estar muerto, lo que fué causa de que no le dieran el tiro de gracia.

4.° *Recibe una misión de San Martín.* — Salvado así, milagrosamente, a causa de lo oscura que era la noche, por intermedio de un Sr. Castellón, que lo protegía, consiguió que San Martín le encomendara la misión de volver al lado de los realistas, para espiar a Balcarce. Salió secretamente de Santiago, y poco después se hallaba de nuevo sirviendo en las filas realistas.

5.° *Se hace caudillo.* — Poco tiempo más tarde, a solicitud de los indios, de quienes se supo hacer estimar, el jefe español Sánchez le dejó al mando de los pocos hombres encargados de la protección de los indígenas que se hallaban en buenas relaciones con los españoles.

Así comenzó su carrera de caudillo, y en el deseo de vengar las humillaciones y castigos que había sufrido, se lanzó a una guerra de partidas contra los patriotas que había de dejar triste y sangrienta huella en la historia de la patria.

Con las tropas que pudo reunir en los alrededores de Arauco, reclutando hasta muchachos de corta edad, salió a campaña a la cabeza de 400 hombres, en 1819.

6.° *Sus primeras operaciones.* — Su primera empre-

sa la realizó contra el teniente D. José Antonio Riberos, que se había dirigido a Santa Juana, al sur del Bío-Bío, a la cabeza de 110 soldados, de los cuales 60 eran milicianos.

El resultado del encuentro no podía ser dudoso. Venció Benavides, que disponía de fuerzas casi cuádruples, a pesar de la porfiada y heroica resistencia de las tropas de Riberos, de las cuales sólo 36 lograron escapar, repasando el Bío-Bío (21 de noviembre de 1819).

Acto seguido, Benavides propuso a Freire, que se hallaba en Concepción, el canje de los prisioneros, ofreciendo a Riberos en cambio de su esposa, que vivía en aquella ciudad.

Como las negociaciones se demoraran más de lo que la impaciencia de Benavides deseaba, entregó a los prisioneros, incluyendo al delegado de Freire, a la furia de los indios, que a lanzazos los asesinaron a todos dentro de la prisión en que se hallaban. Así iniciaba sus operaciones el montonero bandido que había de llegar a ser el terror de esa zona, asolada a la vez por los guerrilleros Burgos, Bocardo, Zapata, Cipriano, Palma, Pincheira, los hermanos Sánchez, etc.

Los varios reveses que las tropas de Freire le hicieron sufrir no desalentaron a Benavides, que con tenacidad persiguió el objetivo de proveerse de un buque para ponerse en comunicación con Chiloé y con el Perú, fuentes de recursos para el que, como él, pretendía servir a la causa del Rey.

7.° *Logra apoderarse de un buque.*—La ocasión le fué propicia, y por medio de uno de sus secuaces, logró apoderarse en Talcahuano, por sorpresa, de una fragata mercante, la *Dolores,* la que envió en busca de socorros a Chiloé.

Poco después mandó al Callao a Juan Manuel Pico, con el mismo objeto, y así, a los pocos meses, le llegaba

un gran buque cargado de víveres, equipos y armas, y que le traía, además, el nombramiento de coronel.

De esta suerte pudo reforzar su ejército de montoneros, que llegó a la cifra de 2.000 hombres, aguijoneados por el deseo de pillaje y animados de la mayor resolución y coraje.

A estas circunstancias, favorables para Benavides, se unió la de encontrarse O'Higgins completamente entregado a la organización de la expedición libertadora, lo que le impidió dedicar grandes fuerzas a las luchas de montoneras.

8.° *Crueldades de Benavides.* — Uno de los actos más odiosos de Benavides fué el que cometió contra Alcázar, que, al mando de algunos milicianos y de 250 soldados del batallón Coquimbo, ocupaba la plaza de los Angeles.

Falsificando la firma de Freire, le envió una carta ordenándole que abandonara inmediatamente la plaza y marchara a reunirse con él. Engañado Alcázar por la completa semejanza de la firma, se apresuró a obedecer, y partió, seguido de indios amigos, mujeres y niños.

Al llegar al Laja, frente a la isla de Tarpellanca, se presentó Benavides con gran superioridad de tropas, viéndose obligado Alcázar a refugiarse en la isla y a resistir allí.

Desde las dos de la tarde duró el combate hasta el anochecer, y a esta hora Benavides, tramando otra villanía, mandó proponer condiciones de paz, que sabía no podían ser rechazadas, porque su adversario no tenía ya municiones.

Aceptadas las proposiciones, las tropas acompañantes de Alcázar quedaron en poder de Benavides, quien hizo alistarse en sus filas a todos los soldados y asesinar a los oficiales, incluso a Alcázar y a D. Gaspar Ruiz, que le acompañaba.

A estos últimos los entregó a la furia de los indios, que los hicieron pedazos a lanzazos.

9.° *Se posesiona de Concepción.* — En cuanto Freire tuvo conocimiento de estos hechos, considerando la debilidad de su pequeño ejército, se retiró a Concepción, y se refugió en Talcahuano con gran número de familias.

Pocos días después (2 de octubre), Benavides se posesionaba de Concepción y establecía un remedo de gobierno y administración.

Poco a poco la situación de Freire en Talcahuano se fué haciendo insoportable por la falta de víveres y recursos de toda especie, hasta el punto de que, no obstante su gran inferioridad, se resolvió a jugar en una batalla el todo por el todo.

10. *Freire toma la ofensiva.* — Aprovechando un avance de las tropas de Benavides, con sólo 80 jinetes cargó contra un regimiento entero, lo desorganizó, e introduciendo en él el pánico, lo derrotó, persiguiéndolo mientras las fuerzas de sus caballos le acompañaron. Las bajas que produjo el enemigo fueron 150 muertos y 30 prisioneros, perdiendo él sólo siete heridos y tres muertos.

Alentado con este triunfo, resolvió tomar la ofensiva atacando a Benavides en sus mismas fortificaciones de Concepción, y con tanta fortuna, valor y acierto acometió esta difícil empresa, que logró el triunfo más completo y decisivo.

Benavides alcanzó a escapar sólo con una pequeña partida de su caballería. Las bajas patriotas fueron insignificantes.

Refugiado en Arauco, entre sus amigos los indios comenzó de nuevo la tarea de organizar su ejército; pero como no era elemento indio lo que necesitaba, sino blanco, resolvió dedicarse a la caza de buques, con el fin de armarlos en corso contra todos los que no llevaran la bandera española.

11. *Benavides se hace filibustero.* — El primer buque de que se apropió fué el *Hero,* que llegó a fondear en la isla de Santa María, y tras él, hizo lo propio con la *Ercilla,* el *Océano,* la *Luisa,* la *Perseverancia* y varios otros. Armando los mejores y tripulándolos por hombres de confianza, los lanzó a ejercer la piratería en toda la extensión del Océano.

La gente que sobraba de las tripulaciones la aprovechó para engrosar las filas de su ejército, castigando duramente a los que se negaban a enrolarse.

Como entre los buques apresados hubo uno que llevaba un gran cargamento de armas y municiones, una parte de estos pertrechos los mandó a Chiloé, pidiendo al gobernador Quintanilla que, en cambio, le remitiera tropa o reclutas. Por este medio consiguió que al poco tiempo llegara el capitán Senosaín con un buen refuerzo y con dos cañones.

12. *Reorganiza y refuerza su ejército.* — Con tales recursos y ardides, logró en poco tiempo contar de nuevo con un ejército bien armado y equipado que esta vez llegó al número de 3.000 plazas. De éstas, 1.200 eran montadas. Con ellas continuó sus depredaciones y, envalentonado con sus triunfos, resolvió marchar sobre la capital, aprovechando la circunstancia de que la reciente expedición al Perú la había dejado casi desguarnecida.

13. *Prieto sale a su encuentro, lo persigue y lo vence.* — Prieto, que se hallaba en Chillán, resolvió cerrarle el paso, pidiendo refuerzos a Concepción. Cuando Benavides se presentó a la cabeza de 1.000 soldados y dos piezas de artillería, Prieto no vaciló en salirle al encuentro con 600 hombres de que disponía. Contra todo lo previsto, Benavides, sin formalizar el combate, se retiró, siguiendo la marcha al Norte.

Prieto emprendió la persecución, y al pasar el pequeño río Chillán, los Húsares, que iban a la vanguardia, alcanzaron a las tropas de Benavides, a las cuales ataca-

ron, a pesar de su gran inferioridad numérica. Habría sido éste un vano esfuerzo, si no llegan con toda oportunidad las tropas de Arteaga y, lo que valió más, las del intrépido oficial D. Manuel Bulnes, con las cuales, en cargas sucesivas, se logró introducir el pánico en las tropas de Benavides, terminando por derrotarlas completamente, causándole 200 bajas y tomándole un número mayor aún de prisioneros.

La dispersión de las tropas de Benavides fué completa, y éste regresó a Arauco para reclutar indios con que seguir su obra devastadora. Pero ya la suerte le había vuelto las espaldas, y después de muchas dificultades y algunos contrastes, viéndose sin ejército y acechado por toda clase de enemigos, resolvió huir al Perú.

14. *Fuga, prisión y muerte de Benavides.* — Se embarcó, al efecto, en una pequeña chalupa (por no disponer de ningún buque) con su mujer, su secretario, un alférez, tres soldados y un piloto, y después de algunos días de navegación, a la altura de Topocalma le faltaron los víveres, y se vió obligado a tomar tierra. El soldado que mandó adelante le denunció a los campesinos de la región, le prepararon éstos una emboscada y fué tomado prisionero. Convenientemente asegurado, fué remitido a Santiago, donde, después de un breve proceso, fué condenado a la horca, y ejecutado, el 23 de enero de 1822.

Así terminó su vida de crímenes y traiciones este famoso y temido aventurero, a la edad de cuarenta y cuatro años.

CAPITULO III

Gobierno de O'Higgins.

SUMARIO: 1.º Carácter del Gobierno de O'Higgins. — 2.º Dificultades de su gobierno. — 3.º Constitución de 1818. — 4.º Actividades y fusilamiento de D. José Miguel Carrera. — 5.º Síntomas de revolución. — 6.º Constitución de 1822. — 7.º Revolución y abdicación de O'Higgins. — 8.º Obra de O'Higgins.

1.º *Carácter del Gobierno de O'Higgins.* — Por la época en que se inició y desarrolló el Gobierno de O'Higgins, no se le puede juzgar con el criterio que se aplica a todos los gobiernos republicanos o constitucionales.

Nacido entre los trastornos que produjo la caída del Gobierno español, cuando no había quien rigiera el país y éste se hallaba convulsionado por la guerra, no se le podía pedir que en sus procedimientos se ajustara a determinadas prescripciones, sino a las necesidades del momento. Lo único que podía exigírsele era que fuera humano, activo y patriota, y esto lo fué en alto grado.

Desalojados de Chile los españoles, se presentó el problema, casi de imposible solución, de preparar, con los solos recursos de Chile, la expedición que había de dar al Perú su independencia, y en esta obra O'Higgins desplegó una actividad y abnegación sin límites, sumados a una gran tenacidad y a un claro talento organizador.

Terminada esta tarea con el éxito más halagador, el país entraba en su vida ordinaria de gobierno; pero, tan influenciado por los recientes trastornos, que no

podía considerársele aún como una nación normal. Así como después de una tempestad el mar no recobra inmediatamente su tranquilidad, los pueblos demoran algún tiempo en normalizar su vida tras las grandes convulsiones.

Por eso, a raíz de la independencia, se ve a Chile con un gobierno irregular que, nacido en el fragor de la lucha, debió morir con ella.

Pero O'Higgins no se dió cuenta del momento oportuno de su abdicación. Convencido de los grandes bienes que había hecho al país, y de que a él se debía la paz y la independencia, llegó a creerse indispensable, y no pensó en los derechos del pueblo hasta que éste se lo hizo sentir.

2.° *Dificultades de su gobierno.* — La principal dificultad que O'Higgins tuvo en su gobierno fué la que le ofrecieron los Carreras y sus partidarios, enemigos irreconciliables que jamás le perdonaron el haberlos suplantado en el puesto a que ellos se creían acreedores.

Tuvo que librar con ellos una ruda lucha, porque su caudillo, D. José Miguel Carrera, hombre tenaz e impulsivo, hizo esfuerzos inauditos por allegar refuerzos y volver a Chile con fuerzas capaces de realizar su sueño de conquistar la independencia del país y ponerse a su cabeza. Y tal vez lo habría conseguido, si San Martín y el Gobierno argentino, que temían su encumbramiento, no le hubieran opuesto seria resistencia.

Cuando después de imponderables esfuerzos y de un viaje a Estados Unidos logró llegar a Buenos Aires con tres buques cargados de pertrechos, el director Puirredón le hizo apresar, cortándole el camino a Chile y sus proyectos.

A sus hermanos D. Juan José y D. Luis les ocurrió lo mismo en Mendoza, cuando, en su nombre, quisieron pasar a Chile para adueñarse del Gobierno, llegan-

do el rigorismo hasta el extremo de hacelos ejecutar poco después del triunfo de Maipú.

De esta arbitrariedad, los carreristas hicieron (con o sin razón) responsable a D. Bernardo O'Higgins.

Esta ejecución, seguida del asesinato de D. Manuel Rodríguez, ocurrido a fines de abril de 1818, en Tiltil, acumuló una montaña de cargos sobre O'Higgins, a quien también se culpó de este crimen, y así la atmósfera se fué cargando de nubarrones en contra del Director Supremo de Chile.

3.° *Constitución de 1818.* — Como consecuencia de esta situación, el mantenimiento del Gobierno se hizo más difícil, y O'Higgins se vió obligado a asumir mayores facultades que las que le correspondían; pero, para darles un aspecto de legalidad, el 18 de mayo de 1818 expidió un decreto anunciando un cambio de organización en el Gobierno, y, al efecto, nombró una Comisión de siete miembros encargados de presentar un proyecto de Constitución provisoria.

Presentado el proyecto el 8 de agosto, se le mandó publicar por bando, y para su aprobación se dispuso que por cuatro días se mantuviera abierto en cada parroquia un libro de firmas en que cada ciudadano debía estampar su voluntad de que ese proyecto se hiciera o no ley.

Desde Copiapó hasta Cauquenes — zona en que se votó —, todas las opiniones fueron favorables a la aprobación, y, de esta suerte, el 26 de octubre de 1818 se juró por todas las Corporaciones, en el salón del Consulado, la primera Constitución de Chile.

En ella se establecían los derechos de los ciudadanos y se organizaban los Poderes públicos; pero, en una forma tan deficiente, que no resultaba sino un remedo de Constitución republicana. Siguió, pues, O'Higgins ejerciendo el mando en una forma casi absoluta.

4.° *Actividades y fusilamiento de D. José Miguel Carrera.* — Entretanto, D. José Miguel Carrera, empeñado

en vengar a sus hermanos, emprendió desde Montevideo una campaña tenaz, por la prensa primero, y luego con las armas en la mano, alcanzando como resultado crear a la República Argentina una desesperada situación interna, sobre todo cuando, encabezando a las indiadas de la pampa y a buen número de guerrilleros, llevó el terror hasta el mismo Buenos Aires.

Traicionado, al fin, por cuatro de sus oficiales, fué reducido a prisión, y, tras un corto proceso, fusilado en Mendoza el 4 de septiembre de 1821. Así terminó su azarosa vida, en la flor de la edad, uno de los caudillos más famosos y uno de los generales más valientes de nuestra independencia.

5.° *Síntomas de revolución.* — En medio de todos los cuidados e inquietudes que la actividad de Carrera y sus partidarios le producían, O'Higgins, con un erario pobrísimo, tuvo que hacer frente a la lucha contra Benavides y a la organización de la Expedición Libertadora del Perú, hasta que, tomada Lima sin combatir, el 28 de julio de 1821, se hizo la *Solemne Proclamación de la Independencia del Perú.*

Justo es reconocer que, para exigir al país tantos esfuerzos, se hacía hasta cierto punto indispensable un gobierno fuerte y hasta autoritario, y como O'Higgins no vacilara en ejercitarlo, poco a poco se le fué formando una atmósfera hostil, que debía terminar por hacerse insoportable.

El espíritu altivo e independiente de los chilenos es esencialmente refractario a la opresión, como lo prueba el hecho de ser Chile uno de los pocos países que jamás se ha visto bajo el yugo de un tirano, y no es extraño, en consecuencia, que el gobierno dictatorial de O'Higgins le fuera por fin odioso y se rebelara contra él. El Congreso Constituyente, que en la Constitución del año 18 se ordenaba formar en cuanto el país se viera libre de las fuerzas realistas, no se había convocado aún, a pesar de

que ya no quedaban tropas españolas sino en Chiloé, y esto contribuía también a fomentar el descontento.

6.° *Constitución de 1822.* — Forzado por las circunstancias, O'Higgins se vió al fin obligado a convocar la Asamblea Constituyente; pero lo hizo en forma defectuosa, y bajo la presión de su gobierno, de manera que no logró acallar los sentimientos hostiles. Fué ésta, una Asamblea viciada en su elección, la que sancionó la Constitución del año 22, prorrogando por diez años más el gobierno que la implantaba.

7.° *Revolución y abdicación de O'Higgins.* — Agotada así la paciencia del pueblo, a fines del año 22 estalló una revolución, encabezada en Concepción por su intendente, D. Ramón Freire, seguida, días más tarde, por la que se declaró en Serena, y luego en toda la provincia de Coquimbo y más al Sur. Freire fué aclamado como caudillo, y a principios de 1823 la revolución se había extendido a todo el país.

Entonces tocó su turno a la capital, e insurreccionada a su vez, convocó un Cabildo abierto, el que, formado por la gente más distinguida de Santiago, se reunió en la sala del Consulado el 28 de enero de 1823 y citó al Director Supremo para que se presentara a oír las quejas del pueblo.

O'Higgins se negó a concurrir y, acudiendo a los cuarteles, tomó el mando de la tropa, a pesar de que también se había rebelado, y con dos regimientos fué a establecerse en la plaza de Armas.

Alarmados los miembros del Cabildo, recurrieron a la madre de O'Higgins, sabiendo que éste la idolatraba, para que interpusiera su influencia; pero esa varonil matrona contestó: «Prefiero ver a mi hijo muerto, antes que deshonrado. No le dirigiré una sola palabra; tiene sobrado juicio y edad para gobernarse solo.»

Acudieron entonces a D. Luis de la Cruz, que por su

amistad tenía gran ascendiente sobre O'Higgins, y él fué quien le convenció de que debía acudir al Cabildo.

Como a su llegada se formara un gran tumulto de voces, pidiéndole que abdicara el mando, O'Higgins, que ya había ocupado la mesa presidencial, se puso en pie y exclamó: «No me atemorizan los gritos ni las amenazas. Desprecio hoy la muerte, como la he despreciado en el campo de batalla.»

Pidió, en seguida, que se nombrara una Comisión con la cual se pudiera entender, y reunido con ella, a puertas cerradas, se convenció de la necesidad de abandonar el mando.

Se nombró entonces una Junta, compuesta de D. Agustín Eyzaguirre, D. José Miguel Infante, D. Fernando Errázuriz y D. Mariano Egaña, y ante ella abdicó O'Higgins, diciendo: «Siento no poder depositar esta insignia (la banda de la cual se despojó) ante la Asamblea Nacional, de quien últimamente la había recibido; siento retirarme sin haber consolidado las instituciones que ella había creído propicias para el país, y que yo había jurado defender; pero llevo, al menos, el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación extranjera, respetado en el exterior y cubierto de gloria por sus hechos de armas.» Colocó la banda sobre la mesa, y agregó: «Ahora soy un simple ciudadano; podéis hablar sin ningún inconveniente; que se presenten mis acusadores. Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar. Tomad de mí la venganza que queráis; aquí está mi pecho.»

Al ver esta actitud, todos gritaron: «No tenemos nada que pedir contra vos, general. ¡¡¡Viva el general O'Higgins!!!»

Así dejó el mando el más grande, el verdadero padre de la patria.

8.° *Obra de O'Higgins.*—La obra de O'Higgins fué amplia y fecunda.

Reabrió, en 1819, el Instituto Nacional, y el año 20, la Biblioteca Pública, reorganizada por D. Manuel Salas. Fundó el Liceo de la Serena y las Escuelas Lancasterianas de Santiago y Valparaíso. Hizo venir profesores del extranjero, ordenó que todos los Cabildos y Corporaciones religiosas abrieran escuelas primarias, libró de derecho a los libros, folletos y diarios, y por todos los medios trabajó para divulgar la instrucción y levantar el nivel intelectual del pueblo.

Fundó el Cementerio General, plantó de árboles la Avenida de las Delicias, decretó el alumbramiento de las calles, organizó la policía, trabajó por el progreso de Valparaíso, Concepción y Serena, y fundó a Unión, Vicuña y San Bernardo.

Suprimió los títulos de nobleza y creó la orden «Legión del Mérito».

En materia de política exterior, celebró alianzas, obtuvo de varios países el reconocimiento de nuestra independencia, y mantuvo en Inglaterra un agente que logró contratar un empréstito por un millón de libras esterlinas. Fué éste un notable guatemalteco, llamado D. José de Irrizarri.

Para apaciguar definitivamente los odios que había generado su gobierno, O'Higgins resolvió ausentarse del país y pidió permiso por dos años. Concedido que le fué, partió al Perú, donde vivió hasta el fin de sus días.

Hasta su muerte (24 de octubre de 1842) sufrió la nostalgia de la patria y conservó por ella el más acendrado cariño...

CAPITULO IV

Gobierno del general Freire.

Sumario: 1.º El general Freire es nombrado director interino. — 2.º Datos biográficos. — 3.º Sus asesores. — 4.º Elecciones. — 5.º Constitución del año 23. — 6.º Situación económica. — 7.º Abdicación de Freire.

1.º *El general Freire es nombrado director interino.* El gobierno de la Junta nombrada después de la abdicación de O'Higgins no fué duradero, porque, apenas la noticia de estos hechos llegó a Concepción, D. Ramón Freire se embarcó para Valparaíso, donde arribó acompañado de unos trescientos soldados, y se dirigió a Santiago para representar los deseos y derechos de las provincias del Sur.

Repudió a la Junta, por no representar sino a la provincia de Santiago, y se nombró una segunda, formada por un delegado de cada una de las tres provincias.

El primer acto de esta Junta fué nombrar director provisorio al general D. Ramón Freire, mientras se reunía un Congreso Constituyente.

2.º *Datos biográficos.* — Era éste un hombre joven que había nacido en Santiago en 1787, y que empezó su vida con la profesión de comerciante.

Declarada la revolución de la Independencia, se enroló como cadete de los Dragones de la Frontera, y a poco comenzó su carrera de combatiente, distinguiéndose por su valor en casi todos los combates que se sucedieron hasta la batalla de Maipú.

Nombrado intendente de Concepción en 1819, peleó contra Benavides y contra los araucanos, ocupándose, a la vez, de la organización de la provincia.

En este puesto lo sorprendió el movimiento político que de un extremo a otro de la República trabajaba por la destitución de O'Higgins; y Freire, sin otro impulso que el de su acendrado patriotismo, se adhirió a él, haciéndose su caudillo.

Como militar, era una figura descollante; pero carecía de ilustración y, por ende, de la necesaria preparación para dirigir un país que se hallaba en plena formación.

Con todo, en esos momentos era la de Freire la mejor elección que se podía hacer, porque, aún por algún tiempo, las armas tendrían un papel preponderante en la vida del país, que no se hallaba libre todavía del enemigo ni de las conmociones internas.

Freire era patriota, noble, generoso y sin ambiciones personales; por eso, su persona no despertaba odios, sino simpatías.

3.° *Sus asesores.* — Demostró su conocimiento de los hombres eligiendo primer ministro al ilustrado y progresista hombre público D. Mariano Egaña, y haciéndose asesorar por una Corporación llamada Senado Conservador, compuesta de nueve miembros, entre los cuales figuraban hombres de la talla de D. José Miguel Infante y D. Camilo Henríquez.

Muchas cosas buenas se propuso este Gobierno; pero la única que hizo efectiva, y que vale por todas, fué la definitiva libertad de los esclavos, que el primer Congreso chileno (1811) había establecido sólo para los que nacían en Chile y para los que, en tal condición, llegaran al país.

4.° *Elecciones.* — Lo que muy luego apasionó los ánimos, a pesar de la pobre experiencia que sobre ello había, fué la elección del próximo Congreso, la que se

llevó a buen término y dentro de la más absoluta libertad.

El acto primero de esta Asamblea fué nombrar a Freire Director Supremo en propiedad, y luego se dedicó a sancionar la nueva Constitución, que debía ser la cuarta de la República, si se tenía por tal la que se dictó en 1812. Se la llamó Constitución del año 23.

5.° *Constitución del año 23.*—Fué redactada por D. Juan Egaña, y establecía los mismos poderes que hoy nos rigen: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. La Cámara de Senadores funcionaba permanentemente, y la de Diputados, sólo cuando se la convocaba. El sistema de elecciones que establecía era muy deficiente, y muy grande la restricción a la libertad de prensa. Entraba en muchos detalles, y reglamentaba tanto la vida pública como la privada, pretendiendo amoldar el país a la Constitución, en vez de hacer lo contrario.

6.° *Situación económica.*—El aspecto más crítico de la situación con que el Gobierno de Freire se encontró fué el estado de las finanzas, que en 1823 arrojó un déficit de un millón de pesos, sin contar los 400.000 de los dividendos vencidos del servicio del empréstito de un millón de libras esterlinas contratadas por O'Higgins, y que no se había invertido todo en obras reproductivas. Esto daba lugar a graves preocupaciones, y en los precisos momentos en que la conquista de Chiloé debía acarrear nuevos gastos de difícil postergación.

Tan crítica fué la situación, que, entre otras medidas, Freire acordó el secuestro de los bienes del clero regular, promoviendo con esto un gran descontento, la separación del obispo D. Santiago Rodríguez Zorrilla y la retirada del país del vicario D. Juan Muzi, jefe de una Misión Apostólica que el Papa había enviado en 1824 con el objeto de normalizar la situación religiosa del país.

Las campañas de Chiloé vinieron a distraer al país con otras preocupaciones que calmaron por el momento

los ánimos; pero, muy luego, un nuevo Congreso derogó la Constitución del año 23, y, tras repetidos complots revolucionarios en las provincias y sesiones borrascosas, fué disuelto por Freire con la fuerza pública.

7.° *Abdicación de Freire.*—Vino en seguida un tercer Congreso, que sufrió la misma suerte, y Freire, viendo que los ánimos no se calmaban, y que en medio de esa anarquía no se podía hacer un gobierno fructífero, convocó una cuarta Asamblea, ante la cual depuso el mando. (1826.)

CAPITULO V

Campañas de Chiloé.

SUMARIO: 1.º Situación de Chiloé. — 2.º Quintanilla. — 3.º Preparativos de defensa. — 4.º Don Ramón Freire. — 5.º Primera campaña de Freire a Chiloé. — 6.º Segunda campaña de Freire.

1.º *Situación de Chiloé.* — Por su situación geográfica, Chiloé permaneció durante toda la colonia e independencia incomunicada con el centro del país. Su lejanía y carácter de isla, le imponían esta situación. De aquí que sólo tarde y mal fueran allí conocidos los sucesos que se desarrollaron en el país, y que para el Gobierno español, fuera esa isla una base secundaria de operaciones especialmente apropiada. Por eso Chiloé fué el último asiento del Gobierno español en Chile y el más fuerte baluarte de su política.

Los chilotes eran realistas de corazón y hubo que independizarlos a la fuerza. Como se recordará, fué en Chiloé donde Pareja organizó el ejército con que debía realizar la conquista de 1813.

El primer esfuerzo de la República para extender su dominio a Chiloé lo hizo el almirante Cochrane en febrero de 1820; pero con tan escasas fuerzas, que fracasó completamente.

2.º *Quintanilla.* — Gobernaba a Chilcé desde 1817, en nombre del Rey, el coronel D. Antonio Quintanilla y Santiago, militar distinguido y de una fidelidad al Rey a toda prueba. Toda su carrera la había hecho en Chile, desde que ingresó al ejército de Pareja en Concepción con el

grado de capitán, hasta que, a la cabeza del ejército realista, entró en Santiago con el grado de teniente coronel, después de la batalla de Rancagua.

Era un hombre de intachable moralidad, activo, inteligente y de gran valor personal. Siempre fué generoso y humano con los vencidos.

Después de la batalla de Chacabuco, se embarcó en Valparaíso con rumbo al Callao, desde donde fué enviado como gobernador a Chiloé.

Desde su llegada a la isla, con la actividad que le caracterizaba, comenzó a organizar la defensa, y en muy poco tiempo, con 400 fusiles que allí encontró, formó un batallón de milicianos.

La campaña fracasada de lord Cochrane fué para Quintanilla un aviso y, a la vez, un estímulo muy eficaz.

El virrey del Perú, no teniendo manera de auxiliar a Chiloé, como una compensación, decretó ascensos y un escudo de honor para los soldados que eran nacidos en Chiloé.

3.° *Preparativos de defensa.* — En previsión de una próxima tentativa del Gobierno de Chile para reconquistar la isla, Quintanilla intensificó el reclutamiento, aceptando en sus filas a todos los fugitivos de Valdivia y formando en Carelmapu un núcleo de tropa que puso al mando del comandante Bobadilla.

Abandonada de todos, la isla no podía sustentar un ejército regular, porque faltaba dinero, ropa y víveres. Tan escaso era todo, que llegó a faltar a Quintanilla el papel en que daba sus órdenes, y tuvo que escribirlas en los recortes de los libros y al dorso de las bulas pontificias.

En tan apremiante situación, tentó todos los medios y aprovechó todos los recursos. Licenció por períodos a las tropas, para volverlas a llamar; disminuyó los sueldos, hasta el punto de que un comandante de Cuerpo llegó a ganar 15 pesos mensuales; selló moneda, etc.

La situación de aislamiento en que Chiloé se hallaba se agravó en 1821 con la preponderancia marítima de Chile; pero era tal la necesidad de recursos en que el archipiélago se hallaba, que Quintanilla hizo reparar un buque viejo y en él aventuró al coronel Ballesteros con el encargo de llegar hasta el Perú en demanda de auxilios.

Después de muchas peripecias y de perder tres buques (que había tomado en el camino) en manos de los chilenos, Ballesteros regresó a Chiloé con algunos socorros en noviembre de 1822. Aunque pocos, fueron un precioso auxilio para la isla.

En noviembre de 1823, como resultado de la jira de un buque que había armado en corso, Quintanilla recibió otro contingente de dos buques con armas y municiones, que le permitieron reforzar su defensa.

Otro de sus buques corsarios, el *Quintanilla*, hizo también buenas presas, y, de esta suerte, la situación defensiva de la isla mejoró sensiblemente.

4.° *Don Ramón Freire.*—Correspondió al teniente general D. Ramón Freire, que gobernaba el país desde el 4 de abril de 1823, acometer la difícil empresa de anexar a la República el valioso baluarte de Chiloé, que era el único punto de apoyo que aun quedaba a España en nuestro territorio.

Era Freire un militar distinguido que, gracias a sus solos merecimientos, había logrado llegar hasta el más alto puesto de la República, puesto en el cual correspondió con creces a la confianza que en él depositó el país.

5.° *Primera campaña de Freire a Chiloé.*—Tan pronto como regresó del Perú el ejército expedicionario, comenzó Freire a organizar la expedición a Chiloé, y, reuniendo tropas sacadas de Valparaíso, Talcahuano y Valdivia, el 24 de marzo de 1824 llegó a la isla de Lacao, al norte de Chiloé.

Después de intimar rendición a Quintanilla, sin ob-

tener otro resultado que la más rotunda negativa, inició sus operaciones ofensivas, dividiendo su ejército (fuerte en 2.500 hombres) en dos fracciones. Al mando del bravo coronel Beauchef, envió la primera a Dalcahue, con el objeto de atacar por allí la retaguardia de Quintanilla, mientras él, con la segunda, lo atacaba de frente.

Fracasado Beauchef en su misión, por la fuerte resistencia que le opuso el general Ballesteros, se vió Freire obligado a reembarcarse para regresar al Norte, lo que realizó el 15 de abril.

6.° *Segunda campaña de Freire.* — Más de año y medio pasó sin que el Gobierno de Chile pudiera intentar de nuevo la conquista de Chiloé; pero llegó un momento en que esa operación se hizo ya impostergable. Se supo que el Perú estudiaba la manera de emprender esa campaña por su cuenta para apropiarse de esa provincia, y, ante tan grave peligro, fué forzoso resolverse a realizar una nueva expedición, a costa de cualquier sacrificio.

Así comenzaba el Perú a pagar el concurso generoso de Chile en la campaña de su independencia.

Con 100.000 pesos que Freire solicitó en préstamo de una Compañía comercial inglesa establecida en Chile, abordó la tarea de organizar el ejército expedicionario, y en siete buques de guerra y dos transportes — mandados por Blanco Encalada —, el 28 de noviembre de 1825 zarpaba de Valparaíso la expedición, que, con un batallón tomado en Valdivia, llegó a un efectivo de 2.500 hombres.

El 9 de enero, después de tomarse el fuerte Corona, la escuadra entraba a Puerto Inglés, y en la mañana del 10 comenzó el desembarco.

La primera operación fué tomar la batería de Balcatura, para inutilizar el fuerte de Agüi, y, conseguido esto por un destacamento, el ejército entero inició su

avance hacia San Carlos, mientras la escuadra, a velas desplegadas, entraba en la bahía de este puerto.

El ejército de Quintanilla, fuerte en 2.300 hombres, se aprestó para la defensa, y opuso su primera resistencia en la línea del fuerte Puquillihue.

Derrotado aquí, tomó nuevas posiciones en la cumbre de Bellavista — ya a las puertas de San Carlos (Ancud) —, de donde fué también desalojado, después de una porfiada resistencia, y obligado a retirarse en dirección a Castro. Esto ocurría el 14 de enero de 1826.

Forzado así Quintanilla por el curso de los sucesos y por las innumerables deserciones que inmediatamente comenzaron a producirse en su ejército, se vió obligado a capitular, solicitando ciertas condiciones, que le fueron generosamente otorgadas por Freire.

Pocos días después — el 19 de enero —, la capitulación se firmó en Tantauco, reconociéndose en ella que el archipiélago, con todas sus armas y pertrechos, pasaba a poder de los patriotas, y que los jefes y oficiales realistas podían con toda libertad retirarse a cualquier parte de Chile.

Con esto quedó definitivamente anexada a la República el último baluarte español en Suramérica.

CAPITULO VI

Cinco años de desgobierno.

SUMARIO: 1.º Don Manuel Blanco Encalada. — 2.º Cuestiones económicas. — 3.º Biografía de Blanco Encalada. — 4.º Gobierno de D. Francisco Antonio Pinto. — 5.º Constitución del año 28. — 6.º Otros gobiernos y revoluciones. — 7.º Congreso de Plenipotenciarios. — 8.º Nueva revolución.

1.º *Don Manuel Blanco Encalada.* — Aceptada la renuncia de Freire, el Congreso procedió a elegirle sucesor, saliendo designado, por mayoría de votos, el vicealmirante D. Manuel Blanco Encalada. Como vicepresidente fué elegido D. Agustín Eyzaguirre.

Estos gobernantes prestaron el juramento de estilo el 9 de julio de 1826.

2.º *Cuestión económica.* — Aunque la pacificación del país no estaba aún terminada, pues seguían en actividad las indiadas y las partidas de Pincheira y Pico, y aun cuando las agitaciones políticas entrababan funestamente la administración pública, ésta se realizaba con tanta honradez y patriotismo, que las escasas rentas públicas bastaban para satisfacer las más premiosas necesidades, y aun hubo un quinquenio en que sobraron 54.000 pesos.

Merece recordarse el primer ensayo que en Chile se hizo para establecer el impuesto sobre el capital. Lo intentó el ministro D. Diego J. Benavente, en 1824; pero no logró que los habitantes hicieran una declaración de sus haberes.

También se intentó crear un Banco por acciones, sin llegar a ningún resultado, porque el público no prestó su cooperación.

Esfuerzos de todas clases se hicieron para impulsar las industrias y la minería; pero la falta de educación y espíritu de empresa los hizo fracasar todos.

Este fué el momento en que se hizo cargo del Gobierno D. Manuel Blanco Encalada.

3.º *Biografía de Blanco Encalada.* — Chile no era sino su patria de adopción. Había nacido en Buenos Aires, en 1790. Sus padres fueron el oidor D. Lorenzo Blanco Cicerón y D.ª Mercedes Calvo de Encalada, acaudalada dama chilena, hija del marqués de Villapalma y Saudín.

Educado en España, se inició en la carrera de marino, llegando al grado de alférez de Marina y trasladándose en seguida a América en calidad de ayudante del jefe del apostadero del Callao (1808). Sospechoso de simpatizar con la causa patriota de Chile, se le hizo volver a España en 1811; pero logró regresar a Montevideo, desde donde se fugó, llegando a Chile en marzo de 1813, en los momentos en que Pareja iba a desembarcar en Talcahuano.

Con el grado de capitán de Artillería, tomó el mando accidental de esta Arma; en agosto ascendió a sargento mayor; tomó parte en varias acciones de guerra, entre ellas en Cancha Rayada y en Maipú, y, en premio de su valor, fué ascendido a teniente coronel el 14 de abril de 1818.

Cuando se trató de organizar la primera escuadra nacional, O'Higgins lo trasladó a la Marina, donde, en premio de sus valiosos servicios, llegó al grado de vicealmirante.

Este era el hombre en que se había pensado para regir los destinos del país; pero el borrascoso estado de la política no le permitió sostenerse en el Gobierno sino dos meses.

Fué designado en su lugar el vicepresidente, don Agustín Eyzaguirre, quien tampoco logró mantenerse mucho tiempo en el Poder. A los cinco meses era reemplazado por D. Ramón Freire, el cual también cayó a los tres meses.

4.° *Gobierno de D. Francisco Antonio Pinto.* — El vicepresidente, que era D. Francisco Antonio Pinto, entró a reemplazar a Freire. Era Pinto un distinguido militar, que a la vez había hecho un airoso papel como diplomático en Londres y Buenos Aires y como ministro durante la dictadura de Freire. Para su época, era un hombre de bastante preparación, pues a su título de abogado unía la ilustración que le habían dado sus viajes por el extranjero y el ambiente culto en que había actuado.

Su primera reforma fué suspender el régimen federal que el Congreso de 1826 había establecido, siguiendo las exageradas ideas de D. José Miguel Infante, partidario decidido del sistema de gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica. Este hombre tenaz trabajó para copiar ese régimen de gobierno, cambiando sólo el nombre de los Estados.

El gobierno de Pinto fué fecundo en obras de cultura y de progreso. Fundó escuelas y colegios, trabajó con fruto en el mejoramiento de la administración de las rentas nacionales, y en toda ocasión se mostró respetuoso de las leyes y del Poder Legislativo.

Durante su administración llegó a Chile uno de los más ilustres extranjeros que hayan servido al país: don Andrés Bello.

El escollo más grande de su gobierno fué la anarquía y las rivalidades políticas, que no pudo hacer desaparecer, a pesar de su actitud imparcial y prescindente.

5.° *Constitución del año 28.* — El Congreso de 1828, en que triunfaron los liberales, dictó una Constitución amoldada a las prácticas de los pueblos más adelantados;

pero no logró evitar que estallara en 1829 una revolución, encabezada por el general D. Joaquín Prieto.

6.° *Otros Gobiernos y revoluciones.*—Como consecuencia de esta revuelta, se libró una batalla, que quedó indecisa, en los campos de Ochagavía, al sur de Santiago, y se llegó a un arreglo por el cual se convenía en que el general Freire volvería al Gobierno. Sin embargo, no fué esto lo que ocurrió, sino que el general Prieto ocupó a Santiago y se constituyó una Junta Provisoria de Gobierno.

7.°. *Congreso de Plenipotenciarios.*—El 9 y 10 de febrero de 1830, bajo la presidencia de D. Fernando Errázuriz, se constituyó el Congreso de Plenipotenciarios, formado «por seis plenipotenciarios de los nombrados por esquelas, y que se hallaban presentes en Santiago», y en sesión de 17 del mismo mes, procedió al nombramiento de presidente y vicepresidente de la República, resultando elegido para el primer puesto don Francisco Ruiz Tagle, y para el segundo, D. José Tomás Ovalle.

Presionado por los conservadores, el primero renunció al mando el 31 de marzo, y el 1 de abril asumió la presidencia el vicepresidente, Sr. Ovalle.

8.° *Nueva revolución.*—Tampoco con esto se tranquilizó el país. Como era éste un Gobierno conservador, los liberales, a su vez, quedaron descontentos, y de aquí surgió una nueva revolución, en que el general Freire presentó batalla cerca de Talca al general Prieto, que mandaba las fuerzas conservadoras. Esta fué la que se llamó batalla de Lircay, y se libró el 15 de abril de 1830.

El triunfo favoreció a los conservadores; pero a costa de mucha sangre, porque allí cayeron cerca de dos mil chilenos en guerra fratricida. No contentos con esto, los vencedores se ensañaron con los vencidos, como ocurre siempre en las guerras civiles, en que el odio

parece tomar mayores alas. Esto es lo que hace que no haya nada más funesto que las guerras civiles.

Como consecuencia de esta derrota, Freire fué reducido a prisión en Santiago y luego desterrado del país, terminando así su vida política. Fué una de las figuras más simpáticas de la revolución y uno de los patriotas más dignos de nuestro agradecido recuerdo. El pueblo lo levantó una estatua en la Alameda de las Delicias.

CAPITULO VII

Otros gobiernos.

SUMARIO: 1.º Elección de D. Joaquín Prieto. — 2.º Biografía de Prieto. — 3.º Don Diego Portales. — 4.º Gabinete de Prieto. — 5.º La Junta de Beneficencia. — 6.º Conflicto eclesiástico. — 7.º Mineral de Chañarcillo. — 8.º El Instituto Nacional. — 9.º Don Andrés Bello. — 10. Don Claudio Gay.

1.º *Elección de D. Joaquín Prieto.* — El pequeño Congreso de Plenipotenciarios había desarrollado una labor intensa influyendo decisivamente en el gobierno del país y dándole la energía y amplios poderes que juzgó indispensables para hacer frente a la tormentosa situación por que se atravesaba. Duró quince meses en el ejercicio de sus funciones.

Fué reemplazado por el Congreso Legislador, que se inauguró el 1 de junio de 1831, con 16 senadores y 56 diputados, elegidos en forma constitucional.

Ya las elecciones de presidente y vicepresidente se habían producido con el resultado de dar, por gran mayoría de votos, el primer puesto al general D. Joaquín Prieto, y el segundo, al distinguido político conservador D. Diego Portales.

2.º *Don Joaquín Prieto.* — Era éste un hombre de grandes merecimientos, que se había ganado la estimación y gratitud del país luchando valiente y abnegadamente por la santa causa de nuestra libertad.

Fué uno de los primeros en formar en las filas de los revolucionarios de 1810, y desde esa época, hasta

octubre de 1821, en que, como general en jefe, derrotó en las Vegas de Saldías al intrépido y temible Benavides, no claudicó en ningún momento de sus nobles sentimientos, ni de su amor a la patria. Se halló en las batallas de Talcahuano, Concepción, Roble, Quecheregas y Chacabuco, y ya antes había figurado en la expedición que el Gobierno de Chile había enviado a Buenos Aires en 1811. En la tarea de organizar el ejército de la independencia, prestó también valiosos servicios, y, como comandante general de Armas de Santiago, en pocos días organizó una división de reserva, que llegó a los campos de Maipú en los momentos en que se decidía la batalla.

Políticamente, cooperó con entusiasmo y eficiencia en la tarea de O'Higgins, de quien era sincero amigo; figuró en el Senado Conservador en 1823; en las Asambleas de los años 24 y 28, y en el Senado de 1829, conquistándose en estas labores arraigadas simpatías por su actitud tranquila, reservada y prudente.

Tenía cuarenta años cuando el Gobierno (a fines de 1828) le encargó reemplazar interinamente al general Borgoño en la dirección de la campaña que se libraba contra los terribles bandidos capitaneados por los hermanos Pincheiras, y allí se hallaba cuando se produjo la elección del presidente Freire, en la cual le cupo la segunda mayoría para el puesto de vicepresidente. Su personalidad se destacaba ya para el mando supremo.

Tomó parte en la revolución de 1829 mandando las fuerzas del Sur, que se batieron en Ochagavía contra las que mandaba el general Lastra, y en 1830 (17 de abril) batió en Lircay a las tropas que mandaba el general Freire.

Privadamente, era un hombre de conducta intachable, y se hallaba casado con una distinguida dama argentina llamada D.ª Manuela Narries.

3.º *Don Diego Portales.* — Este, que puede considerarse como el más eminente de los políticos y estadistas

chilenos, fué hijo de una familia distinguida; pero no alcanzó una escogida educación, porque su carácter independiente y travieso no le permitió, como niño, dedicarse al estudio. Nació en Santiago en 1793, y la revolución del año 10 no le contó en sus filas, tanto por su juventud, cuanto por ser aún, en esos momentos, un anónimo en cuyo brillante porvenir nadie, ni aun él mismo, podía pensar. Llegó a la edad de treinta años sin llamar la atención, dedicado exclusivamente a las tareas de comerciante.

Tocó la suerte de que llegara a ser gerente de la Casa Portales Cea y Compañía, en los momentos en que esta firma comercial tuvo algunas dificultades con el Gobierno del general Freire por no haber cumplido el compromiso de cubrir los dividendos del empréstito inglés, de acuerdo con el contrato en que se le concedía el monopolio del estanco y otros artículos.

Entremetida la política en este negocio, Portales se vió arrastrado a intervenir en ella, y así fué como, por un incidente, llegó a figurar en una actividad ajena a su profesión, y en la cual había de levantarse a tan gran altura.

Muy luego tuvo a su alrededor un gran número de partidarios de cierto prestigio, a quienes sus adversarios políticos designaron con el nombre de «Partido del Estanco».

Aunque su escasa preparación no le daba títulos para entregarse a la profesión de periodista, fundó un periódico, que llamó *El Hambriento*, y que él mismo redactó con tanto talento, gracia e ironía, que le dió pronto popularidad y gran número de lectores.

Cuando, en 1828, el partido conservador inició su resistencia contra las tendencias del partido liberal, halló en el periódico de Portales un firme sostenedor que, con sus burlas y sátiras, ocasionó serias molestias a sus adversarios.

Llamado al Gobierno en 1829 para ocupar la cartera del Interior y Relaciones y la de Guerra, se desempeñó con tanto acierto, actividad y energía, que llegó a ser el alma de la Administración pública.

Como había apoyado a Prieto, cuando éste llegó a Santiago, el prestigio de Portales se acrecentó notablemente, y su influencia sobre Ovalle se hizo decisiva.

Donde habían fracasado hombres de vasta ilustración, como Egaña e Infante, y prudentes como Prieto y Mora, estaba llamado a triunfar uno de escasos conocimientos, pero de gran energía y rectitud y clarísimo talento.

Cometió algunas arbitrariedades e injusticias, como la de separar a todos los oficiales que habían apoyado al Gobierno anterior, el mismo día en que se ganaba la batalla de Lircay, incluyendo hombres como Pinto y Las Heras, a quienes separó del ejército, y a Freire, a quien desterró; pero si eran medidas de exagerado rigor, las circunstancias, hasta cierto punto, las justificaban, porque se hacía indispensable matar la simiente de las revoluciones. ¡Quién sabe hasta qué punto no deba Chile a Portales su vida de orden y de respeto a las leyes!

Dió, además, gran importancia a la organización del ejército, y fundó la Academia Militar. (1832.)

Luchó sin antifaz por la preponderancia de su partido, haciendo franca guerra al partido liberal. Un hombre así, no podía menos que despertar hondas animosidades y deseos de desquite que, germinando calladamente, tenían al fin que herirlo con su estallido. Bien lo comprendió él; pero no conocía el temor, y siguió impertérrito en lo que consideraba un deber de buen patriota.

Hizo la obra de varios hombres, y, como ningún gobernante, se impuso a la consideración o al temor de sus conciudadanos.

4.° *Gabinete de Prieto.* — Animado del mejor espíri-

tu, llegó Prieto a la Presidencia. Este espíritu, y la modestia que lo caracterizaba, se reflejan en las siguientes palabras con que recibió al Gabinete: «En mí no encontraréis ciencia, señores; pero sí honradez, patriotismo y un decidido deseo de hacer el bien.»

Con el advenimiento de Prieto, el Ministerio no sufrió cambio alguno. Siguió D. Ramón Errázuriz a cargo de la cartera del Interior y Relaciones Exteriores, y Don Manuel Rengifo a cargo de la de Hacienda.

A D. Diego Portales le otorgó una licencia, junto con el nombramiento de ministro de la Guerra.

Errázuriz era un hombre nuevo en la política. Dedicado al comercio y a los viajes, había permanecido mucho tiempo en España, manteniéndose siempre alejado de la cosa pública. Por sus ideas, su educación y sus relaciones sociales y parentesco, era uno de los miembros más caracterizados del partido conservador.

Con su llegada al Gobierno, ningún cambio esencial se produjo en la Administración. En lo posible, se respetó lo que existía, tratando sólo de encauzar más al Gobierno dentro de los principios de la Constitución del 28, aun cuando existía la impresión de que ella no correspondía del todo a la situación ni a las aspiraciones del país

Por esto, apenas el Congreso dictó la ley que convocaba la gran Convención encargada de reformarla, el ministro del Interior se apresuró a promulgarla.

5.° *La Junta de Beneficencia.*—Ligó Errázuriz su nombre a una obra de bondad que merece ser recordada: la organización de los Institutos de beneficencia y salud pública. Estableció una Junta Central en Santiago, y Juntas provinciales encargadas de la vigilancia de los establecimientos de beneficencia, conventos, cuarteles, cárceles, colegios, etc., y de observar el estado de salubridad de las ciudades, proponiendo las medidas que creyeran pertinentes.

La Junta se organizó rápidamente, dividiéndose en cinco secciones, que fueron: 1.ª, educación y culto; 2.ª, hospitales y cementerios; 3.ª, casas de expósitos, cárceles, cuarteles y conventos; 4.ª, policía de salubridad, comodidad y ornato, y 5.ª, agricultura, industria y comercio.

Muy poco tiempo después se estrenó ya esta institución con el ímprobo trabajo que le significó la lucha contra una violenta epidemia de escarlatina anginosa, que azotó al país a fines de 1831.

Muchos y muy grandes fueron los servicios que prestó y sigue prestando al país esa hermosa institución de caridad.

6.° *Conflicto eclesiástico.*—Un incidente, al parecer sin importancia, fué causa de que se produjera una desinteligencia, y luego un cisma, entre el ministro Errázuriz y el partido conservador, a que pertenecía.

El obispo de Ceram (vicario apostólico de Santiago) nombró provisor y vicario general, sin consentimiento del Cabildo eclesiástico, y, con este motivo, se formó una cuestión de competencia, por la cual el Cabildo entabló recurso de fuerza (el vicario le había impuesto precepto de obediencia) ante la corte suprema de Justicia, y, en oposición, el vicario acudió al Gobierno, para que lo hiciera respetar.

El asunto se complicó con la obstinación del Cabildo, y en el mismo Gabinete se produjo una división, fomentada por Portales, que, aunque se hallaba en Valparaíso, era aún ministro titular de Guerra, y con este motivo, aunque Errázuriz triunfó, presentó su dimisión.

Retirado del Ministerio, formó con sus amigos y parientes una rama separada del partido conservador que, tomando cuerpo poco a poco, recibió en 1835 el nombre de «Partido filopolita».

Sucedió a Errázuriz D. Joaquín Tocornal.

7.° *Mineral de Chañarcillo.*—Se trabajaba en equi-

librar las finanzas, que poco a poco produjeron un déficit que en 1833 llegó a 359.405 pesos, cuando cundió la noticia de haberse descubierto en Copiapó, en el lugar llamado Chañarcillo, un rico venero de plata que prometía, junto con el incremento de la agricultura en el Sur, una nueva era de bienestar económico.

Una nueva riqueza era lo que se descubría, porque hasta entonces sólo el oro y el cobre habían constituído en Chile una fuente de recursos importante. La plata ocupaba sólo un lugar muy secundario en nuestra riqueza minera.

8.° *El Instituto Nacional.* — Fundado durante el gobierno de Carrera, en 1813, fué clausurado al año siguiente y reabierto por O'Higgins en 1818.

El movimiento impreso a la instrucción durante el gobierno de Prieto continuó durante el de Ovalle, y, con él, la paulatina evolución hacia una más acertada organización y más completo plan de estudios.

El Instituto nació incorporado al Seminario Conciliar de Santiago (como lo estaba la Universidad de San Felipe). Tenía, en 1830, 348 alumnos, a pesar de no ser el único colegio que en Santiago ofrecía la instrucción superior y científica. Entre varios otros, estaba el Liceo de Chile, fundado por D. José Joaquín Mora, y el Colegio de Santiago, que funcionaba con un cuerpo de profesores que Mr. Chapuis había contratado en Europa.

Una ley de 4 de octubre de 1834 separó al Instituto del Seminario, disponiendo que éste se organizara según las disposiciones del Concilio de Trento.

El cuerpo de profesores de esa época contaba con hombres de la talla de Bello (D. Andrés), Gorbea, Mora, Miguel Varas, Ventura, Marín y otros.

9.° *Don Andrés Bello.* — Entre todos, el más distinguido fué D. Andrés Bello, ilustre venezolano que en 1829 llegó a Chile sin otra fortuna ni recomendación que su vasta ilustración y su gran talento. Se hizo

cargo del Colegio de Santiago, recién fundado, y en él inició su obra fecunda de educación y de cultura que le granjeó la gratitud de Chile y el aplauso y respeto del mundo entero.

Dejó ligado su nombre al desarrollo de nuestra instrucción, como sabio maestro y literato; pero su obra capital fué la redacción de nuestro Código civil, que figura como uno de los más sabios, y que ha servido de modelo a varios países americanos.

La fama de Bello, traspasando nuestras fronteras, llegó a Europa, donde se le considera entre las grandes figuras de la Humanidad.

Dejó una obra de quince grandes volúmenes, en que hay hermosas poesías; una gramática castellana, que le dió a conocer como gran filólogo; un tratado de Derecho internacional muy conocido; proyectos de Código civil, Filosofía del entendimiento, opúsculos científicos, etcétera, etc.

Chile, agradecido, le levantó una estatua, y su patria de origen le recuerda con orgullo.

Fundó aquí una distinguida familia que venera su nombre.

10. *Don Claudio Gay.* — Otro hombre famoso que prestó a Chile imponderables servicios fué el sabio francés D. Claudio Gay, que llegó al país entre los profesores que trajo el Sr. Chapuis en 1826.

Comisionado por el Gobierno de Ovalle, emprendió un viaje científico que había de dar por fruto la obra famosa llamada *Historia de Chile,* que en veintiocho voluminosos tomos trata de zoología, agricultura, botánica e historia de nuestro país.

Para preparar esta obra, celebró con el Gobierno un contrato por el cual se obligó a emprender por todo el territorio un viaje de tres años y medio, con el fin de recoger todos los datos y antecedentes que su trabajo requería. También se obligó a formar un gabinete de

Historia Natural con las producciones del suelo, y un catálogo de sus aguas minerales, analizadas químicamente. Garantizaba esta obligación, con su biblioteca y sus colecciones de dibujos de Historia Natural. En cambio, el Gobierno se comprometía a pagarle un sueldo de 125 pesos mensuales y a darle al término de su trabajo una gratificación mínima de 3.000 pesos, y algunas facilidades.

Como se ve, no era un negocio lo que el sabio naturalista hacía, sino requerir un auxilio que le permitiera realizar la gran obra a que le llamaba su vasta ilustración y su amor a la ciencia. Correspondió a Portales firmar el contrato.

CAPITULO VIII

Régimen de autoridad.

§ I

Hasta la campaña del año 37.

SUMARIO: 1.° Constitución del año 33. — 2.° Disensiones internas. — 3.° Portales, en Valparaíso. — 4.° El partido filopolita. — 5.° Portales vuelve al Gobierno. — 6.° Rengifo y Tocornal. 7.° Reorganización de la Marina. — 8.° Reelección de Prieto. — 9.° Cuestiones peruanas. — 10. Gamarra. — 11. Santa Cruz. — 12. Invasión del Perú. — 13. Se prepara una expedición a Chile. 14. Expedición de Freire a Chiloé.

1.° *Constitución del año 33.* — El origen de esta Constitución, que con ligeras modificaciones es la que aún hoy nos rige, hay que buscarlo en los albores de nuestra independencia, en el reglamento Provisorio de 1811, en la Convención del 12 de enero de 1812, en el Reglamento Constitucional Provisorio de 27 de octubre de 1812, en el Gobierno Provisorio de 17 de marzo de 1814, y, posteriormente, en las sucesivas Constituciones de 1818, 1822, 1823 y 1828.

Esta última prescribía, en su artículo 133, que en 1836 convocaría el Congreso una nueva Convención con el exclusivo fin de reformarla o adicionarla, estableciendo en la ley el procedimiento, el número de miembros y demás circunstancias que deberían concurrir para efectuar la reforma.

Pero triunfante el partido conservador en la jornada

de Lircay (1830), creyó indispensable derogar pronto la Constitución del año 28, que sólo regía nominalmente, porque se la había violado en cien ocasiones, y, al efecto, dictó la ley de 10 de octubre de 1831, con el objeto de anticipar la fecha fijada para reformarla, disponiendo que la Convención se reuniera a la *brevedad posible.*

Dando a esta ley cumplimiento en todas sus partes, la Convención se reunió en octubre de 1831 (cinco años antes de la fecha originalmente fijada), y procedió a elaborar el proyecto de la que hasta hoy nos rige.

Esta Constitución, obra casi exclusiva de D. Mariano Egaña, uno de los miembros más prestigiosos del partido conservador, fué jurada y proclamada el 25 de mayo de 1833.

Era casi la antítesis de la Constitución anterior, y organizó la República sobre la base de un gobierno esencialmente unitario y centralizador.

Esta es la Constitución que hasta ahora está en vigor, con las solas ligeras modificaciones que le han introducido las reformas de 1871, 1873, 1874 (dos en este año), 1882, 1888, etc.

Bajo el imperio de esta ley fundamental, la República ha hecho el camino de casi un siglo de no interrumpido progreso, conquistándose un puesto prominente entre las naciones americanas. En no despreciable grado han contribuído, sí, sus hábitos de orden, espíritu de trabajo y respeto a las leyes.

2.° *Disensiones internas.*—Coincidió más o menos con la promulgación de la Constitución, el descubrimiento y sofocación de varios intentos revolucionarios que tuvieron por resultado la prisión y el destierro de algunos cabecillas.

No han faltado quienes hayan visto en estos intentos un resultado de la aprobación de la Constitución; pero eso es desconocer que ellos se venían preparando con mucha anticipación, y que, hasta cierto punto, eran la

consecuencia lógica del estado interno de la República, y del encono a que lo habían llevado las divergencias políticas. Los derrotados no se resignan fácilmente a verse suplantados y relegados a una situación subalterna.

Difícil habría sido para el Gobierno mantener el orden y la tranquilidad si la Constitución no le hubiera otorgado el derecho a declarar el estado de sitio, y si la ley de 31 de agosto de 1833, no lo hubiera investido de facultades extraordinarias.

3.º *Portales, en Valparaíso.* — Portales, que se había separado del Gobierno, tan pronto como el general Prieto fué elegido presidente, se retiró a Valparaíso con el objeto — según su propia declaración — «de apartarse del centro de los asuntos públicos y vivir siquiera fuese en una insulsa tranquilidad». Pero no podía darse un propósito más ilusorio. Rodeado de enemigos que deseaban su ruina y de amigos que lo consideraban y lo consultaban constantemente, e impulsado, además, por sus propias inclinaciones, una prescindencia absoluta le era imposible. Desde su gabinete de comerciante continuaba, pues, interviniendo, ya con su pluma de periodista, ya con su consejo de avezado político y hábil estadista.

En octubre del año 32, el Gobierno le encargó la organización de las fuerzas cívicas de Valparaíso, nombrándole comandante en comisión, y tanto celo y actividad gastó en ese trabajo, que a los pocos meses contaba con una unidad combinada, perfectamente instruída y de una fuerza de 1.500 hombres.

Nombrado en ese mismo año gobernador de Valparaíso, se vió forzado a aceptar el puesto por no hallar otro a su gusto que lo reemplazara, y muy pronto en todas las ramas de la Administración se hizo notar la influencia de su actividad y energía. Aunque en un puesto relativamente subalterno, siguió siendo consultado por los ministros y considerado como el caudillo

del partido conservador, de muchos respetado y de los demás temido.

Después de varias tentativas, logró que el Gobierno le aceptara la renuncia de su puesto, en noviembre de 1832, y se retiró al campo, a su hacienda «El Rayado», en Ligua.

4.º *El partido filopolita.* — Durante su permanencia en el campo, se acentuó en Santiago el cisma del partido conservador que había engendrado Errázuriz, culminando con la publicación de un periódico llamado *El Filopolita,* que apareció como órgano del nuevo partido. Para combatir a éste, los conservadores lanzaron otro, llamado *El Farol,* y la polémica se entabló dura y mordaz.

Por este tiempo, el Gobierno presentó al Congreso un proyecto del ley del que se debe tomar nota, por haber sido el primer intento de Chile para producir un acercamiento con España. Terminaba proponiendo, entre otras, la siguiente resolución: «Que el Congreso concurra con el Gobierno en la medida de entablar negociaciones con España.»

Se perseguía llegar a un acuerdo, para que España reconociera la independencia de Chile.

El proyecto fué rudamente atacado por *El Filopolita;* pero defendido, a la vez con calor, por uno de los miembros del partido que ese periódico representaba, por D. Diego Benavente, el proyecto fué aprobado.

5.º *Portales vuelve al Gobierno.* — Portales, entretanto, por más que sus amigos lo desearan, no daba señales de vida; pero cuando supo que en el Consejo de Estado se había pedido el pase para el proyecto de ley que daba de alta a los militares por él depuestos después de Lircay, no resistió más; partió para Valparaíso, y de allí se dirigió a Santiago, donde, aun antes que su nombramiento saliera a luz, se hizo cargo del Ministerio de Guerra. Ya estaba de nuevo en la brecha el

incansable luchador, y los acontecimientos tenían que tomar un nuevo giro.

Es forzoso creer que para que Prieto diera el paso de nombrar ministro a Portales, hiriendo los intereses del partido filopolita con el cual tenía tantas vinculaciones, debía temer mucho contar entre sus enemigos al valiente caudillo del partido conservador, tanto más, si se piensa en que este nombramiento era casi incompatible con la permanencia de Rengifo (a quien estimaba sinceramente) en el Ministerio de Hacienda.

6.° *Rengifo y Tocornal.* — En efecto: Rengifo renunció, fundándose en motivos de salud, viéndose así el país privado del valioso concurso de ese ciudadano activo y talentoso, que durante tanto tiempo había colaborado con acierto en las tareas del gobierno.

Para reemplazar a Rengifo se nombró a D. Joaquín Tocornal, quien, viendo la pesada tarea que le iban a significar los Ministerios del Interior y Relaciones, cuando ya se venían encima las próximas elecciones, la renunció en favor de Portales, quedando él sólo con la de Hacienda.

En estos momentos empezaba a hacerse también muy difícil el Ministerio de Relaciones, porque las relaciones con el Perú se sentían muy tirantes.

7.° *Reorganización de la Marina.* — Portales abordó de frente el problema, empezando por reorganizar la marina de guerra y mercante, que se hallaban completamente abandonadas. Por ley de 16 de agosto de 1836, el Gobierno quedó autorizado para reforzar la marina de guerra con dos fragatas, dos corbetas, un bergantín y una goleta, facultándole también para levantar un empréstito de 400.000 pesos.

Una ley de 28 de julio del mismo año organizaba la marina mercante.

8.° *Reelección de Prieto.* — Cumpliendo con la prescripción constitucional, el 25 de junio de 1836 se proce-

dió a las elecciones de primer grado, para designar electores, y el 25 de julio se practicó la elección.

Hecho por las Cámaras el escrutinio, resultaron 143 votos por el presidente Prieto, 11 por D. José Miguel Infante, y varios otros dispersos.

En consecuencia, en oficio de 30 de agosto, el Congreso comunicó al general Prieto que acababa de ser proclamado presidente de la República por un nuevo período.

9.° *Cuestiones peruanas.*—Si graves habían sido las preocupaciones de Prieto durante su primer período para mantener el equilibrio interior, mayores iban a ser las del segundo, para sostener en buen pie nuestras relaciones exteriores.

El Perú se agitaba, desde hacía algunos años, en convulsiones revolucionarias. Gamarra, subido al Poder en 1829, fué reemplazado por Orbegoso en 1833; pero apenas perdida la Presidencia, comenzó a conspirar.

Con su vida licenciosa, Orbegoso dió motivo a ciertos descontentos, y de esta oportunidad se aprovechó un joven general, impetuoso, valiente y ambicioso, D. Felipe Salaverry, para alzar el estandarte de la rebelión.

Orbegoso huyó al Sur, y Salaverry, entrando en Lima, organizó el Gobierno. La guerra civil comenzó inmediatamente.

A mediados de mayo, Salaverry era dueño de casi todo el Perú, excepción hecha de Arequipa, donde Orbegoso se mantenía con escasa tropa, gracias al apoyo moral que se supone le prestaba el presidente boliviano, Santa Cruz, que se hallaba cerca de la frontera con un buen ejército.

Por ese tiempo, Chile firmaba con el Perú un Tratado comercial que fué ratificado con júbilo por Salaverry, y nada parecía anunciar un próximo trastorno de nuestras relaciones. (Julio de 1835.)

10. *Gamarra.*—Pero un tercer actor vino a complicar el drama del Perú. Gamarra, después de haberse pues-

to de acuerdo con Santa Cruz, compañero antiguo, que casi al mismo tiempo que él había subido a la Presidencia, apareció en los departamentos de Cuzco y Puno levantando los pueblos en nombre de un nuevo régimen de gobierno: la federación.

Gamarra era digno de Santa Cruz. Ambos eran ambiciosos y falsos, y, aparentando amistad, se odiaban y temían. Habían resuelto, sin embargo, proceder de consuno.

Hallándose a la cabeza de sus respectivas Repúblicas, estuvieron a punto de irse a las manos, conflicto que sólo se evitó gracias a la intervención de Chile. (1831.)

Ahora, los sueños de Santa Cruz estaban próximos a realizarse. Había lanzado a Gamarra a la hoguera de la revolución peruana, en tanto que él esperaba, detrás del Desaguadero (línea fronteriza), el momento de intervenir con su ejército, para conseguir la aspiración suprema de ver al Perú y Bolivia formando, bajo de su férula, una sola y fuerte nación.

Muy otra cosa era lo que deseaba Gamarra; pero, por el momento, había que ceder el paso a Santa Cruz, quien tenía la sartén por el mango.

Poco tiempo después de estos sucesos, Salaverry recibía la noticia de que Santa Cruz había invadido el país, y, ante ese nuevo gran peligro, entró en negociaciones con Gamarra, que ya había reunido un pequeño ejército. Gamarra aceptó gustoso la proposición de unirse a Salaverry; pero no lo hizo.

11. *Santa Cruz.* — El nuevo enemigo del Perú, Santa Cruz, era un boliviano (hijo de español y de una india boliviana) que durante diez años había combatido valientemente en las filas realistas, hasta que, derrotadas éstas por las fuerzas de San Martín, cayó prisionero. Tenía el grado de teniente.

Comprendiendo entonces que el porvenir de sus vastas ambiciones estaba en el lado patriota, ofreció sus servi-

cios a San Martín, e ingresó así a la causa revolucionaria con el grado de coronel.

Como miembro de este nuevo partido, se batió en Pichincha a las órdenes de Sucre, contribuyendo después a la exaltación del general Riva Agüero en el Perú; tomó luego el mando de una expedición al Alto Perú, donde, después de vencer al general Valdés de Zepita, emprendió una desastrosa retirada, y asistió, por fin, a la batalla de Junín como jefe del Estado Mayor del ejército.

En los trastornos que se produjeron para organizar el primer Gobierno del Perú, Santa Cruz logró ponerse a la cabeza del Consejo de Ministros que se encargó del Gobierno de ese país, y en este puesto dió el primer paso para incorporar Bolivia al Perú.

Elegido La Mar presidente del Perú, Santa Cruz fué enviado en misión diplomática a Chile, donde permanece, hasta que en 1828 fué elegido presidente de Bolivia.

Hizo un gobierno laborioso y de provecho, dedicándose especialmente a la organización del ejército, donde trató siempre de colocar en los grados altos a oficiales extranjeros para verse libre de traiciones.

Este es el momento en que le vemos aparecer en el escenario, en que a Chile va a corresponder un papel preponderante.

Para dar a sus actos apariencia de legalidad dentro y fuera del país, Santa Cruz consiguió del Congreso de su patria «la autorización necesaria para tomar todas las medidas que creyera convenientes, a fin de precaver los contagios del desorden y defender a la República de todas las agresiones...», y con el general Quirós, delegado de Orbegoso, firmó un Tratado por el cual se obligaba a «pasar al Perú con un ejército capaz de restablecer el orden alterado y pacificar completamente aquel país».

12. *Invasión del Perú.*—Con el pretexto de cumplir estos propósitos, Santa Cruz invadió el Perú a la cabe-

za de 5.000 hombres, y derrotó a Gamarra, que, tal vez por tentar fortuna, se le opuso con 4.000 hombres de tropas colecticias. Al saber esto Salaverry, le lanzó una declaración a muerte, a lo que Santa Cruz contestó poniendo a precio la cabeza del caudillo peruano.

Después de algunos combates en que Salaverry dió grandes pruebas de valor y energía, sin lograr la derrota de su adversario, se libró en el campo de Sacabaya un combate decisivo, en que todo el valor de Salaverry se estrelló impotente contra la capacidad militar y la superioridad numérica de Santa Cruz. Derrotado completamente (7 de noviembre de 1836), fué tomado prisionero, y, tras rápido proceso, ejecutado el 18 de febrero.

Quedó con esto todo el Perú en manos de Santa Cruz, que ya tocaba así la realización de sus sueños.

13. *Se prepara una expedición a Chile.* — A la sombra de los trastornos peruanos, y contando con el solapado apoyo del Gobierno, algunos emigrados chilenos, encabezados por Freire, tramaban, desde algún tiempo, una conspiración para equipar una expedición a Chile que pudiera cambiar el Gobierno, derrocando a Prieto, de quien se creían víctimas.

Por conducto del cónsul chileno, Lavalle, Chile tenía conocimiento de estos sucesos, y así supo, a mediados del año 35, que Freire había intentado apoderarse del bergantín *Aquiles,* que se hallaba en El Callao con motivo del canje del tratado de amistad y comercio celebrado entre Chile y el Perú.

14. *Expedición de Freire a Chiloé.* — Una de las importantes medidas de Santa Cruz fué declarar en desarme la escuadra peruana que había servido para trasladar las fuerzas de Salaverry, y, con este motivo, quedaron en El Callao dos buques (cuidados sólo por unos cuantos hombres, pero con su armamento), que parecieron a los emigrados chilenos especialmente aptos

para el proyecto que abrigaban: eran el bergantín *Orbegoso* y la fragata *Monteagudo*.

Dieron, pues, los pasos necesarios para fletarlos, con el objeto aparente de dedicarlos al comercio, y, conseguido esto, con una facilidad que demostraba la complicidad del Gobierno peruano, los pertrecharon aún más, los tripularon con marinos chilenos y, en la noche del 7 de julio, zarparon del Callao con rumbo a Chile.

Pocas horas después, el cónsul Lavalle despachaba la goleta *Flor de Mar,* famosa velera, para que, adelantándose a los conjurados, llevara a Chile la noticia. Lavalle consiguió sus propósitos, y el 26 de julio se entregaban en Valparaíso las comunicaciones en que daba detallados informes de la expedición de Freire.

El Gobierno de Chile tomó todas las medidas que le parecieron procedentes, declarando en estado de sitio las provincias en que tocara la expedición invasora, dando instrucciones al intendente Carvallo de Chiloé para que opusiera tenaz resistencia a los expedicionarios, reforzando a Valparaíso, etc., etc.

Freire adoptó el plan de posesionarse de Chiloé, y después de muchas peripecias, el 4 de agosto llegaba con el bergantín *Orbogoso* frente a la bahía de Ancud, enarbolando la bandera peruana. Se mantuvo allí a la vista del puerto, esperando a la fragata *Monteagudo,* y, como hasta el 8 no llegara, envió a la plaza un parlamentario, y después de algunos trámites consiguió la capitulación, a la que consintió Carvallo por carecer de fuerzas y recursos para resistir.

Freire desembarcó, y con grandes solemnidades se hizo cargo de la primera autoridad.

Entretanto, en la *Monteagudo,* que se había separado a causa de un temporal, tomó cuerpo una conspiración armada por los marineros chilenos para entregar la nave al Gobierno de Prieto, y el 1 de agosto, en la no-

che, sorprendieron en sus camarotes a los jefes, e hicieron rumbo a Valparaíso, donde fueron recibidos con grandes manifestaciones de regocijo.

Ante este giro de los acontecimientos, Portales concibió el feliz proyecto de aprovechar la misma fragata para derrotar a Freire, y equipándola convenientemente y poniendo a su bordo una compañía de línea, la envió a Chiloé, al mando del comandante D. Manuel Díaz.

Sorprendido Freire, emprendió la fuga y se embarcó en un ballenero francés; pero entregado por su capitán, fué conducido, en la misma *Monteagudo,* preso a Valparaíso.

El orden se restableció en Chiloé, y Carvallo reasumió su puesto.

Tal fué el término de la desgraciada aventura en que las pasiones políticas y los malos consejos precipitaron a uno de los ciudadanos más esclarecidos que ha tenido la República. Con el extravío de un momento, empañó su brillante hoja de servicios. Procesado, fué condenado a muerte por el consejo de guerra; pero la Corte Marcial redujo esta pena a sólo diez años de destierro.

Descontento el Gobierno de esto, que juzgó una transgresión de las leyes, hizo acusar ante la Corte Suprema a los ministros de la Corte Marcial, y antes de que aquélla se pronunciara, los separó de sus puestos. La Corte Suprema dictó fallo absolutorio.

Freire fué confinado a Sidney (Australia).

§ II

Campañas contra la Confederación Perú-Boliviana.

SUMARIO: 1.º Represalias de Chile contra el Perú. — 2.º El Congreso autoriza al Ejecutivo para declarar la guerra al Perú. — 3.º La escuadra chilena no es admitida en El Callao. — 4.º Egaña se retira declarando que el Perú podía considerar la guerra como declarada. — 5.º Facultades extraordinarias. — 6.º Movilización. — 7.º Complot contra Portales. — 8.º Asesinato de Portales. — 9.º Castigo de los criminales. — 10. Campaña de 1837. — 11. Tratado de Paucarpata. — 12. Enjuiciamiento de Blanco Encalada. — 13. Campaña de 1838. — 14. Batalla de Yungay. — 15. Restablecimiento del régimen constitucional.

1.º *Represalias de Chile contra el Perú.* — La expedición de Freire — salida del Callao con la indiscutible complacencia del Gobierno peruano — y las múltiples informaciones del cónsul Lavalle llevaron a Chile al convencimiento de que tenía en el Perú y en Santa Cruz enemigos solapados que era preciso contener a tiempo.

Para conseguirlo creyó el Gobierno, y especialmente Portales, que el mejor medio era tratar de reducir a sus más estrechos límites el poder de Santa Cruz, y que era necesario comenzar por destruír la escuadra de que se había valido para ayudar a Freire.

Con esté fin se dispuso, junto con despachar a la *Monteagudo* a Chiloé (13 de agosto), que el bergantín *Aquiles* y la goleta *Colocolo,* bien pertrechados, zarparan para el Perú al mando de D. Vicente Garrido con la misión de apoderarse de los buques peruanos donde los encontraran.

Era Garrido un súbdito español que se había con-

quistado la confianza del Gobierno por su don de gentes, sólido criterio y fecundidad de recursos. Aunque no estaba preparado para ninguna profesión, sirvió al país en los más variados puestos, desempeñando comisiones administrativas, militares y aun diplomáticas. Hasta como periodista se distinguió desempeñando el papel de principal redactor de *El Farol.*

Correspondiendo a la confianza que Portales depositó en él, Garrido se trasladó al Callao, donde llegó con sólo el bergantín *Aquiles* el 21 de agosto, y, procediendo con toda prudencia y habilidad, sin derramamiento alguno de sangre, se apoderó de la barca *Santa Cruz,* del bergantín *Arequipeño* y de la goleta *Peruviana.*

Indignado Santa Cruz, quiso tomar represalias contra el cónsul Lavalle y las propiedades de los chilenos; pero ante la enérgica actitud de Garrido tuvo que ceder; nombró al general Miller, que antes había servido en Chile, como mediador, y llegó a un acuerdo al que se dió forma en un convenio que fué ratificado por Santa Cruz.

Garrido visitó en seguida a Lima, y, por último, fué recibido por el protector Santa Cruz con toda amabilidad, el cual le expuso que tenía gran interés por la prosperidad de Chile y la estabilidad de su Gobierno.

El 2 de septiembre Garrido abandonó El Callao trayéndose los tres barcos que había capturado. Venía con él el encargado de Negocios de Bolivia, y un emisario con comunicaciones de Santa Cruz para el presidente de Chile, en las cuales trataba de sincerarse de los cargos que sobre él pesaban.

Prieto contestó diciendo que el Gobierno no podía ratificar el convenio firmado por Garrido, y anunciándole el envío de un plenipotenciario que expondría las miras del Gobierno.

Tanto Prieto como sus ministros, habían perdido por completo la confianza en Santa Cruz, y en todos sus ac-

tos no veían sino expedientes para retardar o encubrir sus malos propósitos.

2.° *El Congreso autoriza al Ejecutivo para declarar la guerra al Perú.* — Por esto, junto con contestar a Santa Cruz, el presidente Prieto solicitó del Congreso la autorización necesaria para declarar la guerra al Gobierno del Perú, si éste no le ofrecía reparaciones apropiadas a los agravios que había inferido a Chile.

Cumpliendo la promesa hecha a Santa Cruz, el 19 de octubre partió de Valparaíso D. Mariano Egaña, en calidad de plenipotenciario, acompañado de una escuadrilla de cinco buques de guerra. Esta forma inusitada de enviar un ministro se debió a la desconfianza de Chile para enviar a las aguas del Perú un buque solo, lo que en esos momentos habría sido una imprudencia. La escuadrilla iba al mando de D. Manuel Blanco Encalada.

3.° *La escuadra chilena no es admitida en El Callao.* A fines de octubre, los buques chilenos llegaban frente al Callao, y, acto seguido, el vicealmirante Blanco Encalada envió una comunicación anunciando al gobernador del puerto que entraría en cuanto tuviera viento favorable. Con gran sorpresa, recibió la contestación de que no se permitiría entrar en el puerto sino al ministro Egaña.

4.° *Egaña se retira, declarando que el Perú podía considerar la guerra como declarada.* — Con este motivo, se suscitó un cambio de comunicaciones, en que intervino el ministro Egaña y el Gobierno peruano, y no pudiendo llegar a ningún acuerdo, la escuadrilla regresó a Valparaíso, expresando Egaña, en su última nota, que el Gobierno peruano podía considerar como declarada la guerra entre Chile y el Gobierno de los estados Norte y Sur peruanos.

Correspondiendo a esta actitud, el Gobierno pidió al Congreso autorización para declarar la guerra, fundándose en que Santa Cruz era una amenaza para la inde-

pendencia de los países suramericanos; en que el Gobierno peruano había consentido la invasión del territorio chileno por medio de buques peruanos, y en que el general Santa Cruz había vejado a un ministro público de la nación chilena.

5.° *Facultades extraordinarias.* — El 24 de diciembre quedó aprobada por ambas Cámaras esta autorización, y el 28 se promulgó. Poco después, el Congreso concedió al Ejecutivo las facultades más amplias que jamás haya tenido un Gobierno chileno después del 33. Sólo puso trabas en lo de condenar y aplicar penas. Esto ocurría el 31 de enero de 1837. Fruto de estas facultades fué la promulgación, como ley, de la Ordenanza general del Ejército, sin que jamás pasara por las Cámaras. (1839.)

Correspondió en el año 37 proceder a la renovación de las Cámaras, y ella se hizo dentro del orden y la tranquilidad más perfectas. El 1 de junio se inauguraron las Cámaras, con asistencia del presidente.

6.° *Movilización.* — Por el momento, la tarea y preocupación principal del Gobierno era la organización de la expedición que se debía enviar al Perú, y que no necesitaba menos de 3.000 soldados, con todos sus pertrechos.

La movilización marchó con algunos tropiezos, porque los adversarios del Gobierno y algunos agentes peruanos trataron de hacerla impopular. Sin embargo, en abril de 1837, ya el regimiento Maipú había llenado sus cuadros y se dirigía a Quilota, donde se juntó con un escuadrón de Cazadores a caballo. Entretanto, se aguardaba en Valparaíso al batallón Valdivia, que llegó en los primeros días de mayo. Al mismo tiempo, Blanco Encalada preparaba la escuadra, y el coronel Vidaurre (José Antonio), nombrado jefe de Estado Mayor, continuaba en Quillota instruyendo y pertrechando a las tropas.

Todo ya preparado para la expedición, Portales par-

tió para Valparaíso con el fin de dar sus últimas instrucciones y embarcarse en seguida con el ejército, al cual quería acompañar en calidad de última instancia para las dificultades que se pudieran suscitar y para ejercitar una alta vigilancia en nombre del Gobierno.

7.º *Complot contra Portales.* — Muy ajeno se hallaba, por cierto, el diligente y hábil ministro a las intrigas que a sus espaldas y en su mal se fraguaban. El coronel Vidaurre, traicionando la ilimitada confianza que en él había puesto Portales, estaba conspirando desde que el ejército se acantonó en Quillota. Maduro ya el plan, había llegado el momento de realizarlo.

Repentinamente se supo en Quillota que el ministro Portales llegaría luego a esa ciudad, procedente de Valparaíso, y acompañado del coronel Necochea, el teniente Soto y nueve soldados. Llegaba a la boca del lobo.

Vidaurre lo recibió con aparente deferencia y con todos los honores que le correspondían, y al día siguiente le presentó en revista las tropas. Terminaba la revista, cuando, bruscamente, Portales y las tres o cuatro personas que lo acompañaban se vieron rodeados por las tropas de Vidaurre, que les formó una especie de cuadro, apuntando sus armas. Se adelantó luego un oficial, y les intimó prisión a todos, llevándolos a un calabozo del cuartel, donde se les puso grillos.

Al día siguiente, todas las tropas de Quillota, por orden de Vidaurre, se ponían en marcha a Valparaíso, llevándose en un coche al ministro Portales.

En la media noche del 5 de junio de 1837 llegaron estas tropas a Viña del Mar, y en la noche siguiente avanzaron contra Valparaíso, defendido a la altura del Barón por el batallón Valdivia y algunas unidades cívicas. Las tropas defensoras se hallaban al mando de Blanco Encalada.

8.º *Asesinato de Portales.* — Al cuidado del coche en que viajaba Portales iba el capitán Santiago Florín, in-

dividuo de muy malos instintos y de pésimos antecedentes. Con el ministro viajaban su secretario, D. Manuel Cavada, y el coronel Necochea. Había ya comenzado la acción (se sentía el tiroteo), cuando Florín, acercándose al coche, gritó: «¡Que baje el ministro!» Dos hombres acudieron a bajar a Portales, porque sus grillos no le permitían hacerlo por sí mismo, y tras él bajó Cavada.

Pocos momentos después sonaban los disparos que, a pocos pasos del coche, acababan con la vida de Cavada y la del ilustre estadista y gran patriota D. Diego Portales.

El jefe de las fuerzas, Vidaurre, se hallaba adelante; pero inmediatamente antes de la ejecución, se vió llegar a dos oficiales que hablaron con Florín, por lo que se presume que éste recibió de adelante la orden de fusilar a Portales.

La noticia del asesinato del ministro cundió rápidamente entre las tropas combatientes, y la lucha se interrumpió por algunos momentos, para pasar en seguida al asalto. Pero las tropas de Valdivia y los cívicos se defendieron bravamente, y cuando comenzó a aclarar, tomaron la ofensiva, produciendo luego la desbandada de los revolucionarios, que perdieron 149 muertos y heridos y más de ochocientos prisioneros. Vidaurre había sido uno de los primeros en huír.

La persecución se inició y prosiguió con tenacidad, y a las tres y media de la tarde la caballería de Blanco Encalada entraba en Quillota, seguida, siete horas más tarde, por el batallón Valdivia.

Con gran rapidez circuló por todo el país la triste nueva del sacrificio de Portales, causando, hasta en sus adversarios, la más dolorosa impresión.

Después de solemnes honras en Valparaíso, el cadáver fué trasladado a la capital, donde arribó el 14 de

junio. Se le rindieron grandes honores, y el 15 fué sepultado en el presbiterio de la catedral.

Más tarde, los restos fueron trasladados al cementerio, donde se mandó levantar un monumento de mármol, y luego, frente a la Moneda, se erigió la estatua que, en bronce, representa la figura del ilustre ministro.

Difícil es encontrar en nuestra ya larga historia, tan rica en grandes y abnegados servidores, una figura tan sobresaliente como la de Portales. Con gran desinterés, ardoroso patriotismo y clarísimo talento, hizo abnegadamente fecunda labor de progreso, sin escatimar su tranquilidad, sus esfuerzos ni su vida por el bien de la patria.

9.° *Castigo de los criminales.* — Los reos de este repugnante crimen fueron pronto, en su mayor parte, aprehendidos, y rápidamente procesados.

En la mañana del 3 de julio fueron condenados a muerte, y veinticuatro horas después fueron ejecutados, el coronel D. José Antonio Vidaurre, D. José Antonio Toledo, D. Santiago Florín, D. Narciso y D. Raimundo Carvallo. A D. Daniel Forelíns, D. Carlos Ulloa, don Luis Ponce y a trece más, les fueron conmutada su pena por otras más benignas.

Los primeros fueron ejecutados en la plaza Orrego.

10. *Campaña de 1837.* — Tan luctuosos acontecimientos no obstaron a que continuaran con entusiasmo los preparativos de la campaña. A mediados de septiembre la expedición se hallaba lista con una fuerza de 2.792 hombres. Se contaba, además, con una columna peruana movilizada en Valparaíso, y que se componía de 402 hombres y 210 caballos.

En equipo y vestuario se andaba muy mal, porque la tropa tenía apenas una casaca de paño, y la del batallón Colchagua no tenía ni eso.

Este era el ejército con que Chile se aventuraba en

una campaña ofensiva contra otro que no contaba con menos de 9.000 hombres.

En esta obra de americanismo, Chile iba acompañado de la República Argentina, que por ese tiempo había declarado ya la guerra a la Confederación Perú-Boliviana.

El mando superior de la expedición se confió al teniente general y vicealmirante D. Manuel Blanco Encalada, hombre que en largos y variados servicios había probado su honradez de procedimiento y su capacidad. Se le invistió, además, del cargo de plenipotenciario. El mismo puesto de plenipotenciario se dió al coronel don Antonio José Irrizarri.

Santa Cruz, entretanto, se preparaba también para la defensa, organizando su ejército, desprestigiando a Chile por medio de su prensa y concediendo patentes de corso para hostilizar a los buques chilenos.

El 15 de septiembre de 1837 zarpó de Valparaíso la expedición que se llamó *restauradora* en 16 transportes mandados por García del Postigo y siete buques de guerra al mando del capitán de fragata D. Roberto Simpson. La obra que la prensa y el Gobierno peruanos juzgaban imposible, se realizaba gracias al patriotismo de los gobernantes de Chile, y en especial, de Portales.

Cumpliendo el plan de invadir al Perú por el Sur, el 3 de octubre el convoy llegaba a Quilca; el 4, todo el ejército se hallaba en tierra, y, en cuanto pudo, se puso en marcha sobre Arequipa, ciudad que por ese tiempo tenía ya una población de 30.000 habitantes.

Aquí no encontró Blanco el apoyo que esperaba, y como le faltaban elementos para continuar la campaña ofensiva, se dedicó a reforzar y organizar bien su pequeño ejército.

11. *Tratado de Paucarpata.* — Felizmente, los acontecimientos tomaron un giro inesperado. Santa Cruz, a pesar de contar con una fuerza doble, propuso negociaciones de paz, y Blanco, encontrándolas equitativas, las

aceptó. Así se llegó a un Tratado que se firmó en Paucarpata el 17 de noviembre de 1837.

El 15 de diciembre, en una corbeta inglesa llegaba a Valparaíso el teniente coronel Olavarrieta, portador del Tratado de Paucarpata. Divulgada la noticia, produjo pésima impresión, y el Gobierno, tres días después, dictaba un decreto por el cual desaprobaba el Tratado y ordenaba continuar la guerra.

12. *Enjuiciamiento de Blanco Encalada.* — Blanco hizo al Gobierno una exposición para justificar su actitud, en la cual terminaba por pedir un consejo de guerra. Sometido a juicio (17 de enero de 1838), fué absuelto por el consejo de guerra el 7 de agosto, y la sentencia confirmada por la Corte Marcial el 20 del mismo mes. (1838.)

Decidido el Gobierno, por su parte, a proseguir la campaña, continuó los aprestos para repetir la expedición, y nombró comandante en jefe del nuevo ejército al general D. Manuel Bulnes. (8 de febrero de 1838.)

Era éste un militar distinguido, que en incesante y siempre eficiente labor, durante la independencia, y en las campañas contra los guerrilleros y los indios, se había conquistado una sólida reputación y la consideración de todo el país. Por eso, su nombramiento fué recibido con unánime complacencia.

13. *Campaña de 1838.* — Sobre la base de la anterior expedición, se organizó la de Bulnes, reforzándola hasta hacerla llegar a un efectivo de 5.400 plazas, con cuya fuerza zarpó de Valparaíso en 26 transportes, escoltados por cuatro buques de guerra. En los primeros días de agosto, Bulnes desembarcó en Ancón, e inició negociaciones con Orbegoso, que, a consecuencia de una revolución de la parte Norte del Perú, se hallaba en Lima en calidad de presidente provisorio del Estado norperuano.

No pudiendo llegar a un acuerdo, el presidente Or-

begoso declaró rotas las hostilidades el 15 de agosto, en circunstancias que el ejército chileno se había internado hasta ocupar la ribera del río Chillón. El ejército peruano, que se hallaba al Norte, se retiró para ocupar unas posiciones en las goteras de Lima, y allí lo siguió Bulnes, presentándole combate el 31 de agosto. Después de una tenaz resistencia, el ejército chileno entraba en Lima, ocupando la plaza principal a las ocho P. M.

Esta fué la jornada conocida con el nombre de *Batalla de Guías.*

Fugitivo Orbegoso, el primer cuidado de Bulnes fué constituír un Gobierno provisorio. El Cabildo confirió el cargo de presidente de la República al general Gamarra.

Muy luego se tuvo conocimiento de que Santa Cruz, a la cabeza de un poderoso ejército, avanzaba sobre Lima, y Bulnes, creyéndose impotente, por el momento, para resistir, se reembarcó en Ancón el 11 de noviembre, en los momentos en que Santa Cruz entraba en Lima.

El objetivo de Bulnes era Huacho, para internarse en el departamento de Huailas (hoy Ancash) y organizar desde allí las futuras operaciones.

14. *Batalla de Yungay.*—Perseguido por Santa Cruz y alcanzado por él, al pasar el pequeño río Buín, Bulnes se defendió enérgicamente toda la tarde, y, sin entorpecimiento, se retiró, después de cortar el puente.

Como no había de retirarse indefinidamente, cuando vió que el general Santa Cruz optaba por la defensiva, tomando las fuertes posiciones que le ofrecía el río Ancachs, resolvió hacer frente, a pesar de su gran inferioridad numérica.

En efecto, el 20 de enero de 1839, despreciando el inmenso peligro que ofrecía el ataque a campo abierto a una posición tan fuerte como la de Yungay (así se llamó esta batalla, por hallarse limitada al Sur la po-

sición defensiva por el pueblo de Yungay), Bulnes dió su orden de ataque, iniciando el combate a las diez de la mañana.

Como viera que la llave de la posición estaba constituída por la formidable posición que ofrecía el cerro de Pan de Azúcar, defendido por cinco compañías bolivianas al mando del general Quiroz, contra ella dirigió su primer esfuerzo.

Encomendó el ataque al comandante Valenzuela, dándole las compañías de Cazadores de Valparaíso, Carampangue, Santiago y sexta de Cazadores del Perú, y avanzando estas tropas simultáneamente por la izquierda, centro y derecha, cargaron con tal ímpetu y tenacidad, que ante la heroica defensa de los bolivianos convirtieron el ataque en una verdadera hecatombe: ni uno solo de los defensores escapó, pues murieron desde el general hasta el último soldado. ¡Loable ejemplo de valor, que honra por igual a chilenos y bolivianos!

Sin detenernos en la narración de los detalles de la batalla, nos bastará decir que, mientras tanto, el resto del ejército atacaba de frente con no menor audacia y serenidad, y que fueron necesarias seis horas de incesante batallar y el flaqueamiento de las alas para que cediera el campo el valiente ejército boliviano.

Entre muertos, heridos y prisioneros, perdió el enemigo más de la mitad de su gente. Sobre un efectivo de más de cinco mil quinientos hombres, sólo los muertos fueron: un general, numerosos oficiales y más de mil cuatrocientos soldados. Bulnes perdió 13 oficiales y más de seiscientos soldados, entre muertos y heridos.

Esta fué, a grandes rasgos, la batalla con que Chile coronó el esfuerzo gigante de disolver la Confederación Perú-Boliviana.

Santa Cruz emprendió la fuga, y el ejército restaurador se dirigió a Lima, donde el 24 del mismo mes de enero entraba Gamarra, presidente del Perú.

El 8 de marzo, la plaza del Callao se rendía a Gamarra, y ya el 10 se supo en el campamento chileno (Huancagua) que Bolivia había proclamado su independencia y depuesto a Santa Cruz. La campaña quedaba ganada, y el objetivo de Chile, plenamente conseguido.

El 18 de abril, Bulnes entró a Lima, y comenzó sus preparativos para regresar a Chile, lo que al fin realizó el 19 de octubre, fecha en que se embarcó.

Como era natural, el resultado de la campaña produjo en Chile el más sincero regocijo; se dispensaron honores, se dió por el presidente un gran sarao, se declaró a Valparaíso ciudad benemérita y esclarecida, etcétera.

15. *Restablecimiento del régimen constitucional.*—Desaparecidas las razones que el Congreso tuvo para conceder al Ejecutivo facultades extraordinarias, por decreto de 31 de mayo de 1839 el presidente declaró terminado el uso de esas facultades. (Le habían sido conferidas por ley de 31 de enero de 1837.)

Al día siguiente (1 de junio), el presidente inauguraba solemnemente las sesiones del Congreso, haciendo en su mensaje la acostumbrada exposición del movimiento administrativo, y dando cuenta, a la vez, del proceso y resultados de la campaña.

Chile volvió así a su era normal de vida republicana, para comenzar un período de trabajo y de paz que había de ser fecundo en el campo del progreso y de la cultura.

CAPITULO IX

Postrimerías del Gobierno de Prieto.

SUMARIO: 1.º Nueva situación creada por la guerra.—2.º Primera línea de vapores.—3.º Arquidiócesis de Santiago.—4.º Elección del general Bulnes.

1.º *Nueva situación creada por la guerra.*—Terminada la guerra del Perú y el régimen de autoridad que las circunstancias impusieron, quedaban aún a Prieto dos años de gobierno, que, bien empleados, podían ser de gran provecho para el país. Así lo comprendió, y puso manos a la obra.

Los odios y asperezas que el pasado régimen había engendrado fueron desapareciendo poco a poco con la regresión al antiguo sistema de gobierno, con el llamado a las filas de los militares dados de baja en 1830—hecho por Bulnes—, con la suspensión del destierro de varios oficiales, y, por fin, con el apaciguamiento de las pasiones políticas, que habían llegado a tan alto grado de exaltación.

2.º *Primera línea de vapores.*—Tocó a Chile ser el primer país suramericano que estableciera en el Pacífico una línea de vapores. Esta línea prestó sus servicios entre Valparaíso y El Callao, y fué establecida por un súbdito norteamericano llamado William Wheelright. La autorización necesaria le fué concedida por ley de 15 de octubre de 1840, y los vapores con que se inició la navegación fueron el *Chile* y el *Perú*. Fué Wheelright un

hombre de grandes iniciativas, de actividad y de energía. A él le debe también Chile otra primicia de empresa suramericana: el ferrocarril de Caldera a Copiapó.

El país le demostró su agradecimiento levantándole una estatua en Valparaíso.

3.º *Arquidiócesis de Santiago.* — El Arzobispado de Santiago se creó también bajo el gobierno de Prieto, lo mismo que el Obispado de La Serena.

Las bulas pontificias no llegaron sino cuando Prieto había bajado de la Presidencia. Fué honrado con el cargo de primer arzobispo de Chile D. Manuel Vicuña, en 1841; pero la bula pontificia fué de 23 de junio de 1839.

4.º *Elección del general Bulnes.* — El período del general Prieto terminaba el 18 de septiembre de 1841, y desde principios de ese año comenzaron ya a moverse los partidos, aprestándose para la lucha electoral.

Los pelucones, o conservadores, eligieron como candidato a D. Joaquín Tocornal, que fué ministro de Prieto, junto con Portales. El rival que a éste se le presentó fué el prestigioso vencedor de Yungay, general D. Manuel Bulnes, patrocinado por todos los que deseaban un nuevo régimen de gobierno para la República.

Los liberales, o pipiolos, por su parte, proclamaron como candidato a D. Francisco Antonio Pinto.

El triunfo, por abrumadora mayoría, correspondió a D. Manuel Bulnes, lo mismo en Santiago que en provincias, y con las solemnidades de estilo se hizo cargo de la Presidencia el 18 de septiembre de 1841.

Al general Prieto, que le entregó la banda, lo nombró consejero de Estado. Este gran servidor público murió, en Santiago, el 22 de noviembre de 1854.

CAPITULO X

Gobierno del general D. Manuel Bulnes (1841-1851).

SUMARIO: 1.º Primer ministerio. — 2.º Régimen de conciliación. — 3.º Instrucción pública. — 4.º Leyes dictadas. — 5.º Otras actividades. — 6.º Reelección de Bulnes. — 7.º Revolución de Urriola.

1.º *Primer Ministerio.* — El primer Gabinete de Búlnes fué el siguiente: Interior, D. Ramón Luis Irarrázabal; Justicia, D. Manuel Montt; Hacienda, D. Manuel Rengifo, y Guerra y Marina, general D. José María Cruz.

2.º *Régimen de conciliación.* — Bulnes trató, desde el principio, de extirpar toda causa de rozamiento y descontentos, y por eso comenzó por nombrar ministro de Hacienda al hábil hacendista D. Manuel Rengifo, dando así una satisfacción al partido filopolita, al cual éste pertenecía.

Poco después, el 29 de octubre de 1841, concedió una amnistía a todos los desterralos políticos, y, por fin, consiguió que el 6 de octubre de 1842 se promulgara una ley rehabilitando en sus grados y empleos a todos los oficiales separados del servicio por el Congreso Plenipotenciario y el Gobierno de 1830.

Así logró Bulnes, con su carácter conciliador y espíritu de justicia, producir una era de tranquilidad y bienestar que le conquistó mayores simpatías de las que ya tenía.

3.º *Instrucción Pública.* — A este ramo de la Administración dió un gran impulso, aprovechando el concurso de sabios profesores como Bello, Gay, Gorbea, Yáñez,

Cicarelli, Mitre y Sarmiento, que fué director de nuestra Escuela Normal de Preceptores.

Creó la Escuela de Agricultura, la de Artes y Oficios, la de Navegación, la de Música, la Universidad de Chile y la Academia Militar.

Con el pintor Monvoisin, impulsó la enseñanza de la pintura, y no omitió, por fin, esfuerzo alguno para levantar la instrucción pública a gran altura.

Construyó locales apropiados para las escuelas y colegios, y echó las bases de nuestra Escuela Naval.

Encomendó, además, al sabio francés Sr. Pissis la preparación de la carta topográfica del país, obra importantísima que hasta hoy presta servicios.

4.° *Leyes dictadas.*—Con la valiosa cooperación del ministro del Interior, Sr. Irarrázabal, logró dar al país muchas leyes de gran importancia, que fueron: ley de Régimen interior (10 de marzo de 1844); ley que creó la Oficina de Estadística (17 de marzo de 1843); ley sobre fundamento y ensanche de poblaciones (1844); ley sobre caminos y puentes (17 de diciembre de 1842); ley que pena el tráfico de esclavos (20 de octubre de 1842); ley de Imprenta (16 de septiembre de 1846); ley de Pesos y medidas (20 de enero de 1848), etc. Nombró una Comisión para revisar el proyecto de Código civil elaborado por D. Andrés Bello, y otras para la redacción de un Código penal y uno de Comercio.

5.° *Otras actividades.*—Mandó construír el edificio en que funciona nuestro Instituto Nacional, el de la Escuela de Artes y Oficios y la Penitenciaría de Santiago. Creó la provincia de Valparaíso, con los departamentos de Valparaíso, Quillota y Casablanca, agregándole después el de Limache. Creó también la provincia de Atacama.

Tomó posesión, a nombre de la República, del Estrecho de Magallanes, fundando una población en el lugar

que se llamó Puerto del Hambre. Esta población fué trasladada después adonde existe hoy Punta Arenas.

El 1 de julio de 1846 se promulgó el Tratado de paz y amistad entre Chile y España, firmado en Madrid en 1844 por el general Borgoño.

Se concedió privilegio exclusivo a D. Guillermo Wheehwight para la construcción de un ferrocarril entre Santiago y Valparaíso; pero no produjo resultado alguno, pues a este proyecto sólo se le dió forma definitiva bajo el gobierno de D. Manuel Montt.

6.° *Reelección de Bulnes.*—El acierto con que había desempeñado su mandato, hizo a Bulnes acreedor a ser reelegido, y el 18 de septiembre de 1846 prestó de nuevo el juramento de estilo. Su nuevo ministerio lo formó así: Interior, D. Manuel Camilo Vial; Justicia, D. Salvador Sanfuentes; Guerra y Marina, D. José Manuel Borgoño. No nombró de Hacienda, e interinamente desempeñó esta cartera el ministro del Interior.

7.° *Revolución de Urriola.*—La era de paz que significó para el país la presidencia de Bulnes fué sólo interrumpida por una pequeña revolución que, con motivo de las divergencias políticas nacidas de la elección presidencial, estalló el 20 de abril de 1851.

Descontentos con el Gobierno los partidarios del candidato liberal general D. José María de la Cruz, prepararon una revolución, para la cual contaban con la adhesión del coronel Urriola, con los batallones Valdivia y Chacabuco y con los restos de una sociedad llamada «Igualdad», que fué la verdadera cuna de esta revolución.

La suerte no ayudó a los revolucionarios. En el Chacabuco, un capitán González con que contaban, los traicionó, y, en vez de apoyarlos, formó frente a la Moneda, y el coronel Urriola, que con su solo batallón Valdivia había logrado el triunfo, fué muerto por un guar-

dián cuando se hallaba a la cabeza de sus tropas. Este fué el golpe de gracia para los revolucionarios.

Se siguió, como era natural, un proceso; pero de escasa trascendencia, porque el natural bondadoso de Bulnes ejerció su influencia benéfica para llegar al resultado de que sólo un sargento sufriera la pena capital. A otros se les conmutó la pena de muerte por destierro o relegación.

La sofocación de esta revolución no fué sino una tregua; pero ella permitió a Bulnes terminar en paz su largo y fructífero período de gobierno.

El 18 de septiembre de 1851 entregó la banda a su sucesor, D. Manuel Montt, y volvió a su vida de ciudadano y militar, rodeado del respeto y consideración de todo el pueblo, que así le agradecía sus eminentes servicios de general y gobernante.

CAPITULO XI

Gobierno de D. Manuel Montt (1851-1861).

SUMARIO: 1.° Datos biográficos. — 2.° La revolución. — 3.° Primer Ministerio. — 4.° Iniciación del nuevo Gobierno. — 5.° La lucha civil. — 6.° Obras públicas. — 7.° Leyes promulgadas. — 8.° Otros adelantos. — 9.° Revolución de 1859. — 10. Elección del nuevo presidente.

1.° *Datos biográficos.* — Nació D. Manuel Montt en Petorca (en la aldea de Hierro Viejo), en 1809. Fué un muchacho precoz y muy aplicado, lo que le permitió, cuando apenas contaba veintitrés años, llegar al puesto de vicerrector del Instituto Nacional, y, tres años más tarde, al de rector.

Don Diego Portales le llevó al puesto de subsecretario del Ministerio del Interior, y en 1840 salió elegido diputado por Valparaíso. Ya en este puesto, su encumbramiento se hizo rápidamente. El mismo año ocupaba la cartera del Interior, y al año siguiente, la de Justicia, Culto e Instrucción. En 1845 volvió a ser ministro del Interior, y en 1848 fué reelegido diputado.

Ocupó luego el puesto de fiscal de la Corte Suprema, y en seguida el de ministro del mismo Tribunal, y, por fin, en 1851, fué elegido presidente de la República.

Fué, pues, hijo de sus propias obras, de su talento y de su gran contracción al trabajo. Era un hombre recto, ecuánime y de carácter enérgico.

2.° *La revolución.* — El descontento político que se había incubado en las postrimerías del gobierno de Bul-

nes estalló pocos días antes de dejar éste la presidencia. (El 7 de septiembre en Coquimbo y el 13 en Concepción.)

Con este motivo, el Congreso concedió al Ejecutivo facultades extraordinarias por el término de un año y autorización para reforzar el ejército.

Esta era la situación en el momento de hacerse cargo de la presidencia D. Manuel Montt.

3.° *Primer Ministerio.* — El primer Ministerio de Montt fué compuesto así: Interior y Relaciones Exteriores, D. Antonio Varas; Justicia, Culto e Instrucción, D. Fernando Lazcano; Hacienda, D. Jerónimo Urmeneta; Guerra y Marina, D. José Francisco Gana.

4.° *Iniciación del nuevo Gobierno.* — Para hacer frente a la difícil situación interna en que se iba a desenvolver el nuevo Gobierno, D. Manuel Montt comenzó por aumentar el ejército en la medida que él juzgó indispensable, desterrar a ciertos políticos peligrosos y apresar a otros.

5.° *La lucha civil.* — Jefe de las fuerzas revolucionarias del Sur fué proclamado el candidato derrotado de la elección presidencial, el general Cruz, quien asumió la dirección con el propósito de colocar en la primera magistratura a D. Salvador Sanfuentes.

En Serena, los revolucionarios habían tomado presos a los oficiales que no simpatizaban con la revolución, y así se posesionaron del cuartel de los Cívicos, y, sin derramamiento de sangre, pusieron de su parte al batallón Yungay, en cuyas filas existía un ambiente muy favorable a las ideas reaccionarias.

Se proclamó intendente al joven D. José Miguel Carrera, y éste organizó una Junta para que lo secundara en su labor, Junta que fué designada con el nombre de «Consejo del Pueblo».

Se inició inmediatamente la organización de un ejército que se llamó «Ejército Restaurador», y, dándole

como campo de instrucción el de Las Higueras, se le estableció su cuartel general en Ovalle.

El 21 de septiembre, Carrera delegó la Intendencia en D. Vicente Zorrilla y se trasladó al cuartel general, nombrando comandante de la vanguardia, con el grado de general, al coronel D. Justo Arteaga. La campaña iba a comenzar.

Sucesivamente, se adhirieron a la revolución los pueblos de Elqui, Ovalle, Combarbalá e Illapel.

En este último punto se hallaba D. Benjamín Vicuña Mackenna, al mando de unos trescientos hombres, cuando supo que de San Felipe había salido un destacamento para posesionarse de Illapel. Tomó inmediatamente la resolución de salir a su encuentro, y, chocando con él en Cuzcuz, fué rechazado y arrojado con sus fuerzas dispersas hacia Ovalle, donde llegó el 27 de septiembre.

Puestos en comunicación por mar los revolucionarios de Serena con los de Concepción, acordaron avanzar simultáneamente hacia Santiago, y, con este fin, las fuerzas de Ovalle partieron al Sur el 28 en la tarde.

El 13 de octubre chocaron en Petorca las fuerzas revolucionarias, que mandaba el general Arteaga, con las gobiernistas, que mandaba el coronel Vidaurre Leal, y después de un reñido combate, salieron éstos victoriosos, tomándose prisionera a casi toda la división del Norte, con su armamento, y más de treinta oficiales. Todos éstos fueron relegados al Perú, Juan Fernández y Magallanes.

Los que se salvaron, se dirigieron a Serena, y el 22 de octubre, Carrera reasumió la Intendencia y Arteaga se hizo cargo del puesto de gobernador de la plaza, iniciando inmediatamente los trabajos de fortificación para resistir a las fuerzas del Gobierno.

Arteaga avanzó al Norte, uniendo sus fuerzas a las que había logrado reunir D. Ignacio Prieto, y puso si-

tio a La Serena el 3 de noviembre de 1851, construyendo a su vez reductos en las vecindades de la plaza sitiada.

Después de más de quince días de lucha tenaz y encarnizada, Arteaga produjo una especie de motín, con el objeto de asumir el mando absoluto, y lo consiguió, poniendo en prisión a Carrera y a Vicuña Mackenna.

Volvamos ahora al Sur, para ver cuál era el curso de los sucesos en el campo principal de operaciones.

Las fuerzas del Gobierno habían sido puestas al mando del ex presidente D. Manuel Bulnes, quien partió con ellas de Santiago el 21 de septiembre. Iba en demanda de Talca.

El 21 de octubre, en el campamento de Chacoa, Bulnes pasó revista a las tropas hasta ese momento reunidas, y se mostró satisfecho de la infantería; no así de la artillería, que estimó escasa y poco preparada. En vista de esto, pidió refuerzos a Santiago, refuerzos que le fueron enviados inmediatamente, aunque no en número suficiente. Llegó así el total del ejército a 176 oficiales y 3.164 individuos de tropa.

Al mismo tiempo, los revolucionarios se organizaban en Concepción, Chillán y otros puntos bajo la dirección de Cruz, y en la primera quincena de octubre ordenaba éste que todo el ejército se concentrara en Chillán. Esta operación se terminó el 25, y dió por resultado constituír un ejército de 2.000 infantes, 1.000 jinetes y tres baterías de cinco piezas cada una.

Bulnes, terminada ya su concentración, el 10 de octubre comenzó a pasar el Maule, y el 3 de noviembre marchaba de Loncomilla al Ñuble, mientras Cruz se hallaba detenido en Chillán por grandes lluvias.

Bulnes siguió marchando, y el 12 salió de San Carlos. El 13 se puso Cruz en movimiento, y así, en ese día, los ejércitos quedaron sólo a ocho leguas de distancia; pero, desde aquí, Bulnes hizo un movimiento estra-

tégico que lo condujo a las casas de Peña, y el 18 quedó apenas a tres leguas del ejército contrario. Cruz, a su vez, se movió, y el 15 de noviembre se situó en Los Guindos, entre Chillán y las fuerzas de Bulnes.

Este intentó apoderarse de Chillán burlando al ejército de Cruz, lo que, por cierto, no consiguió, porque su adversario se movió también y tomó contacto con él en la planicie llamada Monte de Urra. Era la una de la tarde del 10 de noviembre, y a las dos se rompió el fuego de artillería.

Después de dos horas de reñida lucha, librada especialmente por las fuerzas de caballería, el fuego cesó, los ejércitos evolucionaron para evitar un ataque y Bulnes ocupó a Chillán, mientras Cruz se dirigía a los Guindos. Los que más sufrieron en esta especie de escaramuza fueron los gobiernistas, que perdieron como cien muertos y tuvieron numerosos heridos. Este fué el preludio de la batalla de Loncomilla.

Después de permanecer algunos días en Chillán, Bulnes resolvió retirarse hacia Talca, de donde podía recibir algunos refuerzos.

El 20 atravesó el Ñuble por el paso de Guapi, al mismo tiempo que el ejército de Cruz, que se había movido lentamente, llegaba al vado de Alá. La irresolución con que Cruz seguía a Bulnes dió a éste tiempo para llegar al campo de Bobadilla el 7 de diciembre, ya reforzado con unos setecientos hombres.

Cruz, entretanto, llegaba a las casas de Reyes, después de vadear el Achibueno, y quedaron así los ejércitos a pocas cuadras de distancia.

En la noche del 7 de diciembre, a las once, Bulnes resolvió tomar la ofensiva, y se movió en demanda de su adversario. Al amanecer del 8, los ejércitos se hallaban frente a frente, apoyando Cruz una de sus alas en el Loncomilla, y aprovechando como un reducto las casas de Reyes. El frente ocupado por Cruz fué muy es-

trecho, y esto permitió a Bulnes atacar de frente y por ambos flancos a la vez.

Su caballería, apoyada por dos piezas de artillería, logró derrotar, con grandes pérdidas, a la caballería de Cruz; pero como el resto de las tropas enemigas se mantuvo firme, y las suyas se hallaban muy fatigadas, después de siete horas de encarnizada lucha, resolvió retirarse a las orillas del Maule, tomando enérgicas medidas para evitar el desbande.

Cruz, cuyo ejército había quedado también en muy malas condiciones, resolvió esperar el día siguiente para emprender, a su vez, el ataque; pero el coronel Zañartu (D. Manuel), a quien ordenó reunir toda la tropa para marchar contra el enemigo, se negó a obedecer con el pretexto de que la tropa se hallaba muy cansada. Ante tal situación, se vió obligado a enviar a Bulnes, en la mañana del 10, a D. José Hermógenes Alamos en calidad de parlamentario.

Bulnes, que seguramente no esperaba tan feliz suceso, contestó que sólo podía pactar sobre la base del reconocimiento explícito de la autoridad del presidente Montt.

Tan mal pareció a Cruz esta condición, que a pesar de ver que las defecciones de su ejército continuaban, y que no podía contar con más de 1.400 soldados, resolvió continuar la resistencia; pero muy luego tuvo que convencerse de que la insistencia era una locura, y aceptó las cláusulas que se le imponían, firmando el Tratado de Purapel el 16 de diciembre de 1851. Bulnes se comprometió a interponer su influencia para conseguir del Gobierno una amnistía general.

La noticia de este suceso puso también término al sitio de La Serena, donde los revolucionarios resistieron valientemente hasta el 31 de diciembre.

Por el momento, la revolución estaba sofocada; pero el fuego de la pasión política no se había extinguido

aún, y muy luego habría de vérsele reaparecer de nuevo.

6.° *Obras públicas.*—La más transcendental de las obras públicas realizadas durante la administración de Montt fué, sin duda, la del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso. Se pensó al principio en levantar un empréstito externo; pero la era de prosperidad y riqueza que entonces se iniciaba dió ánimos para una nueva combinación, que consistió en formar una sociedad por acciones para llevar a cabo la obra. Los principales accionistas fueron: D. Matías Cousiño, D. José Wadhigton, D.ª Candelaria Goyenechea, y el Gobierno, que se suscribió con dos millones de pesos.

Los estatutos de esta sociedad se aprobaron en junio de 1852, casi un año después de haberse inaugurado el ferrocarril de Caldera a Copiapó. (Julio de 1851.) Este, que fué el primero de Suramérica, se inauguró sólo tres años más tarde que el primer ferrocarril español. (1848.)

Se terminó en 1856 la construcción de los almacenes fiscales de Valparaíso, con un costo de 1.210.950 pesos. También se terminó la construcción de la Aduana de Coquimbo, que costó 35.000 pesos.

En caminos, durante el año de 1855, se invirtieron cerca de quinientos mil pesos.

7.° *Leyes promulgadas.*—1852: 5 de enero, ley que creó los senadores suplentes; 13 de julio, ley que establece el servicio diplomático, con sus respectivos sueldos; 6 de octubre, ley que restablece la pena de azotes; 1853, ley que ordena levantar el censo de la República; 1854, 25 de octubre, ley sobre prelación de créditos; 26 de octubre, ley que establece el número de diputados propietarios y suplentes; 8 de noviembre, ley sobre Sociedades anónimas, ley sobre organización y atribuciones de Municipalidades; 1855, 6 de agosto, ley que establece el Montepío militar; 5 de octubre, ley que

fija el procedimiento en juicio verbal; 1859, 15 de noviembre, ley sobre responsabilidad civil; 1860, 23 de julio, ley que autoriza el establecimiento de Bancos de emisión de billetes; 24 de noviembre, ley de instrucción primaria gratuita; 1861, 13 de septiembre, ley de elecciones. El Código civil comenzó a regir el 1 de enero de 1857.

8.° *Otros adelantos.* — El 17 de agosto de 1852 el Estado adquirió los instrumentos y útiles con que contaba el Observatorio astronómico, perteneciente a una expedición científica norteamericana instalada en el cerro Santa Lucía. Más tarde, este Observatorio fué trasladado a la Quinta Normal, y de allí, a Lo Espejo, donde actualmente se encuentra.

El 5 de enero de 1854 se decretó el establecimiento en Santiago de una Escuela Normal de Preceptoras. Tenía internado, y se puso bajo la dirección de D.ª Rosario Vargas.

El 29 de agosto de 1855 se estableció la Caja de Crédito Hipotecario, que, por las facilidades que daba a los propietarios para obtener dinero, significó un gran impulso a las industrias y a la agricultura.

El 12 de enero de 1853 se celebró un contrato con la Compañía de Navegación para establecer una línea de vapores entre Valparaíso y los puertos del Sur.

El 16 de noviembre de 1859 se autorizó el establecimiento del Banco de Chile.

El 16 de septiembre de 1861 se aprobó un contrato con D. Enrique Meiggs, para la construcción del ferrocarril de Santiago a Quillota, por el precio de 5.500.000 pesos, y en el plazo de tres años.

Durante la primera administración del Sr. Montt se crearon 59 escuelas públicas, de las cuales, 25 fueron para hombres.

En varias provincias se abrieron bibliotecas públicas, llegando su número, en 1856, a 23.

9.º *Revolución de 1859.*—La obra fecunda de progreso que había realizado el Sr. Montt impuso su reelección, que se realizó sin oposición, y el 18 de septiembre de 1856 inició su segundo período presidencial.

Lo convulsionado que se encontraba el país al hacerse cargo el Sr. Montt de la Presidencia le obligó a gobernar desde el primer momento con toda energía, y aunque más tarde la situación cambió, produciéndose una era de perfecta tranquilidad, la política de su gobierno no evolucionó sensiblemente, ocasionando así graves descontentos entre sus adversarios.

Se opuso tenazmente a que se dictara una ley de amnistía, y cuando, contra su voluntad, el Congreso la dictó, resolvió primero vetarla; pero luego se limitó a devolverla, con la modificación de que la amnistía sólo comprendería a los reos políticos que se encontraran en Chile.

En esta forma fué de nuevo aprobada la ley, produciendo en la opinión pública y en sus adversarios políticos una pésima impresión y un gran disgusto, que trajo por consecuencia una general protesta y la caída del Ministerio.

Presionado por estos sucesos, el 15 de septiembre de 1857 decretó que, con arreglo a la ley dictada dos meses antes, se concedía la amnistía a los procesados por los sucesos políticos del año 51.

La ola de descontento fué subiendo, a pesar de todo, porque el Sr. Montt contribuía a ello con su medidas, muchas veces arbitrarias, y llegó a tanto, que partidos antagónicos, como el liberal y el conservador, se unieron (aunque no en su totalidad) en la aspiración de dar al país un Gobierno menos autocrático.

Viendo el Sr. Montt el peligro de una revolución, el 12 de diciembre de 1858, después de hacer allanar un club en que se discutían los sucesos políticos, decretó

el estado de sitio por noventa días en las provincias de Santiago, Aconcagua y Valparaíso.

El 5 de enero del año siguiente, el intendente de Copiapó cerró también un club, y como los ánimos se hallaban muy exaltados, bastó esta resolución para hacer estallar un movimiento revolucionario. Se depuso al intendente, que era el coronel D. José María Silva Chávez (quien huyó al Sur), y se nombró en su lugar al regidor municipal, D. Pedro León Gallo, hombre joven, rico y resuelto.

Inmediatamente se comenzó a organizar allí un ejército con los fondos y recursos que proporcionó el señor Gallo.

El 15 de enero, la revolución estalló en Talca, donde se colocó de intendente a D. José Ramón Vallejos, y el 12 de febrero, en San Felipe, capturando al intendente González y reemplazándolo por D. Luis Ovalle.

Pacificar el Sur fué relativamente fácil para el Gobierno; pero en el Norte, la tarea era más difícil, porque allí el caudillo de la revolución, D. Pedro Gallo, era un hombre valiente y tenaz, y contaba con recursos no despreciables.

Contra él se mandó al coronel Silva Chávez, que chocó con las fuerzas de Gallo en la quebrada de Los Loros el 14 de marzo de 1859. La batalla fué reñida, pronunciándose la victoria por las tropas de Gallo después de varias horas de lucha. Los gobiernistas dejaron en el campo 80 muertos, 300 prisioneros y muchos pertrechos. Gallo ocupó a Serena, y siguió allí sus aprestos para la continuación de la campaña.

Para cambiar el giro de los acontecimientos, el Gobierno mandó por mar un refuerzo, que encomendó al celo y capacidad del general D. Juan Vidaurre Leal, quien, después de concentrar sus fuerzas en Tongoy, se puso en marcha hacia La Serena el 26 de abril.

Gallo salió a su encuentro y, ocupando una eminencia

llamada Cerro Grande, presentó batalla el 29 de abril. Después de una brava resistencia, fué batido, y como no lograra obtener de Vidaurre una honrosa capitulación, se retiró hacia Argentina, donde depuso las armas. con 700 hombres que le acompañaban, en manos de la autoridad de San Juan. El 12 de mayo, tras una corta resistencia, cayó Copiapó, y con esta victoria terminó la última resistencia que ofrecía la revolución.

10. *Elección del nuevo presidente.* — El primer candidato que surgió, proclamado por sus amigos en un banquete, fué D. Antonio Varas, el inteligente y activo colaborador de Montt. Acto seguido, sus partidarios lo proclamaron en todo el país; pero, a la vez, una fuerte corriente de opinión contraria le cruzó el camino. El señor Varas, cansado ya tal vez de la lucha, renunció a su candidatura en forma indeclinable, y se presentó entonces la necesidad de buscar un nuevo candidato.

Producida una reunión con este objeto, por unanimidad se acordó elegir a D. Joaquín Pérez, quien aceptó gustoso la designación.

Era éste un hombre que no despertaba resistencias, no sólo por sus respetables condiciones personales, sino porque sus frecuentes viajes al extranjero en calidad de diplomático, y los altos puestos que en Chile había ocupado, le daban títulos suficientes para el cargo de honor y responsabilidad que se le ofrecía.

Había sido ministro en Francia, Argentina y Estados Unidos, y en Chile había desempeñado los cargos de ministro de Hacienda y del Interior, presidente de la Cámara de Diputados y consejero de Estado.

En todo el país su designación fué aceptada con tanto entusiasmo, que fué proclamado casi por unanimidad en los colegios electorales, subiendo a la Presidencia el 18 de septiembre de 1861.

CAPITULO XII

Gobierno de D. Joaquín Pérez (1861-1871).

SUMARIO: 1.º Política del nuevo Gobierno. — 2.º Guerra de la Araucania. — 3.º Incendio del templo de la Compañía.—4.º Guerra con España. — 5.º Tratado de alianza con el Perú y Bolivia. — 6.º Reelección del Sr. Pérez. — 7.º Leyes dictadas. — 8.º Mejoras y progresos alcanzados. — 9.º Término de la Presidencia de D. Joaquín Pérez.

1.º *Política del nuevo Gobierno.* — Después del gobierno tempestuoso del Sr. Montt, el advenimiento del Sr. Pérez, hombre tan libre de pasiones y de odios políticos, fué como un símbolo de paz y libertades públicas. Condensó su programa en esta frase: «Mi Gobierno es de todos y para todos», y para comenzar a darle cumplimiento, formó su primer Ministerio con personalidades de los tres partidos de esa época. Quedó constituído así: Interior y Relaciones Exteriores, D. Manuel Alcalde; Justicia, Culto e Instrucción Pública, Ilmo. Rmo. Obispo de Serena, D. Justo Donoso; Hacienda, el coronel de Guardias Cívicas D. Manuel Rengifo, y Guerra y Marina, el general D. Manuel García.

Este Ministerio, que fué sólo de administración, se cambió al año siguiente por otro en que figuraba don Manuel Tocornal, de gran talento, probidad y patriotismo; D. Miguel María Güemes, reputado jurisconsulto; D. José Victoriano Lastarria, literato y distinguido orador, y el general Marcos Maturana, militar muy considerado.

Este Ministerio dió al Gobierno mayoría parlamentaria, y permitió a los partidos iniciar con libertad su acción política. Esto dió también lugar a que se principiara a preparar la reforma de la Constitución.

Aunque el Sr. Pérez gobernó con el partido liberal, fué combatido por el radical, partido nuevo, que había sido formado por D. Manuel Antonio Matta, y cuyo primer órgano de publicidad fué el periódico llamado *La Voz de Chile*.

El rasgo sobresaliente de la administración de Pérez fué la gran libertad de opinión que concedió a la prensa, la libertad de reunión y la tolerancia de cultos.

2.° *Guerra de la Araucania.*—Las convulsiones internas y la exaltada cuestión política impidió al Gobierno del Sr. Montt prestar a la pacificación de la Araucania la atención necesaria, y, por eso, para el presidente Pérez, se presentó un problema grave, que requería desarrollar mucha actividad, fuerzas y energía.

El intendente de Arauco D. Cornelio Saavedra, que en calidad de tal había requerido ya del Sr. Montt las fuerzas necesarias para emprender la pacificación, insistió en su demanda ante el presidente Pérez (hallándose de intendente en Valparaíso) en 1861, y éste ofreció apoyarlo en la medida que le fuera posible.

Cumplió su promesa el Sr. Pérez, y en octubre del año 1861 extendió en favor del teniente coronel D. Cornelio Saavedra el nombramiento de intendente de Arauco y comandante en jefe del ejército de operaciones en el territorio araucano.

Una de las causas del levantamiento araucano era la presencia de un súbdito francés llamado Orelie de Tourenne, que, proclamándose por sí y ante sí rey de la Araucania, con el nombre de Orelie I, había logrado convencer a los indios de que era un enviado del Rey de España encargado de libertar a los araucanos del yugo de Chile.

Saavedra logró hacerle tomar, y le envió a Santiago, desde donde, después de declararle loco, fué remitido a Francia. Volvió, sin embargo, algunos años más tarde, y reanudó sus operaciones, sublevando a los araucanos. Perseguido por D. Mauricio Muñoz, huyó a Patagonia, donde se embarcó de nuevo para Francia para ir a morir en la más completa miseria, en un hospital de Burdeos, en 1878.

Saavedra continuó con infatigable energía su obra de pacificación hasta 1868, fecha en que fué reemplazado en el mando de la alta frontera por el general D. José Manuel Pinto. Saavedra quedó al mando de la baja frontera.

El general Pinto prosiguió la tarea con no menor tenacidad hasta el 25 de enero de 1871, en que se celebró un Parlamento en Temuco que dió por resultado el sometimiento definitivo de los indios durante este período de la guerra de Arauco.

3.° *Incendio del templo de la Compañía.*—En el lugar en que se encuentra hoy el jardín del Congreso Nacional se levantaba en 1863 un templo de los Jesuítas, llamado de la Compañía, y el jueves 8 de diciembre del referido año, en los momentos en que una muchedumbre asistía a los oficios del mes de María, se declaró un incendio que asumió muy luego enormes proporciones.

La falta de suficientes puertas de escape hizo que la gente se atropellara inútilmente, sin conseguir otra cosa que dificultar la salida; y como el incendio tomó cuerpo con mucha rapidez, la catástrofe se hizo inevitable, pereciendo, horriblemente quemadas, cerca de dos mil personas.

Una imagen de la Virgen recuerda hoy el punto en que se produjo tan horrible desgracia.

A causa de este incendio se echaron las bases del Cuerpo de Bomberos, que hasta hoy presta sus abnegados servicios en la capital.

4.° *Guerra con España.*—Aunque España había reconocido ya la independencia de las Repúblicas de Suramérica, tuvo con el Perú ciertas dificultades, originadas en la necesidad de proteger los intereses españoles en un pueblo casi permanentemente convulsionado, en la agresividad de la prensa peruana, en las capitulaciones celebradas después de Ayacuche, que, más que un reconocimiento de independencia, era una especie de tregua, y, principalmente, en la negativa de reconocer las cuentas que los Gobiernos de las colonias habían dejado pendientes. En esta irregularidad no incurrió Chile, pues las reconoció en su totalidad.

Con todo, tal vez no habrían llegado los sucesos a los extremos que llegaron, sin las instigaciones de un súbdito español, Salazar y Mazarredo, que presionó al almirante español Pinzón para que se apoderara de las islas de Chincha, valiosísimo depósito de guano. Con manejos inconfesables, logró Salazar sorprender a la corte de España, para hacerse nombrar comisario real, y luego, ocultando una parte de sus instrucciones, y haciendo a Pinzón cumplir el resto, manejó a su arbitrio la situación, hasta apoderarse de las referidas islas.

Sólo cuando, después de consumado el hecho, salió Salazar furtivamente para España, se dió cuenta Pinzón, por los papeles que encontró, de que no había procedido de acuerdo con las instrucciones de su Gobierno.

Contra la voluntad de España, se había así producido un conflicto, cuya solución se complicó, y que, a la larga, envolvió a Chile, quien, por tercera vez, en nombre de una solidaridad que sólo él practicaba, se vió envuelto en una guerra apoyando al Perú.

Por suerte, los sucesos no revistieron caracteres de gravedad, y el conflicto se limitó a un combate que el 26 de noviembre de 1865 tuvo lugar, a la altura de Papudo, entre el buque español *Covadonga* y el chileno

Esmeralda, que mandaba Williams Rebolledo, y al bombardeo de Valparaíso.

En el combate de Papudo triunfó Williams Rebolledo, apresando a la *Covadonga,* lo que causó el suicidio del orgulloso almirante español Pareja, porque no pudo resistir a lo que él consideró una deshonra para las armas españolas. (Era hijo del general Pareja, que había peleado en Chile.)

Le reemplazó Méndez Núñez, quien, antes de regresar a España, llevó a cabo el bombardeo de Valparaíso, el 31 de agosto de 1866, causando daños que se han estimado en algunos millones de pesos. Este fué el último acto de hostilidad de la última campaña en que nuestra República cruzó sus armas con la madre Patria.

Dejó España de ser metrópoli de Chile, y pasó a ser nación amiga, amiga de amistad inquebrantable, porque ella está fundada en los lazos del parentesco y reforzada por la comunidad de intereses.

Poco a poco, los vínculos de unión se han ido estrechando, y cuando, en 1881, al inhumarse en Lima los restos de los españoles muertos en el combate del Callao, el almirante chileno D. Patricio Lynch autorizó la ceremonia y la solemnizó enviando un piquete de honor, el Gobierno español aprovechó la ocasión para hacer a Chile una manifestación de cordial amistad.

Condecoró al jefe chileno con la orden del Mérito Naval, y envió a Chile un buque de guerra, *Las Navas de Tolosa,* que saludó a Valparaíso con una salva de honor. (Febrero de 1888.) La tripulación fué afectuosamente recibida y festejada, y desde entonces la más perfecta armonía y sincero afecto liga a los dos pueblos hermanos. Los españoles llegan a Chile como a una segunda patria, y los chilenos ven en ellos leales compatriotas.

La huella que España dejó en Chile es imborrable, porque llevamos su sangre, y porque su literatura, sus

leyes y su cultura han ejercido entre nosotros enorme influencia. Durante muchos años no tuvo Chile más leyes que las de la Península, y aun hoy, a las leyes de Partidas han sobrevivido las que rigen a nuestras instituciones armadas. Muy buenas han debido ser, cuando a su amparo se han desarrollado, lozanas y vigorosas, las dos más sólidas instituciones de la América, conquistando laureles no alcanzados por ninguna otra nación americana, y permitiendo con su sólida disciplina el pacífico desenvolvimiento del país bajo el régimen del más completo acatamiento a las leyes y al Gobierno. Después de dos siglos, esas leyes no han podido ser aún reemplazadas, y su sola supervivencia prueba que fueron sabias y justas.

5.º *Tratados de alianza con Perú y Bolivia.* — La guerra con España dió ocasión para conferir carácter oficial a la tácita alianza que desde la independencia existía entre el Perú y Chile, y el 5 de diciembre de 1865 se firmó en Lima un Tratado de alianza ofensiva y defensiva, representando a Chile, como ministro plenipotenciario, D. Domingo Santa María, y al Perú, el ministro de Relaciones, Sr. Pacheco.

El 22 de marzo del año siguiente, Bolivia se adhirió a dicho Tratado por medio de su plenipotenciario, don Juan R. Muñoz Cabrero.

6.º *Reelección del Sr. Pérez.* — Al llegar a su término el primer período presidencial del Sr. Pérez, el país se preocupó de la nueva elección, pronunciándose la mayoría de las opiniones por la reelección del magistrado que tantas garantías había dado a la libertad y a la concordia. Pero los radicales, unidos a los monttvaristas, le presentaron oposición, eligiendo como candidato a D. Manuel Bulnes.

Verificadas las elecciones, una enorme mayoría reeligió al Sr. Pérez (Bulnes no alcanzó a obtener el tercio

de los votos), quien se hizo cargo de nuevo de la Presidencia el 18 de septiembre de 1866.

7.° *Leyes dictadas.* — Durante la presidencia del señor Pérez, entre otras menos importantes, se dictaron las siguientes leyes: Ley de Amnistía (18 de octubre de 1861), y ley que dispone que para reelegir a un presidente de la República necesita mediar un período de cinco años entre una y otra elección (8 de septiembre del 71). También durante este período comenzó a regir el Código de Comercio.

8.° *Mejoras y progresos alcanzados.* — El 22 de octubre de 1861 se creó la provincia de Llanquihue, y el 26 de agosto de 1865, la de Curicó.

El 22 de marzo de 1862 se decretó la creación del Liceo de Valparaíso, con el mismo plan de estudios que el Instituto Nacional.

El 14 de septiembre de 1863, el presidente inauguró el ferrocarril entre Santiago y Valparaíso.

El 10 de octubre de 1864 se autorizó la instalación de la Compañía Nacional de Vapores, y el 1 de enero de 1867 se aprobó el contrato celebrado con la Compañía de Vapores del Pacífico (P. S. N. C.) para el establecimiento de una línea de vapores entre Valparaíso y Liverpool. Este servicio se inició el 13 de mayo de 1869.

El 4 de enero de 1869 se decretó la creación de los Liceos de los Angeles y de Ancud.

El 3 de enero de 1871 se concedió a los señores Clark y Compañía una subvención para la construcción de un telégrafo entre Valparaíso, Santiago y Buenos Aires.

Se terminó el edificio de la Universidad, se creó en el Liceo de Concepción un curso de Leyes, y se fundaron Liceos en todas las capitales de provincia.

Se incrementó la marina de guerra con la compra de las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco,* y, después del bombardeo de Valparaíso, se procedió a la construcción de algunos fuertes. Se instalaron 19 baterías.

Se impulsó la colonización del Sur, trayendo las primeras familias alemanas.

En 1869 se abrió la primera Exposición Agrícola, con la concurrencia de todos los países de Suramérica.

9.° *Término de la presidencia de D. Joaquín Pérez.* El 18 de septiembre de 1871 dejó el Sr. Pérez la Presidencia a D. Federico Errázuriz Zañartu, que durante su administración había sido intendente de Santiago y ministro de Justicia, y ministro de Guerra y Marina durante la guerra con España.

Bajó del más alto puesto de la República rodeado del cariño, respeto y gratitud de todo el pueblo. Fué aún senador y consejero de Estado, y falleció el 1 de junio de 1889.

CAPITULO XIII

Gobierno de D. Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876).

SUMARIO: 1.º Elección del Sr. Errázuriz. — 2.º Primer Ministerio. — 3.º Reformas legislativas. — 4.º Cuestiones con Bolivia. 5.º Otras actividades gubernativas.

1.º *Elección del Sr. Errázuriz.* — La candidatura del Sr. Errázuriz fué apoyada por todos los obreros del país, pues veían en él un apóstol de la libertad y de los principios republicanos, y fué combatida por los partidos radical y monttvarista. Le opusieron éstos, como candidato, a D. José Tomás Urmeneta, hombre rico, pero de escasa figuración política, a quien proclamaron en la Convención del 7 de enero de 1871.

La lucha electoral fué tranquila y libre, dando como resultado el triunfo del Sr. Errázuriz, quien subió a la Presidencia el 18 de septiembre de 1871.

2.º *Primer Ministerio.* — Como el Sr. Errázuriz se hacía cargo del poder con el apoyo del partido liberal moderado y el del partido conservador, formó un Ministerio en que se hallaban representados esos dos partidos. Fué el siguiente: Interior y Relaciones Exteriores, don Eulogio Altamirano; Justicia, Culto e Instrucción Pública, D. Abdón Cifuentes; Hacienda, D. Camilo E. Cobo, y Guerra y Marina, D. Aníbal Pinto. Pocos meses después, el 2 de diciembre, se promulgó la ley que creaba el quinto Ministerio, el de Relaciones Exteriores, segregándolo del Ministerio del Interior. Se nombró para ocuparlo a D. Adolfo Ibáñez.

3.º *Reformas legislativas.*—Muy intensa fué la actividad que se desplegó durante este período presidencial en materia de reformas legislativas. Figuran entre las más importantes las modificaciones que se hicieron a la Constitución. El 13 de agosto de 1874 se promulgó la ley que declaraba modificados los artículos 10, 2.º, 6.º, 7.º y 12. Otra ley, de la misma fecha, declara reformados los artículos 19 y 23 a 35, inclusive. El 24 de octubre del mismo año, una tercera ley declaraba reformados otro buen número de artículos de la Constitución del 33, y establecía las atribuciones del Congreso, de la Comisión conservadora, las del presidente de la República y la formación del Consejo de Estado.

Se sancionó, en resumen, la prohibición de reelegir presidente sin el intervalo de un período constitucional; se restringieron las facultades del Ejecutivo; se agregaron siete diputados a la Comisión conservadora, y se autorizó el voto acumulativo en la elección de diputados.

Se aprobó el Código penal, y se promulgó el 12 de noviembre de 1874, y al año siguiente, se promulgó la ley de Atribuciones y Organización de los Tribunales, en que se suprimía el fuero eclesiástico y se reducía a su mínimo el fuero militar. (15 de octubre de 1875.)

El 1 de marzo de 1875 comenzó a regir un Código de Minería, que se mantuvo en vigor hasta que se dictó el de 20 de diciembre de 1888.

El 3 de agosto de 1876 se dictó una ley que autorizaba la pena de azotes y permitía apreciar la prueba en conciencia en las causas de hurto, robo, incendio y accidentes de ferrocarriles.

Las reformas más salientes y que más resistencia despertaron en la administración Errázuriz fueron las que se hicieron a la Constitución, la secularización de los cementerios, la libertad de cultos y la supresión del fuero eclesiástico.

4.º *Cuestiones con Bolivia.* — El Tratado de 1866, en que se determinaba que el límite con Bolivia sería la línea marcada por el paralelo 24, y que los derechos de exportación de guanos y minerales en la zona comprendida entre los grados 23º y 25º, se partirían por mitad (para este efecto Bolivia establecería en Mejillones una Aduana que sería controlada por funcionarios chilenos), dió origen a desacuerdos, porque al celebrarlo no se contaba con el salitre, que más tarde llegó a ser un producto comercial de gran valor. Aparecido éste, se presentó el problema de establecer si se debían considerar metales sólo las sustancias metalíferas, o también las inorgánicas, como el salitre, el bórax, el azufre y el yodo. Para allanar esta dificultad, Chile acreditó como encargado de Negocios en la ciudad de La Paz a D. Santiago Lindsay, y Bolivia nombró plenipotenciario *ad hoc*, al ministro de Relaciones D. Casimiro Corral.

Arribaron estos negociadores a un acuerdo, que se llamó «Convenio Lindsay-Corral», Convenio que, aunque no fué del agrado de Chile, nuestro Gobierno aprobó; pero que no tuvo igual suerte con el Gobierno boliviano, pues éste, sin ser necesario, lo sometió a la aprobación del Congreso. Como no consultara todas las conveniencias de Bolivia, el Congreso aplazó su aprobación «para la próxima Asamblea ordinaria de 1874». Contribuyó a esta resolución la firma del Tratado secreto que por esos días celebró Bolivia con el Perú.

Después de Lindsay, el Gobierno chileno envió como ministro a Bolivia a D. Carlos Walker Martínez, quien llegó a La Paz inspirado en los más firmes propósitos de arribar a un acuerdo amigable.

Como oyera ciertos rumores de que se fraguaba una conspiración contra Chile entre Perú y Bolivia, se apresuró a proponer al ministro de Relaciones boliviano un Tratado definitivo en que se hiciera desaparecer la medianería que había originado todos los desacuerdos, y que

figurara como frontera el grado 24°. Esta proposición, hecha el año 73, se formalizó el 74, resolviéndose en un Tratado, en que Chile renunciaba a los derechos de exportación en la zona comprendida entre los grados 23° y 24°, y Bolivia se comprometía a no aumentar las contribuciones sobre los capitales e industrias chilenas por el término de veinticinco años.

Tras una ardorosa discusión, este Tratado se aprobó en Bolivia. En Chile se aprobó sin dificultad alguna. En el curso de los sucesos se verá cuán grande fué la transcendencia de este Tratado.

5.° *Otras actividades gubernativas.* — Con clara visión de las dificultades que el porvenir podía deparar a Chile, el Gobierno de Errázuriz solicitó y obtuvo autorización (por ley de 3 de enero de 1872) para adquirir dos blindados y un vapor que pudiera ser armado en guerra. Los primeros fueron el *Cochrane* y el *Blanco*, y el último, la cañonera *Magallanes*. Si Errázuriz no hubiera cometido sino errores y faltas durante su administración, la sola compra de los blindados le habría dado derecho a la gratitud del país.

Persiguiendo la libertad de enseñanza, se dictó un decreto que autorizaba para optar a grados universitarios con los exámenes rendidos en colegios particulares y ante sus mismos profesores.

Produjo esta reforma tan malos resultados, que dos años más tarde se derogó el decreto.

Se creó el Archivo General en Santiago y Valparaíso. Se autorizó la contratación de un empréstito de ocho millones de pesos, para continuar la construcción del ferrocarril hasta Angol y Los Angeles (26 de diciembre de 1872).

Se terminó el ferrocarril de San Felipe a los Andes y se entregó el de Talcahuano a Chillán.

Se terminó el hospital de San Vicente y el palacio del Congreso Nacional.

El 15 de septiembre de 1875 se inauguró, en el Palacio de la Exposición de la Quinta Normal, la gran Exposición Internacional.

El nombramiento de D. Benjamín Vicuña Mackenna como intendente de Santiago marcó para la capital una era de progreso y hermoseamiento verdaderamente extraordinarios.

A ese hombre activo y patriota se debe la transformación del cerro Santa Lucía en uno de los más hermosos paseos del mundo; la formación del Parque Cousiño, cedido por el acaudalado filántropo D. Luis Cousiño; la idea de canalizar el Mapocho; el ensanchamiento de muchas calles; el arreglo de la alameda de las Delicias, etc.

Al mismo tiempo, hacía algo semejante en Valparaíso el intendente D. Francisco Echauren Huidobro.

Le tocó al Sr. Errázuriz presidir, en las postrimerías de su gobierno, las primeras elecciones que se hicieron después de las reformas constitucionales para la renovación de los poderes públicos.

Por más empeño que gastó, no logró dejar solucionada la cuestión de límites que con la República Argentina había pendiente, desde la pasada administración.

Fué Errázuriz uno de los buenos presidentes de Chile: honrado, laborioso, previsor y patriota. Su nombre figura entre los mejores servidores de la patria.

Dies meses después de dejar la Presidencia, falleció repentinamente en Santiago (20 de julio de 1877).

CAPITULO XIV

Elección y gobierno de D. Aníbal Pinto (1876-1881).

§ I

Antes de la guerra del Perú.

SUMARIO: 1.º Elección presidencial. — 2.º Don Aníbal Pinto. — 3.º Primer Ministerio. — 4.º Crisis económica. — 5.º Orden interior. — 6.º Instrucción. — 7.º Artes. — 8.º Ciencias. — 9.º Industrias y comercio. — 10. Estado social. — 11. Obras públicas. 12. Finanzas. — 13. Moralidad e higiene.

1.º *Elección presidencial.* — Desde que en abril de 1875 dejó D. Aníbal Pinto el Ministerio de Guerra, sus amigos y correligionarios comenzaron a pensar en él para presentarlo como candidato a la Presidencia de la República.

Muy luego le salieron formidables adversarios: la juventud estudiosa levantó la candidatura de D. Miguel Luis Amunátegui, y el pueblo y muchos amigos, la de D. Benjamín Vicuña Mackenna.

Convocada una gran Convención, Vicuña Mackenna se negó a concurrir, resolviendo presentarse independientemente contra el candidato que resultara de la Convención.

Pronunciada esta Asamblea, resultó elegido D. Aníbal Pinto, gracias al apoyo que a última hora le prestó el partido radical, y la lucha quedó entablada con Vicuña Mackenna.

Las elecciones se realizaron con relativa tranquilidad, y el resultado fué el triunfo de D. Aníbal Pinto, que subió a la Presidencia el 18 de septiembre de 1876.

2.° *Don Aníbal Pinto.* — Era D. Aníbal Pinto hijo del ex presidente don Francisco A. Pinto. Pertenecía al partido liberal, y figuraba entre los de ideas más avanzadas.

Había servido el puesto de secretario de Legación en Roma, ocasión que aprovechó para viajar por Europa. Era un hombre culto y de vasta ilustración.

3.° *Primer Ministerio.* — Interior, D. José Victorino Lastarria; Relaciones, D. José Alfonso; Justicia, Culto e Instrucción, D. Miguel Luis Amunátegui; Hacienda, don Rafael Sotomayor; y Guerra y Marina, D. Belisario Prats.

4.° *Crisis económica.* — Después de muchos años de prosperidad, y en los momentos en que mayor mal podía hacernos (vísperas de la guerra del 79), llegó una crisis económica que tuvo su origen en las malas cosechas y en la baja que sufrió el cobre en Europa.

Con este motivo se vió el Gobierno en la necesidad de disminuír sus gastos, y una de las primeras partidas del presupuesto que sufrió las consecuencias, fué la destinada al mantenimiento del Ejército. Se redujo éste a 2.440 plazas. Además, se aumentaron las contribuciones y se suprimió el aumento de sueldos, poco tiempo antes concedido a los empleados públicos.

Como aun esto no fuera suficiente, se dictó una ley que se llamó de Inconvertibilidad, que fué una moratoria de pago destinada a regir hasta el 31 de agosto de 1879. (23 de julio de 1878.)

A pesar de todo, en diciembre de 1878 no había con qué pagar a los empleados públicos, y, no obstante las fuertes economías, se entraba al año 79 con un superávit de gastos de varios millones de pesos.

Este era el desastroso estado económico en que iba

a sorprender a Chile la guerra contra el Perú y Bolivia, coligadas.

5.º *Orden interior.* — Las revoluciones, que han sido el más poderoso factor retardador del progreso en la América latina, no encontraron nunca en Chile un terreno favorable para su desarrollo.

El caudillaje no se ha conocido entre nosotros, y las pocas revoluciones que hemos soportado han tenido siempre como causa la lucha por un principio, por una doctrina o por un régimen determinado; jamás el deseo de levantar a un hombre o entronizar un poder absoluto o arbitrario. Así se explica el rápido desenvolvimiento de una nación sin recursos como la nuestra, y el hecho honroso de ser el único país latino que jamás ha sabido tolerar a un tirano.

Chile ha hecho de la libertad un culto; por eso el primer acto de su Gobierno fué dar la libertad a los esclavos, y por eso ha sido ella la que ha inspirado todos los actos de su vida republicana.

6.º *Instrucción.* — Desde la independencia, fué primordial preocupación de nuestros Gobiernos desarrollar e impulsar la instrucción, y, dentro de los escasos recursos con que se contaba, se hicieron los mayores esfuerzos por generalizarla y llevarla a su mayor desarrollo.

Escuelas y Liceos se fundaron en todas las provincias; se trajeron maestros y grandes sabios extranjeros, y se adoptaron los mejores sistemas de instrucción; y si el resultado que se obtuvo no fué más halagador, se debió a dificultades insalvables — como es la de que la escasa población se hallaba repartida en un área relativamente enorme —, no a la falta de interés ni de esfuerzos.

7.º *Artes.* — A este precioso complemento de la cultura de los pueblos, no se mostraron tampoco indiferentes nuestros Gobiernos; y ya el general Bulnes echó

las bases de la instrucción musical, creando la Escuela de Música (nuestro actual Conservatorio), y dió vida entre nosotros al arte de la pintura, trayendo al país al famoso pintor Monvoisin.

8.º *Ciencias.* — A las ciencias, eje y fundamento de todo progreso, se prestó siempre especial atención. Tanto los sabios traídos expresamente del extranjero, como los que llegaron por su propia voluntad, encontraron en Chile toda clase de facilidades y grandes consideraciones.

Entre los primeros, podemos citar a D. José Joaquín de Mora, ilustre español que el presidente don Francisco Antonio Pinto trajo al país, y que fué el fundador del Liceo de Chile. Mientras él lo regentaba, su esposa fundaba y regentaba un colegio para niñas. Fué el redactor de la Constitución del año 28.

Otros dos sabios españoles que prestaron importantes servicios fueron el médico D. José de Passamán y el matemático D. Andrés Antonio Gorbea. Estos fueron traídos, a propuesta de D. Mariano Egaña, poco antes del Sr. Mora, que llegó en 1828.

El más conocido de este grupo de sabios, y el que hizo obra más duradera, fué, sin duda, D. Claudio Gay, famoso hombre de ciencias que llegó a Chile entre los profesores que trajo el Sr. Chapuis en 1828.

Entre los segundos (llegados por su propia voluntad) merece citarse, en primer lugar, D. Andrés Bello, que después de servir el cargo de secretario de nuestra Legación en Londres (1828), llegó a Chile en 1829.

El primer puesto que ocupó fué el de oficial mayor auxiliar del Ministerio de Hacienda; pero muy luego se le dió ocasión de ejercitar sus especiales facultades, entregándole la dirección del Colegio de Santiago, donde tomó a su cargo las clases de Castellano, Literatura y Legislación

Otro extranjero ilustre llegado al país fué D. Igna-

cio Domeiko, sabio polaco a quien el Gobierno confió las clases de Química y Mineralogía en el Liceo de Coquimbo (1839). En agosto del 41 fué nombrado perito facultativo de Minas.

Muy dignos de mención son también Pissis, sabio francés, autor de una excelente Geografía física de Chile; Filippi, Fonck y Martín, sabios alemanes que ejercieron enorme influencia en la instrucción, en la cultura y en el progreso del país. Todos ellos dejaron en sus obras pruebas elocuentes de su sabiduría y amor al trabajo.

9.° *Industrias y Comercio.*—La falta de comunicación y las guerras y revoluciones sostenidas habían retardado el desarrollo de las industrias y del comercio; y aunque la agricultura y la ganadería habían alcanzado cierto impulso, no podía aún decirse que Chile, en estas materias, hubiera llegado a una franca vía de progreso.

No ocurría lo mismo con la minería, que ya en esos tiempos producía grandes entradas.

Una elocuente manifestación del relativo progreso alcanzado fué la gran Exposición Internacional, abierta, en un palacio *ad hoc* en la Quinta Normal, el 15 de septiembre de 1875.

10. *Estado social.*—Muy lentamente había evolucionado el país en este sentido. Parecía como que salía trabajosamente de la vida colonial. El obrero seguía ganando con mucho esfuerzo lo indispensable para el sustento; vivía mal: en pobres chozas en el campo, y en sucios conventillos en las ciudades.

Nadie pensaba en que para él era también una necesidad atender a la educación de sus hijos, procurarse ciertas honestas distracciones, economizar algún dinero y labrarse, en fin, un futuro relativo bienestar. Ni los hombres más progresistas hablaban aún de leyes de previsión y de ahorro. Los obreros tampoco pensaban en reclamar ningún derecho.

El alimento obligado de los pobres era el frejol, y,

sólo por excepción, la carne. Usaban los hombres ojotas, pantalón y poncho, y las mujeres no iban mejor.

Diversiones para el pueblo, no existían otras que las carreras de caballos (a la chilena) y las riñas de gallos. De aquí que, los más, pasaran sus ocios en las tabernas o *chinganas.*

Las festividades patrias, la Nochebuena y el Año Nuevo, se celebraban con gran regocijo, especialmente en la alameda, y después en el Parque.

La buena sociedad hacía todavía una vida muy sencilla y retirada. Los saraos o bailes eran escasos, y vida nocturna, puede decirse que no existía, ni aun en Santiago.

Las casas, ordinariamente de un sólo piso, eran cómodas, pero no confortables. En muchas había lujo y muebles de gran valor.

Las damas no lucían su elegancia sino en las pocas ocasiones en que funcionaba la ópera, a la cual concurrían de gran gala y ostentando valiosas joyas.

11. *Obras públicas.* — Dentro de los recursos con que se contaba, no se podía pedir más en esta materia. Una buena parte del presupuesto se dedicó siempre a esta clase de obras, y por eso muchos edificios públicos — especialmente escuelas, liceos e intendencias — se levantaban en casi todas las ciudades; el telégrafo se hallaba muy extendido, y el ferrocarril llegaba ya a Talcahuano.

Santiago había progresado mucho con el arreglo del cerro Santa Lucía, la alameda y el Parque Cousiño.

12. *Finanzas.* — Aunque la administración de las rentas públicas se caracterizó por la acrisolada honradez que ha distinguido siempre a nuestros gobernantes — honradez de que con justicia podemos enorgullecernos —, el estado económico podía considerarse desastroso, y esto en los momentos en que una guerra larga y encarnizada iba a exigir del país ingentes esfuerzos.

La falta de recursos era tal, que a fines de 1878 no hubo con qué pagar a los empleados públicos.

Felizmente, obedecía esta crisis a causas accidentales y pasajeras, y no era, por consiguiente, una manifestación de pobreza en el país, ni de desorden administrativo.

13. *Moralidad e higiene.* — Muy grande era el atraso que a este respecto se notaba en el país. La falta de instrucción en las clases populares se manifestaba por una lamentable falta de moralidad y por un marcado desarrollo de la criminalidad. Hubo épocas en que grandes partidas de bandoleros hacían del bandolerismo una verdadera industria.

La carencia de hábitos de aseo hizo que las epidemias hallaran en nuestro pueblo un campo tan propicio para su desarrollo, y que algunas de ellas, como la viruela, llegaron a hacerse endémicas. De la necesidad de combatirlas con método y energía, nació la creación de la Junta de Beneficencia, que, aunque trabajó con entusiasmo, sólo en parte muy pequeña logró disminuír los factores que causaban el mal estado sanitario del país.

§ II

Primer período de la guerra.

SUMARIO: 1.º Causas de la guerra. — 2.º Ocupación de Antofagasta. — 3.º El Gabinete. — 4.º Actividad del Perú. — 5.º Fuerzas de los respectivos países. — 6.º Iniciación de las primeras operaciones.

1.º *Causas de la guerra.* — Dos fueron las causas fundamentales del conflicto.

La primera tuvo su origen en el descubrimiento de grandes yacimientos de salitre y yodo, hecho por exploradores chilenos en la faja de terreno de la costa llamada Antofagasta, y en los momentos en que la propiedad de esa provincia no se hallaba aún definida.

El espíritu emprendedor de los chilenos los llevó luego en gran cantidad y con fuertes capitales a la explotación de la inmensa riqueza que prometía el salitre, el guano y los minerales. (El mineral de Caracoles alcanzó su mayor auge entre 1872 y 1875.)

De esta suerte, pasó a ser el centro de una actividad netamente chilena, pues se calcula que nuestra gente formaba más del 90 por 100 de la población.

Esta masa de habitantes, unida a una gran cantidad de capitales, formaba un conjunto respetable que exigía garantías y facilidades para desarrollar su activa labor; y hallándose bajo la soberanía de un país como Bolivia, anarquizado por las revoluciones, oprimido por tiranos e impregnado de gran animosidad contra Chile, constituía un constante peligro para la paz suramericana.

La segunda causa a que nos hemos referido fué un *Tratado secreto* firmado en 1873 entre Bolivia y Perú.

El objeto ostensible de este Tratado era desalojar a Chile del litoral de Antofagasta aprovechando la ocasión de hallarse nuestro país indefenso en el mar, mientras el Perú contaba con dos poderosas naves de guerra. Habría bastado para esto que Bolivia se hubiera negado a dar cumplimiento al Tratado del 66. Chile, en resguardo de sus intereses, habría tenido que declarar la guerra, dando así ocasión a que el Perú se hubiera presentado a la liza, inclinando definitivamente la balanza en nuestra contra con el peso de su superioridad naval.

Con esta felonía pagaba el Perú la protección que Chile le prestó para obtener su independencia, la ayuda eficaz que le ofreció para librarse de la dominación boliviana en 1838 y el sacrificio que hizo poniéndose de su parte en su conflicto con España en 1866.

No sintiéndose aún suficientemente fuertes las dos naciones aliadas para aplastar a Chile, solicitaron el concurso de Argentina, proponiéndole que se adhiriera al Tratado. Esta proposición no fué mal recibida en Argen-

tina; la aceptó el Gobierno, la aprobó la Cámara de Diputados, y se hallaba pendiente de la consideración del Senado, cuando el nuevo Tratado celebrado por Chile con Bolivia en 1874 y la salida de Inglaterra del blindado *Cochrane*, cambió la situación, apaciguando al Perú y haciendo fracasar la cooperación argentina.

Dijimos ya, en un capítulo anterior, que el Tratado del 74 garantizaba a Chile la seguridad de que el Gobierno boliviano no podía imponer contribución alguna sobre los capitales e industrias chilenas en la zona comprendida entre los grados 23° y 24°, y por el plazo de veinticinco años. Pues bien: durante el gobierno del Presidente boliviano Daza, poco menos tirano que Melgarejo, la Asamblea de representantes dictó una ley imponiendo a cada quintal de salitre exportado una contribución de diez céntimos (14 de febrero de 1878).

Ante este atentado contra los intereses de la Compañía Chilena de Salitre, nuestro Gobierno creyó de su deber intervenir amistosamente, y, al efecto, comisionó a su representante en La Paz, D. Pedro Nolasco Videla, para que amparara los intereses chilenos.

Después de algunas gestiones verbales, Videla pasó una comunicación escrita, con fecha 2 de julio de 1878, insinuando amigablemente que se diera cumplimiento al Tratado del 74. Como no obtuviera esta nota contestación alguna, el Gobierno chileno, después de tres meses de espera, insistió ante su representante en La Paz para que obtuviera una resolución.

Sólo el 13 de diciembre de 1878 llegó a Chile la contestación boliviana, y en ella se negaba lugar a la reclamación de la Compañía Chilena, fundándose en que las concesiones que se hicieron habían caducado, porque la Asamblea que eligió a Daza, al apropiarse del Poder, había declarado nulos los actos de Melgarejo.

Para completar su obra, el Gobierno de Daza, que anhelaba la guerra, dió con fecha 17 de diciembre la

orden de que el prefecto de Antofagasta cobrara inmediatamente los derechos, y a contar desde el 14 de febrero.

Chile, agotados los recursos de conciliación, propuso el arbitraje con fecha 3 de enero; pero Bolivia no lo aceptó sino sobre la base de que la contribución se pusiera en vigencia antes de iniciar el juicio arbitral.

Entretanto, el Gobierno de Daza seguía inflexible en su propósito, y el 6 de enero se ordenaba la prisión del gerente de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, un Sr. Hicks, por no haber pagado noventa y tantos mil bolivianos de contribución.

No contento con esto, el 1 de febrero dictó un decreto «reivindicando las salitreras detentadas por la Compañía». Ante semejante atentado, nuestro ministro en La Paz pasó un ultimátum dando el plazo de cuarenta y ocho horas para que el Gobierno boliviano aceptara el arbitraje propuesto por Chile. (8 de febrero de 1879.)

2.° *Ocupación de Antofagasta.*— Ante el temor de que la exaltación de los ánimos acarreara desórdenes en Antofagasta, y para amparar a los chilenos, el Gobierno envió el *Blanco Encalada*, y, al llegar la noticia de la reivindicación de las salitreras, se ordenó que el *Cochrane* y la *O'Higgins*, llevando dos compañías de desembarco, se dirigieran también al Norte. El 14 de febrero, esta escuadrilla de tres buques apareció fondeada en Antofagasta, y a las ocho A. M. tomaba posesión del puerto.

La guerra estaba, de hecho, declarada.

3.° *El Gabinete.*— El Gabinete que iba a afrontar situación tan difícil para el país era el siguiente: Interior, D. Belisario Prats; Relaciones Exteriores, D. Alejandro Fierro; Justicia, D. Joaquín Blest Gana; Hacienda, D. Julio Zegers, y Guerra y Marina, D. Cornelio Saavedra.

Posteriormente, el 17 de abril fué modificado en la

siguiente forma: Interior, D. Antonio Varas; Relaciones Exteriores, D. Domingo Santa María; Justicia, D. Jorge Huneus; Hacienda, D. Augusto Matte, y Guerra y Marina, el general D. Basilio Maturana.

4.° *Actitud del Perú.* — El Perú — con refinada hipocresía — ofreció sus buenos servicios por intermedio de su ministro en Santiago, D. Pedro Paz Soldán. Lo que perseguía era sólo ganar tiempo para preparar sus buques y comprar otros nuevos; pero nuestro Gobierno se dió cuenta de sus manejos, y le declaró la guerra (5 de abril de 1879).

5.° *Fuerzas de los respectivos países.* — Chile, que recientemente había reducido sus fuerzas de tierra, contaba sólo con un ejército de 2.440 plazas, con 401 oficiales en servicio activo y 111 en retiro. Más de la mitad de este ejército se hallaba en el territorio araucano ocupado en asegurar la tranquilidad de esa región.

En materia de armamento, teníamos un museo de armas viejas, en que figuraban fusiles Comblain, Grass, Beaumont y Remington; carabinas Spencer y Winchester, y cañones Minie.

La escuadra estaba formada por los blindados *Cochrane* y *Blanco Encalada,* la *Chacabuco,* y las cañoneras *Covadonga* y *Magallanes.*

Perú contaba con un ejército de 4.321 y 2.679 oficiales (según Clavero, autor peruano). Como se ve, era más del doble del ejército chileno. En materia de armamento, no se hallaba mejor que Chile.

En el mar, el Perú estaba bien armado; pero no tenía superioridad. Los dos blindados chilenos eran superiores al *Huáscar* e *Independencia* en blindaje y cañones, y con los buques secundarios ocurría algo parecido. Bolivia tenía un ejército más pequeño, sobre cuya fuerza hay datos muy contradictorios, pues fluctúan entre 1.300 y 2.232 plazas. Oficiales, tenía en abundancia, formados la mayoría por las revoluciones. Contaba con 14 ge-

nerales, 135 coroneles y numerosos oficiales de menor graduación.

Tenía algunos rifles Remington y muchos de distintas marcas; pero a mediados de año recibió de Estados Unidos 5.000 de los primeros.

Resulta, en consecuencia, que en las fuerzas de tierra había una gran desproporción en contra de Chile: 2.440 contra 5.800, más o menos.

6.° *Iniciación de las operaciones.* — Cuando, a la ocupación de Antofagasta, Bolivia contestó con la declaración de guerra, la expulsión de todos los chilenos y la confiscación de sus bienes, nuestro Gobierno creyó indispensable ocupar todo el territorio disputado, hasta el río Loa. (Frontera del Perú.)

Para dar cumplimiento a esta disposición era necesario, entre otras cosas, tomarse a Calama, que estaba defendida por un centenar de fugitivos, convenientemente armados. El ministro Saavedra, que se había trasladado al teatro de operaciones, ordenó al coronel Sotomayor emprender esta operación con unos trescientos soldados.

Los bolivianos opusieron tenaz resistencia; pero al fin el pueblo fué tomado, con pérdida de siete muertos y seis heridos. Los defensores tuvieron 20 muertos y 34 prisioneros. Este fué el primer encuentro de la guerra. (23 de marzo de 1879.)

En el mar, la primera batalla se libró el 12 de abril, a la altura de Chipana, entre la cañonera *Magallanes*, al mando del bizarro marino chileno Latorre, y las corbetas peruanas *Unión* y *Pilcomayo*. A pesar de ser muy grande la inferioridad del buque chileno en potencia y velocidad, se impuso por la certeza de sus disparos a los dos buques peruanos, obligándoles a cesar en su persecución.

Entretanto, la movilización en los tres países continuaba activamente. Una de las primeras medidas de

nuestra escuadra fué establecer el bloqueo de Iquique (5 de abril de 1879), donde se hallaba concentrado gran parte del ejército peruano.

§ III

Combate naval de Iquique.

(21 de mayo de 1879)

Apremiada la escuadra chilena por la necesidad de conquistar el dominio del mar, su almirante resolvió (contraalmirante D. Juan Williams Rebolledo) ir al mismo puerto del Callao a buscar la decisión.

Fué así como la escuadra que se hallaba en Iquique partió al Norte a mediados de mayo, dejando el bloqueo del puerto a cargo de sus dos peores naves: la *Esmeralda* y la *Covadonga*.

Quiso la suerte que, junto con partir de Iquique la escuadra chilena, zarparan del Callao el *Huáscar* y la *Independencia* — los dos acorazados peruanos —, y de esta suerte, cruzándose en alta mar, casi a la vez llegaban los chilenos al Callao y los peruanos a Iquique.

En cuanto Grau (comandante del *Huáscar*) se enteró — al llegar a Arica — de que sólo la *Esmeralda* y la *Covadonga* cuidaban del bloqueo del puerto, resolvió atacar, para destruír o tal vez tomarse los buques chilenos.

En la mañana, muy temprano, del memorable 21 de mayo, Prat y Condell, que mandaban la *Esmeralda* y la *Covadonga*, respectivamente, se dieron cuenta del avance de los acorazados enemigos, y aunque ellos sólo podían oponerles una corbeta y una goleta, ambas muy viejas y de madera, sin vacilar un instante resolvieron empeñar un combate a muerte.

Cerciorado Prat (que por su grado tenía el mando de los dos buques) de que todo se hallaba en orden y de

que la gente había almorzado, pronunció la siguiente famosa arenga: «Muchachos: la contienda es desigual. Nunca se ha arriado esta bandera ante el enemigo, y espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, flameará en su lugar; y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber.»

Pocos momentos más tarde, el *Huáscar* disparaba el primer cañonazo: eran las ocho y cuarenta.

Muy luego, el combate se trabó entre la *Covadonga*, que huía al Sur, perseguida por la *Independencia*, y la *Esmeralda*, que, inhabilitada casi por el mal estado de sus máquinas, hacía frente al *Huáscar* en la bahía de Iquique.

Para sustraerse al peligro de que el *Huáscar* la atacara al espolón, la *Esmeralda* trató de colocarse muy cerca de la playa, y en esta posición se mantuvo hasta que las tropas del ejército peruano que guarnecían la plaza rompieron sobre ella fuegos de cañón y fusilería, haciéndole insostenible la situación.

Obligada a cambiar de posición, siempre bajo los fuegos del *Huáscar*, que por suerte disparaba con muy mala puntería, se corrió al Norte, aun cuando apenas sus máquinas le daban fuerza para moverse.

En la nueva posición, los fuegos del *Huáscar* no se hicieron más eficaces, y viendo Grau que la lucha se prolongaba ya demasiado, a las once y treinta se fué sobre el buque chileno para partirlo con el espolón. El primer choque pudo aún ser esquivado por la *Esmeralda*, y lo aprovechó Prat para —en la desesperación que le daba su impotencia— saltar sobre la cubierta del buque enemigo gritando: «¡Al abordaje!»

El estruendo del combate hizo que no fuera oído sino por el sargento Aldea y un marinero, cuyo nombre no se conoce, lo que fué causa de que se encontrara casi solo sobre la cubierta del *Huáscar*. Allí cayó, acribillado a balazos, el capitán más valiente de la Marina chilena, dejando tras de sí un reguero de luz que iluminará per-

petuamente a sus compañeros el camino de la gloria y del sacrificio.

El segundo espolonazo lo aprovechó el teniente Serrano para repetir con diez o doce marineros la hazaña de su capitán, y, como él, morir en un imposible esfuerzo de torcer el curso de tan desigual combate.

Al tercer espolonazo, que dió de lleno en el blanco, la *Esmeralda* se hundió majestuosamente con su bandera al tope, oyendo el último cañonazo con que el guardia marina Riquelme enviaba su adiós a la patria ausente. Eran las doce del día: juntos el sol y la gloria de la Marina llegaban al cenit de su carrera.

Entretanto, la *Covadonga*, tenazmente perseguida por la *Independencia*, huía hacia el Sur, apegándose a la costa para evitar ser espoloneada y haciendo esfuerzos constantes para evitar que los peruanos cargaran su cañón de proa.

Como esto no podía continuar indefinidamente, el comandante Moore (de la *Independencia*) resolvió al fin embestir con el espolón; pero tan mal eligió el momento, que lo hizo en el instante preciso en que la pequeña *Covadonga* pasaba rozando con su quilla los arrecifes de Punta Gruesa. El resultado no podía ser sino uno: el encallamiento del pesado buque peruano.

Bruscamente quedaba así terminado el combate, y de un modo bien triste para los peruanos, que persiguiendo el miserable objetivo de hundir una vieja goleta, perdían uno de sus más poderosos buques.

Condell no pudo atender al salvamento de los náufragos de la *Independencia*, porque en esos momentos apareció el *Huáscar*, que habiendo terminado ya con la *Esmeralda*, acudía en apoyo del otro buque peruano.

Así terminó la memorable jornada del 21 de mayo de 1879. Significó para Chile un señalado triunfo material y moral, y para el Perú la pérdida relativa del dominio del mar, dominio que en esos momentos jugaba un papel decisivo.

§ IV

Toma del «Huáscar».

(8 DE OCTUBRE DE 1897)

Aunque la hazaña de Condell en Punta Gruesa había quitado al Perú gran parte de su poder naval, la posesión del *Huáscar*, y el contar con un marino tan talentoso como Grau, le daban aún, hasta cierto punto, la fiscalización del tráfico marítimo en las costas de Chile. Nuestros buques, más fuertes, pero no tan veloces, no lo podían evitar del todo.

Era preciso, pues, batir al *Huáscar*, o apresarlo, y, persiguiendo este propósito, el almirante de nuestra escuadra, D. Galvarino Riveros, zarpó en la noche del 7 de octubre de Mejillones, y fraccionando su escuadra en dos divisiones, se quedó él con el *Blanco* y la *Covadonga* frente a Antofagasta, mientras el capitán Latorre, al mando del *Cochrane*, la *O'Higgins* y el *Loa*, formaba una red perpendicular a la costa frente a Mejillones.

Este plan, ideado por el ministro de Guerra, D. Rafael Sotomayor, obedecía al propósito de tender una celada al *Huáscar* y a la *Unión*, que, según noticias fidedignas, merodeaban por el Sur, y que en ése o al siguiente día podían regresar al Norte.

Todo resultó como se lo habían imaginado los chilenos. Al amanecer del 8 de octubre los buques peruanos fueron avistados por el *Blanco* y la *Covadonga*, que, como se sabe, cruzaban frente a Antofagasta, y como el papel de éstos, por su poco andar, no era otro que atraer a los buques enemigos hacia la red que un poco más al Norte formaba Latorre con sus tres buques, se limita-

ron a dejarse burlar por el *Huáscar* y la *Unión,* empeñándose en una inútil persecución.

Huían los dos buques peruanos, sin inquietarse mucho por la pesada persecución del *Blanco* y la *Covadonga,* cuando a las siete de la mañana sus vigías les anunciaron tres humos al frente, que, acercándose rápidamente hacia la costa, amenazaban cortarles la retirada.

Ya era tarde para salvar de la trampa en que habían caído, porque el *Cochrane,* tan veloz como el *Huáscar,* no daba esperanzas de poder escapar, y aunque así lo comprendió Grau, hizo un desesperado esfuerzo para lograrlo forzando las máquinas.

La *Unión,* que contaba con una velocidad que la ponía a salvo de cualquiera persecución (trece a catorce millas), no se resignó a seguir la suerte de su compañero, y negándole un apoyo que pudo serle muy útil, a todo vapor se retiró del campo de batalla. Perseguida por la *O'Higgins* y el *Loa,* no hizo frente, aun cuando el *Loa,* mucho más débil que ella, sobrepasando a la *O'Higgins,* se expuso a ser atacado aisladamente.

Como era de esperar, el *Cochrane* cruzó el camino del *Huáscar,* y desentendiéndose de los disparos que éste le hacía, continuó su avance hasta llegar a 2.000 metros, distancia a la cual rompió el fuego con tal acierto, que con el primer disparo tocó la torre de combate, matando doce hombres; con el segundo, inutilizó el gobierno del buque, y con el tercero o cuarto, dió en la torre de mando, haciendo volar a Grau en mil pedazos y matando a su ayudante, D. Diego Ferré.

Tras el disparo que mató a Grau, otro destrozó el telégrafo de la máquina y la rueda de gobierno, con lo cual el *Huáscar* quedó absolutamente imposibilitado para seguir combatiendo.

Unos tras otro fueron muertos tres comandantes que se sucedieron en el mando, y cuando ya mandaba el

cuarto, llegó el *Blanco;* sólo entonces la valiente tripulación del *Huáscar* se rindió, arriando su pabellón.

En este combate, el Perú perdió su mejor buque y un gran almirante, y Chile ganó el dominio definitivo del mar.

§ V

Desembarco y toma de Pisagua.

(2 de noviembre de 1879)

Franco ya para Chile el camino del mar, había llegado el momento de emprender las operaciones terrestres contra el núcleo del ejército aliado, concentrado en la provincia de Tarapacá.

Constaba éste de más de once mil soldados, de los cuales 4.000 eran bolivianos, y se hallaban al mando del presidente del Perú, Excmo. Sr. Prado, que tenía su cuartel general en Arica. Las fuerzas bolivianas estaban al mando del presidente de Bolivia, Excmo. Sr. General Daza, y se hallaban concentradas en Tacna.

Después de muchas vacilaciones, se resolvió forzar el desembarco de nuestras tropas en Pisagua, y, al efecto, el 19 de octubre comenzó el embarque del ejército del Norte (el concentrado en Antofagasta) en 14 transportes. Constaba este ejército de 9.405 soldados y 853 caballos.

Sin serios inconvenientes, el convoy de tropas llegó a la vista de Pisagua en la mañana del 2 de noviembre. Era ésta una pequeña aldea, cuya bahía se hallaba defendida por dos fuertes improvisados y por una guarnición de 900 soldados bolivianos y 500 peruanos.

No fué difícil a nuestra escuadra — que escoltaba el convoy — apagar los fuegos de los fuertes, y así, a las ocho A. M., ya los botes de desembarco iniciaban su avance hacia la playa.

Los primeros cuatrocientos soldados que desembarca-

ron, no habrían tal vez podido vencer la resistencia de los 1.400 defensores si no hubieran sido eficazmente apoyados por los fuegos de la escuadra.

La tenacidad con que las improvisadas tropas aliadas se defendieron fué digna de todo encomio; pero, a la larga, infructuosa, porque poco a poco la superioridad chilena los fué abrumando, y tuvieron que ceder definitivamente. Pero eso no fué antes de perder casi la mitad de sus fuerzas y de infligir a los atacantes 230 bajas, de las cuales, 58 fueron muertos.

* * *

Tomada Pisagua, comenzó la internación del ejército chileno en la provincia de Tarapacá.

El comando supremo del ejército perúboliviano, comprendiendo la desventaja que le significaba el tener una parte de sus tropas cerca de Iquique y la otra en Tacna y Arica, resolvió producir la conjunción y atacar en seguida al ejército chileno, que se había posesionado de Pisagua.

Con este objeto, el presidente Prado convocó en Arica (4 noviembre) un consejo de guerra, al que asistió el presidente Daza, y en él se resolvió que este último avanzaría al Sur con las fuerzas de Tacna, mientras Buendía avanzaría al Norte con el ejército que tenía concentrado en Pozo Almonte. Producida así la unión de ambos ejércitos, debía tomar el mando el presidente Daza.

Se dieron las órdenes, y los movimientos comenzaron a ejecutarse sobre la base de que la reunión debía verificarse en Tana, lugar situado en la quebrada de Camiña, unos veinte kilómetros al norte de Jaspampa. (Estación del ferrocarril de Pisagua a Negreiros.)

Como consecuencia de este plan, en la mañana del 9 de noviembre el general Buendía recibió en Pozo Almonte un telegrama del presidente Prado en que le avisaba que Daza y su ejército llegarían a Tana el 16 de

noviembre, y en que le recomendaba no atacar a los chilenos.

Si el plan de los presidentes se hubiera realizado, en la batalla de Dolores los chilenos habrían tenido que soportar la presión del ejército de Buendía por el Sur y la del de Daza por el Norte, o bien, el choque simultáneo de ambos ejércitos.

Por suerte, Daza no llegó sino hasta la quebrada de Camarones (14 de noviembre), desde donde regresó al Norte, por causas que hasta hoy no se conocen bien.

Entretanto, el general Buendía, celosamente secundado por su jefe de Estado Mayor, el coronel D. Belisario Suárez, y con su ejército bien provisto, se había puesto en marcha hacia el Norte el 16 de noviembre, proponiéndose salvar en un primer esfuerzo la distancia de 50 kilómetros que los separaba de Agua Santa.

Su ejército se componía de 9.000 hombres, más o menos.

Para el avance al Norte, Buendía dividió su ejército en tres escalones, mandado el primero por el general Bustamante, el segundo por el coronel Suárez y el tercero por el coronel Cáceres.

§ VI

Batalla de Dolores.

(19 de noviembre de 1879)

Por desconocer en absoluto los chilenos el avance de los aliados desde el Sur, y por la creencia que tenían de que el enemigo había de llegarles por el Norte, sólo para esta eventualidad se preparaban, y por eso las fuerzas de Hospicio no se unían a las de Dolores, ni Escala (el general en jefe) se trasladaba a este punto.

De esto resultó que las fuerzas reunidas en Dolores,

en el momento en que el enemigo avanzaba con más de nueve mil hombres, no pasaban de seis mil seiscientos, desprovistos de artillería. Sólo en la mañana del mismo día de la batalla, llegó Velázquez con las fuerzas de esa arma. En Hospicio quedaban 4.000 hombres, y dos cuerpos más en Pisagua.

Sugestionados los chilenos con la idea de que el ejército aliado del Sur no avanzaría hacia Dolores, por no salvar el desierto que lo separaba de este punto, sólo tenían ojos para mirar hacia Jaspampa y Tana, y de esta suerte, sólo en la tarde de la víspera de la batalla tuvieron conocimiento del avance del enemigo, y de que éste, en número de cerca de diez mil hombres, se hallaba ya en Agua Santa, a una jornada de la posición chilena.

Marchando toda la noche, el ejército aliado amaneció frente a las posiciones que las tropas chilenas habían tomado en el cerro de Dolores, o de San Francisco.

Al general Buendía, general en jefe de las fuerzas aliadas, le servía de jefe de Estado Mayor el coronel Suárez, oficial de empuje y de claras ideas militares, con el cual deliberó sobre lo que se debía hacer. De esta deliberación resultó la resolución de no atacar hasta el día siguiente, para dar a su gente el descanso que tanto necesitaba después de haber marchado toda la noche.

Por una coincidencia, el coronel Sotomayor, que era el que mandaba las fuerzas chilenas, adoptó la misma resolución, con el fin de dar tiempo al general Escala para acudir con el resto del ejército. Con tales resoluciones no es extraño que los contendores permanecieran inactivos hasta las tres de la tarde, hora en que un incidente, ajeno a la voluntad de los generales, precipitó la batalla.

Con el objeto de reconocer las posiciones chilenas, avanzó hasta «El Molino» (al pie de las posiciones de artillería que mandaba el mayor Salvo) la División Exploradora (peruana), en los momentos en que numero-

sos grupos de soldados chilenos llegaban al pozo «El Porvenir» en busca de agua. Considerando Salvo propicia la ocasión para romper el fuego, pidió permiso para hacerlo, y habiéndoselo concedido el coronel Amunátegui, dió la orden correspondiente. Esto provocó la contestación de una batería peruana situada cerca del pozo, y así se inició la batalla de Dolores, a las tres P. M. del 19 de noviembre de 1879.

Como del lado aliado todo se hallaba listo, no hubo más que dar la orden de avanzar, y Buendía, al mando del ala derecha, se dirigió sobre el ala izquierda chilena, mientras Suárez, al mando de la izquierda, inició su ataque al centro y ala derecha chilena.

El episodio culminante de la batalla fué el ataque del general Villegas, que al mando de la primera división boliviana, fuerte en 2.344 hombres, cargó contra las baterías de Salvo, defendidas sólo por 63 individuos. Reforzado Salvo por dos compañías del Atacama, alcanzó a rechazar el ataque, cuando ya el enemigo se hallaba a veinte o treinta pasos de las piezas; pero no fué sino por breve plazo, pues reforzados a su vez los bolivianos por el batallón Dalence, volvieron a cargar con iguales bríos. Felizmente, llegaban en esos momentos algunos soldados del Coquimbo, y con este refuerzo se pudo por segunda vez hacer retroceder al enemigo. Con fiera tenacidad, reforzados nuevamente, repitieron los bolivianos por tercera vez el ataque, por suerte en el momento en que el comandante D. Juan Martínez llegaba con el resto del Atacama y ordenaba contraatacar a la bayoneta. El choque fué violento e irresistible para los enemigos, que, en completo desorden y en sangriento entrevero con los nuestros, huyeron cerro abajo llevando el desorden y el pánico a sus fracciones vecinas y a toda esa parte del ejército. Como resultado de esa carga, todo el centro aliado se desbandó.

Mientras tanto, el general Buendía se iba a estrellar

contra el ala izquierda chilena, donde, después de soportar el fuego de nuestra artillería, tuvo que afrontar la entrada en acción del tercero de línea, ante cuya carga a la bayoneta, sus fuerzas de primera línea fueron dispersadas. Con serenidad digna de todo elogio, Buendía reorganizó de nuevo sus tropas, y repetidas veces volvió al ataque, siendo otras tantas veces rechazado, hasta que desmoralizada y diezmada su gente, se retiró precipitadamente en incontenible desorden.

Mientras fracasaban así los ataques contra el centro y ala derecha chilena, el del ala izquierda no iba por mejor camino. Encomendado al general boliviano Villamil, no se llevó a fondo con la necesaria energía, y ya a los tres mil metros fué desorganizado por el fuego de nuestra artillería. Una vez Villamil logró rehacer sus unidades; pero, rechazadas de nuevo, se entregaron a la más desordenada fuga.

Con muchos esfuerzos lograron los aliados reunir después de la batalla unos cuatro mil quinientos a cinco mil hombres en «El Porvenir», con los cuales las fuerzas perseguidoras tuvieron un ligero tiroteo. Detenida aquí la persecución por falta de una enérgica dirección, los aliados pudieron retirarse con entera libertad.

§ VII

Batalla de Tarapacá.

(27 de noviembre de 1879)

La falta de persecución en la batalla de Dolores fué causa de que algunos días más tarde, con los restos del ejército allí derrotado y con las fuerzas intactas de la guarnición de Iquique, se formara en el pueblecito de Tarapacá (dentro de la quebrada del mismo nombre) un núcleos de tropas, por desgracia más fuerte de lo que los chilenos se imaginaron.

Creyendo el general Escala que las fuerzas anunciadas en Tarapacá no pasaban de 2.300 hombres, envió contra ellas unos dos mil doscientos soldados, al mando de Arteaga, quien, con el mismo convencimiento, dispuso el ataque en la mañana del 27 de noviembre, distribuyendo su gente en tres columnas.

Se proponía Arteaga sorprender al enemigo, que, desapercibido, descansaba en el fondo de la quebrada, y, hasta cierto punto, lo consiguió; pero, repuesto muy luego, trató de ganar las alturas; lo efectuó, y, aprovechando su gran superioridad numérica, restableció el equilibrio de la lucha.

Se inició el combate entre la división Cáceres, compuesta de los batallones Zepita y Dos de Mayo, y la columna de Santa Cruz, que contaba con una fuerza de 600 hombres.

A la inferioridad numérica de los chilenos había que sumar la gran depresión física en que se hallaban las tropas a consecuencia de la fatigosa marcha nocturna que acababan de hacer, la falta de agua y el enorme calor bajo el cual operaban.

La división Cáceres, muy luego reforzada, llegó a 1.500 soldados, frente a los cuales la resistencia se hizo imposible para la pequeña columna de Santa Cruz, que comenzó a retirarse. Aunque un momento más tarde recibió el apoyo de las cansadas tropas de Arteaga, la retirada continuó hasta ganar la cumbre de la quebrada, donde la caballería, que llegaba providencialmente en ese momento, cargó con incontenibles bríos, obligando a los enemigos a ponerse fuera del alcance de los fuegos de las armas chilenas.

Más dura, si cabe, había sido la jornada del segundo de línea, que, al mando de su bravo comandante D. Eleuterio Ramírez, se inmortalizó en el ataque a la aldea de Tarapacá.

Después de tres horas de porfiada lucha, el segundo

se vió forzado a retirarse, lamentando la irreparable pérdida de su comandante y del 60 por 100 de su efectivo.

Felizmente, en este momento se producía la retirada de Cáceres, que arrastró al resto de las tropas, y los chilenos aprovecharon esta tregua, que creyeron definitiva, para bajar a la quebrada en busca de agua y del descanso que tanto necesitaban.

Pero el enemigo no había desistido aún de la lucha. Reforzado por nuevas tropas llegadas de Pachica, vió subir su efectivo a 4.000 hombres, a las tres y cuarenta y cinco P. M., y aprovechando la circunstancia de que los chilenos, que ya no pasaban de 1.000 hombres, descansaban descuidadamente en el fondo de la quebrada, atacó por tres puntos simultáneamente, creando a los nuestros una situación desesperada.

Viendo en la retirada la única salvación posible, los chilenos comenzaron a subir fatigosamente hacia la cumbre, fustigados incesantemente por los fuegos del adversario.

Tras dolorosas pérdidas y abrumados de cansancio, lograron reunirse, como a las cinco y treinta, en la pampa de Isluga, los restos de un ejército que un momento antes se creía vencedor.

Por suerte, la persecución no se prolongó a más de diez kilómetros, y así pudieron salvar los pocos que aun se hallaban en estado de hacerlo.

Perdimos en esa jornada 695 soldados (más del 30 por 100 del efectivo). Habían peleado 2.200 hombres contra 5.381. El enemigo quedó dueño del campo; pero, como en Iquique, aunque el triunfo fué peruano, la gloria fué chilena.

CAPITULO XV

Segundo período de la guerra.

§ I

Sucesos posteriores a Tarapacá.

A pesar de que Tarapacá había sido para los aliados una victoria, lo fué de tan escasas proyecciones, que no alcanzó a contrarrestar los efectos del fracaso de Dolores.

Las consecuencias de esta derrota no tardaron en dejarse sentir. Prado se creyó perdido, y en vez de afrontar valientemente la situación, tomó el primer vapor que halló a mano y huyó al extranjero.

Pocos días después, Daza, a quien se hacían graves cargos por no haber concurrido a Dolores, fué depuesto por sus mismas tropas, y tuvo que salir también para el extranjero.

Algún tiempo más tarde, el Gobierno chileno cambiaba su Comando Supremo en Campaña, nombrando generalísimo al general Baquedano, y concediendo al general Escala un descanso que ya sus años exigían.

De esta suerte, la campaña iba a continuar bajo la dirección de tres nuevos jefes: *Piérola,* que se había proclamado dictador del Perú (el ejército peruano en Arica estaba al mando del contraalmirante Montero); el coronel *Camacho,* que había tomado el mando del ejército boliviano (mientras llegaba Campero, que había sucedido a Daza en el mando del país), y *Baquedano,* el nuevo jefe chileno.

Tres meses perdió el ejército chileno en reorganizarse y pertrechaarse para la continuación de la campaña.

En este intervalo, el ejército aliado se había concentrado en Tacna y Arica con una fuerza aproximada de 14.265 oficiales y soldados.

Contando con el dominio del mar, el Gobierno chileno juzgó más hacedero y eficaz embarcar el ejército en Pisagua, para caer al Norte del territorio ocupado por el enemigo; y, con ese propósito, eligió para la concentración el puerto de Ilo.

El 18 de febrero de 1880 comenzó el embarque de las tropas, y el 29 del mismo mes terminaba el desembarco en Ilo, sin ningún entorpecimiento.

Una vez en este puerto, se vió que no se podían emprender operaciones hacia Tacna, a través del desierto, sin completar los elementos de transporte que el ejército necesitaba.

Mientras se esperaban esos elementos, se supo que en Moquegua, ciudad situada a unos 87 kilómetros de Ilo, se hallaba una división peruana, y para batirla, se destacó al general Baquedano (todavía Escala era general en jefe), al mando de una división.

Al conocer el avance de la división chilena, los peruanos se replegaron hasta la entonces invulnerable posición de Los Angeles, y los chilenos, despreciando los enormes obstáculos que en otras ocasiones habían hecho imposible el asalto, se lanzaron al ataque en la mañana del 22 de marzo de 1880; y haciendo prodigios de valor y de energía, a las siete y quince de la mañana hicieron ya flotar sobre la cumbre de la posición la bandera chilena. La había colocado el bravo regimiento Atacama.

Esta victoria arrojaba lejos del teatro de operaciones a una tropa que podía haber prestado algún apoyo al ejército peruano, concentrado en Tacna y Arica, y cortaba a éste una línea importante de comunicaciones hacia el interior del país.

Fué después de esta victoria cuando el general Baquedano relevó al general Escala.

Apenas juzgó Baquedano que eran suficientes los elementos y refuerzos con que el ejército contaba, emprendió la marcha sobre Tacna (lunes 8 de abril de 1880), avanzando por escalones, para facilitar el aprovisionamiento, especialmente de agua.

§ II

Batalla de Tacna.

(26 de mayo de 1880)

El ejército aliado se aprestó para oponer una última y decisiva resistencia en los arenales que se extienden al norte de la ciudad de Tacna.

Allí fueron los chilenos a buscarlos, y Baquedano, tras los reconocimientos que juzgó indispensables, tomó la resolución de atacar todo el frente con las divisiones Barceló y Amengual, dejando en segunda línea, como sostenes, y a unos tres mil metros de distancia, las divisiones Amunátegui y Barboza. Esta última, escalonada hacia la izquierda. Como reserva, dejó a la división Muñoz, fuerte en 3.279 individuos, y colocada a retaguardia, lejos de la zona de fuego.

Así, pudiendo ser muy fuerte, la primera línea fué débil, sobre todo si se considera que se trataba de atacar a un enemigo poderoso (12.000 hombres), que ocupaba posiciones preparadas y casi inexpugnables.

Consecuencia de esta repartición de las tropas fué el casi fracaso de la primera línea, cuando la división Barceló, arrastrada por el ímpetu con que atacó el segundo de línea, llegó a la distancia de asalto de las trincheras enemigas. En este decisivo momento se oyó el grito angustiado de «No tenemos municiones», y como a la división

Amengual, que combatía a la derecha, le acababa de pasar lo mismo, la situación se hizo desesperada. Para mayor desgracia, los aliados se dieron cuenta inmediatamente de la situación, y reforzando su ala derecha y empleando sus sostenes, se lanzaron al contraataque. La imperturbable serenidad de Amengual y Barceló, por un lado, y la brillante idea de Vergara de emplear la caballería, por otro, salvaron a esas tropas de un fracaso seguro y tal vez irreparable. En el momento más crítico, Vergara cargó con sus granaderos, que, como una avalancha, cayeron sobre los enemigos, conteniendo el contraataque y restableciendo el equilibrio de la lucha. Pocos ejemplos conoce la Historia — por no decir ninguno — de una intervención tan oportuna y eficaz de la caballería.

Gracias a esto, tuvo tiempo la tropa para reaprovisionarse de municiones; Lagos, para llegar con los refuerzos que mandaba Amunátegui; y la tercera división y la reserva, para intervenir en la lucha.

Cambiada así la faz del combate, el resultado no podía ser otro que el rechazo total del adversario, y antes de una hora toda la línea enemiga se declaraba en derrota.

De la crudeza de la lucha dará una idea el dato sugestivo de las bajas sufridas por la primera, segunda y tercera divisiones, que fueron las que soportaron todo el peso de la batalla. De 6.500 hombres que formaban sus efectivos, quedaron fuera de combate 1.639. ¡Casi el 30 por 100!

§ III

Toma de Arica.

(7 de junio de 1880)

Derrotado en Tacna el ejército aliado, sus restos dispersos no ofrecían ya peligro ni resistencia apreciable, y no quedaba, en consecuencia, a nuestras tropas otro

problema por resolver que el ofrecido por la casi inexpugnable fortaleza de Arica.

Tan pronto como se ocupó la ciudad de Tacna, Baquedano pensó en completar la victoria contra el ejército del Sur, tomando la plaza de Arica, que para el ejército chileno tenía una gran importancia.

Para dirigir la operación, designó al bravo coronel Lagos, dándole las tropas que sirvieron de reserva en la batalla de Tacna, y que se hallaban intactas. Fueron las siguientes: regimientos de Infantería números 1, 3 y 4; escuadrones de Carabineros de Yungay números 1 y 2; los Cazadores a caballo, el Bulnes, y cuatro baterías.

Para dar ocasión a los peruanos de evitar una inútil efusión de sangre, Baquedano les ofreció la rendición por medio del mayor Salvo, enviado como parlamentario; pero Bolognesi, comandante de la plaza, contestó: «Los defensores de Arica están dispuestos a morir antes que a rendirse.»

Dado este paso, se nombró a Lagos comandante de las fuerzas atacantes, y éste, después de un bombardeo en que tomaron parte la artillería y los buques de nuestra escuadra, envió un nuevo parlamentario ofreciendo rendición.

Esto ocurrió el día 6 de junio; pero como no se obtuviera con ello ningún resultado, Lagos resolvió el asalto para el día siguiente.

Con el objeto de sorprender y engañar al enemigo, desplegó el día 6 una compañía en dirección a los fuertes del bajo, y durante la noche, dejando encendidos los fuegos de su vivac, se corrió hacia el punto desde donde intentaba iniciar el asalto.

Determinó que uno de los tres regimientos de que se disponía cayera de sorpresa sobre el fuerte Este, colocado frente a nuestra ala izquierda (se iba a combatir con frente al Sur): otro sobre el fuerte Ciudadela, colocado a la derecha (izquierda del fuerte Este), y que el

tercero quedara como reserva, para que, una vez tomados los dos primeros fuertes, entrara en acción hacia la cumbre del Morro.

El regimiento número 4 fué designado para atacar el fuerte Este; pero como no dijera Lagos cuál de los otros dos era el que debía atacar el Ciudadela, se suscitó una dificultad, porque ambos regimientos se disputaban el honor de atacar a vanguardia. Para resolverla sin ofender a nadie, el coronel, sacando del bolsillo una moneda y preguntando a los comandantes: «¿Cara o cruz?», resolvió a la suerte la honrosa disputa. Salió favorecido el tercero, y, por consiguiente, fué el número 1 (Buin) el que quedó como reserva.

Avanzando en el más absoluto silencio, lograron los regimientos de vanguardia llegar cuando comenzaba a despuntar el alba a las inmediaciones de sus respectivos objetivos, y allí fueron descubiertos, recibiendo inmediatamente un vivo fuego de los fuertes.

Aun cuando no se había preparado el ataque por medio del fuego, ambos regimientos se lanzaron al asalto, y sin amedrarse por los nutridos disparos de fusilería, ni por el estallido de las numerosas minas de que estaba sembrado el suelo, abordaron los fuertes, y, al grito de «¡Viva Chile!», con incontenible empuje, se fueron al combate cuerpo a cuerpo, en medio de una horrorosa matanza.

Tomados los dos primeros fuertes y las trincheras que los ligaban, debían esperar allí la llegada del Buin para continuar hacia la cumbre; pero, arrastrados por el ardor del combate, el tercero y el cuarto olvidaron la orden y continuaron el asalto, salvando unos tras otros los obstáculos y las trincheras, en noble rivalidad de empuje y de valor.

Fué así como realizaron el milagro de coronar y tomarse el Morro en el increíble lapso de cincuenta y cinco minutos, proeza magna que después, en paz, no ha

podido ser repetida, aunque muchas veces se ha intentado por tropas del ejército.

Allí murió heroicamente, al pie de las baterías, el comandante de la plaza, coronel Bolognesi, y cerca de setecientos cincuenta individuos entre oficiales y tropa, y cayeron prisioneros 1.328. Las pérdidas chilenas fueron 473, entre muertos y heridos.

CAPITULO XVI

Tercer período de la campaña.

§ I

Con la toma de Arica había terminado la segunda campaña (iniciada con el desembarco en Ilo), obteniéndose el gran resultado de destruír el ejército aliado del Sur, separando de él, definitivamente, las fuerzas bolivianas. Estas huyeron hacia la altiplanicie, y, desde ese momento, el Perú quedó entregado a sus propias fuerzas.

Mientras se preparaba la tercera campaña, que había de tener por objetivo el ejército que se organizaba en los alrededores de Lima, la escuadra se dedicó al bloqueo del Callao, causando al adversario serias molestias en su comercio y en su aprovisionamiento.

El 22 de octubre de 1880, por iniciativa del Gobierno de los Estados Unidos, se celebró en Arica, a bordo del buque de guerra *Lakwanna,* una conferencia de paz, en que Chile se hallaba representado por el plenipotenciario D. Eusebio Lillo, el ministro de Guerra en Campaña, coronel D. José Francisco Vergara, y D. Eulogio Altamirano; el Perú, por D. Aurelio García García y D. Antonio Arenas; Bolivia, por D. Mariano Baptista y D. Juan Carrillos; y los Estados Unidos, por sus ministros en Chile, Perú y Bolivia. El 25 se celebró una conferencia en que las proposiciones de Chile fueron rechazadas por los países aliados, proponiendo, en cambio, el arbitraje de los Estados Unidos. Como el ministro norteamericano

en Lima, que presidía las conferencias, manifestara que su país no deseaba intervenir en calidad de árbitro, y los aliados insistieran en no aceptar las proposiciones de Chile, las gestiones fracasaron, y el 27 del mismo mes se dieron por clausuradas las conferencias, sin arribar a ningún resultado.

Entretanto, el ejército que debía expedicionar sobre Lima se hallaba ya listo, y el 15 de noviembre de 1880 zarpó de Arica el primer convoy de tropas, compuesto de la primera división, cuya fuerza era de 9.296 combatientes de todas las Armas, 30 cañones y 922 caballos y mulas. El 19 del mismo mes entraba en el puerto de Paracas, diez kilómetros al sur de Pisco, sin tener que vencer ninguna resistencia. El jefe de esta división era el coronel Villagrán.

El 15 de diciembre se embarcó el resto del ejército, con un efectivo de 14.000 hombres, y el 22, después de recoger en Pisco a la brigada de Gana, comenzó su desembarco en la caleta de Curuyaco, cerca de Lurín.

Tan pronto como todo el ejército se halló concentrado en el valle de Lurín (12 de enero de 1881), se inició el avance hacia las posiciones fortificadas que el ejército peruano ocupaba al sur de Lima. La fuerza de nuestro ejército era de 23.000 soldados.

§ II

Batalla de Chorrillos.

(13 DE ENERO DE 1881)

Después de algunos esfuerzos para aclarar la situación, en los cuales cooperaba la escuadra, se logró comprobar que el enemigo había ocupado posiciones en la línea de las alturas de San Juan y Morro Solar (unos once kilómetros al sur de Lima). En ciertos puntos, las

obras de fortificación habían alcanzado gran desarrollo, y se hallaban reforzadas por minas que estallaban al menor contacto.

Defendían esta línea 21.000 a 22.000 peruanos, divididos en cuatro cuerpos, que estaban al mando de Iglesias, Suárez, Dávila y Cáceres, respectivamente.

La orden de ataque que Baquedano dió en la tarde del 12 de enero fué la siguiente: «Esta tarde, a las seis, marchará todo el ejército para caer sobre el enemigo antes de aclarar. La primera división atacará el ala derecha del enemigo; la segunda división, el centro, por San Juan, y la tercera, el ala izquierda. Yo espero que todos cumplirán con su deber. Somos chilenos, y el amor a Chile nos señala el camino de la victoria. ¡¡¡Adiós, compañeros, hasta mañana, después de la batalla!!!»

Salvo el entorpecimiento de que la segunda división se presentó al campo de batalla con una hora de atraso (a las seis de la mañana, en vez de a las cinco), y el de que la tercera tuvo que detenerse para dar paso a la segunda, todo el resto de la orden se cumplió religiosamente, y a las siete y media, ya todo el centro peruano se hallaba en plena retirada a espaldas de su posición. En esta fase de la batalla merece especial mención la actitud del regimiento Buin, que, encargado de atacar el portezuelo de San Juan, se lanzó al ataque en línea desplegada, con su comandante al frente (D. León García), sin disparar un solo tiro, a pesar de que sobre él se concentró el fuego de la artillería, el de la infantería y el de tres batallones con que se reforzó el portezuelo al ver el arrojo y serenidad con que avanzaba ese regimiento.

La causa, en gran parte, de este derroche innecesario de valor fué la promesa que había hecho el ministro de Guerra de que otorgaría el grado de capitán al primero que clavara la bandera chilena en las trincheras enemigas.

Es de imaginar la sorpresa y la depresión moral que este avance sin precedente produciría en el ánimo de los

defensores. En un asalto irresistible, los buines llegaron a las trincheras, quebraron la línea enemiga y la pusieron en franca retirada. El primero en clavar la bandera chilena fué el sargento D. Daniel Rebolledo.

Sin detenerse, continuó el Buin la persecución, haciendo enormes estragos en las filas enemigas.

Mientras tanto, el ala derecha había cumplido también con su misión, rechazando la izquierda peruana; pero quedaba aún en pie el ala derecha, apoyada en la casi inexpugnable posición del Morro Solar. Eran las ocho de la mañana.

Hasta las diez, la lucha se mantenía aún equilibrada en el Morro Solar, pues Linch, aunque hacía enormes esfuerzos, no podía vencer la valiente y tenaz resistencia de los peruanos, que se hallaban al mando del distinguido comandante Iglesias, y que fueron reforzados después por las tropas de Cáceres, y más tarde por las de Suárez, que formaban la reserva.

Con todo, a las doce del día las tropas chilenas coronaron la cima del Morro Solar, después de vencer imponderables dificultades.

Con esto habría terminado la batalla, si el bravo coronel Suárez, con la mayor parte del segundo cuerpo, no se hubiera retirado hacia la población de Chorrillos para organizar una segunda línea de defensa.

Reforzó la población, reunió tropa hasta juntar unos cinco mil hombres, y entabló una porfiada y heroica resistencia de tres largas horas que hace honor a las armas peruanas.

Nunca se supo cuál fué la verdadera pérdida peruana en esta batalla; pero, a juzgar por el dato de que sólo 6.000 de estos soldados pelearon en Miraflores, es dable apreciarla en unos catorce mil hombres. Nosotros sólo perdimos 3.318 individuos (13,7 por 100).

§ 111

Batalla de Miraflores.

(15 de enero de 1881)

Antes de entregar la capital, los peruanos tentaron un último esfuerzo, aprovechando la segunda línea de fortificaciones, que habían preparado inmediatamente al sur de Lima, y el ejército de reserva que aun quedaba en pie. El ejército con que contaban para esta segunda resistencia eran unos seis mil hombres de primera fila salvados de Chorrillos, 1.000 sacados del Callao y 10.000 soldados de la reserva. De estos últimos, 6.000 no alcanzaron a entrar en acción. Por consiguiente, parece que sólo 11.000 tomaron parte en la batalla de Miraflores.

El 14, Baquedano dispuso que la división Lagos (la que menos había sufrido en Chorrillos) tomara colocación frente a las posiciones peruanas de Miraflores. Lagos avanzó en la tarde, y el 15 colocó su línea paralelamente a la peruana; pero formando sólo el ala izquierda de la línea de combate, porque a la derecha debían colocarse más tarde las divisiones de Linch y Sotomayor. El 15, a mediodía, sólo una de las brigadas de Lagos (la de Barceló) había tomado posición, pues a la de Urriola le faltaba aún el regimiento Aconcagua, que se había retrasado un par de horas. De las otras dos divisiones que debían atacar, la de Linch estaba a medio camino, y la de Sotomayor no había salido aún de Chorrillos.

Esta era la situación en que el ejército chileno se encontraba — al amparo de un armisticio concertado por intervención del cuerpo diplomático de Lima, y que debía

durar hasta las doce de la noche —, cuando las tropas de Cáceres, a las dos de la tarde, rompieron el fuego sobre el general Baquedano, que con varios acompañantes se había acercado a observar las posiciones peruanas.

Alarmada la línea chilena con estos disparos, sus tropas corrieron a las armas, y Cáceres, viendo que la situación era excepcionalmente favorable, por no tener al frente sino una parte del ejército chileno, abandonó sus trincheras y se lanzó en un valiente ataque contra la brigada Barceló, que aun se ocupaba en tomar sus armas y sus formaciones de combate. Como esta brigada apoyaba su ala izquierda en el mar, la escuadra pudo prestarle apoyo, que si no fué real, fué de gran efecto moral.

Aprovechando su superioridad, Cáceres quiso envolver las alas de los chilenos atacando a la vez de frente, con gran empuje. Aunque la división Lagos no contaba sino con 4.386 hombres, opuso invencible resistencia a la avalancha peruana, y, tras rudo batallar, tomó a su vez la ofensiva con su ala derecha, y luego con toda su línea. Rechazados los peruanos hasta sus primeras trincheras, un nuevo ataque de la línea chilena abrió un claro en el ala derecha enemiga con la brigada Barceló, la cual siguió en su ofensiva hasta el pueblo de Miraflores.

En estos momentos llegaba a la carrera la división Linch, que, desplegándose rápidamente, intervenía en la batalla, produciendo la total retirada del ejército peruano.

Piérola, en ese instante, pretendió restablecer el combate empleando su caballería; pero los Carabineros de Yungay le salieron al encuentro, y ante su sola presencia volvió bridas apresuradamente.

Con esto, la batalla quedaba ganada, y ya no hubo sino ligeras resistencias que vencer.

Esta batalla costó a Chile dolorosas pérdidas de oficiales, y un total de bajas que llegó al 25 por 100 de los efectivos en acción.

Con ella la guerra había terminado en estricto dere-

cho, pues el ejército enemigo ya no existía; pero quiso nuestra mala suerte que el desgobierno del Perú y su espíritu revoltoso nos hiciera imposible el arreglo inmediato de la paz, y que tuviéramos que soportar aún una campaña de guerrillas, más sangrienta y penosa, si cabe, que las hasta entonces terminadas.

§ IV

Ocupación de Lima.

Los restos del ejército peruano, en desordenada fuga, entraron a Lima, donde se entregaron a un desenfrenado saqueo. Igual suerte sufrió El Callao.

Alarmado el vecindario de Lima, por intermedio de su alcalde, Sr. Torrico, ofreció a Baquedano, que se hallaba en Chorrillos conferenciando con el Cuerpo diplomático, la entrega de la capital, y, entretanto, los extranjeros tomaron las armas para defenderse de la soldadesca, que robaba y saqueaba con la más absoluta impunidad.

Ante tal situación, Baquedano organizó una división de 4.000 hombres, que, a las órdenes de D. Cornelio Saavedra, ocupó a Lima en la tarde del 17 de enero, restableciendo inmediatamente el orden y la tranquilidad.

Con el mismo efecto, ocupó Lynch El Callao al día siguiente, en cuya tarde Baquedano entró a Lima con el resto del ejército. El general chileno estableció su cuartel general en el Palacio de los Virreyes.

El pueblo de Lima pudo contemplar, admirado, la bizarría, compostura y disciplina del ejército chileno, y convencerse así de que eran falsas todas las noticias que sobre él se habían propalado en el Perú.

Piérola huyó con sus ministros a la sierra (parte alta del Perú), y declaró que el Gobierno estaría donde se encontrara él.

Como con un gobernante así no podía entenderse el

Gobierno chileno, los delegados de nuestra patria patrocinaron la elección de un nuevo presidente, y el 22 de febrero del 81 fué elegido, por una Asamblea de 114 votantes, D. Francisco García Calderón.

Piérola protestó de esta elección, y con las tropas que pudo reunir inició una guerra de montoneras que estaba llamada a proporcionar a Chile muchas molestias y grandes sacrificios.

§ V

Término de la administración del presidente Pinto.

Tocaba ya a su término el período presidencial del Sr. Pinto, en los momentos en que nuestras fuerzas armadas dominaban virtualmente la porfiada resistencia del enemigo.

Tomada Lima, Baquedano, dejando a Lagos en su lugar, regresó a Chile con unos seis mil soldados que no eran allá indispensables y el 14 de mayo de 1881 hizo su entrada triunfal en Santiago, donde fué recibido en medio del más delirante entusiasmo.

El Congreso concedió a Baquedano sueldos y gratificaciones correspondientes a general en jefe en campaña por el término de su vida y otros beneficios de menor importancia.

CAPITULO XVII

§ 1

Elección de D. Domingo Santa María (1881-1886).

Aunque Santa María fué elegido presidente sin competidor, tuvo al principio un rival que se llegó a creer invencible: el general D. Manuel Baquedano. A su regreso de la campaña (marzo de 1881), fué designado como candidato por el partido conservador y numerosos hombres influyentes de los demás partidos. Por el prestigio que le daba la reciente victoria, su nombre fué acogido con general complacencia, y muy luego su candidatura se hizo tan popular como algunos años atrás lo había sido la de D. Manuel Bulnes.

Pero los hombres de gobierno temieron que el encumbramiento de un militar trajera de nuevo un régimen autoritario, y, unidos al grueso de los partidos liberal, nacional y radical, levantaron la candidatura de D. Domingo Santa María.

Viendo esto Baquedano, y convencido de que sin el apoyo del Gobierno su triunfo sería casi imposible, renunció a su candidatura, dejando franco el paso al candidato oficial, que llegó solo a las urnas y se ciñó la banda el 18 de septiembre de 1881.

§ II

Guerra de montoneras.

Grande había sido la labor y enorme el sacrificio hecho por el país, que había visto aumentarse su Deuda interior a 30 millones de pesos; pero el resultado alcanzado había superado en mucho a las expectativas más halagadoras.

Mucho más resalta el mérito de los esfuerzos hechos, cuando se considera que Chile, con un pequeñísimo ejército, y en medio de una enorme crisis económica, abordó con buen éxito dos grandes tareas simultáneamente: batir a los países coligados en su contra y dominar en el interior la violenta sublevación que conmovió a casi toda la Araucania.

No es pequeña, pues, la deuda de gratitud que el país contrajo para con el hombre que en esos momentos tan difíciles llevó las riendas del Gobierno con gran abnegación, honradez y espíritu de sacrificio. Pinto fué un buen gobernante y un gran ciudadano.

Sucedió a Pinto en el mando uno de los que durante su presidencia había ocupado la cartera del Interior, don Domingo Santa María, quien supo continuar su obra en la pesada labor que significaba el sostenimiento de la guerra.

Si la segunda parte de la campaña al Perú fué de menos sacrificios, no fué de menores preocupaciones y escollos, pues había que liquidar la contienda con un país desgobernado, y que resistía con la más molesta de las guerras: la de montoneras.

En esta penosísima parte de la campaña, entre los grandes sufrimientos y hermosos actos de valor de nuestro ejército, se destacan tres hechos gloriosos: Sangra, Concepción y Huamachuco. Narraremos a la ligera las dos últimas.

§ III

La Concepción.

Era el 9 de julio de 1882.

Entre las unidades que guarnecían la sierra peruana, en la época del levantamiento general de las montoneras, figuraba, acantonada en la aldea de Concepción, la cuarta compañía del regimiento Chacabuco, compuesta de 66 individuos de tropa y tres oficiales. A este personal hay que agregar siete soldados y un oficial convaleciente de tifoidea (recientemente agregados a la compañía), y tres mujeres chilenas (una de ellas encinta) que seguían a sus esposos. Comandante de esta compañía era el capitán D. Ignacio Carrera Pinto, de treinta y un años de edad, y sus oficiales eran tres muchachos cuya edad fluctuaba entre diez y ocho y veinte años.

Muy alejados de toda otra guarnición chilena, estaban expuestos a un ataque sorpresivo de las numerosas bandas de montoneros que merodeaban por la comarca. Ellos lo sabían; pero, acostumbrados al peligro, no se inquietaron por él.

Lo que tenía que suceder, sucedió el 9 de julio. A las dos y media de la tarde los cerros que circundaban la aldea comenzaron a ser coronados por las tropas del coronel peruano D. Juan Gastó, compuestas de los cuerpos de infantería «Libres de Trujillo» y «Pucará», y de una enorme masa de indígenas, armados de lanza, al mando del guerrillero D. Ambrosio Salazar.

Ni difícil ni peligrosa era la empresa que los peruanos iban a realizar: por cada chileno, contaban con cinco soldados de línea y veinte a treinta indígenas: ¡¡Uno contra treinta!!

La primera línea de defensa de los chilenos fueron las bocacalles de la pequeña plaza que la aldea formaba con las cuatro manzanas de que constaba. Allí resistieron hasta la tarde, hora en que, abrumados por el número, se vieron obligados a replegarse al tosco edificio, techado con paja, que, con la iglesia, ocupaba uno de los costados de la plaza, y que servía de cuartel a la compañía.

Allí, en incesante lucha con sus enemigos, con la sed, con el cansancio y con el sueño, se mantuvieron, estoicos y sublimes de valor, durante toda la noche. Al amanecer, ya eran pocos los sobrevivientes. No se sabe cuándo murió Carrera Pinto ni sus bravos oficiales Julio Montt y Arturo Pérez Canto; pero sí se sabe que, de los últimos en caer, en la mañana del 10, fué el heroico muchacho de diez y ocho años subteniente D. Luis Cruz.

Tan desesperada resistencia, ante tropas incesantemente renovadas, convenció a los peruanos de que rendir a los chilenos era imposible, y confesando tácitamente su impotencia, recurrieron al fuego como medio supremo de vencer. Subieron algunos al campanario de la iglesia, y, lanzando desde allí materias inflamadas sobre el techo de paja del cuartel, lograron incendiarlo y arrojar de él a los pocos sobrevivientes.

Esto apresuró el desenlace; pero no logró variar el curso de los sucesos. Cara a cara con la muerte, ese puñado de héroes ni dió ni pidió cuartel, y, poniendo en juego sus últimas energías, hizo estragos en las compactas filas enemigas.

A los cuatro últimos soldados, que, encabezados por el subteniente Cruz, se mantenían en pie, los peruanos quisieron salvar la vida ofreciéndoles rendición; pero fué sólo para oír del fiero oficial estas palabras: «Los chilenos no se rinden jamás.» Siguió, pues, la matanza, hasta que los defensores quedaron reducidos a dos soldados, que, retrocediendo, llegaron hasta el atrio de la iglesia.

Allí se detuvieron, y después de parlamentar un rato, desabrochándose las casacas, se precipitaron en medio de los adversarios, con bayoneta calada, para morir matando.

Así cayeron los últimos héroes de esta jornada épica, sellando con su sangre generosa el episodio más hermoso que registra la historia del heroísmo.

§ IV

Batalla de Huamachuco.

(10 DE JULIO DE 1883)

Después del fracaso del coronel Arriagada en la persecución de Cáceres, fracaso que se explica perfectamente tratándose de perseguir a un güerrillero tan hábil como ése, que, sin presentar batalla, se movía incesantemente entre las altas, áridas y abruptas cimas de las cordilleras que en todas direcciones cruzan el Perú, tocó al coronel Gorostiaga hallarse aislado, a fines de junio, en el corazón de la sierra, y al mando sólo de unos mil hombres.

Cáceres había logrado engañar a Arriagada sobre sus verdaderas intenciones, y después de hacerlo regresar al Sur, se dirigió contra Gorostiaga, que en vano había intentado juntarse con Arriagada.

Por suerte para los chilenos, Cáceres no logró evitar que el comandante González, acantonado en Trujillo, alcanzara con 600 hombres a juntarse, en Huamachuco, con los 1.000 reclutas hambrientos y medio desnudos que mandaba Gorostiaga.

Eran, pues, 1.600 hombres los que debían resistir el ataque de Cáceres, que mandaba 3.000 soldados y una numerosa indiada, valioso concurso en esas regiones.

El 8 de julio, mientras se preparaba en la aldea de Huamachuco el rancho de la tropa, las avanzadas chilenas dieron la voz de alarma, anunciando la llegada de Cáceres.

Casi sorprendido Gorostiaga, tuvo tiempo, sin embargo, para ordenar la retirada hacia unas posiciones que

tenía elegidas en el cerro Sazón, al lado norte de la población. Frente a éste se hallaba el cerro Coyulga, más alto que el Sazón, y que fué el que ocupó Cáceres.

La distancia directa que mediaba entre estos dos cerros era de cuatro kilómetros, y por eso, mientras los adversarios hicieron de ellos sus posiciones, el combate no se podía entablar; los tiros quedaban cortos. Esto duró todo el día 8 y todo el día 9, porque ninguno de los enemigos quería perder las ventajas del terreno bajando al llano que se extendía entre los dos cerros.

Como esto no podía durar indefinidamente, y la iniciativa la había de tomar el más valiente, el 10, en la mañana, Gorostiaga, con el objeto de preparar el ataque, envió al capitán Canales, a la cabeza de dos compañías de Zapadores, para que efectuara un reconocimiento de las posiciones enemigas.

Canales avanzó con sus tropas desplegadas, y, olvidándose muy luego de que iba con sólo dos compañías, y de que su misión no era de combate, arrastrado por su arrojo, se comprometió a fondo con las tropas del Yanja y del Junín, que Cáceres envió para oponerse a su intento. Viendo esto Gorostiaga, le mandó orden de retirarse; pero ésta llegó cuando las líneas se hallaban ya tan próximas, que toda retirada ordenada era imposible. Con todo, Canales lo intentó, y comenzó a bajar la cuesta en muy difíciles condiciones. Ante semejante situación, antes de dejar sacrificarse a esas tropas, Gorostiaga ordenó el avance general.

Los peruanos no tardaron en hacer lo propio, y así, en pocos momentos, la lucha quedó entablada en toda la línea.

La desproporción de las fuerzas chilenas, que para defenderse era ya muy grande, resultó enorme para atacar a un adversario que gozaba de todas las ventajas del terreno; de manera que, a poco andar, la situación se hizo casi insostenible para los nuestros. Atraídos los pe-

ruanos por la fácil presa, abandonaron sus posiciones, y avanzando con gran ímpetu, llegaron a la distancia decisiva. Como la superioridad peruana era muy grande, sus alas rebasaron las nuestras, y ya el envolvimiento de los chilenos era completo, en medio del ensordecedor vocerío de los enemigos, de sus gritos de triunfo y de las dianas de sus bandas, que celebraban la victoria, cuando, recordando los nuestros que conmemoraban el glorioso aniversario de la Concepción, cobraron nuevos bríos, dieron la voz de «¡A la carga! ¡¡Viva Chile!!», con ardor incontenible se lanzaron a la bayoneta, y, sacando a relucir sus corvos, abrieron ancha brecha en las filas enemigas. Fué él principio del fin. Desmoralizados los enemigos, perdieron luego la cohesión, se desorganizaron, y, obligados a ceder terreno, no tardaron en declararse en derrota, que se convirtió, casi inmediatamente, en desordenada fuga.

El cansancio y el mal estado de los caballos impidió a Gorostiaga efectuar una persecución tenaz, y permitió a Cáceres escapar con vida.

Con tan espléndido triunfo conmemoró Gorostiaga el aniversario de Concepción, y terminó, a la vez, la ya muy larga y cruenta guerra del Pacífico.

Su nombre merece especial recordación, porque dió a la Patria, con un día de gloria, la paz que tanto necesitaba.

§ V

Tratado de Ancón.

(20 DE OCTUBRE DE 1883)

Después de muchos esfuerzos logró, por fin, Chile llegar a un Tratado de paz con el Perú, gracias a la actividad y talento de nuestro representante en Lima, don Jovino Novoa.

Se estipuló en dicho Tratado: 1.° La cesión perpetua e incondicional de Tarapacá a Chile; y 2.° La entrega a Chile, por diez años, de las provincias de Tacna y Arica, para que, expirado este plazo, un plebiscito decidiera, en votación, la soberanía bajo la cual debían seguir indefinidamente esas provincias.

Las demás estipulaciones que en sus catorce cláusulas se establecían, se referían al pago que había que hacer con el producto del guano a ciertos acreedores; al derecho de Chile para mantener bajo su administración la isla de Lobos, hasta terminar la explotación de un millón de toneladas de guano; al mantenimiento de las relaciones mercantiles en el mismo estado en que se hallaban antes de la guerra, y a otros asuntos de menor importancia.

Este Tratado, que se llamó de Ancón porque en ese puerto se delinearon y discutieron sus estipulaciones, se firmó en Lima, el 20 de octubre de 1883, por D. Jovino Novoa, en representación de Chile, y por D. J. A. de Lavalle y D. Mariano Castro Zaldívar, en representación del Perú.

Tres días después, el almirante Linch salió de Lima con el ejército para establecerse en los pueblos vecinos,

y le reemplazó Iglesias en la administración del territorio.

La sociedad limeña no pudo disimular el pesar con que veía alejarse a ese militar hidalgo, activo y bien inspirado que había llevado a la capital bienestar y garantías mucho tiempo olvidadas.

Arequipa, que era el último centro de resistencia que aun quedaba, se rindió al coronel Velázquez el 29 de octubre.

El Tratado de Ancón fué aprobado el 12 de enero por la Cámara de Diputados (43 votos contra 1), y el 13, por la Cámara de Senadores (por unanimidad).

En el Perú se aprobó el 8 de marzo, por 90 votos contra 6.

El ejército se retiró poco a poco de la sierra, de Arequipa y de Lima, y Linch llegó a Chile en el segundo semestre de 1884, donde fué recibido como un héroe nacional. Y a fe que lo merecía.

§ VI

Pacto de tregua entre Chile y Bolivia.

Muy difícil fué llegar a un acuerdo con Bolivia, porque este país reclamaba, en compensación de Antofagasta, las provincias de Tacna y Arica.

Por fin, después de gestiones muy laboriosas, en que la guerra estuvo a punto de estallar de nuevo, el 4 de abril del 84 se firmó un pacto de tregua destinado a regir mientras llegara la oportunidad de celebrar un Tratado definitivo de paz. En este pacto se concedía a Chile el derecho de seguir gobernando los territorios comprendidos desde el paralelo 23° hasta la desembocadura del Loa en el Pacífico, y a Bolivia, el derecho de internar mercaderías por Antofagasta sin otra traba que las medidas que Chile pudiera tomar para evitar el contrabando, y el de percibir el 75 por 100 de los derechos de importación que produjera la Aduana de Arica.

Este pacto se firmó en Valparaíso el 4 de abril del 84 por D. Aniceto Vergara Albano, D. Belisario Salinas y D. Belisardo Boeto. Los dos últimos eran los delegados de Bolivia.

Este estado de cosas, que en el fondo era de guerra, se mantuvo hasta 1904, año en que se firmó el Tratado definitivo de paz.

§ VII

Ultimo período del gobierno de D. Domingo Santa María.

Muy pesada y difícil fué la tarea que correspondió a D. Domingo Santa María, pues tuvo a su cargo la última parte y la liquidación de la guerra del Pacífico. Por suerte, era versado en administración pública, conocía todos los resortes de la política y era un hombre de carácter.

Especialmente delicada y de transcendencia fué su actuación frente a los problemas internacionales que nos creó la liquidación de la guerra con el Perú y Bolivia. A esta labor hay que unir la que significó — en tan difíciles momentos — la definitiva pacificación de la Araucania para hacer el balance de la obra de D. Santiago Santa María.

Al bajar de la Presidencia dejó al país ocupando el primer puesto entre las naciones latinas de la América: tranquilo en el interior, respetado en el exterior, en pleno desarrollo y con rentas públicas suficientes para fomentar su cultura y dar impulso a su progreso.

El cargo que puede hacérsele a Santa María es su poco respeto por el derecho de sufragio, pues, como ningún presidente, intervino en política para formarse un Congreso que fuera sólo el reflejo de su programa administrativo. Y, por un curioso contraste, a él se debió la reforma constitucional que amplió el derecho de sufragio a todos los que supieran leer y escribir. (La Constitución del año 33 exigía cierta renta.)

Empeñado en una lucha doctrinaria, aprovechó la gran mayoría con que contaba en las Cámaras para hacer dic-

tar algunas leyes que no se habrían votado si el Parlamento hubiera representado verdaderamente la opinión del país. Estas leyes fueron: la de Cementerios laicos, la de Matrimonio civil y la de Registro civil.

Otras leyes muy importantes, dictadas en su tiempo, fueron la de Garantías individuales (25 de noviembre de 1884), y la de Régimen interior (22 de diciembre de 1885).

La renovación del Congreso en 1885 dió nueva ocasión a Santa María para ejercitar su acostumbrada intervención electoral. Necesitaba una fuerte mayoría para imponer el candidato a la Presidencia, y la obtuvo, aun a costa de reñida resistencia.

Tal atropello a los derechos electorales no dejó impasibles a los hombres moderados de ningún partido, y se levantó una oposición formada por el partido conservador y numerosos disidentes de los partidos liberal y radical.

Esta oposición, representada en las Cámaras por una respetable minoría, quiso oponerse a la candidatura oficial de D. José Manuel Balmaceda, echando abajo el Ministerio y negando al Gobierno los fondos necesarios para la Administración pública; pero vió sus proyectos frustrados por un arranque de energía de D. Pedro Montt, que, como presidente de la Cámara, dió por cerrado el debate de la ley de Contribuciones y la puso en votación. Naturalmente, fué aprobada por la mayoría, y así quedó salvado el Ministerio y el candidato oficial a la Presidencia, con la protesta seria y enérgica de la minoría.

La lucha electoral se empeñó en seguida, con verdadero encarnizamiento (fué sangrienta), oponiendo al Gobierno tenaz, aunque inútil, resistencia.

El candidato oficial triunfó; pero se habían echado las bases de la más sangrienta y funesta de nuestras revoluciones.

Don José Manuel Balmaceda, que debía heredar esta situación, subió al Poder el 18 de septiembre de 1886.

§ VIII

Consecuencias económicas de la guerra.

La guerra significó a Chile la anexión de una zona de territorio que llega casi a 192.000 kilómetros cuadrados, y que, además de su valor corriente, tiene el mérito inapreciable de contener el único yacimiento de salitre que se conoce en el mundo.

De aquí le nació un monopolio comercial en un artículo que para las naciones puede considerarse como de primera necesidad, y, por consiguiente, una fuente segura de entradas para el país y de engrandecimiento nacional.

No estaba preparado Chile para este brusco y gran resurgimiento económico; no lo supo aprovechar, y muy luego se lanzó en una prodigalidad de empleos que hizo nacer en el pueblo la empleomanía, y que restó a las demás actividades nacionales un valioso contingente de esfuerzos.

En vez de dedicar, por lo menos una parte de las entradas que el salitre producía, a la realización de grandes obras públicas u obras reproductivas, las empleó solamente en atender las necesidades de su presupuesto ordinario, creando en los ciudadanos el hábito de no pagar contribuciones y haciendo depender del negocio del salitre la estabilidad de las finanzas.

Consecuencias de esta imprevisión han sido las frecuentes crisis que por cualquiera paralización de la venta del salitre ha sufrido el país, y la necesidad de levantar grandes empréstitos cada vez que se ha tratado de la realización de alguna obra pública de aliento.

Con todo, la influencia de la victoria fué rápida y general. Vino seguida de un acrecentamiento de la riqueza en todo orden de cosas. La minería tomó gran vuelo, y el monto de la exportación llegó a cerca de 30 millones de pesos.

Así fué como en el plazo de diez años las entradas del erario se cuadruplicaron (de 15 a 60 millones), y las exportaciones casi se triplicaron. (De 27 millones en el año 1870, llegaron a 68 en 1880.)

Siguiendo la regla general de que después de las guerras aumenta la población, bruscamente, entre los años 75 y 85, hubo un incremento de cerca de medio millón de habitantes (452.249), en tanto que entre el 85 y el 95 sólo hubo uno de 184.825 (1,99 por 100 contra 0,71 de aumento anual).

La vida de las ciudades ganó mucho en actividad, y la edificación de adobe se cambió por la de ladrillo. Aparecieron los grandes edificios y los palacios, se mejoró el alumbrado público, la pavimentación y los desagües.

La vida de los obreros cambió sensiblemente. El jornal, que de un real había pasado a 20 centavos, subió a cuatro reales en el centro del país, y a un peso y peso cincuenta en la zona del salitre y del carbón.

El papel moneda, que nació en la crisis económica de 1878, con la ley de Inconvertibilidad de los billetes de Banco, produjo poco a poco una baja en el cambio, que se resolvió en un marcado encarecimiento de la vida, y que en 1887 fué causa de las primeras huelgas.

CAPITULO XVIII

Gobierno de D. José Manuel Balmaceda.

§ I

SUMARIO: 1.° Primer Ministerio. — 2.° Labor política y administrativa.

1.° *Primer Ministerio.* — En la composición del primer Ministerio se reflejó la voluntad de Balmaceda de suavizar las asperezas políticas que el gobierno de Santa María había formado, pues eligió personalidades gratas al partido de la oposición y lo hizo presidir por el prestigioso estadista y poeta D. Eusebio Lillo.

Duró poco, sin embargo, este Ministerio, pues a los dos meses era ya reemplazado por otro llamado de *reconciliación.* Este, que no tenía por qué caer, ya que llevaba en su seno dos miembros de la oposición, cayó, a su vez, dando por desgracia impulso a un movimiento de rotación ministerial que estaba llamado a perdurar entre nosotros.

2.° *Labor política y administrativa.* — No se puede desconocer el interés con que Balmaceda trabajó para hacer un gobierno pacífico y progresista. En su deseo de ganarse las voluntades, solucionó, según los pedidos de la curia, el conflicto arzobispal producido durante la anterior administración; se normalizaron las relaciones con el Sumo Pontífice, y fué consagrado arzobispo de Chile el eminente sacerdote D. Mariano Casanova.

El acrecentamiento de las rentas nacionales, producido por el monopolio del salitre, permitió a Balmaceda dar impulso a las obras públicas; y como fueron tantos y tan variados los trabajos que se ejecutaron, se hizo necesaria la creación del Ministerio de Industria y Obras Públicas.

Ninguna administración puede jactarse de haber realizado una labor tan intensa y benéfica en este sentido: más de mil kilómetros de línea férrea; grandes y hermosos puentes (entre ellos el viaducto del Malleco); numerosos y buenos caminos; una escuela casi, para cada ciudad de la República; nuevas líneas telegráficas; el dique de Talcahuano; canalización del Mapocho; Intendencias, cárceles, hospitales, etc., fueron la obra del infatigable y talentoso presidente Balmaceda.

En materia de enseñanza, reformó los estudios superiores, y decretó la adopción del sistema concéntrico en la instrucción secundaria. Creó el Instituto Pedagógico; fundó Liceos de hombres, y también los primeros Liceos de mujeres; creó centenares de escuelas primarias, cuyos planes de enseñanza fueron reformados, e inició la construcción del gran edificio para el Internado Nacional.

A su gobierno se debe también la creación del Tribunal de Cuentas. Inició la moderna evolución del Ejército, contratando como instructor al capitán alemán don Emilio Körner, comprando nuevo armamento. Reforzó la Marina con la adquisición de dos cruceros y dos torpederos.

La baja del cambio y un acrecentamiento de inmigración, producida por la prosperidad del país, produjo un fenómeno hasta entonces desconocido en Chile: las huelgas. Consecuencia de estos primeros movimientos obreros fué el nacimiento del partido demócrata, que se constituyó en 1887.

§ II

Revolución de 1891.

El malestar político, que fermentaba desde los tiempos de Santa María, no pudo ser contenido por Balmaceda, que — aunque no tanto como su antecesor — intervino también en las elecciones.

Contra lo que tenía derecho a esperar, muchos de los diputados, de los mismos que habían triunfado gracias a la protección que él les dispensó, se pasaron a la oposición, y de esta suerte, la mayoría con que contaba desapareció, dejándole entregado a sus adversarios políticos.

Estos, que por sus tendencias representaban a todos los partidos políticos, aprovecharon su fuerza para ejercitar una estricta fiscalización y para cruzar los planes que ya tenía el presidente de elegir como sucesor a su ministro del Interior, D. Enrique Salvador Sanfuentes.

La oposición quiso derribar el Ministerio; el presidente se resistió, negando al Congreso el derecho de imponerle sus secretarios de Estado, y, ante este conflicto, el Parlamento acordó no conceder la autorización para cobrar contribuciones. Cedió entonces Balmaceda, y nombró un Gabinete que satisfizo los deseos de la mayoría.

Salvada esta dificultad, la ley de Contribuciones fué aprobada; pero no pasó mucho tiempo sin que una nueva crisis viniera a complicar los acontecimientos.

Esto ocurría a fines de 1890. El Congreso estaba ya clausurado y el Presidente aprovechó esta ocasión para nombrar un Ministerio de minoría.

Con esto el conflicto quedaba planteado de nuevo y

prometía graves consecuencias, porque como la ley de Presupuestos no estaba aún aprobada, era forzoso convocar otra vez al Congreso.

Entretanto, llegó el 1 de enero de 1891, y comprendiendo Balmaceda que el Congreso no aprobaría la ley de Presupuestos, en vez de convocarlo, lanzó al país un manifiesto declarando que regiría para 1891 el mismo presupuesto que el año anterior.

Era la dictadura. El presidente prescindía de las Cámaras, y se tomaba atribuciones que la Constitución no le daba. Este fué el origen de la revolución.

En la madrugada del 7 de enero, la escuadra, que se hallaba en Valparaíso, se sublevó al mando del capitán de navío D. Jorge Montt, y levando anclas, se dirigió al norte del país. Al mismo tiempo la mayoría de las Cámaras firmaba un acta, en la cual deponía al presidente Balmaceda de su alto cargo.

La noticia circuló rápidamente por todo el país, exaltando los ánimos y formando luego dos poderosas corrientes de opinión en franca oposición. Era indudable que la mayoría era adversa a Balmaceda.

Los cabecillas de la revolución huyeron hacia el Norte, para establecer allí — con el apoyo de la escuadra — el núcleo de la resistencia. En Iquique se constituyó una Junta, compuesta de D. Jorge Montt, D. Waldo Silva (vicepresidente del Senado) y D. Ramón Barros Luco (presidente de la Cámara de Diputados), para tomar las riendas del nuevo Gobierno.

La posesión de las salitreras y el dominio del mar daba a los revolucionarios grandes ventajas; pero carecían en absoluto de ejército, pues éste se había mantenido fiel al presidente. En el mar, Balmaceda no contaba sino con algunos transportes; pero muy luego pudo disponer de dos espléndidas torpederas: la *Condell* y la *Linch*, que por ese tiempo llegaron de Inglaterra. Estas fueron las que, procediendo con cautela y auda-

cia, lograron hundir en el puerto de Caldera al acorazado *Blanco Encalada,* ocasionando una gran pérdida a la República.

Después de siete meses de preparación, el Gobierno revolucionario (que se llamó Constitucional) se halló en situación de emprender operaciones ofensivas, y, valiéndose de la escuadra, trasladó todo su ejército al puerto de Quinteros. Este ejército, totalmente improvisado, tenía el mérito de haber sido instruído — bajo la dirección de Körner — con arreglo a los últimos progresos del arte militar. En cambio, el que se le iba a oponer, aunque más sólido por su organización y disciplina, no tenía otra instrucción que la antigua y ya caduca con que se había hecho la guerra al Perú y Bolivia. Por otra parte, el ejército constitucional había sido armado con la mejor clase de armas entonces conocida, con el rifle Manlincher, y esto, unido al antecedente de la calidad de su instrucción, hacía que el choque de estos ejércitos tuviera para el mundo militar — como lo tuvo — una enorme importancia. Era un encuentro entre el viejo y el moderno sistema, y, a la vez, la primera ocasión para sacar deducciones sobre el efecto de las armas modernas de pequeño calibre y proyectil con camisa de acero.

Las tropas de Balmaceda se iban a presentar con los antiguos rifles de gran calibre y proyectil de plomo.

El primer encuentro tuvo lugar en los Campos de Concón, al norte de Viña del Mar, el 21 de agosto de 1891, y allí, los 10.000 soldados constitucionales, mandados por el coronel Del Canto, infligieron la primera derrota a las fuerzas presidenciales, algo superiores en número, y que iban al mando de los generales Barboza y Alcérreca.

No supieron éstos aprovechar todas las ventajas que el terreno les ofrecía. Ni siquiera pensaron en hacer del río Aconcagua una fuerte barrera, lo que habría sido muy sencillo, y así fué como se vieron obligados a re-

tirarse en desorden, para presentar nuevo combate a espaldas de Valparaíso (en Placilla) el 28 del mismo mes.

Aquí fué de nuevo derrotado el ejército presidencial, tras una larga y valiente resistencia, con el resultado de que cayó en él la causa de Balmaceda, que quedó ya sin ningún apoyo efectivo. El general D. Orozimbo Barboza murió también en esta batalla.

Viéndose perdido el presidente, se refugió en la Legación argentina, donde, terminado su período presidencial, se disparó un tiro en la sién. (19 de septiembre de 1891.) No quiso sobrevivir a su caída ni presenciar la ruina de los suyos. Pudo huír, y no lo hizo, tal vez porque no le pareció digno de él.

Cualesquiera que sean los cargos que se le hagan, nunca lograrán empañar el brillo de su obra de cultura y de progreso. Fué un magistrado activo, probo y patriota, y, sin duda, uno de los mejores presidentes de Chile.

Algunos días más tarde llegaban a Santiago los miembros dirigentes de la revolución, se restablecía el orden perturbado y se instalaba el nuevo Gobierno.

La revolución había terminado, dejándonos como recuerdo y lección diez mil muertos, cien millones de pesos gastados y el régimen parlamentario de gobierno.

CAPITULO XIX

Balance republicano.

SUMARIO: 1.° Instrucción. — 2.° Estado intelectual. — 3.° Relaciones exteriores. — 4.° Política. — 5.° Finanzas. — 6.° Comercio. — 7.° Industrias. — 8.° Obras públicas. — 9.° Población. — 10. Ejército y Marina.

Haremos ahora un ligero estudio del grado de progreso que, en poco más de un siglo de vida independiente, ha alcanzado el país.

1.° *Instrucción.* — Esta rama de la actividad nacional ha entrado ya en su pleno desarrollo.

Las numerosas escuelas normales de hombres y mujeres, repartidas en toda la República, y el Instituto Pedagógico, donde han hecho una fecunda labor varios profesores extranjeros, nos han proporcionado ya un gran número de maestros de primera y segunda enseñanza que, por su preparación y entusiasmo profesional, nada dejan que desear.

Muy lejos estamos, sin embargo, del ideal que perseguimos; pero eso no obsta a que podamos mostrarnos satisfechos del camino recorrido. Tenemos ya la instrucción obligatoria, cuyo mérito principal no está todavía en llevar la enseñanza a todos los rincones del país, sino en haber sentado el principio de que todos los padres están obligados, dentro de lo posible, a dar a sus hijos la instrucción elemental.

Para que esta Institución rinda todos sus frutos, tiene que pasar aún mucho tiempo, porque todavía care-

cemos de suficientes maestros y de los necesarios establecimientos de educación. Es muy difícil dar instrucción a todos en un país en que la escasa población se halla repartida en tan enorme extensión de territorio, y donde existen zonas, como la del Sur, en que las continuadas lluvias, unidas a las escasas vías de comunicación, hacen poco menos que imposible la asistencia regular de los niños al colegio.

Tanto la instrucción secundaria, como la superior, se encuentra en buen pie de adelanto; pero faltan colegios de especialización, sobre todo los destinados a impulsar las artes y las industrias. Sólo contamos con una Escuela de Artes y Oficios, una Escuela de Bellas Artes, otra de Música y Declamación y unas cuantas Escuelas profesionales, y esto es muy poco para un país que tiene tantas industrias en vías de desarrollo y tantas necesarias en que todavía no se inicia.

Merecen especial mención la Escuela de Agronomía, que en el último tiempo ha tomado un gran impulso, y que está destinada a fomentar y perfeccionar a la primera de las industrias: la agricultura; el Instituto Superior de Comercio y diez Institutos comerciales, el Instituto de Educación Física y Manual, la Escuela Militar, la Escuela Naval, etc., todas tan bien dirigidas, que pueden figurar entre las primeras de Suramérica. Pueden citarse también la Escuela de Arquitectura, la Escuela de Farmacia, la Escuela de Obstetricia y Puericultura, las Escuelas de Minería de Copiapó y Serena, las Escuelas industriales de Chillán y Temuco, la Escuela Industrial de Salitre de Iquique, etc.

En la instrucción universitaria se destaca la Escuela de Dentística, la mejor tal vez de Suramérica, y la Escuela de Medicina, que goza de gran reputación.

Se cursan además en nuestra Universidad leyes e ingeniería. Escuelas de leyes existen también en Valparaíso y Concepción. El estudio de leyes se inició en Chi-

le al fundarse la Universidad de San Felipe, a cargo del abogado D. Santiago Tordesillas (1758). El de Medicina en el mismo tiempo, a cargo del único médico que entonces había en Santiago: D. Domingo Nevin (francés).

Desde hace varios años existe también una Universidad católica, que hace laudables esfuerzos por propagar la instrucción y que lo consigue en forma muy apreciable, para ser una Institución privada. Se cursa en ella Derecho, Ingeniería civil, Arquitectura, Agricultura y Subingeniería. Su matrícula alcanza a 568 alumnos.

Hay también en Valparaíso un curso universitario de los S. S. C. C., en que se estudia Leyes, Ingeniería civil y Arquitectura.

En Concepción acaba de fundarse otra Universidad, destinada a servir a la región Sur, y que ha iniciado sus cursos bajo muy buenos auspicios.

Los numerosos profesores extranjeros que se han traído al país han contribuído de una manera muy eficaz al desarrollo y perfeccionamiento de la instrucción. Donde más sensible se ha hecho su efecto es en el Instituto Pedagógico.

Darán una idea de la forma en que ha aumentado el interés por el estudio los siguientes datos: En 1892, la Universidad de Chile confirió 596 títulos, de los cuales, 220 fueron de bachilleres en humanidades; 62, de abogado; tres, de ingeniero, y 33, de médico; en 1920, los títulos fueron 1.687, de los cuales, 95 fueron de abogado; 23, de ingeniero, y 45, de médico.

En lo que se refiere a las escuelas superiores y elementales, el progreso ha sido muy sensible en los últimos años. Mientras en 1893 había sólo 1.222 escuelas y 2.042 profesores, en 1920 las escuelas llegaron a 3.148, y los profesores, a 7.361. Por lo que se refiere a la asistencia media, ella fué en 1893 de 72.899 alumnos, y en 1920, de 204.023.

La instrucción privada ha tomado un vuelo relativa-

mente enorme. Bastará citar el dato de que hay ya 411 escuelas primarias, 67 establecimientos de enseñanza secundaria y dos escuelas normales. (Preceptoras de Santa Teresa y Preceptores del Arzobispado.)

2.° *Estado intelectual.* — La gran facilidad con que en nuestro tiempo se viaja de un punto a otro, el gran incremento que ha tomado el comercio de libros y la gran propaganda que en todas partes se hace para difundir la instrucción y las nuevas ideas, se han hecho sentir en nuestro pueblo, despertando un marcado interés por su progreso intelectual.

Las bibliotecas públicas — ya muchas en el país — son la fuente en que llegan a calmar la sed los que más ansían su progreso moral e intelectual, y el creciente movimiento de lectores revela un evidente progreso en esta materia. Mientras en 1910 tuvo la Biblioteca Nacional 57.222 obras consultadas, en 1920 ese número subió a 138.495. Esta es la primera biblioteca del país, y cuenta con 300.000 volúmenes.

Otro antecedente para juzgar este progreso es el aumento de las publicaciones de prensa. En el último decenio — consideradas en globo — casi se han doblado, pues habiendo sido 493 en 1911, fueron 911 en 1920. De éstas, 101 son diarios, 313, semanales y 149, mensuales.

Al apreciar este desarrollo, conviene considerar que, en gran parte, se debe a la exagerada libertad de que goza la prensa, libertad tan amplia, que llega a ser perniciosa.

3.° *Relaciones exteriores.* — Hasta el año 79 no fué muy activa la labor de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores.

Mucho tiempo demoraron las gestiones de un acuerdo perfecto con la Madre Patria. Sólo en 1844 se pudo arribar a un Tratado definitivo, que se llamó Tratado de Paz y Amistad. Reinaba en esa época en España Su Majestad Isabel II, y gobernaba a Chile el general don

Manuel Bulnes. Este Tratado, firmado el 25 de abril de 1844, fué promulgado en Chile el 1 de julio de 1846.

Caducó de hecho con la guerra del 65, y se mantuvieron interrumpidas las relaciones hasta que en 1871 se firmó entre España, Chile, Bolivia, Ecuador y Perú una Convención de Amistad o Tregua indefinida.

Esta situación provisoria se mantuvo hasta el año 1883, en que se firmó en Lima, entre los representantes de Chile y España, Sres. Novoa y Vallés, el Tratado Definitivo de Paz. (12 de junio.)

A partir de los Tratados de paz de 1883, la actividad de nuestra diplomacia se hizo intensa y de múltiples aspectos.

Su principal esfuerzo se encaminó a liquidar radicalmente la situación indefinida y vidriosa que nos dejó el Tratado de Ancón. Desgraciadamente, los propósitos de Chile se han estrellado invariablemente con el tenaz empeño del Perú de reivindicar las provincias de Tacna y Arica.

El plebiscito que debía verificarse en 1893, no se pudo llevar a cabo por la imposibilidad de ponerse de acuerdo con el Perú en la forma de organizarlo. Chile no podía aceptar que se le desconocieran las ventajas que le daba el hecho de ejercer su soberanía en las tierras disputadas, ni que el Perú quisiera imponerle su voluntad arbitraria.

En discusiones, proyectos, acuerdos fracasados y hasta interrupción de relaciones, se han pasado cerca de cuarenta años sin haber dado un solo paso en la resolución de este problema, y no queda ahora otra esperanza que la remota de llegar a un acuerdo en las conferencias que, por iniciativa de Chile, se celebran en estos momentos en Wáshington entre los delegados chilenos y peruanos.

Mientras el Perú carezca de un Gobierno serio y legalmente constituído, y mientras en ese país se siga ha-

ciendo de la cuestión internacional un arma política, el odio a Chile, erigido allí en sistema y en doctrina, no podrá desaparecer, ni habrá fundadas esperanzas de un satisfactorio avenimiento.

La guerra europea y sus resultados dió pie al Perú para llevar la cuestión a un terreno aun más escabroso, desconociendo la fuerza de un Tratado legalmente celebrado y elevando sus pretensiones hasta la reivindicación de la provincia de Tarapacá.

A Bolivia misma, con quien la situación creada por la guerra se hallaba ya completamente definida, por medio del Tratado de paz y amistad firmado en 1904, se le han despertado nuevas ambiciones, y, so pretexto de que no puede continuar sin un puerto en el Pacífico, reclama la devolución de Antofagasta o de alguna provincia que le dé litoral.

Aparte de las muchas preocupaciones y trabajos que ocasionó a nuestra Cancillería la liquidación de las reclamaciones surgidas de la guerra del 79, merecen citarse las siguientes cuestiones:

1.ª Conflicto con los Estados Unidos. — A consecuencia de un choque ocurrido en Valparaíso entre los marineros de un buque norteamericano llamado *Baltimore* y un grupo de obreros chilenos, en octubre de 1891, nació una reclamación por la cual se pedía a Chile una fuerte indemnización en beneficio de las familias de los dos muertos y de los numerosos heridos que resultaron en la refriega.

Chile se negó a concederla, mientras no se conocieran los resultados de la investigación judicial que en esos momentos se practicaba, y agriándose con esto las negociaciones, llegaron al extremo de solicitar Chile el retiro del representante norteamericano en Santiago.

Complicado en esta forma el asunto, el presidente de los Estados Unidos dió cuenta en su mensaje a las Cámaras del incidente del *Baltimore*, y en una forma tan

hiriente para Chile, que nuestro ministro de Relaciones ordenó por telégrafo al plenipotenciario chileno en Wáshington protestar de esas aseveraciones. Por desgracia, el telegrama se dió a la publicidad, y como estaba concebido en una forma muy dura, acarreó un ultimátum de los Estados Unidos que nos obligó — para evitar una guerra que no podíamos afrontar — a pagar una indemnización de 75.000 pesos.

2.ª Cuestión de límites con Argentina. — El descubrimiento de que la cordillera encerraba grandes riquezas y hermosos valles, y de que no era lo mismo fijar los límites por las más altas cumbres que por el divorcio de las aguas, hizo nacer una nueva dificultad con la República Argentina, a pesar de que descansábamos en la seguridad que nos daba el Tratado del 81.

Al fijar la colocación de los hitos de frontera, la Comisión de ingenieros argentinos sostuvo la teoría de las altas cumbres, la que podía significarles, en la zona sur, el avance de su frontera hasta el mar Pacífico. Chile se resistió a esta pretensión, y como en el Tratado se estipulaba que cualquiera dificultad en que no se pudiera llegar a un acuerdo se solucionaría por un árbitro, después de innumerables dificultades y de graves peligros de guerra, se firmó un protocolo (en 1898), entregando la solución al fallo arbitral de Su Majestad el Rey de Inglaterra.

Poco después, otra grave dificultad que se había suscitado en la delimitación de la Puna de Atacama, fué entregada también al arbitraje, nombrándose al efecto al representante diplomático de los Estados Unidos en Argentina. Trató este árbitro de poner de acuerdo a las partes, y, como no lo consiguiera, emitió su fallo, entregando a la República Argentina casi toda la parte disputada. (1899.)

El descontento que este fallo produjo, tanto en Chile como en Argentina (donde se pretendía que toda la

Puna debería ser argentina), unido a la creencia de que para preparar el fallo arbitral de Inglaterra se ejercitaban en la frontera cordillerana actos indebidos, como toma de posesión y hasta desviación de corrientes de agua, produjo en ambos pueblos una exaltación bélica que se tradujo en grandes preparativos y en un consiguiente recargo de armamentos. La guerra estuvo en dos ocasiones a punto de estallar: en 1898 y en 1901.

Felizmente, sobrevino la calma, y viendo los Gobiernos que tantos preparativos los precipitaba a una crisis, arribaron a un acuerdo que se resolvió en dos convenciones llamadas Pactos de Mayo. En una de ellas se estipuló un arbitraje para todas las dificultades que se presentaran, y en la otra, una limitación de armamentos. Estos pactos fueron elogiosamente comentados en todo el mundo, porque establecían un precedente de fundamental importancia para el progreso y el desarrollo de las relaciones internacionales.

Algunos meses después se produjo el fallo arbitral de Inglaterra, que, para no herir a uno ni otro país, trató de ponerse en un término medio, fijando como frontera una línea intermediaria entre lo que ambos pretendían. Aceptado el fallo por ambos países, desaparecieron los recelos y volvieron las relaciones a su curso normal.

3.ª Arreglo con Bolivia. — Las relaciones con este país se hallaban en una situación completamente anormal. Después de veinte años de paz, la guerra subsistía como en estado latente, pues las hostilidades se habían suspendido sólo en virtud de un Tratado de tregua, firmado en Valparaíso el 4 de abril de 1884.

Muchas dificultades ofreció el llegar a un arreglo definitivo; pero, por fin, se consiguió, y en 1904 se pudo firmar el Tratado de Paz y Amistad Chileno-Boliviano. Según él, Bolivia reconoció el dominio de Chile sobre toda la provincia de Antofagasta, a cambio de valiosas concesiones que Chile hacía. Entre éstas figuró el ferro-

carril de Arica a La Paz, a cuya construcción se obligó el Gobierno de Chile.

Apoyado en este Tratado, Chile creyó que todas las dificultades con Bolivia estaban resueltas; pero la guerra mundial, en la cual este país se declaró beligerante, le sugirió el deseo de reivindicar el litoral, y en eso se halla empeñado, sin reparar mucho en los medios.

En cuanto al estado general de nuestras relaciones exteriores, es de justicia reconocer que no puede ser más satisfactorio, sobre todo si se consideran los graves problemas que se han tenido que abordar y la circunstancia de haberse resuelto casi todos en medio de la más exagerada inestabilidad ministerial.

4.° *La política.* — Las tendencias e ideas políticas han evolucionado completamente en el primer siglo de vida independiente que llevamos.

Al nacer la República, no existían sino dos partidos políticos: el de los pelucones, o conservadores, y el de los pipiolos, o liberales. En el primero militaban principalmente los aristócratas, los hombres de fortuna y los dueños de mayorazgos.

Mas, muy luego, el incremento de la riqueza y el progreso de la instrucción hizo nacer una nueva aristocracia: la del dinero y la del talento o cultura. Se abrieron nuevos horizontes y nacieron otras aspiraciones, lo que produjo la formación de un tercer partido: el partido radical. Esto no quiere decir, naturalmente, que sólo en este partido hubiera hombres ilustrados y de talento, pues en los otros también los había, y prueba de ello es que en el conservador se hallaban las dos figuras más descollantes de esa época: Bello y Portales.

Las aspiraciones de la clase obrera dieron origen a un cuarto partido en 1887, el demócrata, y tras éste se levanta ya el socialista, llamado a tener también gran influencia en el gobierno del país.

A más de éstos, se han formado otros de menor im-

portancia y significación, y destinados, seguramente, a una vida efímera, por tener cierto carácter personal: son el nacional, o montt-varista, y el liberal-democrático, o balmacedista.

Estos son los partidos que hasta hoy se han repartido el gobierno del país, formando coaliciones o alianzas, según fueran o no afines.

El sistema de gobierno no ha sufrido sino un trastorno grave: el cambio del régimen presidencial por el parlamentario, ocurrido como consecuencia del triunfo de la revolución de 1891.

Dentro del antiguo sistema, el presidente de la República gozaba de poderes tan amplios, que el gobierno lo ejercitaba casi sin contrapeso alguno, pues a las Cámaras les correspondía sólo el papel de legislar, y aun éste se hallaba influenciado por el Ejecutivo, que intervenía francamente en la constitución de ellas.

La libertad electoral no existía, pues, sino en el nombre.

Claro es que este sistema tenía serios inconvenientes; pero no era tampoco despreciable la ventaja de dar origen a un gobierno fuerte y responsable, ventaja que ha desaparecido con el gobierno parlamentario, porque hoy son los partidos políticos (entidades irresponsables) los que gobiernan al país.

Las crisis ministeriales que hoy nos aquejan como enfermedad endémica son la consecuencia del nuevo régimen de gobierno, y la causa primera de la falta de rumbos definidos y de firmeza y eficiencia en los programas del trabajo administrativo.

El poder judicial nada ha sufrido; mantiene la autonomía que le aseguró la Constitución del año 33, y sigue siendo una garantía de orden y seguridad para todos los ciudadanos.

5.° *Finanzas.*—Aunque Chile, por sus inmensas riquezas extractivas y por la gran fertilidad de su suelo,

debería ser una nación muy rica y de holgadas finanzas, atraviesa, a causa de su imprevisión y otras razones, por una crítica situación financiera.

El haber echado sobre los derechos de exportación del salitre casi todo el peso de los gastos públicos, ha sido la causa primera de nuestro desequilibrio económico, porque el menor trastorno en la exportación de ese producto acarrea también un completo trastorno en el presupuesto de la nación, haciéndole cerrar con un fuerte déficit. Como esto ha ocurrido con relativa frecuencia, sin que por eso se haya podido llegar a un lógico sistema tributario, los déficits y las grandes obras públicas se han pagado por medio de empréstitos, y de esta suerte nuestra Deuda pública, que el año 60 alcanzaba apenas a treinta y tres millones de pesos (de 18 peniques), fué de 91 millones el año 70; de 124, el 80; de 146, el 90; de 254, el 900; de 373, el 10; de 474, el 20; y hoy (a mediados del 24), pasa ya de dos mil millones de nuestra actual moneda. (Más o menos, unos seiscientos millones de 18 peniques.)

Ha sido tan frecuente el excedernos en los gastos, que, en los últimos sesenta años, veintinueve veces hemos tenido gastos mayores que nuestras entradas.

Naturalmente que, siguiendo por este camino, nuestra situación económica nunca se podrá normalizar, y que ya se impone fundar nuestras finanzas en un régimen tributario normal que nos dé una base sólida y segura de ingresos. Actualmente, nuestros impuestos no alcanzan a cubrir ni el 15 por 100 de nuestros gastos.

Muy interesante es conocer las fluctuaciones que ha sufrido nuestro cambio internacional desde el año 79.

A principios de ese año, el cambio estaba a 38 1/2, y junto con declararse la guerra, comenzó a bajar, hasta llegar en septiembre, a 25 1/2; pero ya en octubre (con la toma del *Huáscar*), reaccionó, llegando en diciembre a 36 1/2. El término medio del año 80 fué de 30,8; el

del 85, 25,4; el del 90, 24; el del 95, 16,8 (hay que advertir que en este año se hizo una conversión a 18 peniques); el del 900, 16,8; el del 905, 15,6; el del 910, 10,7; el del 915, 8,2, y el del 920, 12. Desde aquí comenzó a bajar violentamente (por la falta de exportación de salitre), hasta llegar a cinco peniques en 1921.

6.º *Comercio.* — Hay que reconocer que si no fuera por la exportación del salitre, nuestro comercio no tendría casi ninguna significación. Todavía nuestras industrias no están bastante adelantadas para constituír una fuente considerable de exportación, y el salitre no nos enriquece lo suficiente, porque los capitales en él invertidos son en su mayor parte extranjeros.

El aumento del comercio, tanto de importación como de exportación, se ha mantenido incesantemente, salvo durante la guerra europea, en que la importación bajó en los primeros años (14, 15 y 16), para volver a subir en 1917. La exportación bajó también durante los años 14 y 15; pero ya el 16 superó en más de cien millones a la que hubo en 1913.

Para formarse una idea de este aumento, anotaremos la diferencia entre el movimiento comercial del año 1913 y el del año 1920. El año 13, la importación fué de pesos 329.517.811, y la exportación, de 396.310.443. El año 20, la primera fué de 455.078.934 pesos, y la segunda, de 778.885.230, lo que da un aumento en ocho años de 508.135.900, considerando la importación y la exportación. (Todo esto en moneda de 18 peniques.)

Más salta a la vista la diferencia, si comparamos estos guarismos con los anteriores a la guerra del Perú, y aun con los del principio del siglo. El año 79, sumando la importación y la exportación, nuestro movimiento comercial llegó a 136 millones, y el año 1900, a 296.

Los países que en mayor escala comercian con Chile son Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Francia y Bélgica.

7.° *Industrias.* — La industria manufacturera avanza a grandes pasos, y da derecho a esperar que en breve plazo Chile se labrará en este ramo una situación relativamente independiente.

Los capitales invertidos en la industria manufacturera suben ya a 781.337.659 pesos, emplea más de ochenta mil empleados y operarios, y produce por valor de más de mil millones de pesos. En sueldos y salarios paga ya sobre ciento treinta y cinco millones.

La variedad de las materias elaboradas es relativamente grande. Producimos en materias alimenticias: refinería de azúcar, café de higos, cecinas, caramelos, conservas de carne y marisco, galletas, leche condensada, sal, etc.; en vestuario: alpargatas, camisas, corsés, impermeables, sombreros, zapatos, etc.; y en otro orden de cosas: loza blanca y vidriada, vidrios, botellas, aserraderos, parquets, toneles, baldosas, cemento, mármoles, jarcias y cordeles, lino, paños, casimires, tejidos de algodón, catres, papel, cartón, fósforos, jabón, pólvora, tintas de escribir, billares, discos para gramófonos, etc.

Con todo, son muy pocos aún los productos industriales que exportamos, y en muchos ramos no producimos ni lo necesario para el consumo. Sólo es digna de ser considerada la exportación de los productos de la ganadería, que en 1920 llegaron a 46 millones de pesos; la de los productos de la agricultura, que llegaron a 32 millones, y la de las industrias alimenticias, que llegaron a 24 millones (todo en moneda de 18 peniques).

8.° *Obras públicas.* — Aunque, en realidad, no podemos jactarnos de haber hecho siempre una inversión razonada y oportuna de las grandes sumas que se han destinado a las obras públicas, ni tampoco de haber invertido en ellas todo el dinero de que hemos podido disponer, justo es reconocer que en esta materia no hemos quedado rezagados entre los países suramericanos.

A) Ferrocarriles. — En materia de ferrocarriles he-

mos progresado bastante; pero, por desgracia, nunca hemos sabido administrarlos, y así, en vez de ser ellos — como en la generalidad de los países — una gran fuente de entradas para la nación, han constituído un pesado gravamen, unido a un escaso rendimiento. Sólo en la década comprendida entre 1910 y 1920, nuestros ferrocarriles han dejado una pérdida neta de 78.531.504 pesos. Peor no puede ser el negocio para una Empresa comercial cuyo capital invertido pasa ya de 500 millones de pesos.

El número de kilómetros de ferrocarril con que cuenta el país sube de 8.200, de los cuales, 3.632 son particulares.

En 1910 había 5.682 (3.036 particulares); en 1900, 4.354 (2.229 particulares); en 1890, 2.747 (1.641 particulares); y en 1885, 2.204 (1.254 particulares). Como se ve, casi siempre han sido menos los del Estado. Sólo en el año 1911 llegaron éstos a superar a los particulares (3.120 por 2.908).

Ferrocarriles internacionales, tenemos tres: el de Arica a La Paz, el de Antofagasta a Oruro y La Paz, y el de Los Andes a Mendoza.

B) Caminos. — Hasta hoy hemos ido muy mal en materia de caminos, principalmente por la falta de un plan bien meditado de trabajos. Caminos de primera clase — como se entiende por tales en Europa — no tenemos todavía.

De los que llamamos aquí de primera clase, tenemos 10.616 kilómetros; de segunda, 10.352, y de tercera, 14.306.

Hay derecho a esperar que esta situación cambiará pronto, porque la nueva ley de caminos impone contribuciones que están llamadas a dar grandes recursos para atender este servicio.

C) Edificios. — En el tiempo de vida libre que llevamos, son muchos los edificios levantados en el país, especialmente en Santiago, y enumerarlos sería muy largo.

La mayor parte corresponde al Ministerio de Instrucción, pues las escuelas fiscales son ya en el país alrededor de quinientas. Sin embargo, faltan aún tantas, que las arrendadas suben a 2.210.

En Santiago, los principales edificios fiscales levantados durante la República son: los Arsenales de Guerra, la Escuela Militar, el Congreso, el Palacio de Bellas Artes, los Tribunales de Justicia, la Biblioteca Nacional, el Internado, la Universidad, el Ministerio de Guerra, el Ministerio de Industria y Obras Públicas, la Penitenciaría y varios otros.

Sólo en el quinquenio comprendido entre 1916 y 1920 se han invertido en edificios públicos la suma de pesos 14.542.122.

E) Telégrafos. — El telégrafo del Estado une ya el país desde Tacna hasta Chiloé, con una extensión de línea de 15.789 kilómetros, y con 668 aparatos.

Existen además once Empresas particulares de telégrafos, de las cuales sólo una merece, por su importancia, ser considerada: la del Telégrafo Comercial.

Por medio del telégrafo sin hilos, también se halla el país comunicado y abarcando una zona aun mayor, pues alcanza desde Arica hasta Punta Arenas.

Hay varias estaciones a lo largo de la costa, siendo las principales las de Punta Arenas, Frutillar, Valparaíso y Arica. En Santiago hay tres estaciones: la de la Moneda, la de la Universidad y la del Telégrafo.

9.° *Población.* — Nuestra población no ha aumentado en la proporción que ha correspondido a varios otros países de América, no sólo por la escasa inmigración de que hemos gozado, sino por la gran mortalidad que — por falta de hábito de higiene — diezma a nuestro pueblo. En un lapso de cincuenta y cinco años, apenas se ha doblado, pues habiendo sido de 1.819.223 habitantes en 1865, en 1920 fué sólo de 3.754.723.

Sería natural que nosotros ocupáramos uno de los

últimos lugares con relación al aumento de la población; pero es tal la cuota de nuestra natalidad, que, a pesar de soportar una de las mortalidades más grandes del mundo, todavía hacemos buen papel en el conjunto de las naciones civilizadas.

En Suramérica ocupamos el cuarto lugar, pues antes que nosotros están Brasil, Uruguay y Argentina; pero en Europa ocupamos el primero, ya que el incremento de nuestra población es superior al de Holanda, Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica, Suiza, Austria, Italia, Rusia y España.

10. *Ejército y Marina.* — Desde los primeros años de la República, se ha destacado Chile entre los países americanos por la organización, disciplina y, en ocasiones, el poder de sus fuerzas armadas.

Nos cabe la satisfacción de haber tenido la primera escuadra americana, formada a costa de ingentes esfuerzos, y en obsequio al más levantado sentimiento de panamericanismo: conseguir la independencia del Perú.

Por muchos años mantuvo nuestra escuadra la hegemonía marítima de Chile sobre todos los países americanos, y sólo en los últimos tiempos hemos sido superados por Estados Unidos, Brasil y Argentina. Con todo, en el momento actual, podemos aún decir que nos mantenemos a la altura de los dos últimos países; pero será por poco tiempo, pues a la menor adquisición que ellos hagan, nos superan en poder.

Se puede decir que nuestra actual escuadra no se compone sino de un acorazado (el *Almirante Latorre*), de cuatro cruceros pequeños, de seis submarinos — que muy luego quedarán fuera de uso — y de unos cuantos buques viejos, que de muy poco servirían en caso de guerra.

Pero no debemos olvidar que esta pequeña escuadra es la heredera de la más hermosa historia de heroísmo y audacias que registran los mares.

El Ejército, eficazmente secundado por la escuadra, ha sido el pedestal sobre el cual se ha levantado la República.

Protegida por él, ha hecho el camino de un siglo de incesantes progresos, sin verse, como otras, conmovida en su interior ni atropellada en sus derechos.

Ha gozado y goza el Ejército de la reputación de ser la primera institución militar de Suramérica, si no por su fuerza, al menos por su preparación y disciplina.

A sus filas acude actualmente el contingente de jóvenes que la ley ordena, para que durante un año se ejerciten en el manejo de las armas y se preparen así a la defensa de la patria.

En los cuarteles, junto con la instrucción militar, reciben los jóvenes una educación física y moral de gran transcendencia, pues allí, a la vez que se robustecen, aprenden a respetar a sus padres, amar la bandera y servir a su patria. Los analfabetos reciben también la instrucción primaria.

Así, el Ejército, no sólo es prenda de tranquilidad interna y seguridad exterior, sino garantía de moralidad y progreso.

Como la Marina, tiene una historia inmaculada, y tan llena de abnegaciones, triunfos y heroísmos, que es difícil encontrar otra que le iguale.

Su fuerza aproximada es de 20.000 hombres.

INDICE

PRIMERA PARTE

Descubrimiento de Chile

Páginas.

SEGUNDA PARTE

Conquista de Chile

TERCERA PARTE

La colonia

CUARTA PARTE

Independencia

QUINTA PARTE

La República

Páginas.